

# LITURGIA Y VIDA CRISTIANA

POR  
DAVID BRONDOS

Centro Luterano  
Apdo. Postal 20-416  
México 20, D.F.

1987



## PROLOGO

Sin duda, uno de los tesoros más preciosos que tenemos en la iglesia cristiana es la liturgia. Desgraciadamente, muchas veces en el pasado no hemos sabido valorar ni aprovechar este tesoro. En muchos círculos, la liturgia ha perdido su significado, convirtiéndose en un sistema de reglas que casi ha sido un fin en sí mismo. A veces se ha conservado la liturgia sólo por "tradicición," sin entenderla plenamente. Otras veces se ha dejado de usar una liturgia tradicional por la misma razón: no entender su significado, y no ver su valor.

A principios del siglo XX, comenzó dentro de la Iglesia Romana Católica un movimiento de "renovación litúrgica," la cual ha tomado un auge en las últimas décadas, a partir del Segundo Concilio Vaticano. Este movimiento, más que nada, nos ha permitido volver a descubrir el significado de la liturgia y el impacto profundo que puede tener en la vida de los cristianos. Dentro de la Iglesia Luterana, este movimiento también se ha dejado sentir en los últimos años de muchas maneras.

En este libro sobre la liturgia, se ha tomado en cuenta tanto lo "tradicional" en la Iglesia Luterana en el área de la liturgia, como lo "nuevo." Está basado tanto en el himnario Culto Cristiano como en algunas de las nuevas liturgias y escritos litúrgicos preparados por diversos grupos luteranos de nuestro hemisferio occidental. Este libro es un intento por entender mejor la liturgia, y por explicar los cambios e innovaciones recientes y explicar su razón de ser.

Sin embargo, lo más importante que intenta lograr la presente obra es explicar el significado de la liturgia. Muchas veces en el pasado, ni los pastores ni los miembros han comprendido bien por qué usamos una liturgia, la función que tiene la liturgia en la iglesia, y la manera en que cumple esa función. En este libro, intentamos explicar y entender todo esto, para que la liturgia recobre su significado y así pueda transformar profundamente nuestras vidas.

Esta obra también toma en cuenta nuestra realidad latinoamericana. En nuestro medio latinoamericano, la Iglesia Luterana a veces ha sido criticada por otros grupos evangélicos por su uso de la liturgia, y por sus "tendencias romanistas." Al mismo tiempo, la Iglesia Luterana en América Latina ha luchado por establecer una identidad propia, al encontrarse en un medio ambiente muy distinto al que ha tenido en Europa y América del Norte. Esto ha creado dificultades dentro de la misma iglesia, ya que no todos están de acuerdo en cómo enfrentar esta situación. ¿Qué cambios deben hacerse? ¿Qué cosas debemos conservar? Este libro intenta ayudarnos a comprender mejor lo que enseñamos y practicamos, en comparación con otras iglesias, y a reflexionar sobre los diversos puntos de vista acerca de la liturgia que existen en nuestras iglesias.

Que esta obra sea una bendición para todos los que la lean.

El Autor

## CONTENIDO

I.	LA ADORACION . . . . .	1
II.	LOS ORIGENES DE LA LITURGIA . . . . .	11
III.	FIGURAS DE LO CELESTIAL . . . . .	23
IV.	LA LITURGIA . . . . .	36
V.	LA TEOLOGIA DE LA LITURGIA . . . . .	52
VI.	LA MUSICA EN LA ADORACION . . . . .	65
VII.	EL OFICIO MAYOR . . . . .	80
VIII.	LA EUCARISTIA . . . . .	92
IX.	LA PRACTICA DE LA EUCARISTIA . . . . .	105
X.	LA LITURGIA DE LA PALABRA EN DETALLE . . . . .	120
XI.	LA LITURGIA DE LA SANTA COMUNION EN DETALLE . . . . .	141
XII.	OTROS OFICIOS Y ORDENES LITURGICOS . . . . .	160
XIII.	EL AÑO LITURGICO . . . . .	175
XIV.	LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD . . . . .	196
APENDICE:		
	ORACIONES EUCARISTICAS . . . . .	214
	SÍMBOLOS CRISTIANOS . . . . .	218
	PROPIOS PARA ALGUNOS DOMINGOS QUE NO APARECEN EN <u>CULTO CRISTIANO</u> . . . . .	221
	PREGUNTAS DE ESTUDIO . . . . .	222

## I. LA ADORACION

La mejor manera de describir la vida cristiana es en términos de una comunión entre Dios y nosotros. Una comunión es un amor compartido, una unión con otro u otros.

¿Con quién tenemos comunión? En primer lugar, con Dios. Por medio del bautismo, hemos sido unidos a Jesucristo por medio del Espíritu Santo, para entrar en comunión con Dios el Padre. En esta comunión con Dios, el amor fluye en dos direcciones. Primero, fluye de Dios hacia nosotros. Es un amor constante, infinito, interminable, que nos envuelve en todo momento. Se expresa el amor de Dios por nosotros de muchísimas maneras. Dios nos comunica su amor restableciéndonos a la comunión íntima con él por medio de su Hijo y su Espíritu. Nos colma de bendiciones, tanto físicas como espirituales. Nos hace participar en su vida tan maravillosa, haciéndonos uno con él. Así expresa Dios su amor por nosotros.

Sin embargo, ese amor, en un sentido, no es suficiente para que haya comunión entre él y nosotros. Dios ciertamente ama a todo el mundo, a cada ser humano sin excepción. Pero, por otra parte, no podemos decir que Dios tiene comunión con todo el mundo. ¿Por qué? Porque la mayoría de la humanidad no corresponde ese amor de Dios. No ama a Dios. Y si no se corresponde el amor, no hay comunión. Si un hombre ama a una mujer, pero ella no corresponde su amor y lo rechaza, no hay comunión. Si un padre ama a su hijo, pero su hijo no quiere nada con él, no hay comunión. Asimismo, aunque Dios nos ama a todos por igual, si nosotros rechazamos a Dios y nos negamos a amarlo y entregarnos a él, no hay comunión.

Sabemos que nos es imposible amar a Dios como él desea por nuestras propias fuerzas. Pero ahora, si vivimos unidos a Jesucristo, podemos volver a esa comunión, porque Jesucristo vive en esa comunión, y él nos introduce en ella. Unidos a él, podemos amar a Dios como él, pues él es quien ama al Padre en nosotros. La vida cristiana, entonces, significa amar a Dios, entregarnos a él, llamarlo "Padre", y vivir como hijos suyos. Todo esto lo podemos hacer únicamente cuando Jesucristo vive en nuestro corazón.

Ahora podemos comprender lo que es la adoración. La adoración es algo que nosotros hacemos, unidos a Cristo por el Espíritu Santo. La adoración es, en primer lugar, recibir y reconocer el amor de Dios por nosotros, y en segundo lugar, corresponder ese amor. La adoración es la expresión concreta de la comunión con Dios que tenemos. Así como en la comunión el amor fluye en dos direcciones, primero de Dios a nosotros, y luego de nosotros hacia Dios, lo mismo sucede en la adoración. El amor fluye de Dios hacia nosotros, y luego de nosotros hacia Dios.

Por lo tanto, adoración y amor son inseparables. No puede haber adoración sin amor. La adoración depende totalmente del amor de Dios hacia nosotros, y el amor de nosotros hacia Dios. Si no hay ese amor, no puede haber adoración. El amor es una entrega. Es entregarse a otro, vivir para él. Eso es lo que hacemos al adorar a Dios. Recibimos su amor, y correspondemos ese amor entregándonos a él, viviendo para él, unidos a su Hijo. Al mismo tiempo, no puede haber amor sin adoración. No podemos amar a Dios sin expresarle ese amor adorándolo. Al amar a Dios, queremos adorarlo, glorificarlo, alabarlo, y darle gracias. Así expresamos nuestro amor por Dios.

La adoración, entonces, depende completamente de la comunión con Dios, y es inseparable de esa comunión. Pero esa comunión no sólo la tenemos con Dios. No sólo estamos unidos a él. También estamos unidos a todos los demás que están unidos a él. Nuestra comunión es con los demás, también. Si no hay comunión con otros, no hay comunión con Dios. Es imposible. Y si no hay comunión con Dios, no hay adoración. Por eso, la adoración de Dios es imposible sin estar en comunión con los demás que están unidos a él.

Para entender esto, podríamos considerar el ejemplo de una familia. Si hay un padre con muchos hijos, y esos hijos viven en comunión con su padre, también deben vivir en comunión entre sí. Si los hijos aman a su padre, amarán también a sus hermanos, a quienes también ama su padre. No podríamos decir que esa familia es una verdadera comunión si los hermanos se desprecian entre sí. No podríamos decir que comparten un solo amor. Y si no hay amor entre los hermanos, no puede estar bien su relación con su padre. Si la voluntad del padre es que todos los miembros de la familia estén unidos, y los hijos no quieren estar unidos entre sí, no pueden decir que aman a su padre, porque no hacen su voluntad.

Así es nuestra relación con Dios. Los que hemos sido unidos a él también nos unimos unos a otros. Si no, no hay verdadera comunión con Dios. Sólo podemos estar unidos a Dios si estamos unidos a los demás que están unidos a él. Dios no quiere un conjunto de individuos aislados, sino quiere una "familia" unida, una comunión en la que todos son uno con él. Igual como Dios está presente en nosotros, y así estamos unidos a él, Dios también está presente con todos los creyentes. Si estamos unidos a Dios, estamos también unidos a ellos, pues el Dios que está en nosotros está también en ellos. No podemos estar unidos a Dios sin estar unidos a ellos.

La adoración, entonces, nunca es algo solamente individual, sino siempre en conjunto. Dios nos expresa su amor a veces directamente, pero es más común que nos exprese su amor por medio de otros. Recibimos su amor por medio de las palabras y las acciones de los demás. Y al mismo tiempo, expresamos nuestro amor por Dios, no sólo directamente, sino también expresando ese amor hacia los demás. No podemos amar a Dios sin amar a otros.

Esto es muy importante. La adoración siempre es, en primer término, una actividad de un grupo, y no de un individuo. Nosotros sólo hemos conocido el amor de Dios por medio de otros. Sólo sabemos del amor de Dios en Jesucristo porque otros nos han contado de ese amor. Sólo hemos entrado en comunión con Dios en el bautismo porque otros nos bautizaron, introduciéndonos en esa comunión. No nos convertimos en cristianos solos, ni nos bautizamos a nosotros mismos. El amor de Dios se nos expresa por medio de otros.

Asimismo, al amar a Dios, amamos a los demás. También somos canal por medio del cual fluye el amor de Dios a otros. Al entregarnos a Dios, nos entregamos también a los demás, en quienes mora Dios. Estamos íntimamente unidos a ellos. Por lo tanto, al adorar a Dios, nunca estamos solos. Siempre adoramos a Dios como parte de una familia, una comunión.

Por supuesto, podemos adorar a Dios estando a solas en nuestro hogar o en otra parte. Pero aun así, no estamos solos en nuestra adoración, sino unidos en espíritu con todos los demás creyentes. Nuestras oraciones no son sólo nuestras, sino que las ofrecemos por todo el pueblo de Dios. Al alabar o glorificar a Dios en la privacidad de nuestro hogar, nuestro canto de alabanza y gloria se une al canto de todos los creyentes y de toda la creación.

## La adoración y el Reino de Dios

Ahora podemos entender la relación entre la adoración y el Reino de Dios. El Reino de Dios es el conjunto de todos los seres que viven en comunión con él. Este Reino incluye a los ángeles, a los "redimidos" que ya "durmieron" y están con el Señor, y a los que viven en esa comunión aquí en la tierra.

Desgraciadamente, a veces tendemos a separar a estos grupos, diciendo que los que viven aquí en la tierra todavía no forman parte del Reino de los Cielos. Pero eso es falso. San Pablo dice claramente en varios pasajes que los que estamos en la tierra ya participamos en el Reino Celestial. Por ejemplo, en Ef. 2:6, dice que Dios "juntamente con él (Cristo) nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús." Nótese el tiempo del verbo "hizo." No dice "hará", sino "hizo." Unidos a Cristo, ya participamos en parte en el Reino Celestial. También dice Pablo en Col. 3:1: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios," y sigue en el v. 3: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios." Otra vez, notamos el tiempo de los verbos, "habéis resucitado" y "habéis muerto." Nosotros ya participamos en el Reino de los cielos, porque vivimos unidos a Cristo, el mismo Cristo que "está sentado a la diestra de Dios." En Col. 1:13, San Pablo dice que Dios nos ha "trasladado al Reino de su Amado Hijo." Nótese bien: dice "ha trasladado" y no "trasladará."

Aunque esto nos puede parecer un poco raro o difícil de entender, en realidad es muy sencillo. El Espíritu Santo, que llegó a nuestros corazones en el bautismo, nos ha unido a Cristo. El es el vínculo, el lazo de unión entre Cristo y nosotros. A veces decimos que Cristo está en nosotros, y eso es verdad, porque donde está el Espíritu Santo, está también Cristo. Pero la Biblia también dice que nosotros estamos "en Cristo." Estamos unidos a Cristo por su Espíritu, y si estamos unidos a él, donde está él, también estamos nosotros. El Cristo al que estamos unidos está en el cielo, y el Espíritu Santo, en un sentido, nos lleva a Cristo al unirnos a él. Así participamos de la vida de Jesucristo. Por ejemplo, el gozo que tenemos no es otra cosa que el gozo celestial, que el Espíritu Santo nos trae desde el cielo. La paz que tenemos es la misma paz de Cristo, traída a nuestros corazones por medio del Espíritu Santo. Participamos de la vida celestial de Cristo desde aquí en la tierra, aunque no en forma perfecta.

En otras palabras, el cielo no es otra cosa que una comunión entre Dios y los que están unidos a él. Por eso, ya participamos en el cielo, en un sentido, porque ya participamos en la comunión con Dios.

Entonces, en un sentido, ya estamos unidos al cielo, y a todos los que habitan en el cielo. El Espíritu Santo que habita en nosotros también habita en todos los que están en el cielo. Todos participamos de ese mismo Espíritu. El vive unido a Dios (siendo él mismo Dios), y unido a los ángeles y a todos los redimidos que ya están en el cielo. Y también vive unido a nosotros en la tierra. En este sentido, ya estamos unidos a todos los que habitan en el cielo. Participamos de la misma vida de la cual todos ellos participan. Somos uno con todos ellos. Estamos en íntima comunión con ellos, porque tanto ellos como nosotros estamos en íntima comunión con Dios. El Reino de Dios no es otra cosa que una gran comunión entre todos.

En muchos pasajes bíblicos, y en especial en el Libro del Apocalipsis, leemos de la adoración celestial. Tanto ángeles como seres humanos adoran al Padre continuamente, noche y día, sin cesar. Dicen: "La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén." (Ap. 7:12). En Ap. 7:15 leemos que los redimidos "están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo."

Nosotros, al adorar a Dios, no hacemos otra cosa que unirnos a todos los seres que adoran a Dios. Adorar a Dios no es otra cosa que vivir en el cielo. Al adorar a Dios, estamos participando en el cielo, donde Dios es continuamente adorado, alabado, y glorificado. No esperamos hasta morir para adorar y glorificar a Dios, sino lo hacemos desde ahora. Ya participamos en esa comunión con Dios, igual que todos los seres celestiales, aunque no en forma perfecta como ellos. Sin embargo, nuestra adoración se une a la adoración de todos los ángeles y redimidos. Formamos, desde esta vida, parte del coro celestial. El canto que cantamos nosotros es el mismo que siempre están cantando en el cielo. Y el canto que cantamos ahora es el mismo que estaremos cantando para toda la eternidad.

Todo esto es muy importante para comprender la adoración. La adoración es fruto de la comunión con Dios. Esa comunión ya la tenemos en Jesucristo, unidos a él por medio del Espíritu Santo. Pero esa comunión no es sólo con él, sino también es con todos los demás que viven en esa comunión, vivos y muertos. El cielo no es otra cosa que una continuación y una perfección de la vida en comunión con Dios que ya tenemos. Eso es lo que quiere decir la Biblia al decir que ya no moriremos, y que la muerte ha sido vencida. La muerte ha perdido su poder porque ya no nos puede separar de la vida en comunión con Dios. Esa comunión empieza en esta vida y ya no tiene fin. La muerte no la interrumpe ni la destruye. Si ya vivimos en comunión con Dios; esa comunión perdura para toda la eternidad, no obstante la muerte de nuestro cuerpo. E igual como esa comunión dura para siempre, también nuestra adoración dura para siempre. Desde este momento hasta la eternidad, podemos adorar a Dios sin cesar. Por eso, ya participamos en la adoración celestial.

Eso es lo que es el Reino de Dios. Es la comunión de todos los que viven unidos a él. Todos los creyentes ya participan de ese Reino. Ya estamos dentro de ese Reino. En este sentido, no hay ninguna diferencia entre los que están unidos a Dios en el cielo y los que están unidos a Dios en la tierra. Todos forman una sola realidad. Todos somos uno, participando de la misma vida, y adorando a Dios "con una sola voz."

### La adoración y la creación

Al crear Dios el mundo, tenía un propósito. Quería que todo el mundo viviera en comunión con él. En primer lugar, los seres humanos vivirían en comunión con Dios, siendo amados por él y correspondiendo ese amor. Y junto con los seres humanos, toda la creación estaría en comunión con él. La creación sería una expresión del amor de Dios hacia el hombre, para que el hombre pudiera disfrutarla, y al mismo tiempo el hombre expresaría su amor por Dios por medio de la creación, entregándola a él, y entregándole su misma vida. Este era el propósito de Dios para la creación.

Sin embargo, ese propósito fue frustrado cuando el hombre se negó a vivir en comunión con Dios. No quiso corresponder el amor de Dios. En lugar de



ofrecerle la creación a Dios, el hombre quiso adueñarse de ella y usarla sólo para sí mismo. Por lo tanto, este mundo es un mundo fuera de comunión con Dios. Toda la creación ha sido separada de la comunión con Dios, por culpa del hombre. La creación no está en la relación debida con Dios para la cual fue creada. Está fuera de comunión con Dios.

Lo que Dios ahora desea es poner al mundo en comunión con él otra vez. Con ese fin envió a su Hijo Jesucristo. Por medio de Jesucristo desea poner a todos los seres humanos y a toda la creación en comunión con él nuevamente. Y eso es precisamente lo que está haciendo. Al estar unidos nosotros a Jesucristo, volvemos a la comunión con Dios para la cual fuimos creados. Y así, poco a poco, hay más personas todos los días que vuelven a esa comunión. Hay todo un pueblo, que es la iglesia universal, que ha vuelto a esa comunión con Dios. En la iglesia se está realizando nuevamente el propósito de Dios: Dios tiene una comunidad, un "pequeño mundo," que vive en comunión con él.

En este sentido, entonces, la iglesia no es otra cosa que "el cielo en la tierra." Hemos visto que el cielo es donde todos viven en comunión con Dios y unos con otros. Esa comunión celestial ahora tiene lugar en la tierra, en la comunidad de la iglesia. En la iglesia es donde se hace realidad esa comunión entre Dios y los hombres. Pero lo que Dios quiere es que ese "cielo en la tierra" se extienda a toda la creación, para que toda la creación vuelva a esa comunión con él.

Lo que sucede en la iglesia, entonces, es que hombres y mujeres, niños y niñas, son "transformados." "Transformar" una cosa significa cambiarla, convirtiéndola en otra cosa. Eso es lo que pasa en la iglesia. Nosotros antes estábamos separados de Dios, alejados de su vida. Estábamos "muertos", como dice San Pablo en Efesios 2. Pero ahora Dios ha mandado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones (Gál. 4:6). Ese Espíritu nos transforma en algo que antes no éramos: hijos de Dios, miembros de su familia y de su Reino, que viven en íntima comunión con él.

Esto no sólo ocurre en cada uno de nosotros como individuos, sino como grupo. Cada miembro de la familia se transforma junto con los demás. Todos se ayudan mutuamente en esta transformación. Lo que antes era un conjunto de individuos aislados se va transformando en un cuerpo, una familia, una comunidad, un Reino. Los muchos son transformados en uno. Así como Jesús pide al Padre en Jn. 17:21-22: "para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno."

La expresión concreta de esta unidad ocurre los domingos, cuando el pueblo de Dios se reúne en un lugar. Vienen de distintas partes, con pasados distintos, con realidades distintas, con trasfondos distintos, pero se unen para formar una sola cosa. Esto es "el cielo en la tierra." Es la comunión celestial realizada en la tierra. Todos están unidos, como en el cielo, para adorar a Dios, como en el cielo. La unidad entre todos los miembros de la iglesia y su unidad con Dios se expresa aquí en la tierra, como imagen de lo celestial. Un número de individuos se transforma en una sola cosa, para gozar de la comunión íntima con Dios y todo su pueblo. Son uno en sus cantos; son uno en la fe que confiesan; son uno en sus plegarias, sus alabanzas, sus oraciones, y su acción de gracias. Escuchan la misma palabra, que les comunica el amor de Dios. Están en todo unidos, entre sí y con Dios, participando de la unidad celestial. Ya no son muchos, sino uno. Son uno con Dios. Y eso es el mismo cielo: ser todos uno con Dios.

Pero lo que Dios quiere es que ese "cielo en la tierra" se extienda a toda la creación, para que toda la creación vuelva a ser uno con él. La iglesia tiene la misión de transformar a todos los miembros de la creación en una sola cosa. Ese es el gran anhelo de Dios.

Sabemos que así va a ser. Va a haber una nueva creación, la cual ya se está llevando a cabo. Este mundo no va a ser tanto destruido, como más bien transformado. Dejará de ser lo que es, para convertirse en otra cosa, en un mundo nuevo donde todo y todos vivirán en comunión íntima con Dios, y unos con otros. Dios, dice San Pablo, será "todo en todos" (1 Co. 15:28). Aun los redimidos que están en el cielo no han llegado a esa transformación completa. Ellos todavía están esperando con nosotros el "día del Señor." En ese día, los muertos habitarán nuevamente sus cuerpos al ser resucitados, y tanto los vivos como los muertos serán transformados (1 Co. 15:51). El mal será destruido, y todas las fuerzas del mal, tanto demonios como hombres, serán separadas del nuevo mundo. Y el cielo se establecerá en la tierra, porque habrá una comunión perfecta.

Eso es lo que habrá en el futuro. Pero no es solamente una esperanza, o una "posibilidad." Ya es un hecho. Cristo ha triunfado ya, y es completamente seguro que todo eso sucederá. Por eso, lo podemos vivir como algo presente, y no sólo futuro. Lo podemos celebrar desde ahora.

Eso es lo que celebramos al reunirnos los cristianos. El futuro se hace presente. El Reino de Dios, esa comunión entre Dios y todos los redimidos, se hace una realidad aquí y ahora. Celebramos como si ese cielo ya estuviera aquí, porque lo es, aunque en forma "escondida." Ya estamos en el Reino de Dios. Ya nos estamos transformando en otra cosa, en la "nueva creación," la comunión perpetua entre Dios y su pueblo. Esa transformación ocurre en cada uno por medio de Cristo y su Espíritu Santo.

Si fuéramos a poner un ejemplo, podríamos comparar esto con "sacar la lotería." Si uno compra un billete de lotería, y unos días después ve la lista de premios y se da cuenta de que su número fue el premiado, empieza a celebrar. Todavía no tiene el premio, pero tiene la seguridad de que va a recibirlo, porque tiene el billete correspondiente. Así nosotros, aunque todavía no estamos de pleno en el Reino de Dios, ya tenemos la seguridad de estar en ese Reino, por medio del Espíritu Santo. Por eso, el futuro--el Reino de Dios en su plenitud--lo celebramos en el presente, porque ya es un hecho.

Entonces, todos nos vamos transformando en el Reino de Dios, uniéndonos unos con otros, y uniéndonos todos con Dios. Eso es lo que sucede en la adoración. La adoración es una expresión concreta de ese Reino de Dios. Es participar en la adoración celestial desde aquí, en la tierra. Los que adoramos a Dios vamos integrando ese Reino, junto con todos los demás que adoran a Dios, en la tierra y en el cielo. Formamos todos una sola realidad.

### La adoración y el sacrificio

Un concepto central a la adoración es el del sacrificio. En el Antiguo Testamento, se sacrificaban animales, comida, y otras cosas a Dios. Estas ofrendas debían representar el amor del pueblo por Dios. Por supuesto, cuando el pueblo dejó de ofrecer su amor junto con sus sacrificios, los sacrificios ya no agradaban a Dios (ver Sal. 51:15-19, Is. 1:11-17, y Os. 6:6). Un sacrificio siempre tiene que ser una expresión de amor. Si se hace un sacrificio sin amor, Dios no lo quiere ni lo acepta.

El Nuevo Testamento habla en varios pasajes del sacrificio. En primer lugar se hace referencia a la muerte y resurrección de Jesucristo como un sacrificio. En Ef. 5:2, Pablo dice que Cristo "se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante." Y en Heb. 9:14, leemos que Cristo "se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios."

Lo que vemos en estos pasajes es que Cristo ofreció el sacrificio perfecto a Dios el Padre, porque lo que le ofreció fue su misma vida. Se entregó a sí mismo al Padre como sacrificio. Fue el sacrificio perfecto, porque fue amor perfecto, pues nadie puede ofrecer más que su propia vida. El sacrificio de Cristo no sólo fue un objeto, como un animal, sino su mismo ser, cuerpo y alma. Y ese sacrificio no fue algo que solamente se hizo en la cruz, sino a través de toda su vida. En cada momento de su vida, se ofrecía al Padre, en amor.

Nosotros, ahora que estamos unidos a Cristo, también debemos presentarnos a Dios como sacrificio. San Pablo dice en Rom. 12:1, "Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional." Igual que Cristo, vivimos para Dios, para ofrecernos a él con todo lo que somos y todo lo que tenemos. Al amar a Dios, unidos a Cristo, nos ofrecemos a él. Ese es nuestro sacrificio, fruto del amor.

Este punto es muy importante en la adoración. No hay adoración sin sacrificio. Al adorar a Dios, le estamos expresando nuestro amor. Pero expresamos ese amor entregándonos a él en sacrificio vivo, viviendo para él, ofreciéndonos por entero a él. Por eso, el sacrificio es la esencia misma de la adoración. Habiendo visto y experimentado el amor de Dios por nosotros, nos ofrecemos a él, correspondiendo ese amor, y así estrechando nuestra comunión con él.

Pero, como hemos visto, nuestro sacrificio es un sacrificio de nuestro ser entero a Dios, y no una parte. Le ofrecemos toda nuestra vida, nuestros bienes, nuestro tiempo, y todo lo que tenemos. Somos para él. Por lo tanto, hay que enfatizar que la adoración no es sólo algo que hacemos por un rato los domingos. Por supuesto, en primer lugar, es eso: la adoración junto con los demás redimidos. Pero ese rato que pasamos juntos adorando a Dios tiene el fin de transformar nuestras vidas enteras. No dejamos de adorar a Dios al terminar el culto e irnos cada uno a su casa, sino esa adoración se hace una parte permanente e íntegra de nuestras vidas. Vivimos para adorar, para entregarnos a Dios en sacrificio. Toda nuestra vida se debe convertir en adoración. Como dice San Pablo: "Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios por medio de él" (Col. 3:17), y también: "Hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Co. 10:31).

En otras palabras, nuestra participación en el Reino de Dios no sólo tiene lugar los domingos a la hora del culto, sino más bien participamos en ese Reino en cada momento de nuestra vida. Cada minuto de nuestra existencia debe ser vivido en comunión con Dios y los demás en ese Reino. Cada momento debe ser ofrecido a Dios y a los demás, como sacrificio. Nuestra adoración nunca debe cesar, igual que nuestro amor por Dios nunca debe cesar.

¿Para qué vamos a la iglesia, entonces? Sencillamente porque ahí es donde aprendemos a vivir entregándonos a Dios, y en comunión con él y con los demás. El culto en la iglesia es el principio de esa vida de sacrificio, sin el cual esa vida no puede existir. Por esa razón, no podemos prescindir de la adoración de la iglesia, porque sin ella, no puede haber adoración en nuestra vida privada y cotidiana.

## La adoración y nuestra existencia terrenal

Hemos visto en este primer capítulo que al adorar a Dios, nos unimos a los que viven en el cielo, los ángeles y los creyentes redimidos que están con el Señor. En un sentido, nuestra situación es igual que la de ellos. Ellos viven en íntima comunión con Dios, y nosotros también. Ellos participan de la vida de Dios, y nosotros también. Ellos cantan alabanzas, glorificando a Dios y dándole gracias, y nosotros también. En este sentido, estamos unidos a ellos, siendo uno con ellos en su adoración de Dios y su comunión con él.

Sin embargo, en otro sentido, nuestra situación es distinta a la de ellos. Ellos están delante del Señor, viéndolo y gozando de su presencia. Nosotros en este mundo no vemos a Dios, como lo ven ellos, ni estamos en su presencia en el mismo grado que ellos. Ellos ya no desobedecen a Dios; nosotros sí. Ellos ya no tienen que pedirle perdón a Dios, porque ya han sido perdonados y perfeccionados. Nosotros todavía tenemos que pedirle perdón. Ellos ya no tienen que enfrentarse diariamente con las fuerzas del mal, que intentan someter al mundo; nosotros sí. Y aunque tanto ellos como nosotros estamos en comunión con Dios y participamos de su Reino, ellos participan de él mucho más plenamente que nosotros, y su comunión con Dios es mucho más íntima que la nuestra. Por lo tanto, nuestra realidad es distinta a la realidad de los ángeles y los creyentes que ya descansan en el Señor.

Por estas razones, aunque en un sentido nuestra adoración será igual a la de ellos, en otro sentido no puede ser igual. Nuestra adoración no puede ser perfecta como la de ellos, porque seguimos pecando diariamente. No nos podemos entregar perfectamente a Dios, porque nuestra carne siempre se opone a esa entrega, tratando de impedirlo, y muchas veces lo logra.

Por lo tanto, nuestra adoración siempre va acompañada de una petición de misericordia a Dios. Le pedimos que nos perdone, y que acepte nuestra adoración imperfecta. Al acercarnos a él para adorarlo, estamos conscientes de que no lo hemos amado como debiéramos, y que dependemos de su amor y su misericordia para estar en comunión con él. Los redimidos en el cielo ya no tienen que pedirle misericordia a Dios; nosotros sí. Esto tiene que ser parte de nuestra adoración.

Sin embargo, al amar nosotros a Dios, no queremos seguir pecando. No queremos desobedecer a nuestro Padre celestial. Al contrario, queremos perfeccionar nuestra adoración. Queremos crecer en nuestra comunión con él y fortalecerla, para perfeccionar así nuestra adoración.

Por eso necesitamos de la adoración. Entre más adoramos a Dios, más fuerte se hace nuestra comunión con él. Aprendemos a entregarnos más perfectamente a él. Se va arraigando más y más en nosotros ese espíritu de adoración y amor a Dios. Es un círculo. Entre más adoramos a Dios, más lo amamos, y entre más lo amamos, más lo queremos adorar. Así nos vamos adentrando cada vez más en la comunión íntima con Dios y todos los suyos. Se hace más fuerte así nuestra unión, y se va desplazando poco a poco el espíritu egoísta en nosotros que nos quiere dominar.

Por supuesto, puede suceder lo contrario, también. Entre menos adoramos a Dios, menos lo amamos, y entre menos lo amamos, menos lo adoraremos. En este caso, nos iremos alejando de Dios cada vez más. El espíritu de egoísmo se irá arraigando más y más en nosotros, ahogando el espíritu de adoración y sacrificio. Nuestra comunión con Dios se irá debilitando, y hasta puede desaparecerse por completo.

Por eso, la adoración es una parte íntegra de nuestra relación con Dios. Necesitamos adorar a Dios para poder vivir en comunión con él. Cuando dejamos de adorarlo, se desintegra esa comunión. Sólo Dios por medio de su Espíritu Santo puede mantenernos fuertes en esa comunión, y adentrarnos más en ella. Sólo así podemos adorar a Dios.

Entonces, en un sentido, el fin de la adoración es de mantenernos en comunión con Dios y adentrarnos más y más en ella. Necesitamos adorar a Dios para estar en esa comunión, y tener su vida en nosotros. La adoración es la expresión de nuestra comunión con Dios y con los demás redimidos. Vivimos para esa comunión; por lo tanto, vivimos para adorar. Para eso, y sólo para eso, fuimos creados por Dios: para vivir en íntima comunión con él, siendo amados por él y amándolo al mismo tiempo. Eso es lo que constituye la adoración.

### Recordando el pasado y anticipando el futuro

En un sentido, podríamos decir que hay dos bases de la adoración. En primer lugar, la adoración cristiana se basa en el pasado--en lo que Dios ha hecho, y en especial, lo que ha hecho por medio de su Hijo Jesucristo. En segundo lugar, la adoración cristiana se basa en el futuro--en lo que Dios va a hacer. Nosotros, que vivimos en el presente, al adorar a Dios, hacemos presente tanto el pasado como el futuro. Vamos a considerar lo que esto significa.

En la adoración cristiana, siempre recordamos el pasado y anticipamos el futuro, haciendo presente tanto el pasado como el futuro. En primer lugar, recordamos todo lo que Dios ha hecho en el pasado. Primero, creó el mundo. Luego, leemos en el Antiguo Testamento de las muchas maravillas que hizo con los grandes personajes del Antiguo Testamento, y con su pueblo entero. Y por fin, mandó a su Hijo Jesucristo, quien vivió, murió, y resucitó por nosotros, y nos envió a su Espíritu Santo.

Durante el culto cristiano, siempre estamos recordando estas cosas, y haciéndolas presente. Porque nosotros también nos consideramos parte de esa historia. Esa historia de lo que Dios ha hecho es nuestra historia, porque narra como nosotros también hemos llegado a ser partícipes de ese Reino celestial.

Por eso, siempre tenemos presente al pasado. Nos consideramos partícipes en lo que ha pasado, porque también estamos dentro del plan de Dios. Nosotros somos el fruto de lo que Dios ha hecho en el pasado. Dios ha hecho con nosotros lo mismo que hizo con los antiguos. Nos ha creado, nos ha liberado del mal, nos ha salvado y redimido. Dios sigue haciendo entre nosotros lo mismo que hizo con los hombres en la antigüedad.

Podemos tomar un par de ejemplos para entender esto mejor. En el Antiguo Testamento, leemos como el pueblo de Israel salió de Egipto, pasando por el Mar Rojo, y luego anduvieron en el desierto muchos años antes de llegar a la tierra prometida. En la iglesia cristiana, no consideramos eso sólo como algo que ocurrió en el pasado, sino como algo que SIGUE OCURRIENDO EN EL PRESENTE. Eso es lo que explica San Pablo en 1 Co. 10:1-4. Dios SIGUE salvando a su pueblo, a nosotros, haciéndonos pasar por el agua, como los israelitas. Esto lo hace en el bautismo, cuando como los israelitas somos salvados de la esclavitud al pasar por el agua (del bautismo, como ellos pasaron por el agua del Mar Rojo). Y como ellos comían del pan bajado del cielo (el maná) y bebían de la roca, nosotros comemos del pan bajado del

cielo (Jesucristo) y también bebemos de él en la Santa Cena.

En otras palabras, no hablamos del pasado como algo que ocurrió pero ya no ocurre, sino como algo que sigue ocurriendo. Dios SIGUE sacando a su pueblo de la esclavitud y salvándolo. Lo que ocurrió en el pasado sigue ocurriendo entre nosotros.

Otro ejemplo que podemos dar es del Día de Pentecostés, cuando Dios envió a su Espíritu Santo sobre la Iglesia de aquel entonces. Eso no lo consideramos sólo como un hecho del pasado, sino algo que SIGUE OCURRIENDO. Dios TODAVIA envía continuamente su Espíritu Santo sobre la Iglesia, y al celebrar nosotros ese hecho, no lo celebramos como un hecho del pasado, sino como algo que ocurre todavía.

Por lo tanto, no celebramos el pasado como algo que ya tuvo lugar y terminó, sino como algo que sigue ocurriendo en el pasado. Dios sigue haciendo con nosotros y entre nosotros lo mismo que hizo en el pasado. Por eso celebramos el pasado como algo presente, y decimos que hacemos presente el pasado.

Al mismo tiempo, decimos que anticipamos el futuro. Dios nos ha prometido muchísimas cosas hermosas. Nos ha prometido una vida celestial, en la que ya no habrá llanto ni dolor. Nos ha prometido que estaremos para siempre en su presencia amorosa, gozando de la íntima comunión con él. Y sabemos que Dios cumplirá lo que ha prometido, porque siempre cumple sus promesas. Todo ya está hecho. Ese Reino de Dios ya está formado; sólo falta que llegue en su plenitud.

Una palabra que la Biblia emplea para hablar de esto es la palabra "arras." Otras versiones emplean la palabra "garantía." Emplean esa palabra al hablar del Espíritu Santo en 2 Co. 1:22 y 5:5, y Ef. 1:14. Lo que significa esta palabra es que ya tenemos al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo ya nos ha dado esa vida celestial. No la tenemos en su plenitud, pero ya la tenemos en parte, y si la tenemos en parte, tenemos la seguridad de que la tendremos en su plenitud en el futuro. El que tiene al Espíritu Santo ya participa en la vida de Dios, y sabe que participará para siempre en esa vida.

Entonces, ya podemos celebrar el futuro como algo en el presente. Celebramos lo que Dios hará como si ya lo hubiera hecho. De esta manera el futuro penetra en nuestro presente. El futuro se hace presente ahora, en el sentido de que la comunión celestial con Dios se hace presente desde este mundo. El futuro gozo se convierte en una realidad actual.

Por lo tanto, la adoración siempre es una celebración del pasado y del futuro en el presente. Tenemos presente tanto lo que Dios ha hecho como lo que hará, porque lo que ha hecho en el pasado, lo sigue haciendo; y lo que hará en el futuro, eso ya lo está haciendo en el presente. Si perdemos cualquiera de estas dos perspectivas, el presente pierde su significado. No tendríamos nada que celebrar. No podría haber gozo ni alegría. Por lo tanto, es necesario siempre tener presente en nuestra adoración tanto lo pasado como el futuro.

## II. LOS ORIGENES DE LA LITURGIA

¿Qué es la liturgia? La palabra "liturgia" viene de un vocablo griego "leitourgía," que está compuesta por dos palabras: "leitōn", que significa técnicamente: "lugar de la asamblea," pero también significa "del pueblo," o "público"; y "ergon", que significa "obra." En tiempos más antiguos, tenía que ver con un servicio que los ciudadanos de la clase alta proveían para el pueblo. En este sentido, era una "obra pública," o un "servicio público" que se hacía a favor del pueblo en general por unas cuantas personas.

Este término después comenzó a usarse en el ámbito religioso. Los sacerdotes de los cultos paganos, y también de los judíos, ofrecían un "servicio público", o una "obra a favor del pueblo" al ofrecer los sacrificios y atender el culto a Dios o a los dioses. Esta palabra en la versión griega del Antiguo Testamento generalmente se traduce como "servicio", o "ministerio," y se relaciona con lo que hacían los sacerdotes. La palabra "liturgia" también ocurre en el Nuevo Testamento, y generalmente se traduce "servicio" o "ministerio" (como en Luc. 1:23, 2 Co. 9:12, Fil. 2:17, 30, y Heb. 8:6 y 9:21).

Un punto muy importante para comprender el significado de la palabra "liturgia" es que siempre, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, tiene una relación estrecha con el sacrificio. La "liturgia" de los sacerdotes, su "ministerio," es de presentar sacrificios a Dios por el pueblo. Este es su "servicio a favor del pueblo," o su "obra pública." Entonces, la palabra "liturgia" está estrechamente relacionada con la idea de sacrificio. Esto es importante para entender que la liturgia, en realidad, es un sacrificio, en un sentido, como veremos más adelante. Aunque en el Antiguo Testamento, los únicos que podían hacer la liturgia (presentar sacrificios) eran los sacerdotes, ahora todo el pueblo de Dios es un "real sacerdocio" (1 Ped. 2:9), y todos los cristianos son sacerdotes, esto es, presentan sacrificios a Dios (Ap. 1:6, 5:10). Por eso, la liturgia cristiana no sólo es algo que hace un sacerdote, ministro, o pastor, sino algo que todo el pueblo hace.

La liturgia y el culto cristiano tienen su raíz en el Antiguo Testamento, y en el templo y las sinagogas de los tiempos de Jesucristo. Sabemos que se cantaban himnos y salmos en el Antiguo Testamento, y que se reunía el pueblo en el templo para presentar sacrificios. Sabemos también que los sacerdotes bendecían al pueblo. (Núm. 6:22-27), y que había otros ritos y costumbres. Los judíos también se reunían en las sinagogas, y ahí se hacían cultos litúrgicos (lo cual hacen los judíos hasta la fecha). En estas reuniones, que se efectuaban todos los sábados, había mayormente cuatro cosas que se hacían. Primero, se cantaban salmos y otros cánticos. En segundo lugar, se hacían oraciones. Los judíos tenían oraciones comunes (había 18 oraciones de las cuales podían escoger), y generalmente un miembro de la comunidad dirigía las oraciones, y al terminar él, el pueblo decía: Amén. En tercer lugar, se leían porciones de la Ley y los Profetas (o sea, el Antiguo Testamento), y se invitaba a algún hombre presente que diera alguna exhortación o explicación basándose en la lectura leída (ver, por ejemplo, Luc. 4:16-21, y Hech. 13:14-16). Y finalmente, si había un sacerdote presente, éste daba la bendición al pueblo, según la fórmula de Núm. 6:22-27.

Los cristianos, al principio, seguían participando en el culto del templo y de las sinagogas, ya que los primeros cristianos eran mayormente

judíos. Pero cuando empezó a crecer la iglesia cristiana, y se convirtió en objeto de persecución por los judíos, y cuando aumentó el número de gentiles (no judíos), los cristianos se vieron obligados a buscar sus propios lugares de reunión.

Al mismo tiempo, sabemos que empezaron a reunirse los domingos, el "día del Señor," en lugar de los sábados, como los judíos. Celebraban este día porque era el día en el que el Señor había resucitado. Así leemos en Hech. 20:7 y 1 Co. 16:2 que los primeros cristianos se reunían el primer día de la semana. Así fueron dejando la costumbre de reunirse los sábados, y se reunían los domingos.

La Biblia también nos dice algo de lo que hacían al reunirse. Leemos en Hech. 2:42 que "perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones." Aquí, entonces, vemos cuatro cosas que hacían. Primero, se hablaba acerca de lo que los apóstoles enseñaban, o sea, su "doctrina," y se enseñaba de esto. Hablaban de Jesús y el significado de su vida para su comunidad. En segundo lugar, convivían unos con otros--la "comunión". En tercer lugar, "partían el pan", o sea, celebraban la Santa Cena, como veremos en seguida. Y en cuarto lugar, oraban todos juntos.

La frase "partir el pan" tiene que ver con la Santa Cena. Jesús, al instituir la Santa Cena, "partió el pan" (Mt. 26:26). San Pablo en 1 Co. 10:16, al hablar de la Santa Cena, habla del "pan que partimos." En Hech. 2:46, leemos también que los primeros cristianos "partían el pan." Y en Hech. 20:7, leemos que el primer día de la semana, los discípulos estaban reunidos para partir el pan. Y aparte de estas citas bíblicas, hay muchos escritos cristianos muy antiguos que también usan la frase "partir el pan" para referirse a la Santa Cena.

Parece claro, entonces, que esta frase "partir el pan" significa participar de la Santa Cena. También parece claro que esto lo hacían todos los domingos. Otros escritos antiguos también confirman que la Santa Cena se celebraba todos los domingos en la iglesia.

Otros pasajes del Nuevo Testamento también nos dicen algo de lo que hacían los cristianos al reunirse los domingos. Cantaban salmos y otros himnos (ver Hech. 16:25, Ef. 5:19, Col. 3:17, Stg. 5:13). Tenemos algunos cánticos de los primeros cristianos en Luc. 1:46-55, 1:68-79, 2:14, Col. 1:15-18, 1 Tim. 3:16, y 6:15-16, y posiblemente otros, como los cánticos que aparecen en el Apocalipsis.

También sabemos que leían las Escrituras (que para ellos era únicamente el Antiguo Testamento), según 2 Tim. 3:16-17, y que se exhortaba al pueblo (lo que Pablo en 1 Co. 14:1-3 llama "profecía." Véase también 1 Co. 14:17,26). También los cristianos oraban juntos (1 Co. 7:5, Fil. 4:6, 1 Tim. 2:1-2, y muchos otros pasajes). Así que podemos concluir que los primeros cristianos hacían aproximadamente lo mismo que lo que se hacía en las sinagogas, con la diferencia de que los cristianos celebraban la Santa Cena y tenían a Cristo como el centro de toda su adoración.

Hay otros escritos primitivos que también nos hablan un poco de lo que se hacía en las reuniones de los cristianos. San Ignacio de Antioquía, que fue martirizado alrededor del año 110, escribió siete cartas a diferentes iglesias cuando lo estaban llevando a Roma para echarlo a los leones. Al parecer, Ignacio había sido instruido por el mismo apóstol Juan. En su carta



a los Efesios, Ignacio dice: "Procurad, pues, reuniros en mayor número para la Eucaristía de Dios y para sus alabanzas" ("eucaristía" es el término que los primeros cristianos usaban siempre para hablar de la Santa Cena). También escribió en esa carta que los cristianos "parten un mismo pan," así que vemos otra vez el uso de la frase "partir el pan" para hablar de la Santa Cena. A los filadelfios escribió: "Esforzaos, por lo tanto, por usar una sola Eucaristía, pues una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno sólo es el cáliz para unirnos con su sangre, un solo altar, como un solo obispo..." Vemos aquí, entonces, que se reunían para celebrar la Santa Cena.

Hay otro escrito primitivo, que se llama el "Didajé", o "Doctrina de los 12 apóstoles," que habla un poco de las primeras reuniones cristianas. No sabemos con seguridad cuándo fue escrito el Didajé, pero parece que fue escrito entre los años 100 y 150. Este escrito da ciertas instrucciones sobre cómo se deben hacer ciertas cosas en la iglesia. Contiene, por ejemplo, oraciones que se debían de usar al celebrarse la Santa Cena; una sobre el cáliz, otra sobre el pan, y otra para después de la Santa Cena. Son oraciones de acciones de gracias. Lo que esto nos dice es que desde los primeros días del cristianismo, se usaban oraciones fijas, como en la liturgia. Todos los domingos decían las mismas oraciones, y las mismas oraciones se usaban en varias iglesias de una misma región, al menos en la región en que fue escrita el Didajé. Así que podemos afirmar que los primeros cristianos usaban una "liturgia", como nosotros.

El escritor del Didajé también escribe: "En los domingos del Señor, reuníos y partid el pan, y haced gracias (en griego se dice "hacer eucaristía"), confesando antes vuestros pecados, para que vuestro sacrificio sea puro." Este pasaje es importante porque nos confirma unas cosas que ya hemos indicado. Primero, los primeros cristianos se reunían los domingos. En segundo lugar, se "partía el pan" y se hacía "Eucaristía" todos los domingos. Y en tercer lugar, se ve que veían el culto como un sacrificio, y este concepto de sacrificio era central en sus reuniones. También notamos aquí que los primeros cristianos confesaban sus pecados, algo que nosotros todavía hacemos. Esta confesión formaba parte de su reunión, al parecer.

Alrededor del año 155, tenemos los escritos de San Justino. Aquí es donde, por primera vez, se nos habla en más detalle de lo que hacían los cristianos primitivos. Citaremos a continuación dos textos tomados de sus escritos:

Nosotros, después de haber bautizado al que ha creído y se ha unido a nosotros, lo llevamos a los llamados hermanos, allí donde están reunidos para rezar fervorosamente las oraciones comunes por nosotros mismos, por el que ha sido iluminado y por todos los otros que hay en todas partes, para que seamos dignos de ser hallados perfectos conocedores de la verdad, buenos administradores y cumplidores de los mandamientos con obras, de suerte que consigamos la salvación eterna. Acabadas las preces, nos saludamos con el ósculo (beso). Seguidamente se presenta al que preside entre los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclado con agua. Cuando lo ha recibido, alaba y glorifica al Padre de todas las cosas por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y da gracias largamente, porque por él hemos sido hechos dignos de estas cosas. Habiendo terminado él las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama diciendo: Amén. Amén significa, en hebreo, así sea. Después de que el que preside ha dado gracias y todo

el pueblo ha aclamado, los que entre nosotros se llaman diáconos dan a cada uno de los presentes a participar del pan y del vino y del agua eucaristizados (o sea, sobre los cuales se han dado las gracias), que también llevan a los asientos...

Y el día llamado del sol, se tiene una reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en las ciudades o en los campos, y se leen los comentarios de los apóstoles o las escrituras de los profetas, mientras el tiempo lo permite. Luego, cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estas cosas excelsas. Después nos levantamos todos a una y recitamos oraciones; y, como antes dijimos, cuando hemos terminado de orar, se presenta pan y vino y agua, y el que preside eleva, según el poder que en él hay, oraciones, e igualmente acciones de gracias (eucaristías), y el pueblo aclama diciendo el Amén. Y se da y se hace participante a cada uno de las cosas eucaristizadas, y a los ausentes se les envía por medio de los diáconos.

Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, y a los encarcelados, y a los peregrinos, y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad. Y nos reunimos todos el día del sol, puesto que es el día primero en el cual Dios, cambiando las tinieblas y la materia, creó el mundo, y Jesucristo, nuestro Salvador, en el mismo día resucitó de entre los muertos."

Estos pasajes también nos confirman algunas cosas que ya hemos visto: los cristianos se reunían en domingo ("el día del sol", como en inglés, "Sun-day"). Oraban juntos, usando "oraciones comunes." Esto significa que había oraciones preparadas que se usaban. Vemos también la celebración de la Santa Cena (Eucaristía), y que se usaban oraciones de gracias antes de participar del pan y del vino. Algunas de estas oraciones eran oraciones fijas, como vimos en el Didajé. Es importante notar también que cada uno de los presentes participaba de la Santa Cena; no llegaba nadie sin participar.

Hay otro pasaje de San Justino que también debemos notar. Dice así:

Ya entonces (Dios) predice acerca de los sacrificios que en todo lugar le son ofrecidos a él por nosotros los gentiles, esto es, el pan de la Eucaristía y el cáliz igualmente de la Eucaristía, añadiendo que nosotros glorificamos su nombre, y vosotros, en cambio, lo profanáis...

Pues de todos los sacrificios por medio de este nombre, los cuales ordenó Jesucristo que se hiciéran, a saber, en la Eucaristía del pan y del cáliz, sacrificios que hacen los cristianos en todos los lugares de la tierra, ya de antemano testifica Dios que le son agradables...

El que oraciones y acciones de gracias [eucaristías], hechas por los que son dignos, son los solos sacrificios perfectos y agradables a Dios, también yo lo digo. Pues también los cristianos han recibido por tradición el hacer solamente estos sacrificios, aun en la conmemoración que hacen con su alimento seco y líquido, en la cual recuerdan la pasión que por ellos padeció el Hijo de Dios.

En este pasaje debemos notar que se habla de sacrificios; en primer lugar, habla del sacrificio del pan y el cáliz, y luego habla del sacrificio de oraciones y acciones de gracias. Veremos esto más tarde en el capítulo sobre la Eucaristía.

Alrededor del año 220, otro cristiano llamado "Hipólito" describe la forma en que se hacía la Santa Comunión en su época. Incluimos las oraciones que nos relata Hipólito:

Ofrézcanle los diáconos la oblación, y él, imponiendo las manos sobre ella, junto con todos los presbíteros dando gracias, diga: "El Señor con vosotros," y todos digan: "Y con tu espíritu." "¡Arriba los corazones!" "Los tenemos ya dirigidos (elevados) al Señor". "Demos gracias al Señor," "Es cosa digna y justa." Y continúe así:

Te damos gracias, oh Dios, por medio de tu amado Hijo Jesucristo, el cual nos enviaste en los últimos tiempos como Salvador y Redentor nuestro y como anunciador de tu voluntad. El es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas y en el que te has complacido. Lo enviaste desde el cielo al seno de una Virgen, el cual fue concebido y se encarnó, y se mostró como Hijo tuyo naciendo del Espíritu Santo y de la Virgen. El, cumpliendo tu voluntad y conquistándote tu pueblo santo, extendió sus manos padeciendo para librar del sufrimiento a los que creyeron en Ti. El cual, habiéndose entregado voluntariamente a la pasión para destruir la muerte, romper las cadenas del demonio, humillar al infierno, iluminar a los justos, cumplirlo todo y manifestar la resurrección, tomando el pan y dándote gracias, dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros será destrozado. Del mismo modo tomó el cáliz, diciendo: Esta es mi sangre, que por vosotros es derramada; cuando hacéis esto, renováis el recuerdo de mí.

Recordando, pues, la muerte y la resurrección de él, te ofrecemos el pan y el cáliz, dándote gracias, porque nos tuviste por dignos de estar delante de ti y de servirte. Y te pedimos que envíes tu Espíritu Santo a la oblación de la santa iglesia. Juntándolos en uno, da a todos los santos que la reciben, que sean llenos del Espíritu Santo para confirmación de la fe en la verdad, para que te alabemos y glorifiquemos por tu Hijo Jesucristo, por medio del cual honor y gloria a ti, al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo en tu santa iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

Este pasaje es interesante por varias razones. Primero, vemos una parte de la liturgia que usamos hoy día, antes de la comunión: "El Señor sea con vosotros; y con tu espíritu. Elevad vuestros corazones; los elevamos al Señor. Demos gracias al Señor nuestro Dios; dárselas es digno y justo." Y después de estos versículos, viene lo que llamaríamos el Prefacio, como en nuestra liturgia luterana, y la oración eucarística, como veremos más adelante.

También notamos una vez más la centralidad del concepto de sacrificio en este pasaje, y la importancia de la oración dirigida al Padre.

Hay muchos otros escritos primitivos, pero hemos citado los más importantes de los primeros dos siglos del cristianismo. Por supuesto, hay muchos escritos de los siglos posteriores, y en esos escritos vemos más claramente cómo se hacía el culto y la liturgia. Pero hemos citado los escritos más antiguos para demostrar que el culto cristiano y la liturgia tienen su raíz en lo más antiguo del cristianismo. Podemos sacar algunas conclusiones, entonces, de lo que hemos visto:

1. Los cristianos siempre se reunían en domingo. El domingo era para ellos el "día del Señor," ("domingo" se deriva de "dominus", que significa "Señor" en latín). No cabe duda de esto.

2. Los primeros cristianos celebraban la Santa Cena todos los domingos sin falta. De esto tampoco hay duda.
3. Los primeros cristianos cantaban en sus reuniones, usando mayormente salmos del Antiguo Testamento, y leían otras porciones del Antiguo Testamento, después de las cuales se ofrecía una breve exposición, parecida a nuestro sermón de hoy día.
4. Los primeros cristianos recitaban oraciones fijas. Estas oraciones predominaban en su culto, y no las oraciones en las propias palabras del pastor o dirigente, aunque también a veces se usaban éstas. Generalmente recitaban las mismas oraciones los domingos.
5. Los primeros cristianos usaban una "liturgia", en el sentido de oraciones comunes, y oraciones fijas que se usaban en todas las iglesias de una región, y se repetían las mismas palabras todos los domingos. También tenían versículos y respuestas, como vimos en Hipólito ("El Señor sea con vosotros," etc.). No podemos definir el contenido de toda su liturgia, pero no cabe duda que la usaban.
6. El concepto de sacrificio era el concepto más importante para el culto de los primeros cristianos. Hablaban del sacrificio de oraciones, de acciones de gracias (eucaristías), y del pan y el cáliz de la Santa Cena.

Estas citas que nos confirman los seis puntos que acabamos de mencionar a muchos cristianos les pueden parecer desagradables. Por ejemplo, en muchas iglesias nuestras, no se celebra la Santa Cena todos los domingos. Y nosotros generalmente no consideramos la Santa Cena como un sacrificio en ningún sentido. A otros grupos cristianos (no luteranos) que son "anti-litúrgicos", y dicen que nunca se deben usar oraciones preparadas, o escritas, sino siempre orar en las propias palabras de uno, les puede parecer mal que los primeros cristianos usaban mayormente oraciones preparadas y fijas.

Al ver que nuestras prácticas o doctrinas no están totalmente de acuerdo con lo que practicaban los primeros cristianos, nos quedan dos opciones. Primero, podemos descartar todo lo que hacían los primeros cristianos, diciendo que estaban equivocados o que ya se habían desviado de las enseñanzas apostólicas. Muchos grupos cristianos de hoy hacen precisamente eso: juzgan a los primeros cristianos, diciendo que estaban mal, y que la iglesia se había corrompido casi inmediatamente después de la muerte y resurrección del Señor. Dicen que las prácticas de los primeros cristianos contradicen la Biblia (aunque son los primeros cristianos los que conservaron el Nuevo Testamento y se basaban siempre en él, en realidad).

Pero pensar de esta forma no es correcto. ¿Cómo iba a ser posible que se corrompiera tan pronto la iglesia? La iglesia primitiva era ejemplar en muchos aspectos. Sufrían persecuciones y muerte por su fe. ¿Quiénes somos nosotros para juzgarlos a ellos? ¿Y cómo vamos a decir que ellos no eran "bíblicos" cuando ellos fueron los que preservaron y divulgaron las mismas Escrituras? A ellos les debemos el hecho de que tenemos una Biblia. Ellos fueron los que escogieron los libros del Nuevo Testamento, y los separaron de libros que no consideraban tan inspirados. ¿Cómo podemos, por una parte, afirmar que escogieron bien los libros que debían pertenecer al Nuevo Testamento (lo cual de hecho todos los grupos cristianos hacen al aceptar el Nuevo Testamento que tenemos hoy), pero decir que ellos no interpretaban bien o que contradecían los mismos libros que escogieron? Eso sería ridículo.

¿Quiénes somos nosotros para decir que sabemos más que ellos, y juzgarlos como equivocados? ¿Acaso somos tan presumidos como para creernos más inteligentes, o más espirituales que los primeros cristianos? Muchos de los que escribieron conocían a los apóstoles, como Juan, que vivió hasta el año 100, más o menos, o recibieron su instrucción de los que habían aprendido de los mismos apóstoles. Sólo una o dos generaciones los separaban de los apóstoles, mientras a nosotros nos separan casi 2,000 años. ¿Cómo podemos presumir que nosotros, 20 siglos después, somos más fieles a lo que enseñaban los apóstoles que ellos, que vivían unos pocos años después? Escuchemos, por ejemplo, lo que dijo Papías, un cristiano alrededor del año 140:

"Si por casualidad me encontraba con alguien que había sido discípulo y seguidor de los primeros ancianos, yo investigaba cuáles habían sido las enseñanzas de estos ancianos: lo que dijo Andrés, o Pedro, o lo que dijo Felipe o Tomás, o Santiago o Juan o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor..."

En esta cita vemos claramente que los primeros cristianos siempre se interesaban por las enseñanzas apostólicas, y seguían lo que los apóstoles habían enseñado. Por lo tanto, sería ilógico y ridículo rechazar lo que nos dicen los escritos de los primeros cristianos como equivocado o erróneo, o decir que seguimos nosotros más fielmente las enseñanzas de los apóstoles que ellos.

Tenemos otra opción, entonces. Podemos tratar de entender bien lo que enseñaban y hacían los primeros cristianos, y comprender por qué hacían lo que hacían, y por qué creían lo que creían. Si hay algunas prácticas o creencias que ellos tenían que difieren de las nuestras, debemos hacer una comparación, para aprender de lo que hacían y enseñaban ellos. Debemos examinar bien lo que hacemos nosotros, si no es lo mismo que hacían ellos, para ver si hay solamente diferencias, o si hay contradicciones (una cosa puede ser diferente de otra sin contradecirla). Sin duda, en muchos sentidos, ellos entendían las Escrituras de una manera diferente que nosotros. Debemos tratar de comprender cómo entendían ellos las Escrituras, y esto nos servirá para que nosotros también entendamos mejor las Escrituras.

Por supuesto, no decimos que hay que imitar todo lo que hacían los primeros cristianos. Ellos vivían en una época muy diferente de la nuestra. La iglesia de hoy no puede ser igual que la de aquel entonces. Por ejemplo, ellos no dejaban que personas no bautizadas estuvieran presentes para la Santa Cena; no podían ni ver. Nosotros hoy día no podríamos hacer eso, ni tendríamos razón para hacerlo.

Pero debemos considerar las prácticas y las enseñanzas nuestras que se diferencian de las de los primeros cristianos, y preguntarnos: ¿por qué hemos dejado de practicar o enseñar algunas cosas que ellos practicaban y enseñaban? Por ejemplo, ellos celebraban la Santa Cena todos los domingos. Para ellos, ese acto era lo más importante en su adoración. ¿Por qué muchas de nuestras iglesias no celebran la Santa Cena todos los domingos? ¿Tenemos razón en discontinuar esa práctica? ¿Por qué consideraban la Santa Cena como lo más importante de su culto? ¿Damos nosotros la misma importancia a la Santa Cena que ellos? ¿Hacemos bien en no celebrar la Santa Cena todos los domingos? Cuando celebramos la Santa Cena, ¿le damos el mismo significado que ellos, u otro? Estas son preguntas que tenemos que contestar, y que consideraremos más tarde en este libro.

Igualmente, al ver que el concepto del sacrificio era central para los primeros cristianos en su celebración de la Santa Cena, y que nosotros a veces no relacionamos el concepto de sacrificio con la Santa Cena, debemos tratar de comprender qué entendían por sacrificio. ¿Están de acuerdo con nuestras enseñanzas las enseñanzas de los primeros cristianos en este aspecto? ¿Podemos reconciliar nuestra enseñanza con la de ellos? Estas son algunas de las preguntas que trataremos de contestar en otros capítulos.

### El desarrollo posterior de la liturgia

Entre el cuarto siglo y el octavo, la liturgia fue tomando la forma que nosotros actualmente conocemos. Se fijó el año litúrgico y los componentes del oficio también fueron fijados. Ya hemos visto en los escritos cristianos primitivos el uso de una confesión antes del culto (el Didajé), como acostumbramos en la Iglesia Luterana (parece que después, esta práctica fue desapareciendo). También hemos visto los versículos y respuestas del prefacio ("El Señor sea con vosotros", etc.) en Hipólito alrededor del año 220, y el uso de una oración eucarística antes de la comunión. Sabemos que también se usaba el Padrenuestro en los cultos, pues aparece en el mismo Didajé, uno de los escritos más antiguos que tenemos. Tertuliano, que escribió alrededor del año 200, menciona que se leían porciones del Antiguo Testamento, de las Epístolas de Pablo, y de los Evangelios, y que se ofrecían oraciones generales por las autoridades y por la paz del mundo. San Cipriano, alrededor del año 250, también menciona algunas de estas cosas que hemos visto, y también nos dice del uso generalizado de la oración: "Señor, ten piedad de nosotros."

Las fórmulas trinitarias también datan de tiempos muy antiguos. San Policarpo, cuando fue quemado vivo alrededor del año 155, terminó su última oración diciendo: "te glorifico por medio del eterno y celeste sumo sacerdote Jesucristo, tu Hijo Amado, por el cual sea a ti gloria junto con él y con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos. Amén." Esta fórmula se parece muchísimo a la fórmula que usamos para terminar muchas de nuestras oraciones, en especial las Colectas. Sin duda, esa fórmula no fue una improvisación de parte de Policarpo, sino que la usaría con frecuencia, y tal vez terminaba todas sus oraciones de esa manera. También se usaban doxologías en la iglesia primitiva, como "Gloria sea al Padre y, al Hijo y al Espíritu Santo", etc., aunque la versión más usada en aquel entonces era: "Gloria sea al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo."

Tenemos evidencias de que existían otras partes de nuestra liturgia actual en el cuarto y el quinto siglos. El introito, por ejemplo, data del quinto siglo, igual que el "Sanctus" que se canta después del Prefacio (aunque el Sanctus es un canto tomado de la Biblia). El "Gloria en Excelsis" existía ya en el cuarto siglo. Se usaba también en el cuarto siglo la letanía, un conjunto de peticiones, y después de cada petición el pueblo respondía: "Señor, ten piedad." El Credo Apostólico data de los primeros siglos del cristianismo, y el Credo Niceno fue compuesto en el Concilio de Nicea en el año 325.

Al mismo tiempo, se fueron desarrollando otros cantos entre los cristianos. El Nunc Dimittis, que cantamos a veces después de la Santa Cena, o en el culto vespertino, es un canto bíblico (Luc. 2:29-32) que se ha usado desde el primer siglo. La iglesia seguía usando los salmos de una manera muy extensa, junto con otros cantos bíblicos, como el Magnificat (Luc. 1:46-55), y el Benedictus (Luc. 1:68-79), entre otros. También se compusieron nuevos cantos, como el "Te Deum laudamos."

Aunque siempre ha habido mucha conformidad litúrgica entre las iglesias cristianas de diferentes partes del mundo, siempre ha habido también muchas variaciones. No todas las iglesias usaban la misma liturgia y los mismos cantos. Había diferencias, por ejemplo, por el idioma, ya que muchos cristianos hablaban griego, otros latín, y otros usaban otros idiomas. Pero aunque variaban en sus detalles, todas las liturgias siempre han tenido ciertas cosas en común. Por ejemplo, todas las liturgias emplean doxologías, oraciones, lecturas bíblicas, el 'Kirie ("Señor, ten piedad"), versículos y respuestas, oraciones eucarísticas (como el Prefacio), el Padrenuestro, otros cantos, etc. Aunque siempre ha habido diversidad, también ha habido siempre mucha uniformidad en el uso de la liturgia. Hasta la fecha, si uno compara las liturgias de las diferentes iglesias litúrgicas, como la luterana, la anglicana, la católica-romana, las iglesias orientales, etc., verá que se parecen muchísimo, y las similitudes destacan más que las diferencias.

La celebración litúrgica del domingo siempre ha sido, sin duda, la más importante. Pero los cristianos también se reunían a veces otros días de la semana. Cuando el culto cristiano dejó de ser prohibido y podía celebrarse en público, los cristianos se reunían en la mañana, antes de trabajar, y en la noche, después de trabajar. También se reunían en otras horas, cuando les era posible. El culto de la mañana se llamaba "Maitines" (o a veces "Laudes"), y el culto de la noche se llamaba "Vísperas". Estos cultos desarrollaron sus propias liturgias. Más que en el culto dominical, destacaba el uso de los salmos y los cánticos bíblicos en forma antifonal. En la mañana, por ejemplo, siempre se ha usado en especial el Salmo 95, el Cántico de Zacarías (el Benedictus), y a veces el Te Deum laudamus.

A través de los siglos, el culto se hizo más uniforme tanto en el Oriente como en Europa. En la época de la Reforma, como veremos más adelante, los reformadores hicieron ciertos cambios, con el fin de quitar ciertos elementos que consideraban equivocados. Muchas iglesias se deshicieron casi por completo de la liturgia, como vemos en muchas iglesias evangélicas de hoy día. Entre las iglesias que conservaron la liturgia, hubo en realidad pocos cambios.

### Historia, tradición y nosotros

En muchos círculos evangélicos, la palabra "tradición" tiene una connotación netamente negativa. Se habla de no seguir "tradiciones humanas", sino sólo lo que enseña la Biblia. Esto, sin duda, es una reacción en contra de la Iglesia Romana, que pone la tradición al mismo nivel que las Sagradas Escrituras, y defiende muchas de sus prácticas que no tienen base bíblica diciendo que son aceptables porque son parte de la tradición.

Sin embargo, la tradición tiene, y siempre ha tenido, un lugar muy importante en la vida de la Iglesia, aun en los círculos donde se rechaza el concepto de "tradición." La palabra "tradición," en realidad, es una palabra bíblica. En algunos pasajes se habla en contra de la tradición, como en Mt. 15:6 y Col. 2:8. Pero la misma palabra en griego que se usa en esos pasajes también se usa en pasajes como 1 Co. 11:2, donde se puede traducir: "Os alabo, hermanos, porque en todo os acordáis de mí, y retenéis las tradiciones tal como os las entregué," y en 2 Tes. 2:15, donde se puede traducir: "Así que, hermanos, estad firmes, y retened la tradición que habéis aprendido." En 2 Tes. 3:6, Pablo les dice que se aparten de todo

hermano que no enseñe "según la tradición que recibisteis de nosotros." Por supuesto, aunque nuestra versión española de la Biblia no usa la palabra "tradición" en estos pasajes, esa palabra aparece en la versión original, escrita en griego.

"Tradición" simplemente significa una "transmisión", o algo transmitido o comunicado de uno a otro. Lo que una generación de personas transmite a otra generación es una tradición. Así ha pasado en la iglesia siempre. Los apóstoles enseñaron ciertas doctrinas y prácticas a los primeros cristianos, o sea, les transmitieron una "tradición." Estas cristianos transmitían esas doctrinas y prácticas a otros--así siguió la "tradición." Vista en esta perspectiva, la Biblia misma no es otra cosa que una "tradición," porque es algo transmitido de una generación a otra. Así que la palabra "tradición" no es una palabra solamente con connotaciones negativas, sino también positivas.

Por eso, aunque muchos grupos evangélicos lo niegan, ellos también siguen tradiciones. Por ejemplo, si una persona en uno de esos grupos intenta hacer un cambio en práctica o doctrina, algunos se oponen, diciendo: "Nunca lo hemos hecho así, sino siempre de esta otra manera." Esto no es otra cosa que la tradición.

En la iglesia cristiana, con el correr de los años, se han conservado muchas tradiciones. Con esto, queremos decir que hemos recibido de generaciones anteriores de cristianos muchas creencias y prácticas. Algunas de estas creencias y prácticas tienen su origen en los tiempos de Cristo y los apóstoles; por ejemplo, la celebración de la Santa Cena. Pero otras creencias y prácticas fueron introducidas poco a poco en las iglesias cristianas. Los cristianos, al esforzarse por vivir su fe y ponerla en práctica, adoptaban nuevas maneras de expresar lo que creían en palabras y hechos. Inventaban símbolos y otros ritos que les ayudaban a expresar y vivir su fe cristiana.

Muchas de estas tradiciones son muy buenas, mientras otras no lo son. Podemos distinguir entre tres tipos de tradiciones: hay tradiciones bíblicas, apoyadas por lo que enseña la Biblia, directa o indirectamente; hay tradiciones contradictorias a la Biblia, que van en contra de su mensaje; y hay tradiciones que no son bíblicas, pero que tampoco contradicen lo que enseña la Biblia.

Todos los grupos cristianos están de acuerdo en que se deben seguir las tradiciones bíblicas, como celebrar la Santa Cena, cantar, orar, alabar a Dios, etc. Pero a través de los años, otras tradiciones fueron introducidas en las iglesias, como las últimas dos clases de tradiciones mencionadas arriba. Siempre debemos comparar esas tradiciones con la enseñanza bíblica, porque en la Biblia tenemos las "tradiciones" de Jesús y los apóstoles, o sea, lo que ellos enseñaban y practicaban. Al examinar las tradiciones de la iglesia, vemos que a través de los siglos se introdujeron ciertas enseñanzas que contradecían lo que enseñaban Cristo y los apóstoles. Por ejemplo, se comenzó a adorar y rendir culto a otras figuras, como la Virgen y los santos, algo que los apóstoles no habían hecho ni enseñado nunca, y que hasta contradice lo que enseñaban los apóstoles. Entonces, vemos estas tradiciones y las comparamos con las tradiciones apostólicas, o sea, los escritos bíblicos, y vemos que se contradicen. Entonces, rechazamos esas tradiciones por contradecir lo que enseñaban Jesús y los apóstoles.

Pero hay otras muchas tradiciones que no datan de tiempos bíblicos, y que se introdujeron en la iglesia cristiana a través de los siglos, que no contradicen lo que enseña la Biblia. En la Iglesia Luterana usamos el término "adiáfora" para hablar de estas tradiciones, ya que estas tradiciones no con-



tradicen la Biblia. Tenemos libertad para seguirlas o rechazarlas. No decimos que son necesarias, pues no lo son, y no tenemos que seguirlas. Pero pueden ser provechosas para nuestra fe y nuestra vida cristiana, y si no son provechosas, es bueno seguirlas. Así que estas cosas no son obligatorias, pero sí son provechosas. Tales cosas como el uso de vestimentas clericales, el persignarse, el uso de la liturgia, etc., pueden ser provechosas para nuestra fe, y por eso decimos que es bueno usarlas, aunque no son obligatorias, pues no son proscritas en la Biblia. En el siguiente capítulo veremos muchas de estas tradiciones que nos pueden ser provechosas.

Nosotros en la Iglesia Luterana reconocemos que debemos mucho a las generaciones de cristianos que han vivido desde la época de Jesucristo. Estas generaciones han conservado muchas cosas de sumo valor. En primer lugar, han conservado los escritos de los apóstoles y otros autores bíblicos. Pero también han conservado otras cosas. A través de los siglos ha habido millones de cristianos. Muchos de estos cristianos han vivido vidas ejemplares, que debemos imitar. Han expresado su fe en muchas maneras, poniendo esa fe en práctica. Tenemos un pasado lleno de cosas de mucho valor, cosas que hemos heredado de las generaciones pasadas. No desechamos todo ese pasado. Al contrario, lo valoramos mucho. Ese pasado tiene mucho que enseñarnos, tanto cosas que debemos imitar como cosas que debemos evitar.

Como luteranos, no decimos que la Iglesia Luterana comenzó en el siglo XVI con Martín Lutero. La Iglesia Luterana no es una iglesia "nueva." Al contrario, creemos que la Iglesia Luterana es una continuación de la misma Iglesia Apostólica. Nosotros creemos que la Iglesia había decaído mucho en la Edad Media, antes de Lutero, y que se habían introducido muchas creencias y prácticas no cristianas. Pero la Iglesia de Cristo no había desaparecido de la faz de la tierra. No había que re-crear la Iglesia, o fundarla de nuevo. Sólo había que reformarla--quitar lo malo, y continuar lo bueno. En esto diferimos de muchas otras iglesias evangélicas, que han querido desligarse por completo del pasado de la Iglesia. Estas otras iglesias a veces hasta enseñan que la iglesia cristiana había dejado de existir antes de la Reforma, y que ya no había verdaderos cristianos. Creen que había que fundar la iglesia de nuevo, negando todo el pasado y declarándolo malo y perverso. Esto no lo enseñamos en la Iglesia Luterana. Como aconseja San Pablo en 1 Tes. 5:21, examinamos todo y retenemos lo bueno.

En otras palabras, si todavía existía la iglesia, aunque de una manera corrompida, en el tiempo de la Reforma, había que preservar todo lo que no estaba corrompido, pero no deshacerse de todo, tanto lo bueno como lo malo.

Es igual como la forma en que tratamos la Biblia. Entendemos lo que nos dice la Biblia, y cómo interpretarla, viendo lo que otros cristianos han hecho con la Biblia. Leemos comentarios de grandes individuos, algunos más antiguos, como San Juan Crisóstomo, otros de épocas posteriores, como Lutero o Calvino, y otros muy recientes. Aprendemos del pasado. Asimismo, vemos confesiones, como la Confesión de Augsburgo o los Credos Universales, y estas confesiones nos ayudan a comprender mejor lo que enseña la Biblia. Cada generación de cristianos ya tiene una base histórica para entender la Biblia. No tenemos que aprender de nuevo cómo entender la Biblia e interpretarla, sin ninguna ayuda. Hay libros, y hay maestros que enseñan a los nuevos cristianos cómo entender la Biblia y la fe cristiana; éstos han aprendido de otros, y éstos de otros, etc. Eso es lo que significa la

"tradición"--una transmisión de una generación a otra. Esto ocurre en todas las diferentes iglesias. Hay una transmisión de las mismas creencias a las nuevas generaciones. Por lo tanto, todas las iglesias tienen su tradición.

Así es con nuestra adoración. Aprendemos a adorar a Dios de la forma en que otros nos enseñan. La iglesia, desde tiempos antiguos, ha usado una liturgia. La liturgia es lo que los cristianos de siglos pasados nos han "enseñado." No tenemos que aprender de nuevo, cómo adorar a Dios en el culto, comenzando de la nada. Aprendemos de generaciones anteriores cómo adorar a Dios de la mejor manera. Aprovechamos toda su experiencia. La liturgia, igual que la Biblia, ha sido transmitida por unos cristianos a otros desde los primeros días del cristianismo.

Por eso, en la Iglesia Luterana, continuamos las tradiciones que creemos buenas y edificantes. No creemos, por ejemplo, que "todo lo católico es malo." La Iglesia Católica ha conservado muchas cosas buenas a través de los siglos, como la misma Biblia. Por supuesto, rechazamos enseñanzas y prácticas que contradicen la enseñanza bíblica. Pero al mismo tiempo, somos conscientes de que somos una continuación de la iglesia cristiana que ha existido desde el tiempo de Cristo, y no una iglesia nueva.

Por eso conservamos muchas tradiciones. No nos desligamos del pasado. No decimos, "Todo el pasado es malo, y hay que empezar de nuevo." Más bien decimos que hay que tomar lo bueno del pasado y desechar lo malo.

Al considerar la liturgia, entonces, y toda la adoración cristiana, queremos conservar lo bueno del pasado. No desechamos las formas en que la iglesia cristiana ha adorado a Dios a través de los siglos, cuando estas formas no contradicen lo que enseñaron Jesús y sus discípulos. Al contrario, queremos ligarnos con los cristianos de otras épocas. Queremos ser uno con ellos. Queremos imitarlos en todo lo bueno que han hecho. Valoramos mucho la forma en que ellos han adorado a Dios, por medio de la liturgia.

En otras palabras, queremos aprender de los cristianos que nos han precedido en la fe. Si ellos siempre han usado una liturgia, porque tenía un significado muy importante en sus vidas, queremos seguirla usando para descubrir el significado que puede tener para nosotros también. No queremos desligarnos de ellos, sino al contrario, unirnos con ellos. Y por medio de la liturgia, expresamos nuestra unión con ellos.

Los cristianos desde la época de los apóstoles hasta nuestra época nos han heredado muchas cosas de sumo valor. Una de ellas es la Biblia; otra es la liturgia. No hemos desechado la Biblia, aunque es difícil de entender, sino que nos hemos esforzado por entenderla y buscar en ella un significado para nuestra vida cristiana. Así tampoco debemos desechar la liturgia, sino esforzarnos por entenderla y buscar en ella un significado para nuestra vida cristiana, igual como hacemos con la Biblia. La Biblia tiene mucho que enseñarnos; la liturgia también tiene mucho que enseñarnos. Hemos aprendido a valorar la Biblia que nos han heredado cristianos de épocas pasadas; aprendamos a valorar también la liturgia que esos mismos cristianos nos han heredado. Si ellos conservaron la Biblia para nosotros porque creían que nos podía servir, conservaron también la liturgia por la misma razón. Debemos esforzarnos siempre por descubrir el mensaje tan rico y profundo de la liturgia.

### III. FIGURAS DE LO CELESTIAL

En el primer capítulo, vimos que la adoración de la iglesia es como "el cielo en la tierra." Al adorar a Dios, participamos en la adoración celestial. "Nos sentamos en los lugares celestiales," en un sentido, como dice San Pablo en Ef. 2:6.

Sin embargo, reconocemos que estamos en la tierra. Aunque estamos unidos a los que están en el cielo, a diferencia de ellos, todavía estamos aquí en este mundo. Por lo tanto, es necesario que en nuestra adoración usemos símbolos y figuras.

Un símbolo es algo que representa otra cosa. Por ejemplo, en la química, el símbolo "H<sub>2</sub>O" representa "agua." En realidad, toda la escritura es un símbolo. Si escribo la palabra "león", esas cuatro letras: "l", "e", "o", y "n" en esa combinación representan el animal que conocemos como león. Nos hacen pensar en ese animal. Por eso, son un símbolo que representa "león" para nosotros.

Una "figura" es casi lo mismo que un símbolo. Una figura también representa otra cosa. Si veo un dibujo de un león en un libro, puede decir: "Eso es un león," aunque en realidad no lo es; es sólo una imagen o una figura de un león. Esa figura no tiene vida. Sólo representa un león, haciéndonos pensar en un león. Por eso es una figura, o "imagen."

En la iglesia cristiana, también usamos símbolos y figuras, para representar muchas cosas de nuestra fe. Esto es necesario porque nuestra fe consiste en cosas invisibles. Por ejemplo, nosotros nunca hemos visto a Dios, ni a Jesucristo, ni al Espíritu Santo, ni a los ángeles, ni al cielo, etc. Nunca hemos oído el canto de los ángeles. Nunca hemos tocado a Jesucristo. Todas estas cosas no las podemos conocer por la vista, por el oído, o por alguno de los otros sentidos. Sólo las podemos conocer por la fe.

Hay que recordar que Dios es infinito y nosotros somos finitos. No podemos comprender a Dios por completo, porque no cabe en nuestra mente. No podemos comprender, por ejemplo, cómo es que Dios no tiene principio ni fin, ni cómo puede estar en todas partes al mismo tiempo.

Por todas estas razones, tenemos que recurrir a símbolos y figuras para representar a Dios y a las cosas de nuestra fe. Esto es algo muy bíblico. Por ejemplo, en el Apocalipsis, el Señor dice: "Yo soy el Alfa y el Omega." "Alfa" es la primera letra del alfabeto griego, y "Omega" es la última. Con eso él quería decir que él es el primero y el último, el principio y el fin. "Alfa" y "Omega" son símbolos que representan a Dios. Hay muchos otros símbolos y figuras que emplea la Biblia. En varios pasajes se habla de Jesucristo como "el Cordero de Dios." No es que Cristo realmente sea un cordero--es un ser humano. Más bien, en lenguaje simbólico, el cordero representa el sacrificio de Jesucristo.

Hay dos libros en particular en el Nuevo Testamento que nos hablan mucho en símbolos. El primero es el Apocalipsis. Este libro emplea mucho lenguaje simbólico. Habla de Jesucristo, de la Iglesia, de los redimidos, de Satanás, y de otras realidades espirituales en lenguaje simbólico. Emplea muchas figuras, números, y otras cosas en forma simbólica.

El otro libro que habla mucho de símbolos y figuras es la Epístola a los Hebreos. Para este libro, todo el Antiguo Testamento es una figura

de Jesucristo. Por ejemplo, el sumo sacerdote era figura de Cristo, porque ofrecía sacrificios por el pecado, como Cristo. También los mismos sacrificios eran figuras de Cristo, porque Cristo es el sacrificio perfecto. El templo del Antiguo Testamento era figura del cielo (ver Heb. 9:24). Esta epístola usa los términos "figura", "imagen", y "sombra" para hablar del culto del Antiguo Testamento, porque el culto representaba al culto perfecto de Jesucristo.

Nosotros también usamos símbolos y figuras en nuestra adoración. Estos símbolos y figuras tienen el fin de representar otras realidades. Las realidades que representan son cosas invisibles o infinitas. Estos símbolos y figuras tienen el propósito de hacer presentes otras cosas. La palabra "representar" está compuesta de dos partes: "re-", que significa hacer algo nuevamente, y "presentar", que significa "hacer presente." Por lo tanto, al decir que un símbolo o una figura "representa" otra cosa, queremos decir que nos hace presente esa cosa de nuevo. Por ejemplo, cuando vemos el símbolo de Alfa y Omega ( $\text{A}\Omega$ ), ese símbolo nos trae a la memoria al Señor, el principio y el fin de todo. Nos hace meditar en él, y en algún aspecto en particular de su ser--su infinitud. Si vemos el símbolo del Cordero, eso nos trae presente a Jesucristo, el Cordero de Dios, haciéndonos pensar en él y en su sacrificio por el mundo. Eso es lo que hace un símbolo o una figura: nos hace presente otra realidad.

En el primer capítulo, ya hablamos de algunas figuras, sin referirnos a ellas como figuras. Por ejemplo, hablamos de la iglesia como una figura del cielo. Al reunirse los cristianos en un lugar para adorar a Dios, eso es como el cielo, pues en el cielo también todos los creyentes están reunidos adorando a Dios. De igual manera, nuestros cantos de alabanza y adoración son figuras del canto de los seres celestiales. Estas figuras nos hacen recordar que somos participantes de la vida celestial. El culto de la iglesia es una figura del culto celestial. Todos los símbolos y las figuras que empleamos en nuestro culto representan otras realidades, de las cuales formamos parte. A continuación consideraremos algunos de los símbolos y figuras que empleamos en nuestro culto:

### El templo

Generalmente, el culto se lleva a cabo en un templo. El templo es una figura del cielo. Esta asociación del templo se encuentra en la misma Biblia, en la Epístola a los Hebreos (Heb. 8:1-5, y 9:23-24). El templo también representa la "nueva Jerusalén" (Ap. 21), ya que es el lugar donde están los santos adorando a Dios.

Un templo es, sencillamente, un lugar donde se ofrecen sacrificios. El templo de Jerusalén servía como el lugar donde llegaban todos los creyentes judíos a ofrecer sus sacrificios a Dios. Nosotros usamos el término "templo" porque, también presentamos sacrificios a Dios allí. Le ofrecemos el "sacrificio de alabanza" (Heb. 13:15), y "sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Ped. 2:5). Nos presentamos a nosotros mismos a Dios como "sacrificio vivo" (Rom. 12:1).

El templo también es figura del cielo en el sentido de que todos los redimidos están reunidos para adorar a Dios con cantos, oraciones y alabanzas. Aunque sea un número muy pequeño en comparación con la multitud del cielo, los que están en el templo son una figura de esa multitud.

Como el templo es figura de los lugares celestiales, debemos respetarlo. Dios está presente con nosotros en el templo. Por lo tanto, debemos estar en

el templo con reverencia, dándonos cuenta de que el culto es algo muy especial. Por supuesto, esto no significa que debemos estar tan sombríos o serios que no saludamos a otros que entran, o no podemos sonreír. El ambiente debe ser uno de gozo y alegría, no tristeza. ¿Acaso habrá tristeza en el cielo? ¿Por qué, entonces, va a ser el templo, como la figura del cielo, un lugar triste? Debe haber, por lo tanto, respeto y gozo al mismo tiempo.

A muchas iglesias protestantes les ha parecido mal que los templos católicos y a veces de otros grupos sean muy ornatos y decorosos. Por eso, muchos templos protestantes son demasiado sencillos, con casi nada de belleza o atractivo. Sin embargo, si recordamos que el templo es una figura del cielo, podemos ver por qué un templo debe ser bello. Cuando entramos a un templo decoroso y ornato, con adornos preciosos, sentimos cierto respeto. Recordamos que este lugar es especial. Nos sentimos conmovidos por su belleza, como si hubiéramos sido transportados a otro mundo, en un sentido. Esto es bueno.

Por lo contrario, si entramos a un templo mal cuidado, con nada de atractivo, no sentimos lo mismo. No nos atrae ese lugar, ni nos sentimos conmovidos por su belleza. No sentimos el mismo respeto por el lugar.

Por supuesto, a veces una congregación no tiene los medios necesarios para construir un templo ornato. Pero aun un lugar sencillo puede ser hermoso. Un lugar se puede arreglar sin mucho costo, a veces, si todo está bien cuidado, y si se ponen adornos como estandartes, paramentos, etc. Todo el esfuerzo posible debe hacerse para que el templo sea un lugar hermoso y atractivo.

Los que se oponen a esto, diciendo que hay que hacer el templo sencillo, porque gastar mucho dinero para hacer un templo muy hermoso es un derroche, son como Judas en un sentido. Cuando Judas no quería que María ungiera a Jesús con perfumes costosos, y que se repartiera mejor el dinero entre los pobres, Jesús respondió que María hacía bien. Todo lo que se ofrece a Dios para adorarlo y glorificarlo es bueno. Por supuesto, hay límites. Pero hay que recordar que Dios es digno de un lugar hermoso, igual como es digno de cantos hermosos.

Por lo tanto, como el templo es figura del cielo, el templo debe ser un lugar hermoso donde podemos adorar a Dios recordando que ya formamos parte de la comunión celestial.

### El altar

Desde tiempos antiguos, el altar ha constituido el punto central del santuario. Se encuentra en frente del santuario, en el centro. San Pablo parece referirse al altar al hablar de la "Mesa del Señor" en 1 Co. 10:21. Los primeros cristianos usaban una mesa en el centro de su santuario. Cuando se reunían en las catacumbas (las tumbas subterráneas), a veces usaban la piedra de una tumba como su altar. Por eso, los altares a veces son construidos en forma de tumba.

El altar también está íntimamente relacionado con el concepto de sacrificio. En el Antiguo Testamento, se ofrecían sacrificios sobre el altar del templo. Hebreos 13:10 emplea el término "altar", dándose a entender que la iglesia cristiana siempre ha tenido la costumbre de usar un altar. Apocalipsis también habla de un altar celestial, en Ap. 8:1-5. Por eso, también el altar representa lo celestial, donde también hay un

altar. También se habla del altar en algunos escritos de los primeros cristianos. San Ignacio de Antioquía, alrededor del año 110, menciona el altar. Así que sabemos que el altar se ha usado desde los primeros días del cristianismo.

Generalmente, el altar está en una posición elevada. Esto es para que quede a la vista de toda la congregación. Sin embargo, más que nada esa elevación simboliza la elevación de nuestros sacrificios.

La centralidad del altar una vez más enfatiza la centralidad del concepto de sacrificio en la adoración cristiana. Se debe notar que es el altar el que ocupa la posición central y principal, y no el púlpito o el atril (facistol). Lo central en la adoración cristiana es el sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido por el pueblo. El pueblo de Dios asiste al culto, en primer lugar, para ofrecerse a Dios. Por supuesto, también asiste para oír la Palabra de Dios, pero el oír la Palabra de Dios nunca es un fin en sí mismo, sino sólo oímos la Palabra de Dios para luego presentarnos a él como sacrificio. Esta entrega de nosotros mismos a Dios es el punto culminante de la adoración cristiana. Ciertamente, oímos del amor de Dios por nosotros desde el púlpito y el atril. Pero no puede haber comunión con Dios si nosotros no nos ofrecemos a Dios en respuesta al amor que él nos ha dado.

Por otra parte, nosotros no nos podemos ofrecer a Dios excepto por medio de Jesucristo, el que se ofreció a Dios como sacrificio perfecto. El sacrificio del pueblo de Dios sólo es posible al unirse el pueblo al único sacrificio de Jesucristo. Por lo tanto, el altar representa, en primer término, a Jesucristo, que se entregó a Dios como "ofrenda y sacrificio en olor fragante" (Ef. 5:2); y en segundo término, representa al pueblo de Dios, que unido a Cristo se presenta a Dios también como sacrificio.

Por eso, el altar es central en el culto. La mayoría de la actividad del culto ocurre al estar el pastor parado frente al altar. Ahí se ofrecen las alabanzas, las oraciones, y las ofrendas a Dios. El altar representa la entrega de toda la congregación presente a Dios el Padre, por medio de Jesucristo. Todos somos, en sentido simbólico, "sacrificados sobre el altar" en el culto cristiano.

Muchas iglesias protestantes han quitado el altar del santuario, y en su lugar ponen el púlpito en el lugar central. Creemos que esta práctica es equivocada, pues se pierde toda la noción de sacrificio a Dios, lo cual es central en la adoración cristiana. Cuando desaparece esta noción de sacrificio, la adoración cristiana pierde sentido. Después discutiremos más a fondo el uso del altar en el culto cristiano.

### La cruz o el crucifijo

El otro objeto que junto con el altar ocupa el lugar central del santuario es la cruz, o el crucifijo. Generalmente, una cruz se coloca sobre el altar o detrás de él. Puede ser una cruz sencilla (sin la imagen de Cristo), o puede ser el crucifijo (con la imagen de Cristo).

Una vez más, la cruz es símbolo de sacrificio, en particular del sacrificio de Cristo. Por ese sacrificio, tenemos entrada a la intimidad con Dios. Esto lo enseña San Pablo en Ef. 2:14-18, donde dice que por la cruz de Cristo hemos sido reconciliados con Dios, y así, por medio de Cristo, "los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre." En otras palabras, por medio del sacrificio de Cristo, hecho en la cruz, estamos nuevamente en comunión con Dios.

A veces la cruz lleva una imagen de Cristo. En estos casos se llama "crucifijo". El crucifijo hace lo mismo que la cruz sencilla--recordarnos del amor de Dios al sacrificar a su Unico Hijo.

Algunas iglesias evangélicas se oponen al uso de los crucifijos, por ser "imágenes." Creen que esto es idolatría. Esto, en realidad, es ridículo. Nosotros creemos que el Dios invisible se hizo visible en Jesucristo. Si Dios prohibió imágenes de sí mismo en el Antiguo Testamento, era porque él era invisible. Pero en Jesucristo se ha hecho visible. Por lo tanto, podemos representarlo como un ser humano, porque lo es. Por supuesto, no creemos que Jesucristo esté presente en esa imagen, ni adoramos a la imagen de Cristo. Sólo nos sirve para recordarnos de una manera muy vívida el sacrificio de Cristo. Si el crucifijo me sirve para recordar la muerte de Cristo y su gran amor por mí, y así aumenta mi fe, ¿qué puede tener de malo? Cualquier cosa que fortalezca mi fe es buena, y no mala. Por lo tanto, si el crucifijo me sirve para ese fin, es bueno, y tengo libertad para usarlo en la iglesia, en la casa, en una prenda, etc.

Hay iglesias que también se oponen al uso de la cruz. Dicen que el poner la cruz en frente del templo es malo, porque es como alegrarse de que Cristo haya sido crucificado, cuando en realidad la crucifixión fue algo trágico. Esto también es ridículo. Al ver la cruz, nosotros no pensamos, "Que bueno que Cristo fue crucificado", como si nos alegrara el hecho de que sufrió y murió. Más bien, pensamos, "Cómo nos ha amado Cristo, que quiso ser crucificado por nosotros y dar su vida para salvarnos." Hasta San Pablo se gloriaba en la cruz del Señor por esa razón (ver Gál. 6:14). Por lo tanto, los grupos que se oponen al uso de la cruz no comprenden bien su significado bíblico y lo que siempre ha significado en la iglesia.

La cruz, entonces, representa el sacrificio de Cristo, y el sacrificio del cuerpo de Cristo, la iglesia. Al ver la cruz, debemos recordar dos cosas. Primero, debemos recordar a nuestro Señor Jesucristo, que se ofreció a Dios por nosotros en la cruz para poder restablecernos a la comunión con él. Pero en segundo lugar, debemos recordar que esa cruz representa también nuestra propia crucifixión y muerte. San Pablo dice, "Con Cristo estoy juntamente crucificado" (Gál 2:20). Jesús nos pide que también carguemos con nuestra cruz (Luc. 9:23). Y hay otros pasajes que hablan de nuestra propia crucifixión y muerte (Gál. 5:24, 6:14; Ro. 6:6). Por lo tanto, la cruz representa no sólo la muerte de Cristo, sino también la muerte de todos nosotros los que hemos sido unidos a Cristo en su crucifixión y muerte.

Así hemos entrado en la comunión con Dios--por medio de la cruz. Y es muy importante también recordar que igual como la cruz fue para Cristo el camino para ser resucitado en gloria y sentarse a la derecha del Padre, así también nosotros al ser "crucificados" con Cristo en espíritu, ofreciendo nuestras vidas a Dios unidos a él, seremos glorificados como Jesucristo. Por lo tanto, la cruz no sólo representa la muerte, sino también la vida, porque al ser "crucificados" con Cristo, también tenemos la seguridad de resucitar con él (ver Rom. 6:4-5). Al tomar nuestra cruz junto con Cristo, entramos a la vida íntima de Dios junto con él.

### El púlpito

A un lado del altar (no importa cuál) se halla el púlpito. El púlpito es el lugar desde el cual se le predica la Palabra de Dios al pueblo. Generalmente también se encuentra en una posición elevada, para que todo el

pueblo pueda ver y oír. Esta elevación también simboliza la forma en que el Verbo de Dios, Jesucristo, descendió de lo alto para venir a los hombres. De la misma manera, la Palabra (o el Verbo) de Dios predicada por el pastor desciende desde el altar sobre la congregación.

Por eso, el púlpito también es símbolo de Jesucristo. Representa su venida a nosotros. En el primer capítulo notamos que la adoración tiene dos "direcciones." La primera es el movimiento de Dios hacia nosotros, y la segunda es el movimiento de nosotros hacia Dios. El púlpito representa la primera de estas dos direcciones, la venida de la Palabra de Dios hacia nosotros, en Jesucristo. Por eso, el púlpito también es una parte muy importante del mobiliario del templo.

### El facistol

Al otro extremo del púlpito se encuentra el facistol. El facistol es un atril, y muchas veces se usa el término "atril" en lugar de "facistol." Sobre el facistol se coloca la Biblia, de la cual se leen las lecciones del día. El facistol también se emplea muchas veces para hacer anuncios a la congregación. En un sentido representa también a Cristo, la Palabra de Dios, que viene a nosotros.

En la iglesia primitiva se usaban a veces dos facistoles, uno para leer las lecciones del Antiguo Testamento y de las Epístolas, y el otro para leer el Santo Evangelio. Aunque esta práctica se conserva en algunas iglesias, en la mayoría se emplea un solo facistol.

### La fuente bautismal

La fuente bautismal también debe ocupar un sitio de importancia en el santuario, debido a la centralidad del sacramento del bautismo en la iglesia cristiana. Antiguamente se colocaba en la entrada a la iglesia. Esto, en primer lugar, representaba la importancia del bautismo, y en segundo lugar, recordaba al pueblo que entraba al templo que por el bautismo habían entrado a formar parte del pueblo de Dios. Por eso, al entrar la gente a la iglesia, lo primero que veían era la fuente bautismal, la cual debía recordarles su entrada al Reino de Dios por medio del bautismo.

Sin embargo, también ha sido costumbre colocar la fuente bautismal hacia el frente de la iglesia, a veces en medio, y a veces hacia un lado. Siempre debe estar a la vista del pueblo, recordándole la importancia de su bautismo, por medio del cual han llegado a ser "hijos de Dios," miembros de su familia y de su Reino. Es muy importante que en nuestra iglesia el Sacramento del Santo Bautismo recobre su importancia, de modo que al pueblo siempre se le recuerde su Bautismo.

### Las velas

Desde tiempos antiguos se han usado velas en la iglesia. Por supuesto, en un principio, era una necesidad, pues los cristianos se reunían en lugares oscuros como las catacumbas, y se reunían en horas cuando no había luz del sol. Generalmente se colocan las velas sobre el altar, o cerca del altar.

Las velas representan también a Jesucristo, la luz del mundo, que nos ha alumbrado. Como el cielo es un lugar brillante, lleno de luz, las velas representan la luz celestial, que proviene de Dios. San Juan habla mucho de la luz en su Evangelio y su Primera Epístola, haciendo un contraste entre



la luz y las tinieblas. San Pablo dice que somos "hijos de luz" en Ef. 5:18. Por lo tanto, la luz de las velas nos trae a la mente muchas figuras bíblicas y nos recuerda de Dios, la luz del mundo.

### El incienso

El incienso se usaba en el culto del Antiguo Testamento, junto con los sacrificios. Leemos del incienso en el culto celestial, en Ap. 5:8 y 8:1-5. Otros pasajes del Nuevo Testamento hablan del olor agradable del sacrificio en Ef. 5:2 y Fil. 4:18. El incienso sin duda se usaba desde los primeros días del cristianismo.

El incienso tiene varios significados. Primero, el humo del incienso que sube al cielo representa el sacrificio de alabanza que el pueblo ofrece a Dios. También representa las oraciones del pueblo, que suben hasta el cielo, como leemos en Apoc. 8:1-5, donde dice que "subía a la presencia de Dios el humo del incienso con las oraciones de los santos." Por eso, el incienso tiene que ver con el sacrificio y con nuestra "subida al cielo." El pueblo, igual que el humo, sube hasta el cielo para adorar y glorificar a Dios.

También tiene significado el olor del incienso. Hemos visto que el templo debe ser un lugar hermoso y agradable que recuerda a la congregación del cielo. Entonces, lo que el pueblo ve debe recordarle de los lugares celestiales. También usamos música, como veremos adelante, con el fin de representar el canto celestial; así, lo que todos oyen debe recordarles de los lugares celestiales. Por eso también se usa el incienso a veces. Lo que el pueblo huele debe también recordarle del cielo. El incienso ayuda mucho a proveer de un "ambiente celestial" a la adoración cristiana, pues el olor del incienso hace que el pueblo capte el sentido especial de la adoración, haciéndolos sentirse "transportados" a los lugares celestiales.

son pocas las iglesias luteranas que usan incienso, aunque hay algunas. En realidad, es una lástima que tantas iglesias hayan desechado este símbolo tan precioso y significativo. Como hemos visto, el uso del incienso en el culto es uno de los símbolos con más base bíblica. No hay razón para oponerse a su uso, con tal de que se explique bien a todos el significado.

### Los paramentos

Los paramentos son adornos hechos de tela que cuelgan del altar, del púlpito y del facistol. A veces también las estolas usadas por el pastor se incluyen como parte de los paramentos. Varían de color, según el tiempo del año litúrgico. Los paramentos llevan otros símbolos cristianos, que generalmente simbolizan al Dios Trino o a alguna de las tres personas de la Santísima Trinidad. Veremos el uso y el significado de los paramentos en el capítulo sobre el Año Litúrgico.

En fin, los paramentos sirven para recordar al pueblo ciertas cosas, y son símbolos que también comunican mensajes al pueblo reunido.

### Las vestimentas clericales

En la Iglesia Luterana, como en otras iglesias litúrgicas, como la Anglicana, la Católica Romana, y la Ortodoxa Oriental, los pastores usan vestiduras especiales al officiar el culto. Hay distintos tipos de vestidura. La toga, el alba, la sotana, y la sobrepelliz son las más comunes.

La sobrepelliz se pone encima de la sotana. La toga y la sotana son negras, y el alba y la sobrepelliz son blancas. Los pastores también llevan una estola, que se pone encima de la otra vestidura y que varía según el color del tiempo litúrgico.

El uso de vestiduras especiales data desde aproximadamente el siglo V. Algunos reformadores se opusieron a su uso durante la Reforma, pero Lutero y las Iglesias Luteranas han conservado esta costumbre, aunque de ninguna manera es una ley. Sabemos también que en el Antiguo Testamento los sacerdotes usaban vestimentas especiales al officiar el culto y ofrecer sacrificios.

¿Cuál es el significado de las vestimentas clericales? El significado principal de las vestimentas es que representan a Cristo. El pastor, al ponerse la vestidura clerical, se cubre, en un sentido. Las palabras que él va a decir ya no son suyas, sino de Jesucristo. Cuando se dirige a la congregación, les está hablando la Palabra de Dios, y no la suya propia. Por eso, está "cubierto" de Cristo, para enfatizar que no sólo es él que está hablando, sino Cristo por medio de él.

Lo mismo ocurre cuando el pastor se dirige a Dios en oración. Eso lo hace por el pueblo, en representación del pueblo. Sabemos que Dios sólo nos ha aceptado por medio de Jesucristo, por estar nosotros unidos a él. Sólo tenemos acceso a Dios por estar "en Cristo." San Pablo dice que estamos "revestidos de Cristo" (Gál. 3:27). Así, el pastor, que representa al pueblo y habla a Dios por el pueblo, se dirige a Dios "revestido de Cristo", representando al pueblo que también está "revestido de Cristo."

Por lo tanto, las vestiduras nos recuerdan que el pastor siempre está hablando en representación de otro; a veces en representación de Dios o Jesucristo (el Verbo de Dios), y a veces en representación del pueblo, que está "revestido de Cristo," orando en su nombre. Sólo podemos dirigirnos a Dios el Padre por estar "en Cristo," y por eso oramos en su nombre.

#### Las flores

Muchas veces se pone al pie del altar, o encima de él, una ofrenda floral. Esto representa, en primer lugar, la vida que Dios nos ha dado. Pero, igual como dice su nombre, también es una ofrenda. Ofrecemos las flores a Dios, como ofrecemos la vida que nos da. Como muchos otros de los símbolos que hemos visto, el concepto de sacrificio juega un papel central en el uso de la ofrenda floral.

#### Otros adornos del templo

A veces se emplean otros adornos en el templo. Estos pueden ser estandartes con algún mensaje o imagen, o alguna figura o símbolo de las tres personas de la Trinidad, o inclusive de algún santo. La Iglesia Luterana nunca ha estado de acuerdo con otros grupos evangélicos que prohíben el uso de imágenes, figuras, y otros símbolos. En los países donde predomina la Iglesia Luterana, como en Alemania y los países escandinavos, las iglesias están llenas de imágenes, figuras, y símbolos, no sólo de Jesucristo, sino también de santos. Sin embargo, generalmente los santos son de la Biblia, como San Juan, San Pedro, etc. Lutero se opuso vehementemente a la destrucción de imágenes y otras figuras, porque sabía que todo eso puede ayudar al cristiano en su adoración a Dios, si se usa correctamente.

Otros grupos evangélicos a veces nos creen idólatras por permitir el uso de imágenes y figuras. Eso es ridículo. En la Iglesia Luterana, nunca

nos inclinamos ante las imágenes y las figuras para adorarlas o venerarlas. No creemos que la imagen o figura tiene vida o que puede oírnos, hacer milagros, etc. Eso sí sería idolatría. La idolatría significa creer que una imagen o figura es Dios, o un dios, o un santo, etc., y considerarlo como tal. Significa creer que Dios o el santo está presente en la imagen. Pero nosotros no creemos eso. Si tenemos, por ejemplo, un Cristo en un crucifijo de madera, nunca decimos, "Ahí está Cristo." Reconocemos que ese es un pedazo de madera, y nada más.

El único fin de imágenes, figuras, símbolos, etc., es de recordarnos de la persona (sea divina o humana) que aquello representa. Eso inspira en nosotros mayor devoción al Único y Verdadero Dios. En realidad, no hay ninguna diferencia entre una imagen y una descripción en palabras. Por ejemplo, yo puedo afirmar en palabras, "Cristo nos ama." Eso me comunica al oído que Cristo me ama. Pero puedo hacer lo mismo en un cuadro que representa un Cristo lleno de amor. Eso me comunica al ojo que Cristo me ama. Puedo decir, "Cristo fue crucificado" con palabras, o puedo decir exactamente lo mismo con una imagen. ¿Qué diferencia hay? En realidad, ninguna. ¿Por qué va a permitirse que se me comunique por medio del oído que Cristo me ama y se entregó por mí, pero no que se me comunique exactamente lo mismo por medio de la vista?

Es lo mismo con otras imágenes. Si veo, por ejemplo, la imagen de San Pedro en un templo, esa imagen me hace recordar a San Pedro. Al recordarlo, recuerdo su vida ejemplar como cristiano, y me inspira a imitarlo, y tener la misma fe que él. ¿Qué tiene de malo eso?

En un sentido, una imagen es hasta superior a la palabra hablada. Por ejemplo, si tengo un crucifijo ante mis ojos, puedo contemplar ese crucifijo por un buen rato, y me está comunicando y recordando el amor de Cristo continuamente. Pero si leo u oigo las palabras, "Cristo fue crucificado," no puedo estarlas leyendo o escuchando más que por un breve instante, a menos de que se repitan. Por eso, las imágenes pueden comunicarnos muchas cosas muy hermosas por ratos extensos.

Vemos que aun los grupos evangélicos que prohíben que se represente a Cristo en cuadros e imágenes, o a San Pedro o San Pablo, emplean libros en su escuela dominical que traen dibujos y cuadros de Cristo, San Pedro, San Pablo, etc. ¿Acaso son idólatras por eso? Claro que no. Esos cuadros sirven para enseñar a los niños y comunicarles el mensaje de la salvación. Pues ése es el mismo fin de usar cuadros e imágenes en los templos, las casas, etc.--de enseñarnos y comunicarnos el mensaje de la salvación. No hay nada malo en eso.

Por supuesto, puede haber abusos en el uso de imágenes. Pero en la historia de la Iglesia Luterana, no ha habido de ninguna manera abusos en el uso de las imágenes. Siempre se han usado de una forma sana, correcta, y cristiana.

### Otros símbolos cristianos

Hay muchos símbolos que ha usado la iglesia cristiana a través de los siglos, y que se siguen usando hoy día. Muchos de estos símbolos aparecen en el Apéndice en la p. 218. El alumno los puede estudiar.

## El uso debido de los símbolos

Todos los símbolos y figuras cristianos, en un principio, tuvieron el fin de representar algo al pueblo cristiano. Como hemos visto, las imágenes son para los ojos lo que las palabras son para los oídos--nos comunican algo. Las palabras son símbolos que nos comunican algo por medio del sentido del oído, mientras las imágenes son símbolos que nos comunican algo por medio del sentido de la vista. Las imágenes tienen la ventaja de que pueden estar nos hablando continuamente por medio de la vista.

Entonces, todo símbolo o figura tiene un fin de hacernos pensar en lo que el símbolo o figura representa, y de comunicarnos algo acerca de él. Con ese fin son creados. Siempre que se crea un símbolo, es porque representa algo para los que lo han creado, y les recuerda algo que para ellos vale la pena recordar.

Sin embargo, muchas veces ocurre que una generación de personas crea un símbolo que representa algo para ellos, pero a través de los años, ese símbolo pierde su significado para las nuevas generaciones. Hay dos cosas que pueden ocurrir: primero, el significado del símbolo puede ser olvidado por las nuevas generaciones. En este caso, el símbolo ya no significa nada para la gente. Si se conserva, puede ser únicamente por tradición, pero la gente no sabe lo que significa. En estos casos, el símbolo ya no tiene una razón de ser. ¿Para qué sirve, si no los recuerda de nada?

La otra posibilidad es que el símbolo puede ir cambiando de significado. Puede significar otra cosa para las nuevas generaciones, algo que no significaba anteriormente. A veces no hay ningún problema, pero otras veces puede tomar un significado erróneo o equivocado que va en contra del espíritu de la verdad cristiana. En estos casos, el símbolo llega a ser objeto de abuso.

Podemos dar unos ejemplos. En épocas antiguas, se usaban los símbolos "IHC" y "XP". Estos eran símbolos de Jesucristo. "IHS" viene de las primeras letras del nombre "Jesús" en griego. "XP" viene de las primeras dos letras del título "Cristo" en griego, "X" y "P". Mucha gente hoy día ve esos símbolos, y no sabe qué significan. Entonces, han perdido su significado, pues nadie los entiende.

Un símbolo que ha cambiado de significado un poco es el pez. Como se explica en el Apéndice (p. 218), el pez antes era símbolo por Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. Ahora muchos cristianos no saben eso, pero siguen usando el símbolo con otros significados, como ser pescador de hombres, o los pescados multiplicados por Jesús. Este símbolo, entonces, no significa lo que originalmente significaba.

Y por fin, un símbolo que ha tomado un significado distinto al original es la persignación, o sea, hacer la señal de la cruz. Antiguamente esto servía para recordar al cristiano de su bautismo, y de que es hijo de Dios. Ahora mucha gente se persigna creyendo que es algo mágico que les protege del mal o del peligro. Esto es un abuso de este símbolo. La cruz no es magia.

Cuando un símbolo pierde su significado, o es malinterpretado, siempre nos quedan dos opciones. La primera opción es desecharla. Si ya no tiene ningún significado, ni se le va a dar algún significado, ya no representa nada, y no sirve para nada. Por lo tanto, se puede dejar de usar.

Pero también hay otra opción. La segunda opción es restaurarle su significado original. En la mayoría de los casos, esta opción es mejor, porque no perdemos nada, sino conservamos algo que puede sernos útil. Si desecharmos el símbolo, a lo mejor estamos desecharlo algo que todavía podríamos usar para nuestro provecho. También nos estamos desligando de los cristianos anteriores que usaban ese símbolo. Por eso, es mejor conservar el símbolo, y restaurarle su significado original.

Para explicar esto, podríamos dar el ejemplo de un televisor que no funciona. Podemos hacer dos cosas: tirarlo a la basura, o mandarlo componer. Por supuesto, casi siempre la segunda opción es mejor, porque tal vez con un pequeño ajuste ese televisor puede seguirnos dando mucho uso. Así es también con los símbolos. Es mejor conservarlos y llenarlos de significado en lugar de perderlos. Al desecharlos, podríamos estar "tirando a la basura" algo que todavía nos puede servir mucho.

En la mayoría de las iglesias evangélicas, lamentablemente, se han desechado la mayoría de los símbolos y las figuras. Han escogido la primera opción, de desechar algo que ha perdido su significado, en lugar de tratar de restaurarle su significado. Algunos van al extremo de prohibir todos los símbolos y las figuras, diciendo que son "pecaminosos." Eso no está bien. ¿Cómo va a ser "pecaminoso" o malo algo que fortalece mi relación con Dios, o que me ayuda a vivir una vida cristiana? Al contrario, ese símbolo o figura es bueno para mí, porque me acerca más a Dios y fortalece mi fe. Por supuesto, si ese símbolo o figura no sirve para ese fin, o inclusive me hace creer en doctrinas erróneas que perjudican mi relación con Dios, entonces sí hay que quitarlo, o corregir el error.

Un cuchillo también puede servir para algo bueno (cortar y preparar comida) o para algo malo (matar). Pero el hecho de que a veces se emplea para matar no significa que se debe prohibir el uso de cuchillos. Es lo mismo con las imágenes. El hecho de que se pueden abusar no significa que se deben prohibir. También se les puede dar un uso adecuado.

Esa es la diferencia entre la Iglesia Luterana y algunas otras iglesias evangélicas. Nosotros tenemos esta regla: todo lo que sirve para acercarnos más a Dios y fortalecer nuestra vida cristiana es bueno, y puede conservarse. Pero todo lo que nos aleja de Dios o perjudica nuestra fe, o contradice la verdad cristiana, debe desecharse. Es una regla sencilla. Por eso conservamos muchas cosas que otras iglesias evangélicas desechan.

Por supuesto, no decimos que los símbolos y las figuras son necesarios. Tenemos libertad como cristianos para usar de todo lo que nos ayude en nuestra vida cristiana. Estas cosas no son necesarias, pero son útiles. Nos pueden servir de mucho. Pero no decimos que los que desechan los símbolos y las imágenes están pecando. De ninguna manera. Sólo diríamos que se están perdiendo de algo que puede ser muy útil, y los que salen perjudicados son ellos, pues pierden algo muy hermoso. Es por eso que preservamos cosas como el uso de crucifijos, paramentos, vestimentas clericales, velas, cuadros, y otros símbolos cristianos.

Hay otras razones por las cuales otros grupos evangélicos no emplean muchos de los símbolos y figuras que empleamos en la Iglesia Luterana. Primero, dicen: "Lo que no esté explícitamente ordenado en la Biblia debe ser prohibido." Nosotros, sin embargo, tenemos otra regla: "Lo que no esté prohibido en la Biblia y que no contradiga el mensaje bíblico, puede usarse." Son dos maneras distintas de usar la Biblia. Pero creemos que

la primera forma de usar la Biblia no es correcta. La Biblia no es un libro de mandatos y prohibiciones. En ninguna parte se pone el escritor bíblico a mandar y prohibir cosas con respecto al culto. No se nos dan instrucciones precisas para el culto, ni nos dice cómo llevarlo a cabo. Al contrario, la Biblia habla de libertad. Tenemos libertad para adorar a Dios en la forma que nos parezca más adecuada. Por eso, tenemos la libertad de adorar a Dios con símbolos, figuras, etc. Nuestro propósito en la adoración no es la de tratar de apegarnos a la Biblia al pie de la letra, cuando ni siquiera menciona muchas de estas cosas, sino de hallar una manera apropiada de acercarnos a Dios y vivir en comunión con él.

Otra cosa que muchos grupos evangélicos dicen es que hay que remover del culto todo lo "católico." A estos grupos les parece que la iglesia luterana es casi católica, porque usa vestimentas clericales, liturgia, altar, imágenes, etc. Según ellos, todo lo que "huela" a catolicismo romano debe desecharse. Pero esta forma de juzgar las cosas es ridícula e ilógica. Los católicos han conservado muchas cosas de los cristianos más antiguos, cosas de sumo valor. ¿Para qué desecharlas? También se puede decir que los católicos leen la Biblia en su culto. ¿Debemos dejar de leer la Biblia en el culto sólo porque los católicos lo hacen? Si los católicos alaban a Dios, ¿debemos dejar de hacerlo nosotros para no parecernos a ellos?

Desgraciadamente, esta forma de pensar a veces ha invadido a nuestra Iglesia Luterana. Evitamos ciertas cosas sólo porque esas cosas las hacen los católicos. Muchos cristianos luteranos, por ejemplo, no permiten el uso de incienso, o ven con malos ojos si uno se persigna, porque dicen que "eso es católico."

Es un gran error pensar así. Martín Lutero nunca pensó así. El siempre siguió lo que dice San Pablo en 1 Tes. 5:21: "Examinadlo todo; retened lo bueno." Si hay alguna práctica, de la Iglesia Católica o de otra iglesia, debemos examinarla. ¿Contradice lo que enseña la Biblia? ¿Puede servirnos para fortalecer nuestra vida cristiana? Si no contradice la enseñanza bíblica, y nos sirve para fortalecer nuestra vida cristiana, entonces es bueno, y debemos retenerlo. Nunca debemos desechar algo "sólo porque lo hacen los católicos." Esa forma de razonar no es buena, y hasta contradice lo que dice Pablo en el pasaje que acabamos de ver. Hay que examinar algo primero, y ver si es provechoso o no. San Pablo dice en 1 Co. 10:30: "Si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser censurado por aquello de que doy gracias?" Y nosotros diríamos que si alguna práctica o algún símbolo nos ayuda en nuestra vida cristiana y tiene significado para nosotros, ¿por qué hemos de ser censurados por aquello que nos sirve para ayudarnos en nuestra fe?

Podríamos dar un ejemplo de esto. Como hemos visto, en la iglesia luterana el pastor usa vestiduras clericales. Muchos grupos evangélicos están en contra de esta práctica por las razones que ya hemos visto (no se ordena en la Biblia, y es una práctica "romana").

Ya hemos visto cómo respondemos a estas objeciones. Primero, decimos que esta práctica no está prohibida en la Biblia. Al contrario, los que oficiaban en el Antiguo Testamento usaban vestiduras especiales (Si responden que ya no estamos bajo las leyes del Antiguo Testamento, entonces habría que preguntarles por qué siguen prohibiendo a imágenes, si esa es una ley del Antiguo Testamento y no del Nuevo). Y como hemos visto, la Biblia no es un libro de mandatos y prohibiciones, sino enfatiza siempre nuestra libertad en Cristo. En segundo lugar, el hecho de que los católicos

usan vestiduras no tiene nada que ver. No vamos a dejar de hacer algo sólo porque lo hacen los católicos. Al contrario, vamos a examinar bien todo, para retener lo bueno, lo que tiene significado para nosotros.

Ahora, el uso de las vestiduras clericales tiene significado para nosotros. Ya hemos visto ese significado, al ver que el pastor "se cubre" a sí mismo, porque representa a Cristo, y habla su palabra a la congregación, y no la suya propia. También representa a la congregación "revestida de Cristo." ¿Qué hay de malo en eso?

Además de eso, el uso de vestiduras clericales en nuestro culto nos ayuda en otras maneras. Los miembros de la congregación, al ver al pastor vestido así, recuerdan que esta reunión es especial. No es como otras reuniones de la escuela o del trabajo. No es un simple estudio bíblico o una plática o conferencia. Es algo mucho más especial, y muy superior. Es un culto de adoración. Con la vestidura clerical se crea un ambiente muy particular, porque la congregación se da cuenta de qué lo que está pasando durante el culto no es algo común y corriente, sino algo muy fuera de lo común. El pastor se viste de una manera especial porque la congregación está haciendo algo muy especial al adorar a Dios. Este ambiente no se crea de la misma forma si el pastor no se viste de una manera especial. No hay el mismo espíritu de respeto y admiración reverente por lo que está pasando (aunque, por supuesto, no queremos decir que sin vestiduras clericales no puede existir un espíritu de respeto y admiración reverente en el culto--sólo que el uso de vestiduras clericales aumenta ese espíritu).

Por eso, si el uso de vestiduras clericales nos ayuda a adorar mejor a Dios, y a crear un ambiente "celestial", fuera de lo común, ¿qué hay de malo en eso? Al contrario, es bueno, porque nos permite adorar mejor a Dios y enfocarnos mejor en lo que estamos haciendo. Por eso usamos las vestiduras clericales, y no estamos de acuerdo con los grupos que prohíben su uso: Por supuesto, tampoco exigimos que tienen que usarse. Hay libertad.

Entonces, vemos que las figuras y los símbolos en nuestro culto nos ayudan de muchas formas. Tienen el propósito de hacernos meditar en Cristo y recordar lo que Dios ha hecho y sigue haciendo entre su pueblo. Tienen mucho significado para nosotros. Nos ayudan a recordar que somos "ciudadanos del cielo," y que nuestro culto es una figura de la adoración celestial, y una verdadera participación en la comunión celestial. Por eso, el título de este capítulo es "Figuras de lo celestial." Los símbolos y las figuras nos ayudan a hacer presente el mismo cielo en nuestro culto. Debemos siempre aprender a valorar estos símbolos y figuras, para que puedan llenar de significado nuestra adoración cristiana. Ese es el fin que tienen.

#### IV. LA LITURGIA

En el capítulo II, hicimos notar algunos antecedentes históricos de la liturgia y el significado de esa palabra. Sin embargo, quisiéramos volver a la pregunta: ¿qué es la liturgia? Hay diferentes maneras de definir la palabra "liturgia." Por ejemplo, el diccionario "Pequeño Larousse" define "liturgia" así: "Orden y forma determinados por la Iglesia para la celebración de los oficios." Según esta definición, casi todas las iglesias cristianas de distintas denominaciones tienen una liturgia, pues siguen cierto orden en sus cultos. Por ejemplo, hasta las iglesias que se consideran no litúrgicas tienen tiempos indicados en sus cultos para cantar, o para leer la Biblia, para orar, y para la predicación. Tienen un orden y una forma determinados para la celebración de sus oficios.

Sin embargo, generalmente cuando pensamos en la palabra "liturgia", pensamos en cosas como ritos, rezos comunes, versículos y respuestas, cánticos fijos, etc. Si definimos "liturgia" en términos de estas cosas, diríamos que la mayoría de las iglesias protestantes no son "litúrgicas." Una excepción, por supuesto, sería la Iglesia Luterana.

Otros definen la liturgia como "todo el culto de la iglesia." Esta definición enfatiza que todo lo que hace la iglesia al adorar a Dios es "liturgia." Según esta definición, "culto" y "liturgia" son sinónimos, ya que todo culto es una liturgia, o un servir a Dios, y toda liturgia es un culto, o un adorar a Dios.

Otro diccionario define la liturgia como "el sistema de adoración pública en la iglesia cristiana" (American Heritage). Esta definición enfatiza que la liturgia es un sistema de adoración, o sea, que es una adoración sistemática y ordenada. También recalca que es pública, y no privada. La liturgia no es algo que individuos hagan a escondidas, sino algo hecho en público, con otros cristianos.

Todas estas definiciones son buenas, y nos señalan ciertas características importantes acerca de la liturgia. Pero podemos también definir la liturgia de otra manera. Podemos decir que la liturgia es "la forma común en que los miembros del Cuerpo de Cristo congregados interactúan con Dios unidos unos a otros." Esta definición tal vez sea un poco más compleja, pero vamos a considerar sus partes.

Primero, hay que notar que la liturgia es una "forma común." La liturgia es algo que los cristianos hacen en común, algo que comparten. No acostumbramos decir que cada cristiano o cada congregación tiene su propia liturgia. Al contrario, las iglesias cristianas que son litúrgicas (en el sentido más estricto de la palabra) comparten muchos cantos, oraciones, símbolos, y otras cosas. En otras palabras, tienen muchas cosas en común. Por supuesto, hay diferencias de una iglesia a otra, y hasta podríamos decir que no hay dos congregaciones donde se haga la liturgia exactamente igual, pues siempre hay pequeñas diferencias. Pero todas las congregaciones comparten una forma muy parecida de adorar. Y no sólo comparten entre sí las iglesias sus formas de adorar, sino que las comparten con cristianos de otras épocas que adoraron a Dios de la misma manera.

En segundo lugar, la liturgia es una "forma común" en el sentido en que es algo que los cristianos en un lugar hacen todos en común. Los cristianos reunidos que siguen una liturgia cantan en común, oran en común, y hacen otras cosas en común.



La segunda cosa que enfatiza la definición de liturgia que hemos dado es que la liturgia es algo que hacen los miembros del Cuerpo de Cristo congregados. La liturgia es algo que los cristianos hacen en conjunto, al congregarse. No es algo que cada uno hace en su propia casa, o en su propio tiempo. Al contrario, la liturgia sólo se celebra cuando hay un grupo de cristianos reunidos en un mismo lugar y a una misma hora. Una de las definiciones que vimos arriba usa la palabra "pública." La liturgia no es "privada"--algo celebrado por un individuo, sino que es "pública," ya que es celebrada por una comunidad de cristianos reunidos.

El tercer punto que queremos mencionar con respecto a esta definición es tal vez la más importante; la liturgia es la forma en que los cristianos congregados interactúan con Dios. Esto es lo que ocurre en la liturgia. Hay lo que podríamos llamar una "interacción," o un diálogo entre los cristianos reunidos y Dios. Dios se dirige a los cristianos en la liturgia de diferentes maneras: hablándoles, perdonándoles, fortaleciéndoles, etc. Y los cristianos se dirigen a Dios en la liturgia de muchas maneras, adorándolo, alabándolo, dándole gracias, presentándole sus peticiones, pidiéndole perdón, etc. Así es como Dios y los cristianos reunidos interactúan, cada uno hablando y escuchando al otro. Esto es lo que se hace en la liturgia.

Podemos decir, entonces, que la liturgia es un encuentro entre Dios y los miembros de la iglesia cristiana. El se hace presente para ellos, para comunicarles muchas cosas y para escucharles, y ellos también le comunican muchas cosas a Dios y le escuchan. Pero lo que en realidad ocurre es que Dios se comunica a sí mismo a los cristianos congregados, y se ofrece a sí mismo a ellos. Y ellos también se comunican a sí mismos a Dios, ofreciéndole sus corazones y sus vidas, entregándole su ser entero. Por eso es un encuentro muy personal e íntimo entre Dios y los cristianos congregados.

El último punto de nuestra definición es que los cristianos congregados interactúan con Dios unidos unos con otros. Ya hemos dicho que la liturgia es algo que los cristianos hacen al estar congregados. Pero puede ocurrir que cristianos congregados no estén unidos. Esto no está bien. Los cristianos reunidos, al interactuar con Dios, llegan a estar más unidos a Dios. Pero al estar más unidos todos a Dios, también resultarán más unidos entre sí. Esto es muy importante. La liturgia no sólo une a los cristianos con Dios, sino también, al hacer eso, los une entre sí. La liturgia no es llevada a cabo correctamente cuando los que participan en ella no están unidos unos a otros en espíritu.

Debemos notar aquí que al hablar de la liturgia, incluimos todo lo que ocurre durante el oficio de la iglesia. Por ejemplo, el sermón es parte de la liturgia. La Santa Cena también es parte de la liturgia. A veces hablamos como si el culto consistiera en varias partes: el sermón, la distribución de la Santa Cena, la ofrenda, los himnos, y la liturgia, como si la liturgia fuera sólo una parte del culto. Pero en realidad, todas esas cosas deben considerarse parte de la liturgia.

Todos estos puntos, entonces, son importantes para comprender lo que es la liturgia. Más adelante consideraremos las características de la liturgia, lo cual nos ayudará para entender mejor lo que es. Pero primero vamos a considerar otro punto: el fin, o propósito, de la liturgia.

## El fin de la liturgia

Al hablar del fin o el propósito de la liturgia, podemos afirmar que, en un sentido, la liturgia es un fin en sí mismo; pero en otro sentido, es un medio para alcanzar otros fines. Cabe explicar lo que queremos decir con esto.

En el primer capítulo de este libro, vimos que nosotros fuimos creados con el fin de vivir en íntima comunión con Dios. Al mismo tiempo, al salvarnos Dios por medio de Cristo, su propósito fue de restaurarnos a la comunión íntima con él. Ahora, esa comunión se hace realidad cuando Dios y el hombre están unidos en amor, o sea, cuando Dios ama al hombre y le expresa su amor, y cuando el hombre ama a Dios y le expresa su amor.

Pues, eso es precisamente lo que ocurre en la liturgia. En la liturgia, Dios expresa su amor por sus hijos reunidos, y al mismo tiempo sus hijos expresan su amor por su Padre celestial, al adorarlo. Entonces, al participar en la liturgia, estamos cumpliendo con el propósito por el cual fuimos creados. Estamos realizando nuestra comunión con Dios, y lo estamos haciendo unidos a otros cristianos.

En otras palabras, el fin de nuestras vidas es de vivir en comunión íntima con Dios y con los demás. Sólo para eso existimos. Y esto es lo que hacemos al celebrar la liturgia. Al participar en la liturgia, estamos participando en la comunión con Dios y con los hermanos en la fe. Estamos expresando, de una forma externa y concreta, nuestra comunión con Dios y con otros. Esa comunión tan preciosa se hace real, visible, y concreta al participar nosotros en la liturgia. En la liturgia no hacemos otra cosa que unirnos a Dios y a los demás, y como hemos visto, para eso existimos: para ser uno con Dios, compartiendo su misma vida, y ser uno todos los cristianos, compartiendo todos la misma vida de Dios. Esa comunión se hace real y presente en la liturgia.

Por eso, hemos hablado de la liturgia como una participación en el mismo cielo. El cielo no será otra cosa que la comunión y la unidad de todos los cristianos con Dios. En el cielo, todos seremos uno con Dios, y él será "todo en todos." La unión será perfecta. Eso es lo que pretendemos en la liturgia: participar del mismo cielo, o sea, participar de esa comunión celestial que ya tenemos al estar todos unidos a Cristo, y así unidos al Padre y unidos unos a otros.

Por eso decimos que la liturgia, en un sentido, es un fin en sí misma. Porque al participar en la liturgia, estamos cumpliendo con el fin de nuestras vidas: la comunión con Dios y con sus hijos. No tenemos otro fin en este mundo que ése. Al celebrar la liturgia, expresamos nuestro amor por Dios y los demás, y somos objeto del amor de Dios y los demás. Así se hace realidad nuestra comunión con Dios y sus hijos.

Pero, al mismo tiempo, la comunión que tenemos con Dios y con otros no es perfecta. No amamos a Dios perfectamente como debemos, ni amamos a nuestro prójimo como debemos. No estamos perfectamente unidos a Dios, como debemos estar. Nuestra comunión con Dios y con los demás es imperfecta. No es lo que debe ser. Necesitamos crecer en esa comunión. Necesitamos perfeccionarla, acercándonos más a Dios y a otros, fortaleciendo los lazos que nos unen a Dios y a otros. Por eso, en otro sentido, la liturgia no es un fin en sí misma.

Entonces, podríamos decir que la liturgia también tiene el fin de unirnos más a Dios y a los demás, en amor. Eso es lo que pretende hacer la liturgia. Cada vez que participamos en la liturgia el efecto que debe tener en nosotros es una unión más fuerte con Dios y con nuestros hermanos cristianos. Debe hacer que nuestro amor por Dios y por los demás aumente. Podríamos decir que la liturgia debe educarnos y enseñarnos a vivir en comunión con Dios y con otros, y capacitarnos para hacer esto. Al participar en la liturgia, aprendemos a vivir más unidos a Dios y a los demás, y aprendemos a amarlos. Al mismo tiempo, Dios nos da fuerzas para vivir más unidos a él y a otros. Si esto no sucede, la liturgia no nos habrá servido de nada.

Es muy importante, entonces, recordar este fin de la liturgia: UNIRNOS MAS A DIOS Y A LOS DEMAS, EN AMOR. En las discusiones que siguen en este libro sobre la liturgia, volveremos una y otra vez a ese punto. Si la liturgia no cumple con ese fin, no nos habrá servido participar en ella. Sin embargo, veremos en este capítulo que no hay otra manera más eficaz de hacernos crecer en esa relación de comunión con Dios y con otros que la liturgia, si aprendemos a valorarla y sacar provecho de ella.

### Características de la liturgia

Al considerar la liturgia, hay algunas características de la liturgia que debemos estudiar para poderla entender mejor.

1. La liturgia es ordenada. La liturgia siempre lleva cierto orden. Las partes que componen la liturgia siguen un orden lógico. Por ejemplo, al principiar el oficio dominical, generalmente comenzamos con una confesión de pecados. Hay una razón por ello. Al acercarnos al encuentro con Dios, debemos recordar primero nuestra indignidad y pedirle perdón. Y así todas las partes componentes de la liturgia siguen un orden lógico.

En otras palabras, la liturgia no es una colección de elementos aislados sin ninguna relación entre sí. Todas las partes de la liturgia tienen alguna relación con el resto. Si esto no fuera verdad, y si la liturgia nada más estuviera compuesta por elementos aislados sin ninguna relación entre sí, podríamos cambiar el orden de todo, y no importaría. Pero no cambiamos ese orden, porque ese orden tiene su razón de ser.

Otro sentido en que la liturgia es ordenada es que la liturgia se hace en una forma ordenada. Todos los miembros presentes siguen el mismo orden. No hay más de una persona que hable en determinado momento, por ejemplo, excepto en el caso en que los miembros de la congregación dicen algo al unísono. Todos los presentes están oyendo o diciendo las mismas palabras en todo momento. Nunca se presenta el caso de que algunos oigan una cosa, y otros oigan otra, o que algunos estén rezando alguna cosa y otros estén rezando otra cosa. Eso sería un desorden tremendo. Al contrario, el orden se demuestra en que todos hacen lo mismo al mismo tiempo, sea cantar, orar, escuchar, hablar, etc. (con la posible excepción del pastor y otros que dirigen parte del culto, que a veces hablan mientras los demás escuchan, o vice-versa).

2. La liturgia es repetitiva. Una característica fundamental de la liturgia es que tiene mucha repetición. Por ejemplo, hay muchas frases que se repiten con frecuencia, como el Gloria Patri ("Gloria sea al Padre," etc.), "El Señor sea con vosotros," etc. Pero también hay muchas partes de la liturgia que se repiten todos los domingos, como los cánticos, algunas

oraciones, la confesión y la absolución, etc. En fin, hay mucha repetición en la liturgia.

Algunas personas critican esto. Dicen que la repetición es mala, porque llega a ser costumbre y pierde el significado. Uno repite palabras sin pensar, y así no sirve de ningún provecho.

Sin duda, sí sucede muchas veces que personas repiten palabras sin pensar en ellas. Esto es un problema. Pero, ¿dónde está la raíz del problema: en la repetición, o en nosotros? La falla no está en la repetición, sino en los que no piensan en lo que están repitiendo. La repetición es un instrumento que puede servir para bien; pero como cualquier otro instrumento, hay que saberlo usar y aprovechar para que sea un instrumento eficaz.

Más tarde en este capítulo, discutiremos la repetición más a fondo. Sin embargo, vale la pena mencionar brevemente el propósito de la repetición. Cuando repetimos algo muchas veces, llega a ser parte de nosotros. Por ejemplo, los niños aprenden a contar, o hacer sus tablas de multiplicación, repitiendo estas cosas muchas veces, hasta que les queden grabadas.

Pues, ese es el efecto que la repetición debe tener en nosotros. Queremos que las palabras que repetimos se nos graben, para que lleguen a ser una parte íntima de nuestro ser y nuestra vida. Queremos repetir tanto ciertas oraciones y frases que se conviertan en oraciones continuas para nosotros. Por ejemplo, al pedirle al Señor, "Señor, ten piedad de nosotros," queremos aprender a vivir con esas palabras siempre en nuestros labios, y en todo momento de nuestra vida estar concientes de nuestra necesidad del Señor, y cómo dependemos de su "piedad" para con nosotros. Debemos aprender a vivir siempre entregados al Señor. Queremos que esa actitud de siempre estarle pidiendo al Señor que tenga piedad de nosotros se nos arraigue muy profundamente, y por eso repetimos esa frase. Y así es también con otras frases en la liturgia.

Esa es una de las razones por la repetición. Después, como hemos dicho, veremos varios tipos de repetición y otras razones por las cuales usamos mucho la repetición.

3. La liturgia es variable. Aunque hay muchas partes de la liturgia que permanecen iguales todos los domingos, hay muchas otras partes que varían. Generalmente varían según la estación del año litúrgico. Por ejemplo, cada domingo tiene sus lecciones de la Biblia, su introito, colecta, y gradual, etc. Estos cambian todos los domingos.

Esas variaciones las podemos llamar "cíclicas", porque se repiten cada año. Por ejemplo, el introito es el mismo cada año en un domingo determinado dentro del año litúrgico, como el Primer Domingo de Adviento. Hay un ciclo también de lecturas bíblicas, que se repiten cada año o cada tres años. Hablaremos en otro capítulo de estos ciclos.

Hay otro tipo de variaciones que no son cíclicas. Hay partes de la liturgia que siempre son diferentes. Por ejemplo, el sermón siempre será diferente. También las oraciones del día variarán, porque siempre hay peticiones diferentes. Generalmente no se cantan siempre los mismos himnos. Todo esto se debe a que la situación de los miembros constantemente está cambiando. Por eso, el sermón cambiará, porque el predicador tendrá que dirigirse a realidades distintas cada vez que predica. Y las oraciones cambiarán, porque las necesidades y las situaciones del mundo y de los congregados varían constantemente.

También hay que recordar que los participantes variarán cada vez que se celebra la liturgia. Por ejemplo, los que comulgan un domingo no serán siempre los mismos, pues habrá unos ausentes y otros presentes de un domingo a otro. Los que oran y oyen la Palabra de Dios no serán los mismos todos los domingos. Por eso, en un sentido, cada culto de adoración es distinto a los demás.

Entonces, por una parte hay mucha continuidad todos los domingos, ya que hay muchas partes de la liturgia que se repiten todos los domingos. También hay continuidad en las partes de la liturgia que se repiten en ciclos. Esto es señal de la eternidad de la adoración. Las repeticiones son símbolo de lo celestial, ya que lo celestial es lo que nunca termina ni cambia, sino que sigue para la eternidad, repitiéndose para siempre.

Por otra parte hay cambios y variaciones todos los domingos. Estos cambios representan lo terrenal. Lo terrenal es lo que siempre varía. Siempre estamos en un proceso de cambio. La iglesia nunca es la misma, sino cada día su composición sufre cambios.

Por estas razones, la liturgia representa tanto lo celestial (lo infinito, lo eterno, lo que nunca cambia) como lo terrenal (lo que siempre cambia, envejece, y varía). Más bien, deberíamos decir que la liturgia representa la entrada de lo celestial en nuestra esfera terrenal. Vamos a considerar lo que esto significa.

Como cristianos, confesamos que Dios nunca cambia. Siempre es el mismo. Creemos también que así son las cosas celestiales. Lo celestial es eterno. El gozo y el amor que hay en el cielo son infinitos. No varían. Por ejemplo, el gozo celestial nunca crece ni mengua. Es constante. No es más un día, y menos el otro, ni cambia de alguna forma. Al contrario, siempre es el mismo gozo, infinito y eterno, porque es el mismo Dios, que no cambia.

Nosotros en la tierra, sin embargo, siempre estamos cambiando. Todos los días hay nacimientos y muertes. Con cada segundo que pasa todos envejecemos un poco más. Cada día que nos levantamos enfrentamos una nueva realidad. Nuestra situación cambia. Tenemos nuevas ideas, nuevos intereses, nuevos problemas, nuevos gozos, y nuevas tristezas. Así es nuestra vida terrenal.

El problema con lo terrenal es que todo es efímero. Nuestra vida no dura por mucho tiempo. Los gozos y las alegrías vienen y se van. Somos mortales y finitos, y como mortales y finitos necesitamos recibir lo inmortal y lo infinito. Rodeados de cosas temporales e inconstantes, necesitamos de las cosas eternas y constantes, que nunca acaban. ¿Y qué es lo inmortal, lo infinito, lo eterno y lo constante que necesitamos y añoramos? Es Dios, y nuestra relación con él. Sólo él es inmortal, infinito, eterno, y constante. Y sólo si estamos unidos a él y participamos en su misma vida podemos también ser inmortales, infinitos, eternos y constantes como él.

Eso es lo que representa la liturgia. Es la penetración de lo eterno, lo inmortal, en nuestras vidas. Las partes de la liturgia que no cambian son como Dios, que no cambia. Lo que no cambia representa lo inmortal, lo eterno, que nunca termina. Por eso repetimos ciertas partes todos los domingos, porque necesitamos asimilar lo inmortal y lo eterno en nuestras vidas si queremos llegar a ser nosotros inmortales y eternos. Necesitamos que lo eterno penetre en nosotros, y que nos cambie. Necesitamos parecer nos más y más a Cristo. Por eso repetimos una y otra vez nuestras alabanzas y

oraciones y cantos, para irnos pareciendo más a Cristo, y así ser inmortales como él. En otras palabras, necesitamos ir dejando atrás lo terrenal, lo mortal, lo finito, etc., para irnos llenando de lo celestial, de lo inmortal, de lo eterno, de lo infinito. Necesitamos dejar de ser tan volubles para llegar a ser constantes. Nosotros, que siempre estamos cambiando, necesitamos recibir lo que no cambia--la vida de Dios. Eso es lo que pretendemos hacer en la liturgia.

Pero todo esto no ocurre de un día a otro. Es un proceso. Y al hablar de un proceso, ya estamos hablando de cambios. Vamos dejando lo terrenal poco a poco, cambiando todos los días al parecernos más y más a Cristo. A veces avanzamos, a veces caemos, a veces retrocedemos, pero siempre hay cambios en nosotros. Eso es lo que también vemos en la liturgia. Los ciclos y los cambios y variaciones representan ese proceso de cambio y crecimiento. Por ejemplo, el sermón que oímos varía todos los domingos, para podernos hablar a nuestra realidad tan variable. Y aun cuando participamos en las partes de la liturgia que no varían, nosotros sí cambiamos de un domingo a otro, y de un año a otro. Cada vez que cantamos u oramos, las palabras que repetimos adquieren nuevo significado para nosotros.

Por todas estas razones, entonces, podríamos decir que la liturgia es la entrada de lo celestial a nuestras vidas. Nos acoge en nuestra situación terrenal, para cambiarnos y hacernos parecer más y más al hombre celestial y perfecto, Jesucristo, y a todos los que han llegado a la perfección unidos a él.

4. La liturgia es bíblica. Ya hemos visto en el capítulo II que la liturgia tiene su origen y su base en la Biblia. El uso de cantos, oraciones en común, etc., es bíblico, y por eso, la liturgia es bíblica, en ese sentido.

Pero la liturgia también es bíblica en otro sentido. Casi toda la liturgia se basa en textos bíblicos. Los diferentes cantos, versículos, oraciones, etc., en su mayoría son citas de la Biblia. A veces son tomados de la Biblia literalmente, sin cambios; otras veces son tomados con pequeños cambios, que son mínimos.

Aunque veremos esto al considerar nuestra liturgia más a fondo en los capítulos X y XI, podemos notar brevemente algunos ejemplos. Las palabras como "Señor, ten piedad de nosotros" se encuentran muchas veces en la Biblia (por ejemplo, Mt. 9:27, 20:30, 31, Luc. 17:13, Sal. 123:3, etc.). También palabras como "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo", se basan en citas bíblicas, como Jn. 1:29, en este caso.

Pero aun otras cosas, como el Gloria Patri ("Gloria sea al Padre," etc.), aunque no son citas de la Biblia, expresan muy bien el pensamiento bíblico, y en ese sentido, podemos decir que son expresiones "bíblicas."

Por eso, la liturgia es en todo sentido bíblica. Está basada en la Biblia, y expresa el pensamiento bíblico. Emplea las mismas palabras que la Biblia, y comunica el mensaje bíblico. No hay nada en la liturgia que contradiga la Biblia, sino al contrario, todo se basa en ella.

5. La liturgia es tradicional. Como vimos en el capítulo II, el uso de la liturgia es tradicional. La iglesia cristiana a través de los siglos siempre ha usado la liturgia. Al usar nosotros una liturgia, estamos siguiendo esa tradición, y así, nos podemos considerar como una continuación de la iglesia de siglos anteriores, porque preservamos sus costumbres y prácticas. En este sentido, las iglesias que no usan la liturgia no

pueden considerarse como una continuación de la iglesia de siglos pasados, ya que no preservan las costumbres y prácticas de épocas anteriores de cristianos. Por eso, tenderán a considerarse como iglesias nuevas, en lugar de una continuación de la iglesia antigua, porque no adoran de la misma manera que la iglesia antigua.

Pero hay otro sentido en el que la liturgia es tradicional. Mucho de lo que contiene la liturgia se debe a la tradición, o sea, a las costumbres y prácticas de otros cristianos en siglos pasados. Por ejemplo, el orden de los distintos cantos y las otras partes de la liturgia se debe a la tradición. También hay muchas oraciones, como las colectas, y los Credos, y otras cosas en la liturgia que no aparecen en la Biblia, pero que fueron escritas por cristianos de otras edades. Por supuesto, estas cosas que usamos, aunque fueron preparadas por otros cristianos, tienen su raíz en el pensamiento bíblico, y en ninguna manera contradicen la Biblia. Igual como conservamos himnos muy bellos escritos en los últimos 3 ó 4 siglos, también conservamos himnos, cantos, y oraciones mucho más antiguos.

De esta manera nos consideramos unidos a cristianos de esas épocas anteriores. Usamos las palabras de ellos y de esta manera aprendemos de ellos. Aprendemos a orar como ellos y a pensar como ellos. Por eso, seguimos usando lo que ellos han preparado, y de esta manera somos unidos a ellos, teniendo la liturgia en común con ellos.

6. La liturgia es universal. Ninguna congregación de cristianos emplea su "propia liturgia" totalmente distinta a la de otras congregaciones. Al contrario, la liturgia es algo que muchas congregaciones tienen en común. Por ejemplo, en nuestra Iglesia Luterana en América Latina, casi todas las congregaciones emplean la misma liturgia. Aun cuando se usan liturgias más modernas, o con otra música, siguen un orden casi idéntico al que usan los demás. Los cambios son mínimos.

La liturgia que usamos en la Iglesia Luterana también tiene muchísimo en común con las liturgias usadas por otras iglesias, como la Anglicana, la Católica Romana, y la Iglesia Ortodoxa Oriental. Al usar una liturgia muy parecida a la de ellos, recalcamos nuestra unión con los cristianos de esas iglesias, tanto los que viven ahora como los que han vivido en épocas anteriores.

Entonces, la liturgia es universal porque une a los cristianos de congregaciones e iglesias distintas de todas partes del mundo. Todos estos cristianos se unen en muchos de los mismos cantos y en las mismas alabanzas, pronuncian las mismas oraciones, meditan en los mismos pasajes bíblicos, reciben al mismo Señor en la Santa Cena, etc. Así es como la liturgia une a los cristianos de todas partes del mundo.

Por eso, es preferible que ninguna congregación forme su "liturgia particular" muy distinta a la que usan otras iglesias, porque así su liturgia pierde su universalidad. Pierde lo que tiene en común con otras iglesias, y lo que la une con ellas. Por eso, generalmente un grupo de iglesias, como la Iglesia Luterana, se pone de acuerdo en la liturgia que todo el grupo usará.

### La forma en que la liturgia cumple su propósito

En esta lección hemos dicho que la liturgia tiene el fin de unirnos más a Dios y a los demás, en amor. Ahora, después de haber visto algunas características de la liturgia, vamos a ver en más detalle cómo la liturgia pretende cumplir con ese fin.

En el primer capítulo, vimos que nosotros hemos sido creados para vivir en comunión con Dios y con otros, y que estas dos cosas son inseparables (pues no podemos estar en comunión con Dios sin estar en comunión también con los demás, y vice-versa). También vimos que sólo podemos estar en comunión con Dios si estamos unidos a él por medio de Jesucristo. Si estamos unidos a Jesucristo por medio del Espíritu Santo, él vive en nosotros, y nosotros en él. Y como Jesucristo vive unido a su Padre, si nosotros vivimos unidos a Jesucristo, también estaremos unidos al Padre y en comunión con él.

Pero no sólo estamos unidos cada uno a Jesucristo. Estamos unidos entre nosotros mismos. Jesucristo no sólo nos une a su Padre. Nos une a los demás cristianos. Nos hace uno con ellos, pues todos están unidos al mismo Jesucristo por el mismo Espíritu Santo. Todos somos uno, un cuerpo, un pueblo, por estar unidos al único Hijo del Padre.

Por eso la liturgia debe unirnos a Dios y a los demás. Vamos a considerar cómo puede hacer esto.

### La forma en que la liturgia nos une más a Dios

Hemos descrito nuestra relación con Dios como una comunión, en la que estamos unidos a él. Para que haya comunión, como hemos visto, el amor tiene que fluir en las dos direcciones: de Dios hacia nosotros, y de nosotros hacia Dios.

Sabemos que el amor de Dios es infinito y constante. Nunca podríamos decir que Dios nos ama más en un momento que en otro, o que su amor por nosotros aumenta o mengua de un día a otro. Pero lo que sí cambia somos nosotros. A veces estamos más abiertos y preparados para recibir ese amor de Dios, mientras otras veces estamos más cerrados a él, o andamos distantes de él. A veces vemos claramente su amor por nosotros, mientras otras veces no lo vemos claramente.

Entonces, el amor de Dios por nosotros no hace falta. Lo que hace falta es el amor de nosotros por Dios. El amor por Dios nos lleva a ofrecernos a él, viendo en él la razón de nuestras vidas. Amarlo significa vivir para él, dedicarnos a él, querer estar unido a él y ser uno con él. Significa reconocerlo como nuestro Señor, nuestro amo, y sujetarnos a él en amor.

Entonces, para que haya unión entre Dios y nosotros, el amor tiene que fluir de él hacia nosotros, y luego de nosotros hacia él. Generalmente, cuando hablamos del amor de Dios expresado hacia nosotros, usamos la palabra "sacramento," y cuando hablamos del amor de nosotros por Dios, usamos la palabra "sacrificio." En el siguiente capítulo hablaremos más de estos dos conceptos.

Sin embargo, lo que queremos notar aquí es que la liturgia contiene estas dos cosas: sacramento (el ofrecimiento de Dios a nosotros), y sacrificio (el ofrecimiento de nosotros a Dios). Al ocurrir estas dos cosas, nos unimos más y más a Dios. El penetra más y más en nosotros, y nosotros penetramos más y más en él.



Pero este ofrecimiento de Dios no ocurre solamente una vez. Ocurre constantemente, sin cesar. Y nuestro ofrecimiento a Dios también debe ser constante. Lo que necesitamos es acostumbrarnos a constantemente estar abiertos a Dios para recibirlo, y también acostumbrarnos a constantemente ofrecernos a él. Y eso es precisamente lo que pretende hacer en nosotros la liturgia. Todas las semanas, al principio de la semana (en domingo), nos reunimos para recibir a Dios y ofrecernos a él en la liturgia. El hecho de que hacemos esto regularmente, todos los domingos, significa que queremos acostumbrarnos a vivir constantemente abiertos a Dios, recibiendo, y también acostumbrarnos a ofrecernos a Dios.

¿Cómo nos podemos acostumbrar a hacer algo? ¿Cómo llega algo a ser una costumbre, un hábito? Sólo por medio de la repetición. Nos acostumbramos a hacer algo haciéndolo regularmente, hasta que llegue a ser costumbre. Pues, esa es la forma en que nos acostumbramos a recibir el amor de Dios y ofrecernos a él--haciéndolo muchas veces, repitiéndolo una vez tras otra, para que llegue a ser una costumbre.

Así, la forma de vivir siempre abiertos a Dios y dispuestos a recibirlo en nuestros corazones se nos graba al repetir esto muchas veces. Llega a ser costumbre, cuando repetimos esa forma de ser en la liturgia todos los domingos. Y la forma de vivir ofreciéndonos siempre a Dios también se nos graba en la liturgia. Al ofrecernos a Dios todos los domingos, ese ofrecimiento llega a ser una costumbre, algo constante en nosotros. Repitiendo y "practicando" muchas veces la acción de recibir y ofrecer, esas formas de actuar se hacen una parte íntegra de nuestro ser. Esa manera de vivir llega a estar tan arraigada en nosotros que toda nuestra vida se convierte en un constante recibir a Dios y su amor, y un ofrecimiento continuo de nosotros mismos a él.

Por esa razón, repetimos muchas cosas todos los domingos. Repetimos muchos de los mismos cantos, las mismas oraciones, etc., en los cuales nos ofrecemos a Dios y nosotros nos acostumbramos a reconocer y recibir el amor de Dios, para que todo eso llegue a ser una costumbre, bien arraigada en nosotros. Pero también oímos nuevas palabras, meditamos en cosas nuevas, y oramos de maneras distintas todos los domingos. Así también aprendemos a recibir a Dios y ofrecernos a él frente a nuestro mundo que siempre está cambiando. Todo eso es lo que hacemos en la liturgia.

Entonces, así nos unimos más a Dios por medio de la liturgia. Recibimos más de él y nos ofrecemos más a él, y de esa manera la comunión entre él y nosotros se hace más estrecha e íntima.

#### La forma en que la liturgia nos une a los demás cristianos

Ningún cristiano es un ser aislado. Ser cristiano significa ser miembro de un pueblo, de una familia. En la iglesia no hay hijos únicos; sólo hay hermanos. Y al unirnos todos a Dios, es imposible que no nos unamos más a nuestros hermanos en Cristo también. El Dios al que estamos unidos está presente en los corazones de los demás cristianos. Por eso, al acercarnos a ese Dios, nos acercamos más también a nuestros hermanos. Al unirnos más a Dios, nos unimos más también a los corazones de nuestros hermanos, donde vive el Dios al que estamos todos unidos. El que no vive unido a los demás hermanos cristianos, no vive unido a Dios, pues Dios está en todos ellos.

En el primer capítulo, vimos que lo que Dios quiere es un pueblo unido. Quiere que todos sean UNO con él. Quiere que igual como estamos unidos a él, que estemos unidos a los demás cristianos. Eso es lo que pide Jesucristo a su Padre en Jn. 17:21-23: "para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros... que sean uno, así como nosotros somos uno... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad."

Entonces, cada cristiano debe esforzarse por ser uno con la iglesia. La iglesia es el conjunto de todos los cristianos. Es el cuerpo de Cristo, donde Cristo habita en todos por medio de su Espíritu Santo. La tarea de cada cristiano es de integrarse a ese cuerpo de miembros de Cristo. Tiene que aprender a vivir unido a la iglesia, para poder ser uno con todos los demás cristianos, y así cumplir lo que quiere Dios: la unidad perfecta. Sólo podemos ser uno con Dios si somos uno todos juntos. Es imposible que todos sean uno con Dios, pero divididos entre sí.

Para poder ser uno con la iglesia, cada cristiano tiene que aprender a pensar y actuar como los demás miembros de la iglesia. Tiene que conformarse a la iglesia, para ser como los demás. Tiene que unir su adoración de Dios a la adoración de los demás. Tiene que conformar su forma de pensar a la forma de pensar de los demás. Tiene que unir su oración a la oración de la iglesia, para que la oración de la iglesia también sea su propia oración. Tiene que unir su voz a la voz de la iglesia, porque si no une su voz a la de la iglesia, ¿cómo podrá ser uno con los demás? Y si no se une a los demás, ¿cómo estarán todos unidos a Dios? Dios no quiere recibir una adoración dividida y confusa, sino unida y uniforme. No quiere ser adorado por individuos aislados unos de otros, sino por un conjunto de personas unidas entre sí.

La liturgia se usa con este fin. La liturgia no es otra cosa que la oración y la adoración de la iglesia. Como hemos visto, es la forma en que la iglesia, desde tiempos antiguos, ha interactuado con Dios. Entonces, al participar en la liturgia, nos unimos a todos los cristianos que han orado y adorado a Dios, y se han unido unos a otros, por medio de la liturgia, en todos los tiempos y lugares. Nos unimos, en primer lugar, a los cristianos que están presentes en el mismo templo con nosotros. Pero también nos unimos a los cristianos en otras partes del mundo que participan en la liturgia. Y finalmente, nos unimos a los cristianos de otras épocas, tanto los que han interactuado con Dios con las mismas palabras que usamos ahora en la liturgia, como los que en el futuro usarán esas mismas palabras para interactuar con Dios.

En otras palabras, la liturgia enfatiza que no somos un conjunto de individuos aislados los que congregamos para interactuar con Dios, adorando y orando. Al contrario, somos un solo cuerpo. Por eso, usamos las mismas palabras, para adorar a Dios con una sola voz, uniendo todas nuestras voces en una. Todos meditamos en lo mismo al mismo tiempo al pronunciar o escuchar las mismas palabras. Cantamos todos lo mismo, oramos lo mismo, escuchamos lo mismo.

De esta manera, nos presentamos ante Dios unidos, y no divididos. No nos presentamos ante Dios como individuos aislados, cada uno orando en sus propias palabras, pensando algo diferente que los demás, cantando un cántico distinto al de los demás. No nos ofrecemos a Dios divididos, sino unidos, todos siendo uno con el único Señor Jesucristo. No son muchas nuestras voces, sino una sola. Nuestra oración es una; nuestra adoración es una; nuestra fe es una; en todo estamos unidos en un solo cuerpo. Eso es lo que refleja la liturgia.

Por eso, la liturgia es una fuerza unificadora. Si no hubiera liturgia, la adoración de la iglesia sería caótica. No habría nada en común. Cada uno oraría en sus propias palabras, cantaría su propia canción, adoraría a Dios "a su manera," pero no estarían unidos todos. Cada uno adoraría de forma aislada, y no en unión con los demás.

Sabemos que así no va a ser el cielo. En el cielo todos cantaremos y adoraremos a Dios unidos, con una sola voz. Cantaremos con las mismas palabras, como un coro. Adoraremos a Dios como un grupo, y no cada uno "a su manera." Pero aquí en la tierra, en la iglesia, debemos irnos preparando para lo celestial. Y eso es precisamente lo que hacemos en la liturgia. Aprendemos a unirnos a los demás en la adoración y la oración, y en toda nuestra relación con Dios.

La liturgia, entonces, tiene la función de FORMAR UNA COMUNIDAD. La palabra "comunidad" se deriva de la palabra "común." Una comunidad existe cuando todos tienen algo en común. En el caso de la iglesia, la adoración se hace en común, la oración también se hace en común; toda la interacción entre el pueblo y su Dios se hace en común, cuando todos dicen, cantan, y oyen lo mismo siempre. Cuando esto no ocurre, cuando se desecha la liturgia, existe el peligro de perder la idea de comunidad, porque se pierde esta fuerza unificadora.

La liturgia también debe educarnos. Al integrarse uno en una clase, viene a aprender. Necesita que le enseñen. Así es también en la iglesia. Nosotros no sabemos orar, pero por medio de la liturgia aprendemos a orar. Aprendemos a orar al unirnos a la oración de la iglesia. Así también, no sabemos adorar a Dios; pero por medio de la liturgia, aprendemos a adorar a Dios como se debe.

Entonces, la liturgia sirve para que todos los participantes aprendan a orar y adorar a Dios de la misma manera. Así su adoración y su oración serán comunes, y estarán unidos. Por medio de la liturgia, aprendemos cómo debemos relacionarnos con Dios en nuestra vida diaria. Aprendemos a confesarle nuestros pecados, a glorificarlo y alabarlo, a darle gracias. Aprendemos a escuchar su Palabra y permitir que él nos hable por medio de su Palabra. Aprendemos a recibir a Dios en nuestra vida, y ofrecernos a él. Pero, al aprender todo esto, nos unimos a los demás que hacen estas mismas cosas. Nos vamos pareciendo unos a otros en nuestra vida cristiana, porque confesamos nuestros pecados a Dios de la misma manera, lo glorificamos y lo alabamos de la misma manera, entendemos su Palabra de la misma manera, etc. De esta manera somos unidos por medio de la liturgia.

Estas son algunas de las razones por las cuales usamos la liturgia. La liturgia es un instrumento poderoso que nos puede cambiar, si lo permitimos. Nos puede ir uniéndose más y más a Dios, haciéndonos quedar llenos de su vida y su presencia. Nos puede unir más y más a nuestros hermanos cristianos, haciéndonos pensar como ellos y ser como ellos. Así, el Reino de Dios, que es la comunión íntima entre Dios y su pueblo, se va haciendo una realidad en nosotros por medio de la liturgia, que nos transforma y nos cambia.

Sin embargo, como cualquier instrumento, si no lo sabemos usar y aprovechar, de nada nos servirá. Desgraciadamente, muchas veces no hemos permitido que la liturgia haga todo esto en nosotros, porque no sabemos aprovechar la liturgia como debemos. No entendemos bien su significado ni capturamos su poder. Por eso, tenemos que aprender a permitir que la

liturgia nos transforme en nuevos seres, unidos unos a otros, y unidos todos con Dios, por medio de su Hijo Jesucristo.

### Objeciones en contra del uso de la liturgia

Hay algunos grupos evangélicos que critican a la Iglesia Luterana y otras por usar una liturgia. Podemos considerar lo que les parece mal de la liturgia resumiendo sus críticas en cuatro puntos. Después de cada punto daremos una respuesta a su crítica:

1. "La liturgia consiste en 'vanas repeticiones,' contra lo cual nos advierte Jesús en Mt. 6:7, que no debemos hacer. La gente repite las mismas cosas una vez tras otra, sin pensar en lo que está diciendo, y eso no sirve de nada."

Para contestar esta crítica, debemos recordar que los primeros cristianos, para los cuales fueron escritas las palabras de Mt. 6:7, usaban oraciones comunes, las cuales repetían muchas veces, como vimos en el capítulo II. De hecho, dos versículos después de Mt. 6:7, el Señor enseña a orar el "Padre Nuestro," diciendo que debemos orar así. La iglesia desde los primeros días ha usado el Padre Nuestro, y los primeros cristianos entendían que debían orar juntos el Padre Nuestro, ya que por esa razón el Señor lo dio.

El problema con los gentiles en Mt. 6:7 es que usaban oraciones que creían ser mágicas. Creían que si repetían ciertas palabras muchas veces, sucedería lo que pedían. Sería algo como los magos que supuestamente dicen las "palabras mágicas", como "abra-cadabra", y ocurre algún milagro. O es como los brujos que rezan ciertas fórmulas mágicas que creen que efectúan ciertos milagros. Eso es lo que prohíbe nuestro Señor en Mt. 6:7, y no que usemos repeticiones. Sabemos que el mismo Señor Jesucristo oraba y cantaba salmos, y repetía oraciones comunes. Por ejemplo, sabemos que la noche en que fue entregado, el Señor siguió una liturgia llena de ritos simbólicos con sus discípulos, como era costumbre en aquel entonces. También cantaba himnos con sus discípulos (ver Mar. 14:26). Y en el momento de su crucifixión, Jesús no ora en sus propias palabras, sino que repite las palabras del salmista (comparar Mt. 27:46 con Sal. 22:1). Si en el momento de más angustia Jesús prefirió orar en palabras de otro, sin duda oraba así durante toda su vida.

Sin duda, siempre existe el peligro de que los miembros que participan en la liturgia no presten atención a lo que están diciendo. Pero ese peligro existe dondequiera. Por ejemplo, en las iglesias donde se cantan himnos, ocurre muchas veces que la gente canta sin pensar en lo que está cantando. Pero, ¿acaso eso significa que no debemos cantar himnos? Claro que no. De la misma manera, el hecho de que la gente a veces se distrae al participar en la liturgia no significa que debemos dejar de usar la liturgia. Más bien significa que debemos enseñarle a la gente y estimularla para que se concentre más en lo que hace. A veces uno se distrae cuando no comprende bien lo que está haciendo. Pero al ayudar a los miembros a comprender muy claramente lo que están haciendo al participar en la liturgia, no se distraerán tan fácilmente.

En este capítulo ya hemos visto que la repetición tiene muchas ventajas. Sirve para que se nos grabe algo, y para que lo asimilemos. Aprendemos algo repitiéndolo muchas veces. Vimos también que la repetición se usa en el mismo cielo. Según el Libro de Apocalipsis, los redimidos repiten los mismos cantos noche y día sin cesar. Por eso, no hay nada malo en la repe-

tición. Al contrario, nos ayuda en muchísimas maneras. Y hay que notar que nuestro Señor nunca prohíbe las repeticiones--lo que prohíbe son las vanas repeticiones. Por lo tanto, que nuestras repeticiones no sean vanas. Debemos siempre pensar y meditar en lo que hacemos y decimos en la liturgia.

2. "La liturgia no sirve porque las palabras que uno dice no nacen del corazón de uno. No es bueno orar en las palabras de otra persona, sino hay que siempre orar en las propias palabras de uno mismo."

Esta forma de pensar es un grave error, pero prevalece mucho entre los protestantes. Por supuesto, es bueno y necesario que aprendamos a orar con nuestras propias palabras. Pero también es bueno y necesario orar con palabras de otros, y hacerlas nuestras.

En primer lugar, cualquiera que cree que ya sabe orar bien, y que no necesita aprender de otros a orar mejor, es un presumido, y se está engañando a sí mismo. La iglesia siempre ha usado las oraciones de los grandes personajes bíblicos en su adoración. Se han usado mucho las oraciones de Moisés, David, Isaías, María, Zacarías, Simeón, y el mismo Señor Jesucristo, entre otros. Estas personas eran personas muy santas, y sabían orar mucho mejor que nosotros. Por eso empleamos sus oraciones. Pero también, a través de la historia de la iglesia, ha habido cristianos muy grandes en su fe que nos han dejado oraciones muy hermosas. Por eso, empleamos sus oraciones, porque podemos aprender de ellas.

Es interesante notar también que nuestros hermanos evangélicos que se oponen a oraciones litúrgicas también tienden a repetir las mismas frases siempre, y las oraciones de una persona siempre se parecen. Cuando uno ora muchas veces con un cristiano evangélico, se dará cuenta de que ese cristiano casi siempre repite las mismas frases y palabras en su oración. Aunque no lo admiten, están repitiendo las mismas oraciones, igual como hacemos nosotros en la liturgia.

En segundo lugar, cuando entre los evangélicos se cantan himnos dirigidos al Señor, que por lo tanto son oraciones, ya que están dirigidas a Dios, están haciendo lo mismo que nosotros. Están dirigiéndose al Señor, no en sus propias palabras que han nacido de su corazón, sino en las palabras de otra persona, la persona que compuso el himno. Por lo tanto, ¿qué diferencia hay entre cantar un himno a Dios que otra persona escribió, y orar una oración de la liturgia escrita por otra persona? En realidad, no hay ninguna diferencia.

En tercer lugar, si cada cristiano sólo puede orar en sus propias palabras, y no en las palabras de otra persona, ¿cómo puede haber oración en común? Tendríamos una iglesia donde cada uno ora por su parte, pero nunca hay oración en común. Nunca habrá ninguna unión en la oración. No podrían estar "unánimes en oración y ruego", como los apóstoles en Hech. 1:14, porque cada uno oraría separado de los demás.

Algunos cristianos creen resolver este problema diciendo que cuando un miembro hace una oración en sus propias palabras en el templo, los demás deben estar consintiendo, diciendo, "Amén," o "Sí, Señor," para mostrar que están haciendo suya esa oración de otra persona. Pero al decir eso, entonces, están reconociendo que sí es posible que una persona haga suya la oración de otro. Están admitiendo que uno no tiene que orar siempre en sus propias palabras, sino puede orar también con palabras de otro. Pues eso es precisamente lo que decimos nosotros. Al orar oraciones escritas

por otras personas, hacemos nuestras esas oraciones, igual como cristianos de otros grupos hacen suyas las oraciones de otras personas. ¿Qué importa si la oración que hago mía es de una persona presente o ausente, o viva o muerta? De cualquier manera, puedo hacer mía esa oración.

Por eso, nosotros usamos oraciones escritas en nuestra liturgia, y debemos usarlas en nuestras oraciones privadas, también. Si la iglesia ha puesto en nuestro himnario alguna oración escrita, es porque ha reconocido que esa oración es buena y digna de ser orada (lo que no podemos decir, siempre, de las oraciones nuestras, o las que hacemos en nuestras propias palabras). Por lo tanto, nos servirá de mucho provecho orar esa oración, meditando en lo que dice y haciéndola nuestra. Así creceremos en nuestra fe, y nuestra oración será más perfecta.

Y así, cuando todos nos unimos para rezar la misma oración, expresamos la unidad entre los que oramos. Demostramos que nuestra oración es una, de un solo pueblo, y por eso estamos unidos. No estamos divididos, cada uno orando como le parezca, sin estar unido a los demás. Por supuesto, la oración en las propias palabras de uno también es buena y necesaria, pero también la oración en común, y en palabras escritas por otros, es buena y necesaria.

3. "Cuando uno participa en la liturgia, a veces no siente con el corazón lo que está diciendo."

Esta crítica se parece mucho a la crítica que acabamos de mencionar. Sin embargo, hay que reconocer que a veces es difícil concentrarse y "sentir" las oraciones que aparecen en la liturgia.

Hay algunas causas por las cuales esto ocurre. Primero, a veces no entendemos bien las palabras de las oraciones y cantos. Por ejemplo, a veces cantamos del "Señor de Sabaot." ¿Cómo puede uno "sentir" o concentrarse en esa frase si ni siquiera la entiende? También, a veces la liturgia emplea formas anticuadas de hablar, y por eso nos cuesta trabajo entender y concentrarnos.

Sin embargo, hay dos cosas que podemos hacer para remediar este problema. En primer lugar, se puede enseñar a los miembros a entender y apreciar lo que decimos y cantamos. Por ejemplo, en el ejemplo de la frase "Señor de Sabaot," se puede explicar a los miembros que "Sabaot" significa "los ejércitos," como "los ejércitos del cielo," o sea, de todos los seres que hay en el universo, o en el cielo. Así, se puede explicar todas las partes de la liturgia, para que sean bien entendidas y así más fácil de meditar en ellas y "sentirlas."

La otra cosa que se puede hacer es revisar la liturgia, o actualizarla. Podemos usar palabras más sencillas, como se ha hecho en las nuevas versiones populares de la Biblia. Esto también es bueno, y ayudaría a todos a participar de una manera más eficaz en la liturgia. Por ejemplo, muchas versiones nuevas de la liturgia, en lugar de decir "Señor de Sabaot," dicen "Señor Dios del universo."

Sin embargo, debemos aprender también que no debemos basar todo en nuestros sentimientos. A veces no sentimos nada en la liturgia, pero eso no significa que nada está ocurriendo en nosotros. A veces no sentimos nada cuando oramos, pero no por eso debemos dejar de orar. De la misma manera, el hecho de que a veces no sentimos nada en la liturgia no significa que debemos dejar de usarla.

No podemos basar nuestra fe en lo que sentimos. Por ejemplo, si algunas veces no sentimos que Dios nos ame o que nos perdone, eso no significa que Dios nos ha dejado de amar o perdonar. Su amor y su perdón no depende de lo que sintamos o no.

Al mismo tiempo, si nunca meditamos en las palabras de la liturgia fuera de la iglesia, y no estudiamos las palabras de la liturgia para aprender de ellas, será difícil "hacerlas nuestras" dentro del culto. Por lo tanto, es muy importante aprender y asimilar bien las palabras de la liturgia, para poderlas hacer nuestras. Esto lo haremos después en este libro.

#### 4. "Usar la liturgia es católico, y por eso no sirve."

Ya hemos considerado este argumento en el capítulo III, y hemos visto que no es válido. No debemos rechazar algo sólo por ser católico. Al contrario, como nos aconseja San Pablo, debemos examinarlo todo y retener lo bueno. Como hemos visto, hay muchas cosas muy buenas de la liturgia, que nos pueden servir para fortalecer nuestra relación con Dios y unirnos a los demás cristianos.

Es verdad que en la iglesia católica romana ha habido a veces problemas en su uso de la liturgia y otras prácticas devocionales. Hasta hace relativamente poco, se decía la misa en latín, cuando la gente no entendía lo que decían, y todos repetían las palabras de la liturgia sin meditar en ellas--pues, ¿cómo iban a meditar en ellas si no sabían lo que decían? También en la Iglesia Católica Romana la gente a veces reza el rosario y otras oraciones sin pensar en lo que dicen, pensando que el puro hecho de repetir ciertas oraciones les servirá de provecho. Pero eso está cambiando en muchos círculos católicos, y están comenzando a enfatizar que es necesario pensar en lo que uno dice. Nosotros siempre hemos insistido en la necesidad de meditar en lo que uno dice, para no caer en el peligro de repetir palabras sin sentido. La Iglesia Luterana, desde los tiempos de Martín Lutero, ha insistido que la liturgia debe hacerse en el lenguaje del pueblo, para que el pueblo pueda entender y meditar en lo que dice.

Vemos entonces, que no hay buenas razones para deshacerse de la liturgia, como han hecho muchas iglesias evangélicas, y al contrario, hay razones muy buenas para continuar su uso. Pero debemos aprender a usarla bien, y sacar provecho de ella. Muchas veces la gente se opone al uso de la liturgia porque ha visto celebraciones litúrgicas muy mal hechas. Por eso es tan importante que conozcamos la liturgia y enseñemos a los miembros de nuestras iglesias acerca de la liturgia, para poderle sacar provecho para nuestras almas.

## V. LA TEOLOGIA DE LA LITURGIA

En el primer capítulo, notamos que la adoración tiene que ver con el amor que fluye en dos direcciones; primero, de Dios hacia nosotros, y luego, de nosotros hacia Dios. Al adorar a Dios, primero reconocemos y acogemos su amor por nosotros, y luego le expresamos nuestro amor por él.

En la Iglesia Luterana, generalmente se han usado dos términos para hablar de este movimiento del amor de Dios hacia nosotros y luego de vuelta hacia él. En primer lugar, para hablar del amor de Dios expresado a nosotros, usamos el término "sacramental." Y en segundo lugar, para hablar del amor de nosotros expresado a Dios, usamos el término "sacrificial."

Sin embargo, estos dos términos pueden presentar algunos problemas. En primer lugar, el término "sacramental" puede dar a entender que ese amor de Dios por nosotros sólo se expresa en los sacramentos. Pero si usamos el término "sacramento" en su sentido más estricto, sólo hay dos sacramentos en la Iglesia Luterana: el bautismo y la Santa Cena. A veces se ha hablado de la Palabra de Dios como un sacramento, ya que Dios está presente en su Palabra, pero sería difícil considerar la Palabra de Dios como un sacramento en el mismo sentido que el bautismo y la Santa Cena.

Por lo tanto, la palabra "sacramental" en este sentido, para hablar del amor de Dios por nosotros, incluiría todas las formas en que Dios nos expresa su amor. Ya que esa palabra puede llevar a la confusión, pues puede tener distintos significados, no la emplearemos mucho en este libro. Sólo hacemos mención de ella porque es una palabra comúnmente empleada en otros libros luteranos sobre liturgia.

La palabra "sacrificial" no presenta tantos problemas en su uso para hablar del amor de la iglesia expresado a Dios. El único problema que presenta es que el amor de Dios también puede ser "sacrificial," en un sentido, pues Dios también "se sacrifica" por nosotros, más que nada, en su Hijo. A veces la palabra "sacrificio" es sinónimo por "amor." Por lo tanto, no emplearemos mucho este término tampoco en nuestro estudio, para evitar la confusión.

### El amor de Dios por nosotros expresado en la liturgia

Desde que Dios creó el mundo, siempre ha buscado al hombre. Siempre ha andado tras él, buscando entrar en comunión con él. Dios nunca nos ha vuelto la espalda, sino siempre busca abrir y mantener la comunicación con nosotros. Siempre está comunicándose con nosotros, aunque a veces no lo oímos o no nos damos cuenta. Y su mensaje para nosotros siempre es el mismo: "Acércate más a mí, entrégame tu vida, para que podamos ser uno."

Sabemos que Dios nos habla de muchas maneras. En un sentido, nos habla por medio de la naturaleza y las cosas que nos rodean, que nos manifiestan su gloria y poder. Estas cosas nos deben hacer pensar en Dios y su amor. También nos habla por medio de otras personas, en especial otros cristianos. Por ejemplo, podemos considerar que cuando nos sentimos tristes o desanimados, y otros nos consuelan, en un sentido es Dios mismo el que nos consuela por medio de ellos.

Sin embargo, en la iglesia Dios nos habla de una manera especial. Esta manera de hablarnos es diferente de las otras maneras en que él nos habla. Porque aunque Dios está presente en todas partes, en particular está presente en la iglesia, pues la iglesia es el cuerpo de su Hijo Jesucristo, en el



cual habita toda la plenitud de Dios (Col. 1:19). Cuando los cristianos se congregan, Dios en Cristo se hace presente de una manera especial, como dijo Jesús: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos."

Eso es lo que ocurre en el culto. Dios mismo, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, se hace presente. Viene al encuentro con su pueblo. Se hace presente para ofrecerse a nosotros, para hablarnos y escucharnos, para interactuar con nosotros.

¿Cómo se hace presente? Generalmente señalamos dos maneras. Primero, se hace presente en su Palabra. Con esto, no sólo estamos hablando de la Biblia. Por supuesto, está presente en la Palabra suya que escuchamos cuando se lee una porción de las Sagradas Escrituras. Pero también está presente en todas las palabras dirigidas al pueblo. Por ejemplo, cuando el ministro pronuncia las palabras de la absolución, o cuando predica el sermón, el Señor está hablando a su pueblo. Habla por medio del ministro, como veremos adelante. También está presente en otras formas. Dios se quiere comunicar con nosotros. Quiere hablarnos. Y por eso se reúne el pueblo, para escuchar a Dios, y oír lo que él le quiere decir.

Por supuesto, Dios nos puede hablar a cada uno en su casa, cuando lee la Biblia y medita en ella. Muchos, por esa razón, no sienten la necesidad de ir a la iglesia. Pero los que piensan así se olvidan de lo que Dios desea con su Palabra. Sabemos que nos quiere unir más a él mismo, pero al mismo tiempo nos quiere unir unos con otros. Ya hemos dicho en el capítulo anterior que Dios no quiere un conjunto de individuos separados y divididos, cada uno pensando de forma diferente que los demás. Quiere un pueblo unido, una familia en la que todos son uno.

Si la iglesia sólo fuera un conjunto de individuos aislados unos de otros, no habría unión entre todos. Si todos sólo leyeran la Biblia por su propia cuenta, y leyeran otros libros cristianos sin jamás reunirse, no podría jamás haber unión. Hemos visto en Fil. 2:2 y Jn. 17:21-23 que Dios quiere que los miembros de su pueblo estén unidos. Sólo pueden estar unidos si todos oyen las mismas palabras, escuchando y meditando en lo mismo. Cuando esto ocurre, lo que tiende a pasar es que los miembros del pueblo que oyen el mismo mensaje de Dios se van haciendo de un solo sentir, un solo corazón, una sola mente, y una sola forma de pensar. Eso es lo que agrada a Dios, y por eso es necesario que el pueblo se reúna para escuchar la misma Palabra de Dios, que a todos los irá uniendo, haciéndolos uno solo.

Ese es el efecto que Dios quiere que tenga su Palabra. Nos habla con el fin de unirnos más a él y unirnos unos a otros. Se nos hace presente para unirnos todos a él como grupo. En la Biblia leemos que por comer todos de un solo pan y tomar todos de una sola copa en la Santa Cena, llegamos a estar unidos unos a otros y a Dios, como veremos adelante. Pero también podríamos decir que "todos participamos de una sola Palabra" en la liturgia. Esa Palabra que sale de Dios hacia nosotros nos une. No oye cada uno una Palabra distinta de Dios, sino que todos oyen una sola Palabra. Esa sola y única Palabra también forma un solo y único pueblo.

Pero no sólo se nos hace presente Dios en su Palabra. También se nos hace presente en otra forma: en la Santa Cena. Más tarde dedicaremos dos capítulos enteros al tema tan importante de la Santa Cena. Pero lo que

queremos notar aquí es que el Señor Jesucristo se nos hace presente con el mismo fin que la Palabra: para unirnos más a él, y así también a su Padre, y así también los unos a los otros.

La Santa Cena es el punto culminante del culto y de la liturgia. Hay varias razones, pero la razón más importante es porque este Sacramento nos une a Dios y a los demás como ninguna otra cosa. Cristo está presente en su Palabra, pero su presencia es hasta más especial en la Santa Cena. Ahí recibimos a Cristo mismo corporalmente. La forma en que él viene a nosotros no es sólo en forma invisible, sino también en forma visible. Viene a nosotros en la Santa Cena para hacernos uno con Dios y hacernos uno con nuestros hermanos en la fe.

Estas son las maneras en las que Dios expresa su infinito amor por su pueblo en el culto. Primero, se nos hace presente, para hablarnos y escucharnos. Se pone a nuestra disposición, para recibirnos. Su amor nos envuelve, para unirnos a él y para formar un pueblo unido en amor. Nos da a su Hijo Jesucristo en la Palabra y en los Sacramentos, igual como nos lo dio al mandarlo al mundo. El amor de Dios se expresa a nosotros al ofrecerse él mismo a nosotros en el culto. Al considerar la liturgia en los siguientes capítulos, veremos en más detalle cómo Dios se ofrece a nosotros en la liturgia.

#### El amor del pueblo por Dios expresado en la liturgia

En el primer capítulo, notamos que Dios siempre ha amado a la humanidad, y siempre se ha ofrecido a nosotros. Pero también notamos que eso no es suficiente para que haya comunión entre él y nosotros. Lo que hace falta es que nosotros también lo amemos y nos ofrezcamos a él, como él se ofrece a nosotros. Si no nos ofrecemos a él, no puede haber comunión entre él y nosotros. Sólo hay un amor frustrado de Dios que no halla respuesta en nosotros.

Por eso, en la liturgia es necesario que nosotros también nos ofrezcamos a Dios. Tenemos que corresponder el amor que Dios nos ha mostrado. Por medio de la liturgia, ofrecemos a Dios lo más valioso que tenemos: le ofrecemos nuestra vida y nuestro ser entero.

San Pablo dice en Rom 12:1: "Os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional." Si de veras amamos a Dios, le ofrecemos todo lo que tenemos: nuestra vida, nuestro cuerpo, todo lo que somos y todo lo que tenemos. Ofrecerle menos a Dios sería falta de amor. Sería egoísmo de nuestra parte, al no querer entregarnos a Dios.

Sabemos que, por nosotros mismos, no somos capaces de amar a Dios así. Sólo ha habido un hombre que ha amado así a Dios: nuestro Señor Jesucristo. El sí se entregó a Dios, cuerpo, alma, y espíritu. Ese es el significado de su muerte en la cruz: él se entregó por completo a Dios el Padre, como sacrificio perfecto.

La única manera en que nosotros podemos entregarnos por completo a Dios es por medio de Jesucristo. Si estamos unidos a él, y dejamos que él viva y obre en nosotros, él nos irá moldeando a su misma imagen. El nos hará como él, de manera que nos parezcamos a él. Pero esto no ocurre de un día a otro. Es un proceso muy largo, que ocurre a través de toda la vida. Es algo que ocurre poco a poco. Cada día debemos aprender a vivir más unido a Jesucristo. Y para eso, es necesario que aprendamos a entregarnos más y más a él,

todos los días. Entre más nos entreguemos a Dios, más unidos estaremos a él, y así él podrá penetrar en nuestras vidas cada vez más. Por eso, es necesario que aprendamos a entregarnos constantemente a Dios en amor.

Un niño aprende a caminar caminando. Aprende a cantar cantando. Todos aprendemos a hacer algo repitiendo la misma acción muchas veces hasta irnos perfeccionando en esa habilidad. Es la única manera de aprender. Así es con nuestra entrega a Dios. Aprendemos a entregarnos a él entregándonos a él. Esto lo hacemos en la liturgia. Cada vez que participamos en la liturgia, nos entregamos a Dios y repetimos esa entrega muchas veces para que se vaya perfeccionando en nosotros esa actitud de entrega. Así nos vamos uniendo cada vez más a Jesucristo, y así también a Dios. Y entre más unidos estemos a él, más amor sentiremos de parte de Dios y más amor sentiremos por él. De esta manera nos vamos transformando, convirtiéndonos en hijos más perfectos en amor y obediencia. Ese es el fin de la liturgia.

Sin embargo, hay que recordar que en la liturgia la entrega a Dios se hace como grupo, y no como individuos aislados, unos de otros. Todos nos entregamos a Dios juntos, con las mismas palabras y las mismas acciones. Así, lo que ocurre es que al estar entregándonos a Dios y uniéndonos más y más a él, al mismo tiempo nos vamos uniendo a nuestros hermanos cristianos, que también se entregan a Dios juntos con nosotros. Nuestra entrega se hace como un solo pueblo, todos unidos a un solo Señor Jesucristo por medio de un solo Espíritu Santo.

Hay varias maneras en las que nos ofrecemos a Dios en la liturgia. En primer lugar, el solo hecho de estar presentes en el culto es una entrega a Dios. Llegamos al culto con el único fin de ofrecernos a nuestro Padre celestial. Igual como Dios se hace presente en el culto, nosotros también nos hacemos presentes. Igual como Dios viene a nuestro encuentro, nosotros vamos al encuentro con él. Ese es el primer paso en el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios. Y si no tomamos este primer paso de entrega a Dios, de llegar al culto, no podemos tomar los siguientes pasos.

Sin embargo, no es suficiente que estemos presentes corporalmente. También necesitamos estar presentes espiritualmente. Muchas veces la gente llega al culto, y está presente físicamente, pero sus pensamientos están lejos, en otras cosas. Por eso, hay que estar espiritualmente presentes también en el culto para que haya una verdadera entrega a Dios.

También nos ofrecemos a Dios al confesarle nuestros pecados, y pedirle perdón. Al hacer esto, estamos reconociendo que no nos hemos entregado a él como debiéramos, y le estamos pidiendo que nos ayude a hacerlo mejor en el futuro. El hecho de pedirle perdón por nuestra falta de ofrecernos a él significa en sí que deseamos ofrecernos más a él. Si no tuviéramos el deseo de ofrecernos más a él, no nos importaría, y no le pediríamos perdón. Pero al pedirle perdón, le pedimos que nos limpie y nos ayude a presentarnos mejor a él.

Otra forma en que nos ofrecemos a Dios es por medio de la alabanza. En la liturgia cantamos glorias y alabanzas a Dios. El hacer eso significa que reconocemos que él es digno de ser alabado y glorificado. Reconocemos que es mayor que nosotros. Al alabarlo estamos diciendo que nuestras vidas son para eso: para alabarlo y glorificarlo.

El acto de glorificar y alabar a Dios significa que orientamos nuestra vida hacia él. No es suficiente alabarlo con nuestros labios y nuestra

lengua. La idea es que nuestras vidas deben reflejar lo que nuestros labios dicen. Toda nuestra vida debe convertirse en una continua entrega a Dios, y glorificamos y adoramos a Dios cuando nos entregamos a él. Eso es lo que de veras significa glorificar a Dios. Significa existir para él. Por eso, la alabanza y la glorificación son fruto de nuestro amor por él, y una expresión de ese amor.

Eso es lo que la Biblia llama un "sacrificio de alabanza" (ver Salmo 107:22, 119:108, Jer. 17:26, Jon 2:9, y Heb. 13:15). Cuando alabamos a Dios, reconocemos que él es el fin de nuestras vidas, que todas nuestras vidas son para él. Si no lo alabamos con nuestra boca, ¿cómo lo alabaremos con nuestra vida? Si no le ofrecemos nuestro canto, ¿cómo le ofreceremos nuestro ser entero? Es necesario que le presentemos todo lo que somos y tenemos. Eso es lo que aprendemos a hacer cuando alabamos a Dios. Le decimos: "Tú eres grande y digno de ser alabado para siempre; y mi vida es para eso."

Otra manera en que nos ofrecemos a Dios es por medio de la oración. Al orar a Dios, nos ponemos en sus manos, dándole nuestra vida. Al pedirle algo, reconocemos que él es Todopoderoso, y que todo lo puede hacer. Así, al pedirle alguna cosa, nos estamos entregando a él para que él haga lo que desee. Así oró Jesucristo durante su vida y así oramos nosotros, unidos a él. La oración no es otra cosa que una entrega de nosotros mismos a Dios. Le ofrecemos nuestra gratitud, nuestra adoración, nuestra confesión, y nuestras peticiones en la oración. La oración, entonces, es un acto de sumisión a Dios; al orar, nos sometemos por completo a él.

Una manera más en que nos entregamos a Dios es en la ofrenda. Al ofrendarle a Dios nuestros bienes materiales, simbólicamente le ofrecemos todo lo que tenemos. Le abrimos nuestro corazón, ofreciéndole el fruto de nuestro trabajo diario.

Hay dos formas más en que nos ofrecemos a Dios en la liturgia. La primera forma es escuchando a Dios en su Palabra. Hemos visto que Dios quiere penetrar en nuestros corazones, y por eso nos habla. Podemos hacer una de dos cosas. Podemos cerrarle nuestros corazones, y no escucharlo, o podemos abrirle nuestros corazones y permitir que su Palabra penetre hasta el fondo de nuestro ser. Para que haya unión y comunión entre él y nosotros es necesario que hagamos lo segundo. Nos ofrecemos a Dios para que él pueda entrar en nosotros y echar raíces en nosotros por medio de su Palabra. Le damos la bienvenida a su Palabra, permitiendo que entre y lleve fruto en nuestras vidas. Así es nuestra entrega a Dios. Le decimos: "Aquí estoy, Señor; lléname de tu vida por medio de tu Palabra. Estoy abierto a ti."

La otra forma en que nos ofrecemos a Dios en la liturgia es en la Santa Cena. Ahí nos presentamos ante el Señor para dejarlo entrar en nuestro corazón. Permitimos que el Señor Jesucristo penetre en nosotros por medio de su cuerpo y su sangre. Ese es nuestro sacrificio: abrirle nuestro corazón al Señor y pedirle que entre.

Un punto más que hay que enfatizar es que en la liturgia no podemos separar el amor de Dios por nosotros del amor de nosotros por Dios. Todo el amor de Dios hacia nosotros tiene el fin de despertar en nosotros el amor por él. Si él viene a buscarnos, es para que nosotros le podamos mostrar amor y así estar en comunión con él. Su amor por nosotros tiene la finalidad

de efectuar nuestro amor por él. Si él nos perdona nuestros pecados, por ejemplo, es con el fin de que podamos acercarnos a él y entregarnos santificados a él. Si él nos habla por medio de su Palabra en la liturgia, es para que esa Palabra inspire en nosotros el deseo de ofrecernos a él, y para suscitar en nosotros un mayor amor por él. Si él nos da a su Hijo Jesucristo en la Santa Cena, es para que, unidos a Cristo, podamos presentarnos a él en sacrificio vivo, dándole nuestras vidas. El amor de Dios por nosotros siempre tiene la finalidad de efectuar en nosotros el amor por Dios.

Así también, el amor de nosotros por Dios depende completamente del amor de Dios por nosotros. Si él no nos expresara su amor, nosotros no podríamos amarlo a él. Si él no nos diera a su Hijo Jesucristo, sería imposible que nosotros lo amáramos a él. Nuestro amor por Dios depende de Dios mismo. Sólo podemos amarlo cuando recibimos su amor por nosotros, cuando él se ofrece a nosotros.

Por eso, esos dos amores son inseparables. El amor de Dios por nosotros es incompleto si no es correspondido por nosotros. Y nosotros sólo podemos amar a Dios si primero recibimos su amor por nosotros, y se lo correspondemos por medio de su Hijo que nos ha dado.

Eso es lo que ocurre en la liturgia: Dios expresa su amor por nosotros, y nosotros expresamos nuestro amor por él. Es algo muy sencillo, pero muy profundo a la vez.

#### El amor de los miembros del pueblo de Dios unos por otros

Hay una tercera parte de la liturgia que a veces no se menciona, pero que también es importante. Hay algunas partes de la liturgia en las que los miembros del pueblo se expresan unos a otros su amor y su unión. Por supuesto, como hemos visto, hay algunas cosas de la liturgia que unen al pueblo, como el hecho de escuchar, decir y cantar lo mismo, y reunirse todos alrededor de la Mesa del Señor.

Sin embargo, hay otras formas en que expresan su amor unos por otros, y su comunión. Primero, generalmente, todos se saludan antes o después del culto. Esto es muy importante. Debe haber amplia oportunidad para que los miembros del pueblo de Dios se relacionen entre sí, conociéndose y saludándose.

Dentro de la liturgia, también hay expresiones de amor y de unión. Algunos de los versículos y respuestas tienen ese fin. También el Credo tiene ese fin. Al considerar la liturgia en los siguientes capítulos veremos esto en más detalle.

#### El papel del pastor en la adoración

En cada congregación, debe haber un pastor: un hombre llamado por la iglesia para cumplir con ciertas tareas. Una de las tareas con las cuales debe cumplir es la de officiar el culto, celebrando la liturgia. Tiene la responsabilidad de anunciar la Palabra de Dios y administrar los Santos Sacramentos. Ahora vamos a considerar más detalladamente el papel del pastor en la liturgia.

La doctrina cristiana nos enseña que la humanidad está separada de Dios por el pecado, alejada de la vida de Dios (Ef. 4:18). Pero Dios tomó el paso decisivo para superar esa separación al enviar a su Hijo

Jesucristo. Podemos ver el trabajo de Jesucristo como el de establecer un puente entre Dios y nosotros. El nos trae la vida de Dios. Haciéndose hombre, trajo al mundo a Dios mismo, para superar esa separación. Dios entró al mundo en Jesucristo, para poder entrar en la vida de todos nosotros. Ese es el primer trabajo de Cristo: el traer a Dios hasta nosotros.

Pero también Cristo hace otra cosa: a nosotros nos lleva a Dios. Igual como él le ofreció a Dios su vida, cuerpo y alma, su ser entero, así también nos presenta a nosotros por entero a Dios. Al estar él en nosotros, ofrece nuestro ser al Padre, cuerpo y alma.

Por eso, la Biblia dice: "Hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Tim. 2:5). Un mediador es un intermediario. Establece contacto entre dos personas o grupos de personas, y mantiene abierta la comunicación entre ellos. En este caso, Jesucristo es el intermediario entre Dios y el mundo. Primero, estableció el contacto entre Dios y nosotros, trayéndonos el mensaje de Dios. Esto se llama la "revelación," ya que él nos revela cómo es Dios y lo que Dios quiere con nosotros. En otras palabras, Dios nos habla por medio de Jesucristo, esto es, Dios viene a nosotros por medio de Jesucristo.

En segundo lugar, Cristo es el que nos lleva a Dios. Leemos en la Biblia que Cristo intercede por nosotros (Rom. 8:34), y que es nuestro "abogado para con el Padre" (1 Jn. 2:1). En Ef. 2:18 leemos que por medio de Jesucristo "tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre." Esto significa que sólo por medio de Jesucristo podemos presentarnos ante el Padre, y estar en comunión con él. Solos no podemos acercarnos a Dios ni estar en comunión con él. Sólo podemos hacer eso si estamos unidos a Jesucristo, uniéndonos a él en su sacrificio al Padre. Sólo podemos llegar al Padre por medio de Jesucristo. Por eso decimos que nosotros sólo podemos hablarle a Dios en oración por medio de Jesucristo (por eso, siempre oramos en su nombre), y que nosotros vamos a Dios por medio de Cristo.

La idea de Jesucristo como mediador, entonces, es sencilla. Dios viene a nosotros sólo por medio de Jesucristo, y nosotros vamos a Dios sólo por medio de Jesucristo. Dios no viene a nosotros de otra manera, sino únicamente por su Hijo, y nosotros no podemos ir a Dios de otra manera, sino sólo por medio de Jesucristo. Cristo trae a Dios hasta nosotros, y nos lleva a nosotros hasta Dios. El es el puente entre Dios y nosotros.

Sin embargo, en nuestro mundo de hoy, sabemos que Cristo ya no está presente de la misma manera que antes. Ha resucitado y ascendido al cielo, para sentarse al lado de su Padre. San Pablo escribió a los corintios: "Aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así" (2 Co. 5:16). Esto significa que ya no podemos ver, oír y tocar a Cristo como vemos, oímos y tocamos a otros seres humanos vivos.

Antes de subir al cielo, Cristo designó a sus apóstoles para que éstos fueran sus representantes aquí en la tierra. Cristo sigue dirigiendo a su iglesia, pero lo hace por medio del Espíritu Santo, que mora en la iglesia. De esta manera, Cristo sigue designando a los que han de dirigir a la iglesia, dándoles autoridad. Pero esto lo hace por medio de la iglesia, en la que mora el Espíritu Santo en su plenitud. Por eso es que la iglesia designa a los dirigentes de la iglesia, pues es Cristo mismo por medio del Espíritu Santo el que mueve y dirige a la iglesia entera. Estos dirigentes son los pastores.

Los pastores, entonces, son los medios por los cuales Cristo dirige y cuida a su iglesia. ¡Jesucristo, por ejemplo, es el "Buen Pastor que ciuda de las ovejas" (Jn. 10:7-18). Pero esto lo hace Cristo por medio de otros, los pastores, que también tienen el trabajo de cuidar a las ovejas (ver Hech. 20:28, y 1 Ped. 5:1-3). Esta es una manera en que el pastor representa a Cristo en la tierra. Hay muchas otras maneras también: el pastor comunica la Palabra de Dios al pueblo, igual que Cristo y en su lugar. Les enseña, igual que Cristo y en su lugar. Les perdona, los amonesta, y en general entrega su vida por ellos, igual que Cristo. Todo eso es lo que Cristo hace por medio del pastor. Cristo sigue guiando y cuidando a la iglesia por medio de los pastores.

Pero los pastores también tienen la tarea de interceder a Dios por el pueblo. Representan al pueblo delante de Dios. Ayudan y estimulan a los miembros del rebaño a también entregar sus vidas a Dios todos los días. Todo eso es parte de su trabajo de cuidar a los que les han sido encomendados.

Todo eso es el trabajo del pastor todos los días, día y noche. Siempre está dedicándose a presentar a Dios al pueblo, y presentar al pueblo a Dios. Esto lo hace de muchas maneras: visitando y ayudando a los miembros, enseñándoles, aconsejándolos, consolándolos, intercediendo por ellos, etc. Y precisamente por eso, por el trabajo de cuidar a los feligreses que le han sido encomendados, él es el que también dirige los cultos y la liturgia. El dirigir el culto de la iglesia es una extensión de su tarea de presentar a Dios al pueblo, y presentar al pueblo a Dios. Esa es su tarea, y eso es lo que hace en el culto: presenta a Dios al pueblo, y al pueblo a Dios. Hace lo mismo en el culto que hace todos los días.

Por esta razón, generalmente, no se permite que cualquier persona se encargue de officiar en el culto. Los otros miembros no tienen esa responsabilidad, ese encargo, porque no se les ha pedido que se encarguen de presentar a Dios a toda la congregación y presentar a toda la congregación a Dios. Ese trabajo le corresponde al pastor, al hombre designado por la congregación a hacer esa tarea. Por supuesto, otros, si no todos, le ayudan en ese trabajo, pero no tienen la misma responsabilidad que él.

Entonces, el pastor es el que debe representar a Cristo en la congregación, en un sentido. Y eso es lo que hace en la liturgia. En la primera parte de esta lección, vimos las dos partes principales de la liturgia, la parte sacramental (Dios se ofrece a nosotros) y la parte sacrificial (nosotros nos ofrecemos a Dios). Ahora vamos a ver el papel que el pastor juega en estas dos partes de la liturgia.

En primer lugar, el pastor comunica el amor de Dios al pueblo, igual que Jesucristo, al que representa. Comunica este amor en distintas maneras. En primer lugar, anuncia al pueblo el perdón de Dios en la absolución. Les dice que Dios les perdona por medio de Jesucristo, y también a veces por medio del pastor mismo. En segundo lugar, el pastor le comunica al pueblo la Palabra de Dios, como Cristo. Esto lo hace en especial en el sermón. En tercer lugar, el pastor es el que administra los sacramentos. En ocasiones administra el Santo Bautismo, y más frecuentemente administra la Santa Cena. Por medio de los sacramentos, como hemos visto, Dios se ofrece al pueblo, y así el pastor es el que presenta a Dios al pueblo, como Cristo. Y finalmente, el pastor bendice al pueblo como representante de Cristo.

Por supuesto, con todo esto, no queremos decir que Cristo está ausente, y que el pastor está haciendo todo en su lugar. Al contrario, Cristo sí está presente, pero lo que hace lo hace por medio del pastor. El pastor sólo sirve como "la boca" de Cristo, ya que Cristo habla al pueblo por medio del pastor, empleando al pastor como su portavoz. Por eso, como hemos visto, el pastor usa vestimentas clericales, que indican que está "cubierto de Cristo," o sea, que no es él que habla solamente, sino Cristo por medio de él.

En el aspecto sacrificial el pastor también representa al pueblo ante Dios, como Cristo. Esto lo hace de muchas maneras en la liturgia. Primero, se presenta ante el altar, lo cual representa a Cristo y su sacrificio, o sea, el ofrecimiento de sí mismo al Padre. Representa al pueblo en ese sentido, ya que el pueblo también, en un sentido, se ofrece a Dios en "sacrificio vivo," como si cada uno de ellos se ofreciera a Dios en el altar.

El pastor también presenta las oraciones del pueblo a Dios, "intercediendo" por el pueblo, igual como Cristo intercede por nosotros. Alaba y glorifica a Dios, en nombre del pueblo, e igual como Cristo alaba y glorifica a Dios el Padre. Presenta las ofrendas del pueblo a Dios, en nombre del pueblo, igual como Cristo se ofreció a Dios. Entonces, de estas maneras el pastor representa al pueblo ante Dios, como Cristo.

En todo esto, el pastor representa tanto a Cristo como al pueblo. Ya que se ofrece a Dios en nombre del pueblo, y junto con el pueblo, representa al pueblo, y al mismo tiempo representa a Cristo, pues Cristo también se ofrece a Dios. Por ejemplo, al interceder a Dios, representa al pueblo, ya que ora en el lugar del pueblo, pero también representa a Cristo, que intercede por nosotros. Podríamos decir que el pastor representa al pueblo unido a Cristo, ya que todo lo que hace en nombre de la congregación, se hace estando él y todos unidos a Cristo. No representa sólo a Cristo, ni tampoco sólo al pueblo, sino a los dos al mismo tiempo, ya que Cristo está unido al pueblo, y el pueblo a él. Son inseparables ante Dios. El cuerpo de Cristo nunca se presenta ante el Padre sin su Cabeza, quien es Jesucristo, ni se presenta la Cabeza sin el cuerpo, que somos nosotros.

Durante la liturgia, entonces, a veces el pastor se dirige a Dios, por ejemplo en las oraciones. Esto significa que está representando al pueblo, ya que se dirige al Padre. A veces esto se ve porque el pastor vuelve la espalda a la congregación y ve hacia el altar. Eso representa su unión al pueblo al presentarse ante Dios. Como ellos, ve hacia el altar, o sea, hacia Dios. Otras veces vuelve la espalda al altar, y ve al pueblo. Esto representa que está hablándole al pueblo de parte de Dios. Por eso, dirige sus palabras hacia ellos, y no hacia el altar.

Hay muchas iglesias que usan un altar separado de la pared, detrás del cual el pastor se puede parar, y así ver tanto al altar como al pueblo al mismo tiempo. En estos casos, debe señalar de alguna manera cuándo se está dirigiendo a Dios, y cuándo se está dirigiendo al pueblo. Esto lo puede hacer, por ejemplo, levantando las manos hacia el cielo cuando se dirige a Dios, y bajándolas cuando se dirige al pueblo. O lo puede indicar con la cabeza, inclinándola cuando se dirige a Dios en oración, y subiéndola para mirar al pueblo cuando se dirige a ellos. A veces también el pastor extiende sus manos hacia el pueblo cuando se dirige al pueblo.



En todo esto, hay que enfatizar que la dirección del culto no sólo está limitada al pastor. Otras personas también pueden ayudar a dirigir el culto, leyendo las lecciones, dirigiendo las oraciones, predicando, etc. Pero cuando otras personas ayudan, deben tener la aprobación del pastor y el pastor debe haberles capacitado para ayudar en el culto. De esta manera, todavía es el pastor el que está encargado de cuidar y guiar a los miembros de la congregación; sólo que en estos casos, está cuidando y guiando a los miembros por medio de otras personas que ayudan con el culto. En otras palabras, los que participan en el culto no están reemplazando al pastor o tomando su lugar, sino más bien son una extensión de él.

Todo esto, entonces, es la forma en que el pastor representa a Cristo como mediador en la liturgia. Como Cristo, representa a Dios ante el pueblo, y representa al pueblo ante Dios. El juega el papel de mediador, representando al único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo.

### El papel del pueblo en la liturgia

Por supuesto, el pueblo también juega un papel muy importante en la adoración, pues son el objeto del amor de Dios, y los que se ofrecen a él en la liturgia. En el primer capítulo, vimos que lo que ha querido Dios, desde antes de la creación del mundo, es un pueblo que viva en comunión con él. Por eso nos creó y por eso nos envió a su Hijo, para redimirnos y trasladarnos al Reino de su amado Hijo (Col. 1:13). Dice en Tito 2:14 que Dios quería "purificar para sí un pueblo propio." Eso es lo que somos-- el pueblo de Dios, que vive en comunión con él.

Cada congregación local es parte de ese pueblo. Por supuesto, no diríamos que Dios tiene muchos pueblos en el mundo, o que cada congregación es un pueblo de Dios aislado de otros pueblos. Al contrario, sólo hay un pueblo, una sola iglesia, un solo cuerpo de Cristo. Todos los miembros de ese único pueblo están unidos entre sí, y cada grupo local de creyentes sólo es parte de ese único pueblo. Ya hemos notado esto en otras partes.

Por eso, el pueblo se une en la liturgia, oyendo, cantando y diciendo lo mismo--podríamos agregar que también piensan y meditan en lo mismo. Así demuestran su unión entre sí. Pero también demuestran su unión con cristianos de otros tiempos y lugares, y con los cristianos que ya gozan de la presencia del Señor en el cielo. Hay varias maneras en que demostramos nuestra unión con ellos. Por supuesto, el hecho de cantar alabanzas a Dios y acercarnos a él en oración nos une con ellos, ya que también hacen y han hecho lo mismo. Pero también el hecho de que alabamos a Dios y oramos en las mismas palabras que ellos han usado nos une con ellos. Oraciones y cantos como el Kirie, y el Gloria Patri, el Gloria in Excelsis, las colectas, y muchas otras partes de la liturgia son muy antiguas, y al usar esas partes de la liturgia estamos adorando y orando en las mismas palabras que la iglesia siempre ha usado en todos los tiempos y en todos los lugares.

Las lecturas que escuchamos de la Biblia también nos unen con otros cristianos, en dos maneras. Primero, porque los cristianos desde los tiempos de los apóstoles han leído la misma Biblia que nosotros, y ese hecho nos une. Pero también hay muchas iglesias que han fijado un calendario de lecturas para los domingos de todo el año. Y de esta manera en un domingo

determinado hay iglesias en todas partes del mundo que están leyendo y meditando en las mismas lecturas de la Biblia que nosotros. De esta manera estamos unidos a todos los demás que oyen las mismas palabras de las Sagradas Escrituras al mismo tiempo que nosotros.

El hecho de que todos también nos reunimos el mismo día, domingo, el "Día del Señor," también nos une a los demás cristianos. Todos sabemos que al mismo tiempo que estamos cantando y adorando a Dios, hay cristianos en todas partes del mundo que están haciendo lo mismo. Nuestro canto y nuestras oraciones se unen a los de ellos para subir hacia Dios como un solo canto y una sola oración.

Sin embargo, lo que más nos une a los demás cristianos de otros tiempos y lugares es la Santa Cena. Todos estamos unidos porque todos recibimos al mismo Señor Jesucristo en la Santa Cena. El está en todas partes en el pan y el vino de cada congregación, de modo que todos lo reciben. Todos vivimos unidos al mismo Señor y Salvador Jesucristo, por medio de la Eucaristía.

Una forma en que el pueblo demuestra su unión con Cristo y unos con otros en la liturgia es el unirse todos al pastor que dirige el culto (o a cualquiera que esté dirigiendo el culto en determinado momento). ¿Cómo se une el pueblo a él? Primero, porque todos escuchan lo que él dice, con los ojos en él. Medita en lo que él dice, y su atención está fija en él.

Los miembros de la congregación, entonces, participan en el culto de distintas maneras. Primero, participan hablando y cantando. Por ejemplo, todos juntos cantan himnos y porciones de la liturgia. En segundo lugar, participan muchas veces sin hablar en voz alta, pero hablando con Dios interiormente, en su corazón, haciendo suyas las palabras que dice el pastor. Esto ocurre tanto en las palabras que el pastor dirige a Dios de parte del pueblo, como en las palabras que dirige al pueblo.

Hay una palabra muy antigua que usamos para señalar que el pueblo está de acuerdo con lo que dice el pastor y que está haciendo suyas esas palabras pronunciadas por el pastor. Es la palabra "Amén." Leímos en el capítulo II al ver los orígenes de la liturgia que uno de los escritos más primitivos que nos cuenta de la liturgia es un escrito hecho por San Justino, su Apología Primera. Ahí dice: "Habiendo terminado él (el pastor) las oraciones y las acciones de gracias, todo el pueblo presente asiente, diciendo: Amén. Amén significa, en hebreo, así sea." Esto también lo repite en otra parte de su Apología.

Lo que esto nos demuestra es que la palabra "Amén" se usa al final de una oración o alguna otra cosa pronunciada por el pastor para que el pueblo diga: "Estamos de acuerdo con lo que se acaba de decir, y aceptamos lo dicho como nuestro. Estamos de acuerdo en que queremos que así sea." Por eso, siempre que el pastor termina una oración, el pueblo debe responder diciendo: Amén, para demostrar su aprobación a lo que fue dicho. Sin embargo, hay que recordar la unidad de todos los miembros, y que como grupo están manifestando su aprobación, y no sólo como individuos. Por esto todos deben decir Amén juntos, al mismo tiempo. En algunas iglesias evangélicas, la gente acostumbra decir o gritar Amén a cada rato, casi después de cualquier cosa que diga el pastor. Esto tiende a crear un ambiente de desorden, y sabemos que el desorden no es compatible con la unidad. Por eso, en la iglesia luterana, todos dicen Amén juntos, en momentos determinados, y no cada uno como le dé la gana. Al decirlo todos juntos, enfatizamos que nuestro asentimiento y aprobación es de todos,

unánime, ya que lo decimos todos juntos. Así expresamos nuestra unión. Estamos todos de acuerdo como grupo, y por eso todos pronunciamos la palabra Amén juntos al mismo tiempo.

Este punto es muy importante en otros aspectos, también. Siempre debe reinar el orden en todo momento, y no el desorden. Nunca debe haber más de una persona hablando, a menos de que todos estén diciendo algo al unísono. "Orden" es sinónimo de unanimidad y unidad; "desorden" es sinónimo de divisiones y falta de unión. Entonces, como dice San Pablo, todo debe hacerse "decentemente y con orden" (1 Co. 14:40). El orden debe regir en todo el culto. Recordemos que somos un grupo de personas, que estamos haciendo algo todos juntos, unidos, al celebrar la liturgia; no nos reunimos para que cada quien haga lo que quiera de una manera aislada.

Entonces, la congregación en el culto se une al pastor de diferentes maneras. Es el pastor el que dirige la mayoría de la liturgia--pero la congregación participa al escucharle y meditar en lo que dice, y así se une a él. El no está haciendo algo por sí solo, sino junto con los demás. Hemos dicho que, en un sentido, el pastor representa a Cristo en el culto, ya que es el que hace presente a Dios al pueblo, y que ofrece al pueblo a Dios, igual que Cristo hace estas cosas. El pueblo representa a todos los seres que viven en comunión con Dios, como los ángeles, los santos, y los cristianos de otros tiempos y lugares, porque el pueblo está unido a ellos, siendo parte de ese gran Reino de Dios.

Sin embargo, hay que recordar que lo que desea Dios en este Reino es llegar a ser "todo en todos," como leemos en 1 Co. 15:28. Quiere que todos estén perfectamente unidos a él, para que todos lleguen a ser uno con él. Y la única forma en que todos pueden estar perfectamente unidos a Dios (y también unidos entre sí) es cuando todos están unidos a Jesucristo por medio del Espíritu Santo. Es necesario que Jesucristo penetre en los corazones y las vidas de todos, para poderlos unir a él y a su Padre, y puedan ser todos uno.

Por esta razón, en el culto, no sólo es el pastor el que representa la presencia de Cristo en la congregación, sino también todos los miembros representan la presencia de Cristo, en otro sentido. Porque Cristo vive en todos los creyentes, y en todos los que viven unidos a él. Cristo está presente en los corazones de todos los miembros de su pueblo. Sólo por medio de Jesucristo pueden todos glorificar y alabar a Dios, y ofrecerse a él. No podemos amar a Dios por nuestras propias fuerzas. Sólo podemos amarlo si Cristo lo ama en nosotros. Solamente podemos presentarnos como sacrificio a Dios si nos unimos a Cristo en su sacrificio. La única forma en que podemos estar unidos a Dios y a los demás es por medio de Jesucristo, que nos une a Dios y a los demás.

Como hemos visto, el fin de la liturgia es doble: el unirnos más a Dios y el unirnos más a nuestros hermanos en la fe. Por supuesto, estas dos cosas son inseparables. Pero ninguna de las dos puede suceder si no nos unimos a Jesucristo, permitiendo que él nos llene de su misma vida, para ser uno con él. Por eso, en la liturgia, debemos dejar que Cristo penetre más profundamente en nosotros, para que él nos pueda unir más y más a su Padre por medio del Espíritu Santo, y para que él nos pueda unir más a nuestros hermanos en la fe.

Sólo así se podrá lograr lo que Dios desea: el ser "todo en todos," el tener un pueblo propio, con todos los miembros de ese pueblo unidos a él y unidos entre sí. En el culto, el papel del pastor es de unir el pueblo a Cristo, y así a Dios, y unos a otros. El pastor quiere unir el pueblo a Cristo para lograr esa comunión entre Dios y los hombres, haciendo realidad el Reino de Dios. El pueblo, por su parte, tiene la responsabilidad de seguir al pastor, y así permitir que se efectúe en todos ellos esa unión con Dios y unos con otros. El pastor, como Cristo, y como su representante, tiene el trabajo de hacer posible la comunión entre el pueblo y Dios. Por eso, es necesario que todo el pueblo escuche, medite, y asimile lo que el pastor hace y dice, para dejar que esa comunión que quiere efectuar el pastor se haga una realidad, y se haga más íntima y estrecha. Todo eso es lo que debe ocurrir en la liturgia.

Para resumir, entonces, podríamos decir que el papel del pastor en la liturgia es de unir al pueblo con Cristo de una manera estrecha e íntima. Y el papel del pueblo es dejarse unir a Cristo, para ser uno con Dios y unos con otros.

## VI. LA MUSICA EN LA ADORACION

Desde tiempos muy antiguos, la música ha jugado un papel muy importante en la vida de los seres humanos. En todas las culturas conocidas, la música ha existido y ha tenido importancia en particular en el ámbito religioso. La música tiene un encanto muy especial que puede afectar profundamente el ánimo del ser humano.

En el Antiguo Testamento, entre los israelitas, sabemos que la música era central en su adoración de Dios. Lo primero que hicieron los israelitas después de cruzar el Mar Rojo y escapar de las manos de los egipcios fue cantar un canto de alabanza a Dios (ver Ex. 15:1-21). A través de toda la historia del pueblo de Israel, leemos de sus cantos, más que nada, en los Salmos, los cuales se cantaban (ver Sal. 105:2, 108:1). Sabemos que también usaban instrumentos en su adoración musical; David, por ejemplo, tocaba el arpa; el Salmo 150 menciona otros muchos instrumentos usados en la adoración.

Sabemos también que nuestro Señor cantaba con sus discípulos (ver Mar. 14:26). San Pablo también cantaba (ver Hech. 16:25) y exhortaba a los demás cristianos a cantar (ver Ef. 5:19 y Col. 3:16). Esto también lo dijo Santiago (Stg. 5:13). Y en la visión del cielo que nos otorga el Apocalipsis, vemos que el canto sigue en el cielo por la eternidad (ver Ap. 5:9, 14:3, y 15:3).

La música y el canto siempre han tenido un lugar muy importante en la adoración cristiana. Desde los primeros días de la iglesia, los cristianos han cantado himnos y cantos. No ha habido una sola época en la cual la iglesia ha dejado de cantar. Por eso, la música y el canto todavía juegan un papel muy importante en nuestra adoración contemporánea.

En los primeros días, cuando los cristianos se reunían en las sinagogas, sin duda cantaban, a veces hasta con instrumentos. Poco después, cuando la religión cristiana fue prohibida, tenían que reunirse a escondidas, pero seguían cantando. En el siglo VII, el papa Gregorio mandó recopilar los diferentes cantos usados en las iglesias cristianas de aquella época, y a ese tipo de canto se le comenzó a llamar "canto gregoriano." A pesar del nombre, el papa Gregorio no fue de ninguna manera el que haya inventado ese tipo de canto, ya que ese tipo de canto existía desde antes de Cristo. Más tarde veremos las características de ese tipo de canto.

En los tiempos de Lutero, todavía no era muy común el uso de instrumentos musicales en la adoración cristiana. Casi todo el canto se hacía sin acompañamiento instrumental. Sin embargo, poco a poco se fue introduciendo el órgano en el culto cristiano, en particular en las iglesias protestantes.

Uno de los cambios más profundos que hizo Lutero en la reforma de la iglesia fue el énfasis que le dio a la música en la adoración cristiana. Los cantos que se usaban en la iglesia hasta aquel entonces eran en latín, y difíciles de cantar, de modo que el pueblo casi no podía cantar durante la misa. Por eso Lutero y otros reformadores se dedicaron a escribir himnos, en el lenguaje del pueblo, para que el pueblo también pudiera cantar en los cultos. Esto cambió profundamente el carácter de la adoración cristiana, ya que ahora todo el pueblo podía participar en los cantos de adoración y alabanza. La gente común empezó a participar en el culto, cuando antes los laicos eran más "observadores" o "espectadores" que

participantes. Notamos, por ejemplo, que hasta hace relativamente poco, había poco canto congregacional en las Iglesias Católicas, y la participación del pueblo en la misa era casi nula. Gracias a Dios, esto está cambiando, después de tanto tiempo, en la Iglesia Católica Romana, ya que se están usando más himnos y cantos (muchos de los cuales han tomado de sus hermanos protestantes).

¿Cuál es el propósito de la música en el culto cristiano? En primer lugar, tiene una función práctica: sirve para unir a los participantes y hacerlos reflexionar. Une a los participantes porque cuando cantan algo, cantan unidos con una sola voz. Dicen las mismas palabras al mismo tiempo, y reflexionan en esas palabras al mismo tiempo. La música también permite decir las palabras a un paso más lento, y así hay más tiempo para meditar en lo que dice la letra. A veces, cuando hablamos, hablamos tan rápido que no tenemos tiempo para meditar en lo que estamos diciendo; esto se evita, hasta cierto punto, con la música.

Pero el principal fin de la música es de embellecer el culto. La música es hermosa. Nos conmueve, nos llena de paz, de gozo, y de alegría. La música puede comunicar algo de una forma en que la letra sola no puede. La música puede comunicar alegría, tristeza, poder, fuerza, seriedad, y muchos otros estados de ánimo. Si hiciéramos un culto sin música, muchas de estas cosas faltarían. No experimentaríamos la misma alegría, o el mismo poder. Nuestro canto de alabanza a Dios dejaría de ser tan alegre y gozoso. Nuestros cantos pidiéndole perdón a Dios carecerían de ese espíritu de arrepentimiento que nos pueda dar una música seria y conmovedora. En fin, el culto sería muy triste y sin sabor sin la música. Y así no debe ser nuestro culto a Dios. El culto debe comunicar muchas cosas que sin la música no puede comunicar de la misma manera.

Al reunirnos para adorar a Dios, le queremos entregar a Dios una ofrenda de alabanza hermosa, bella, digna del Dios Todopoderoso. No queremos entregarle una ofrenda de alabanza triste, fría y seca. Por eso, la música es algo que le entregamos con gusto. La música es un arte. Por eso, nuestra música debe ser bella y grata al oído, para que nuestras alabanzas también sean gratas al oído de Dios. Dios nos ha dado la música en su gran amor. Y nosotros, en amor por Dios, le volvemos a entregar la música en nuestra adoración.

De esta manera glorificamos a Dios. Dios ha dado muchos dones y capacidades a los seres humanos. Y Dios es glorificado cuando empleamos esos dones y capacidades para alabar y glorificarlo. Algunos usan sus dones de componer música para glorificar a Dios. Otros emplean sus dones de poder tocar la música para glorificarlo. Y casi todos utilizan la voz que han recibido de Dios para glorificarlo con su canto. Así es como Dios es glorificado por medio de la música.

La música es algo celestial. Siempre se escucha música en una fiesta. Entonces, la música también tiene la finalidad de recalcar la festividad del culto. El culto es una celebración, y la música crea el ambiente de celebrar lo que somos. Nos hace sentirnos en otro mundo, en el mundo del cielo, donde el gozo y la celebración nunca acaban. Nos recuerda que no somos de este mundo, sino que somos ciudadanos del cielo, y como los seres celestiales, cantamos a Dios sin fin. Así, por medio de la música, el cielo se hace presente entre los congregados. La música nos transporta al mundo celestial, donde nos unimos al canto de todos los que viven en el Reino de Dios junto con nosotros.

## Tipos de música

Hay diferentes tipos de música que se han usado en las iglesias. Mayormente se pueden clasificar en dos grupos: el canto litúrgico (gregoriano) y el canto de himnos. Y estos tipos de música se pueden cantar de modo congregacional, coral, o como solo.

El canto litúrgico tradicional es el canto gregoriano que se usa en las liturgias más tradicionales. En este tipo de canto, no hay acentos musicales regulares; más bien, la música sigue la letra en sus ritmos y acentos. Hay muchos tipos de canto gregoriano, y la mayoría de la liturgia en el Culto Cristiano es en canto gregoriano. Es común recitar una parte de una frase sosteniendo una sola nota, y terminando la frase con otras notas. De esta forma, el canto gregoriano se puede adaptar a casi cualquier texto, porque no hay acentos regulares. Aquí hay un ejemplo de canto gregoriano del Culto Cristiano:

EL TE DEUM LAUDAMUS S. Matthews.

A Ti, ¡Oh Dios!, alaba - mos:  
a Ti por Señor te con - fe - sa - mos.  
A Ti, Padre e - ter - no:  
toda la tierra te a - do - ra.

La ventaja del canto gregoriano, entonces, es que se puede adaptar casi cualquier texto a música, sin hacer cambios en la letra del texto. La desventaja es que a veces es difícil aprender a cantar este tipo de música para mucha gente, ya que no es nada común fuera de la iglesia. También, hay muchas personas a las cuales se les hace muy extraño este tipo de música, y les cuesta mucho acostumbrarse a él. Por supuesto, no debemos dejar algo sólo porque mucha gente no lo sabe apreciar, pero al mismo tiempo debemos también tomar en cuenta a las personas nuevas que asisten a nuestras iglesias.

El segundo tipo de música es el canto de himnos. Este tipo de música generalmente sigue ritmos y acentos bien marcados. Generalmente, tiene estrofas (a diferencia de la música litúrgica) y es más fácil para la mayoría de la gente cantar. Esta categoría incluye todos los himnos y los otros cantos populares que se cantan en las iglesias.

Estos dos tipos de música se pueden cantar de tres maneras: por toda la congregación, por un coro, o por un solista, en particular, el pastor. Lo más común es que la congregación entera cante. Es algo muy hermoso, ya que todos pueden participar, sin importar los dones musicales que tengan. Son pocas las personas a quienes no les gusta cantar, y por lo tanto el canto congregacional es la forma más popular de cantar en la iglesia, ya que no excluye a nadie.

También puede cantar un coro en la iglesia. El coro es un grupo selecto de personas que cantan durante el culto. El propósito del coro es doble. En primer lugar, pueden ser los que guían a la congregación en los cantos, ya que los miembros de la congregación que no cantan bien o no conocen cierta melodía pueden escuchar y seguir al coro. En segundo lugar, el coro puede cantar música más difícil o compleja para glorificar a Dios. Por ejemplo, puede cantar con diferentes armonías, o puede cantar música más complicada que requiere de un tiempo de ensayar para poderla cantar. De esta manera, el coro puede cantar cantos muy bellos y preciosos a Dios, y adorarlo de esta manera muy especial, de la cual no son capaces los otros miembros de la congregación por no haber ensayado con el coro, o no tener los mismos dones. Sin embargo, éstos deben participar escuchando y meditando en lo que canta el coro, y de esta manera se unen al canto del coro.

En el solo, una sola persona canta. Igual que el coro, el propósito de esto es de glorificar a Dios con una música especial. A veces el solo puede ser muy bello, y tiene un carácter y un estilo distinto al de tipo de música cantado por la congregación entera. Por lo tanto, el solista puede también glorificar a Dios con su canto, y el resto de la congregación se puede unir a él, meditando en lo que dice y "haciéndolo suyo."

Muchas veces, el solista es el pastor, ya que canta algunas partes de la liturgia que le corresponden. Esto también tiene el fin de embellecer el culto.

#### Música adecuada y música inadecuada

Hay ciertas características que deben tener los cantos que usamos en el culto. En primer lugar, hay que recordar siempre que lo más importante es el texto y no la música. El texto es primordial, y por lo tanto la música debe ser sujeta al texto. Por ejemplo, si el texto es de carácter alegre, la música también debe ser alegre. Si el texto es de carácter penitente, la música no debe ser alegre, sino debe crear un ambiente penitente. La música debe siempre ilustrar el texto. Siempre es más importante el contenido de lo que cantamos que la forma en que lo cantamos.

Otro punto muy importante es que hay música de buena calidad y música de mala calidad. La música que usamos en nuestro culto debe servir para glorificar a Dios y edificar a la congregación. La música de buena calidad servirá para esto, mientras la música de mala calidad no servirá para glorificar y edificar.

La música de mala calidad no es apropiada para el uso en la iglesia. Esta música nos cansa y nos aburre. Por ejemplo, hay música que después de cantarla varias veces nos deja de conmover. No produce en nosotros ese espíritu de glorificar y adorar a Dios, o de ser edificados. Se vuelve insípida después de un tiempo, porque no es profunda. La música de mala calidad, a veces, no ilustra el texto. Deja de ser "bella" después de algún tiempo. La buena música, por otra parte, nunca deja de inspirarnos. Nunca nos aburre ni nos cansa.

Esto no sólo se aplica a las melodías, sino también al texto. Hay textos en los que la letra no nos hace reflexionar, o no nos conmueve. Son demasiado sencillos, y después de un tiempo nos aburren. Un buen texto es como un alimento completo, que nos hace crecer en nuestra fe y entendimiento. Nos hace reflexionar más profundamente, y cada vez le hallamos algo nuevo.



Entonces, la mayor diferencia entre música de buena calidad y la de mala calidad es que la primera nos edifica, nos hace crecer en nuestra fe, y profundiza nuestra relación con Dios. Fortalece nuestra comunión con Dios y con nuestros hermanos. Nos edifica y nos inspira al crecimiento espiritual. La música de mala calidad, por otra parte, no nos hace crecer en nuestra vida espiritual. Al contrario, nos hace estancar. Después de cantarla algunas veces, se vuelve vacía y deja de tener algo que ofrecemos. No nos inspira nuevos pensamientos ni nos hace reflexionar. Y cuando esto ocurre, la música deja de cumplir su función.

Un punto importante para recordar es que en la iglesia, no debemos cantar sólo por cantar. Hay iglesias donde cantan mucho, pero la música no enriquece a los miembros. Sin embargo, a los miembros les puede gustar mucho esa música, sólo porque les gusta cantar. La iglesia será el único lugar donde pueden ir a cantar en grupo. Por lo tanto, se ponen a cantar, no con el fin de glorificar a Dios ni edificarse mutuamente--más bien, sólo cantan porque les gusta cantar. Daría lo mismo que cantaran canciones populares del radio o de cantantes famosos, pues no están glorificando a Dios, sino sólo cantando por el gusto de cantar. Así, el canto se convierte en un entretenimiento o una diversión, pero no en un glorificar a Dios.

No queremos decir con esto que nunca debemos cantar sólo para divertirnos o entretenernos. Hay momentos en los que sí se puede hacer esto. Puede haber reuniones u otros momentos cuando se cantan diferentes tipos de cantos "populares." Pero es muy importante recalcar que en el culto de adoración, el propósito del canto no es de divertirnos o entretenernos. No cantamos sólo por el gusto de cantar. Cantamos para glorificar a Dios y para edificarnos mutuamente. No llegamos al culto para divertirnos o pasar un rato agradable. Llegamos para glorificar a Dios y unirnos a nuestros hermanos. Ese tiene que ser el propósito del canto en el culto. Desgraciadamente, hay muchas iglesias donde los cantos que se cantan durante el culto sólo sirven para que la gente "se divierta cantando." Por supuesto, puede ser divertido cantar alabanzas a Dios. Pero el fin de la música en el culto nunca es de divertirnos, sino de glorificar a Dios y edificarnos mutuamente. A muchas personas se les ha olvidado esto.

Sin duda, en la iglesia hay grupos muy distintos de personas. Hay niños y adultos, hay personas con pocos conocimientos musicales y otros con muchos conocimientos. Hay algunos que les gusta cierto tipo de música, y otros que no. Si consideramos, por ejemplo, a los niños, hay ciertos cantos e himnos que son apropiados para niños. Son fáciles de entender y aprender, y su letra es muy sencilla. Esto es necesario, ya que los niños forzosamente tienen una fe muy sencilla y no pueden reflexionar en la misma forma que los adultos. Pero si sólo se cantara este tipo de música entre adultos, los adultos pronto se cansarían, porque la música y la letra son tan sencillas que después de un tiempo ya no les alimentan espiritualmente. Ya no les hacen profundizar más en su fe y en su relación con Dios.

Muchas veces existe el problema de que hay desacuerdos entre los miembros de la iglesia con respecto al tipo de música que se debe cantar. Esto se debe a las diferencias que existen entre los individuos. Es posible que cierto tipo de música edifique a algunos, mientras a otros no. Por ejemplo, a algunos les gusta más la música "popular," mientras a otros les gusta más la música "clásica." Al primer grupo, por ejemplo, la música "clásica" no les inspira, porque no la entienden. No la saben apreciar, y por lo tanto,

no cumple en ellos el fin de edificarlos. Al segundo grupo, se les hace muy poco profunda la música popular, y no produce en ellos ninguna edificación, sino que les aburre y les cansa. Por lo tanto, muchas veces ha habido desacuerdos entre los cristianos acerca del tipo de música que se debe usar en la adoración cristiana.

Aunque no es de ninguna manera fácil resolver este dilema, hay ciertos puntos que debemos notar. En primer lugar, debemos tomar en cuenta las necesidades de todos los grupos. Por ejemplo, no rechazamos la música infantil, porque esa música puede cumplir su función de edificar y hacer crecer a los niños. De la misma manera, debemos tomar en cuenta a los cristianos que son más conmovidos por música del estilo "popular," y no despreciarlos ni discriminar en contra de ellos, igual como no despreciamos a los niños y sus gustos musicales.

Sin embargo, hay personas en nuestras iglesias que saben más de música que otras. Saben distinguir entre música de buena calidad y música de mala calidad. Estas personas pueden distinguir, por ejemplo, entre un texto que nos edificará y otro que no nos edificará. Entonces, debemos tomar muy en cuenta sus opiniones, y dejar que guíen al pueblo para que se cante música edificante. Estas personas tienen el deber de dirigir a la congregación y permitir que todos los miembros crezcan en su fe por medio de la música.

Hay que recordar que hay música "popular" de buena calidad y también de mala calidad. Una prueba que sirve para distinguir entre música de buena calidad y la de mala calidad es que la primera seguirá gustando y conmoviendo a la gente a través de muchas generaciones, mientras la música mala puede ser popular por un tiempo, pero pronto deja de gustar y conmover a la gente. Hay alguna música clásica, por ejemplo, de Beethoven, Bach, etc., que ha seguido siendo popular a través de los siglos. Pero también hay música "popular" que ha seguido siendo popular a través de los siglos. Por ejemplo, algunos de nuestros himnos son cantos "populares" que se cantaban en las cantinas (con otra letra, por supuesto), pero que han pasado la prueba del tiempo. También hay cantos folklóricos o de décadas anteriores que siguen gustando a la gente. En todas épocas, hay música popular buena.

Con respecto al grupo de cristianos que prefieren la música más popular, y no saben apreciar la música más compleja y profunda, diríamos que es bueno que estas personas crezcan en sus gustos musicales, igual como deben ir creciendo en su fe. Al aprender a apreciar la música más fina, su experiencia cristiana también será profundizada, y llegará a niveles más altos. Así irán creciendo, en lugar de estancarse en un solo nivel.

Sin embargo, las personas que tienen más conocimientos musicales y saben apreciar música más fina deben también ayudar a los demás. Por supuesto, deben ayudarles a crecer en su apreciación de la música cristiana. Pero también es importante que produzcan y ofrezcan música que edificará y conmoverá a las personas que no tienen el mismo nivel de conocimiento musical. Como hemos visto, hay música "popular" que también puede ser de muy buena calidad, y puede servir para glorificar a Dios y edificar a los demás. Los que tienen más conocimientos deben ayudar a producir y ofrecerles a los demás música popular de buena calidad que pueda usarse en el culto, para que todos sean edificados, y no sólo los que tienen más conocimientos. Muchas veces, los que tienen más conocimientos musicales desprecian cualquier música nueva o "popular", y sólo aceptan la música del pasado, como si sólo lo que se

produjo en el pasado es digno de usarse. La preocupación de todos no debe ser tanto la música como la gente. El fin del culto cristiano no es de conservar estilos de música, sino de edificar a la congregación. Cualquier música que no edifique a la congregación, sea de buena o de mala calidad, no debe usarse, porque no está cumpliendo con su propósito. Y al mismo tiempo, cualquier música que sí cumple su función de edificar a la congregación y hacerla crecer en su fe sí es apropiada. Ese tiene que ser el criterio: la edificación de la congregación y la glorificación de Dios.

Desgraciadamente, muchas veces en el pasado ése no ha sido el criterio. Lo que ha sido lo más importante es conservar un estilo de música, a veces, en lugar de usar música agradable a la congregación. Si por insistir en una música "fina" alejamos a mucha gente que llega por primera vez y se siente relegada porque no pueden participar, o perdemos a personas que se sienten confundidas por esa música y no la pueden cantar, hemos hecho mal. No debemos encerrarnos en ciertos tipos de música que excluyen a un buen número de personas. No queremos ser "exclusivos."

En fin, la música siempre tiene que edificar a la congregación, para ser un medio para que todos glorifiquen y alaben a Dios. Cada congregación es diferente. Sería ridículo, por ejemplo, insistir en que se toquen piezas de Bach entre grupos de cristianos indígenas, o personas con poca preparación musical que nunca podrían apreciar esa música, porque esa música no los edificaría. De la misma manera, sería ridículo tocar música indígena entre personas que prefieren la música clásica. El fin de la música cristiana en el culto siempre debe ser de edificar a todos; nunca hay que olvidar eso. Si la música no edifica, por ser muy sencilla, o por ser muy compleja, no es apropiada para esa congregación. Pero si la música sí edifica, por compleja o sencilla que sea, esa música es la más adecuada.

### Los instrumentos en la adoración cristiana

Como notamos anteriormente, los instrumentos musicales se han usado a través de la historia de la iglesia. Se usaban entre los judíos del Antiguo Testamento, y en los tiempos de Jesús. Los primeros cristianos se reunían en las sinagogas, donde muchas veces se usaban instrumentos musicales. Pero luego, la iglesia pasó por una larga etapa durante la cual no era muy común usar instrumentos musicales, aunque de ninguna manera era prohibido. En realidad, había pocos que sabían tocar, y a veces la música que sabían tocar no era apropiada para la iglesia. También, como había tantas misas y horas de oración, hubiera sido necesario que cada iglesia contratara a un músico de tiempo completo para poder tener música. La mayoría de las iglesias carecían de recursos económicos para hacer eso, y sólo algunas congregaciones ricas o numerosas podían contratar músicos.

Por lo tanto, generalmente se cantaba sin acompañamiento instrumental. El canto gregoriano, que era el tipo de música que predominaba, no necesita de acompañamiento instrumental, y los instrumentos que existían en aquel entonces no servían para acompañarlo, ya que muchos instrumentos, como el arpa, la lira, y otros instrumentos con cuerdas no pueden sostener notas. (Por ejemplo, si uno oprime una tecla del órgano, esa nota sigue sonando hasta que se suelte; pero si uno toca una cuerda de guitarra o de arpa, esa nota suena pero inmediatamente se va apagando. No se puede sostener la nota, como en el órgano. Por eso, no servía para el canto gregoriano, porque en el canto gregoriano hay que sostener ciertas notas por mucho tiempo).

En los tiempos de Lutero, el órgano todavía no se usaba mucho en la iglesia. Pero poco a poco se fue implementando. Antes del siglo XVI, los órganos no eran muy buenos, ya que el tipo de órgano que existía casi no servía para el culto cristiano. Alrededor del año 1,300 el órgano fue cambiando, y tuvo una lenta introducción en algunas iglesias. Pero en las iglesias protestantes fue donde el órgano alcanzó su mayor popularidad, de modo que muy pronto cada iglesia tenía su órgano y su organista. Desde ese entonces, el órgano ha sido el instrumento de mayor uso en las iglesias protestantes para acompañar los cantos. También ha sido usado extensamente en la iglesia católica.

El órgano presenta algunas ventajas muy grandes. En primer lugar, es un instrumento majestuoso y poderoso. Dignifica y embellece el canto congregacional. En segundo lugar, el órgano puede tocar melodía y armonía al mismo tiempo. Aparte del piano, hay pocos instrumentos que pueden hacer eso. Por ejemplo, trompetas o violines sólo pueden tocar una nota a la vez, mientras el órgano puede tocar muchas. Otros instrumentos, como la guitarra, sirven para tocar la armonía, pero es muy difícil que toquen la melodía de un canto. Por lo tanto, es más fácil para la congregación seguir el órgano que otro instrumento.

En tercer lugar, el órgano es muy adaptable. Puede ser usado para tocar música sin letra mientras la congregación medite o haga otra cosa (música de fondo). Puede tener un carácter alegre o más serio. Es altamente adaptable. En cuarto lugar, es potente. Mientras con otros instrumentos, como la guitarra, la flauta, etc., se necesita de un sistema de amplificación de sonido para que la gente pueda oírlos mientras canta, el órgano es tan potente que puede llenar todo el templo con su sonido. Una sola guitarra, por otra parte, en un templo grande, no se oye cuando la congregación está cantando.

Estas son algunas de las ventajas que tiene el órgano. Por muchas razones, es tal vez el instrumento más adecuado para acompañar el canto congregacional. Por eso ha sido el instrumento más común en la adoración cristiana, y sin duda, lo seguirá siendo por mucho tiempo.

Sin embargo, el órgano también tiene ciertas desventajas, especialmente en América Latina. En primer lugar, es un instrumento mucho muy costoso. Muchas congregaciones de América Latina no tienen el dinero suficiente para comprar y mantener un órgano. Por lo tanto, hay muchas congregaciones que no pueden tener un órgano. En segundo lugar, el órgano es bastante difícil de tocar. Se necesitan años de constante práctica para aprender a tocarlo bien, y para poder acompañar bien los cantos congregacionales. Nadie puede aprender a tocarlo en un plazo corto de tiempo. Por lo tanto, hay muchas congregaciones en América Latina en las que no hay ningún miembro capacitado para tocar el órgano. Y en las congregaciones que sí tienen organista, cuando éste tiene que ausentarse algún domingo, no hay nadie que tome su lugar. Hemos visto muchas veces en América Latina que los únicos que saben tocar el órgano son los misioneros o sus esposas. En tercer lugar, el tipo de música que se toca en el órgano no es propio de América Latina. Mientras en otros países el órgano es un instrumento "típico," en América Latina no lo es. Es un instrumento importado, que no es nativo a América Latina. Por lo tanto, la música que se toca en el órgano también tiende a ser música importada, y no música latinoamericana. Por ser costoso, difícil de tocar, y por ser un instrumento "importado" en el que no se acostumbra tocar música propia de América Latina, sino sólo música importada, no siempre es apropiado el órgano.

Un instrumento que también ha sido usado en las iglesias es el piano. Tiene más o menos las mismas ventajas y desventajas que el órgano, aunque el órgano todavía es más apropiado para cantar himnos y música litúrgica, porque se puede sostener una nota en el órgano, lo que no se puede hacer de la misma manera en el piano.

Un instrumento muy típico, y sin duda el más usado en América Latina, es la guitarra. Como hemos visto, la guitarra tiene ciertas desventajas como instrumento del culto. No se oye muy bien (sin amplificación de sonido), a menos de que el grupo sea pequeño, o haya más de una guitarra. Tampoco se pueden tocar melodías en la guitarra, sino sólo armonías.

Sin embargo, la guitarra ofrece algunas ventajas muy grandes. En primer lugar, es un instrumento muy barato; hay una guitarra en muchísimos hogares latinoamericanos. En segundo lugar, no es difícil aprender a tocar la guitarra. Se puede aprender a acompañar algunas canciones en muy poco tiempo. Y la tercera ventaja que ofrece la guitarra es que es un instrumento típicamente latinoamericano. A la gente le agrada, y le gusta mucho cantar con guitarra. Estas son las grandes ventajas de la guitarra. En realidad son pocas las congregaciones en las que no hay nadie que no tenga una guitarra ni sepa tocarla.

Como veremos más adelante, a veces se ha considerado a la guitarra como un instrumento no apropiado para usarse en un culto formal. Estos simplemente son prejuicios importados de otras partes. A muchos no les gusta la guitarra para el culto; sólo les gusta el órgano. Pero esto también se debe a que no están acostumbrados a oír la guitarra en el culto, y sólo están acostumbrados al uso del órgano. El hecho de que no están acostumbrados a la guitarra en el culto no significa que la guitarra no es apropiada para el culto. Eso es ridículo. La guitarra no tiene nada que la haga inapropiada en sí para el uso en el culto. Por supuesto, como hemos visto, tiene algunas desventajas, que no tiene el órgano. Pero eso no significa que no puede usarse en el culto.

Por supuesto, no se puede tocar el mismo tipo de música en la guitarra que en el órgano o en el piano. Muchos himnos no pueden ser tocados o acompañados con guitarra, y es imposible, por ejemplo, tocar la liturgia de Culto Cristiano en guitarra. Sin embargo, hay otro estilo de música que sólo se puede tocar en guitarra, y no en el órgano. Este tipo de música también puede ser apropiado para el culto, si está bien hecho.

### Nuestra realidad latinoamericana

En las iglesias protestantes (y particularmente, las luteranas) de América Latina, se ha usado mucho la música europea. Se canta música alemana, inglesa, o de tipo europeo occidental, sólo con letra en español. Esta música no es mala. Puede ser buena y edificante, y lo ha sido. Es muy hermosa. Pero al mismo tiempo, no es propia de América Latina. No ha nacido de la experiencia del pueblo. No es nativa. Es una importación. Por supuesto, el hecho de que sea música "importada" no significa que es mala o debe ser desechada. Pero al mismo tiempo no debe ahogar y desalojar a la música nativa de América Latina. Los dos tipos de música tienen su lugar en la iglesia latinoamericana.

Sin duda, una de las tragedias más grandes del protestantismo en América Latina es que muchas veces se han impuesto formas de pensar y razonar totalmente ajenas al pueblo latinoamericano, y esto ha ahogado

e imposibilitado el desarrollo de lo nativo en las iglesias latinoamericanas. Esto es verdad en todas las áreas: en la teología, en la interpretación bíblica, etc., pero ha sido verdad en particular en el área de la música. Al llegar misioneros a América Latina, muchas veces trataron de edificar iglesias que fueran copias exactas de las iglesias de sus países de origen. Esto es normal--siempre ha sido así en todos tiempos y todos lugares. Así hicieron primero los católicos que llegaron, y así siguen haciendo otros grupos.

En el área de la música, lo que ha pasado es que misioneros extranjeros, o también inmigrantes de Europa, han llegado y han impuesto su música a las iglesias latinoamericanas. Tradujeron sus mismos himnos en lugar de escribir otros, o permitir que los mismos latinoamericanos escribieran himnos propios. Esto pasó también con el uso del órgano. En las iglesias europeas y norteamericanas, el órgano es el único instrumento que se acostumbra usar para acompañar la música en las iglesias. Cada iglesia tiene su órgano. Otros instrumentos, como la guitarra, no son comunes en los Estados Unidos y Europa en las iglesias. Por eso, los misioneros y los inmigrantes de Europa siempre insistían en que había que usar el órgano en los cultos. Otros instrumentos a veces no eran permitidos. Para justificar esta imposición, decían que sólo el órgano era digno de usarse, y que los otros instrumentos eran "vulgares," etc. Insistían tanto en este punto que algunos de los pastores entrenados por estos misioneros o los pastores que trabajaron entre los inmigrantes europeos también se convencieron de que sólo el órgano es apropiado para el culto cristiano. Estos mismos pastores también han sido enseñados que la música nativa del pueblo no es apropiada, sino sólo la música "importada," los himnos traducidos del inglés o alemán, etc. Es de veras lamentable que exista esta situación en las iglesias protestantes de América Latina.

Luego, lo que ha ocurrido es que tanto los pastores como los miembros de las iglesias sólo han usado ese tipo de música importada, y sólo han cantado con órgano, y sin otros instrumentos. Después de tantos años, los miembros también han sido convencidos que ése es el único tipo de música que se puede tocar en la iglesia, porque es el único tipo de música que han usado. Si se trata de introducir otros tipos de música, u otros instrumentos, en la iglesia, se rebelan, diciendo que eso no es correcto.

Muchos no se han dado cuenta de que esto ha impedido en gran manera el crecimiento de la iglesia. Los que se han acostumbrado después de muchos años de música "importada" en la iglesia se sienten a gusto con esa música. Pero las personas nuevas que llegan y no conocen esa música son aisladas por ello. No la saben cantar. Se les hace extraña y difícil de seguir. Por lo tanto, muchas veces llegan una o dos veces al culto, pero todo se les hace tan raro que no vuelven. Es demasiado pedirles que tengan la paciencia necesaria para aguantar muchos domingos esa música que se les hace extraña hasta que se acostumbren. Lo que ha pasado, entonces, es que por querer conservar un estilo de música importado, y ahora tradicional, se ha impedido en gran manera el crecimiento de la iglesia. No es de sorprenderse que las iglesias en las que se toca música más moderna y fácil de cantar generalmente son las que crecen más rápidamente, mientras las otras no.

Nuestras iglesias muchas veces se han negado a adaptarse al medio ambiente que les rodea, insistiendo en su lugar que los demás se adapten a lo que usa su iglesia. Por ejemplo, en lugar de usar un estilo de música

aceptable y atractiva para personas nuevas que visitan nuestras iglesias, preferimos usar la música "importada" que hemos aprendido, que es más aceptable para nosotros, los que ya estamos dentro de la iglesia, pero no es muy aceptable ni atractiva para personas nuevas. No nos queremos adaptar a otros, para complacerlos, sino insistimos en que se adapten a lo nuestro. No nos preocupamos por los demás y sus gustos, sino que insistimos en que acepten nuestros gustos. Con esa actitud, ¿cómo vamos a atraer a personas nuevas a la iglesia? Por culpa de esa mentalidad, muchas de nuestras iglesias han tenido un crecimiento muy lento.

Es necesario, entonces, que volvamos a pensar bien lo de la música que usamos en nuestros cultos. No debemos seguir únicamente modelos extranjeros que les son extraños a nuestros pueblos latinoamericanos, despreciando los modelos de música latinoamericana como indignos para glorificar a Dios. Tampoco debemos excluir los instrumentos típicos de América Latina, como la guitarra en particular, como inapropiados para la adoración cristiana dentro de la iglesia. El órgano no es un instrumento más santo o más reverente en sí que la guitarra. La música alemana o inglesa en sí no es más santa o reverente que la música latinoamericana. La música típica latinoamericana también puede ser muy reverente y sagrada.

Por otra parte, no queremos tampoco ir al otro extremo de desechar por completo la música "importada." También es buena y tiene mucho que ofrecernos. Debemos tomar lo mejor de los dos tipos de música--el "típico" y el "importado." No es malo el poder alabar a Dios empleando cantos traducidos del alemán o del inglés, o usar música de esas culturas. Al contrario, eso puede servirnos para alabar a Dios. Pero ese tipo de música no debe desplazar por completo la música latinoamericana.

Hay muchas congregaciones latinoamericanas que están usando los dos tipos de música. Alaban a Dios con guitarra y también con órgano. Usan música más típica de América Latina, y al mismo tiempo usan música de origen alemán o inglés. Así alaban a Dios usando diferentes estilos, y todos se sienten cómodos con la música.

Hay que recordar que cada congregación es diferente. Una congregación de inmigrantes europeos no adorará a Dios de la misma manera que una congregación de campesinos o indígenas. Una congregación de profesionistas en la ciudad adorará de una manera distinta que una congregación de personas del campo que no saben leer. Por lo tanto, ningún grupo debe imponer sus formas de adoración a otro grupo. Los diferentes grupos pueden compartir música, y es bonito si se puede adorar a Dios con la misma música en varias partes. Pero no hay que imponer ciertos modelos a otros.

El gran reto que tienen las iglesias de América Latina es producir música latinoamericana buena, que sirva para el culto. Necesitamos que nuestros miembros se esfuercen por componer himnos latinoamericanos de buena calidad, y que preparen otros tipos de música, en especial música litúrgica, de buena calidad. Necesitamos himnos y música de buena calidad si queremos atraer a otros.

En fin, debemos respetar el pasado, y lo que otros cristianos de otras épocas y otros lugares nos han legado. Pero también debemos ser creativos, y no estancarnos, insistiendo siempre en lo mismo, o en lo "viejo," y rechazar lo "nuevo." Debemos permitir que "lo nuestro" de América Latina también ocupe su lugar en nuestra adoración.

## El texto de los himnos

Ya hemos notado en este capítulo que la música (o la melodía) debe "servir" al texto. Esto significa que lo más importante es el texto, y no la música. La música debe servir únicamente para ilustrar la letra del texto, o para comunicar mejor el mensaje del texto. La música no es el mensaje, sino la letra del texto. Por eso, la letra debe ser lo más importante, y no la música. La música simplemente es un instrumento para comunicar un mensaje.

Hay diferentes tipos de himnos. En primer lugar, hay lo que aquí llamaremos "himnos de oración." Estos himnos están dirigidos a Dios, en forma de oración. Por eso los llamamos "de oración," porque cualquier cosa dirigida a Dios es una oración. Estos himnos pueden estar dirigidos al Dios Trino, o a una persona en particular de la Santa Trinidad--Padre, Hijo, o Espíritu Santo.

Hay varios tipos de himnos de oración, igual como hay muchos tipos de oración. Un "himno de invocación" es un himno en el que nos dirigimos a Dios para pedirle que esté presente con nosotros. Muchas veces estos himnos están dirigidos al Espíritu Santo. El himno #88 del Culto Cristiano es un himno de invocación. La primera estrofa dice así:

Desciende, Espíritu de amor,  
Paloma celestial,  
Promesa fiel del Salvador,  
De gracia manantial.

Otro tipo de himno de oración es el "himno de alabanza." En este tipo de himno nos dirigimos a Dios para alabarlo y glorificarlo. El himno #96, por ejemplo, es de alabanza (estrofas 1 y 3):

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Señor omnipotente,  
Siempre el labio mío loores te dará;  
¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! Te adoro reverente,  
Dios en tres personas, bendita Trinidad.

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! la inmensa muchedumbre  
De ángeles que cumplen tu santa voluntad,  
Ante Ti se postra bañada con tu lumbre,  
Ante Ti que has sido, que eres y serás.

Un himno de oración también puede ser una petición. Le pedimos algo a Dios, por ejemplo: más fe, o que nos perdone, o que nos guíe, o que nos fortalezca, etc. Un ejemplo de un himno de petición es el himno #224. La primera estrofa reza:

Dame más fe, Señor Jesús;  
Dame la fe, ¡oh Salvador!,  
Que al afligido da la paz,  
La fe que salva del temor;  
Fe de los santos galardón,  
Gloriosa fe de salvación.

Hay muchos otros tipos de himnos de oración. Pero lo que todos estos himnos tienen en común es que son dirigidos a Dios. De hecho, es fácil reconocer un himno de oración porque cualquier himno dirigido a Dios es un himno de oración. En estos himnos podemos decirle muchas cosas a Dios. Podemos alabarlo, darle gracias, pedirle algo, expresarle nuestra fe y confianza



en él, dedicarnos más a él, etc. Igual como hay muchos tipos de oración, hay muchos tipos de himnos de oración, porque un himno de oración sólo es una oración dirigida a Dios, pero con música.

La segunda categoría de himnos que cantamos la podemos llamar de "himnos comunitarios." Estos himnos no están dirigidos a Dios, sino a los miembros de la congregación. Lo que ocurre es que los miembros de la congregación se dirigen unos a otros en estos himnos, compartiendo todos un mensaje. Estos himnos deben servir para edificar a los miembros en su relación con Dios y unos con otros.

Hay muchos tipos de himnos comunitarios. Un tipo es el "himno de exhortación." En este tipo de himno, los miembros se exhortan unos a otros a confiar en Dios, alabarlo, darle gracias, escuchar su Palabra, amarse unos a otros, etc. Las siguientes estrofas de estos himnos son de exhortación:

#133, estrofa 1 Amémonos, hermanos, con tierno y puro amor;  
Que un solo cuerpo somos, y nuestro Padre es Dios.

#185, estrofa 1 Naciones todas, alabad,  
Y al Creador hoy ensalza.  
¡Aleluya! ¡Aleluya!  
Venid, ¡oh pueblos!, a cantar  
Al Salvador y rey sin par.  
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

#263, estrofa 1 Escuchad, Jesús nos dice:  
"¿Quiénes van a trabajar?  
Campos blancos hoy aguardan  
Que los vayan a segar."  
El nos llama cariñoso,  
Nos constriñe con su amor;  
¿Quién responde a su llamada:  
"Heme aquí, yo iré, Señor."?

#339, estrofa 1 Iglesia de Cristo, reanima tu amor,  
Y espera velando a tu augusto Señor;  
Jesús, el esposo, con fuerte clamor  
Anuncia que viene vestido de honor.

Otro tipo de himno es el himno declaratorio. En este tipo de himno se afirma algo como verdad. Se puede afirmar, por ejemplo, que Dios nos ama, o que Dios es grande, o que alguna doctrina de la fe cristiana es verdad. Por ejemplo, en el himno #74 se afirma la resurrección de Jesús (primera estrofa):

El Señor resucitó, ¡Aleluya!  
Muerte y tumba ya venció, ¡Aleluya!  
Con su fuerza y su virtud, ¡Aleluya!  
Cautivó la esclavitud. ¡Aleluya!

En el himno #299 se afirma que el amor que nos une es sagrado (primera estrofa):

Sagrado es el amor  
Que nos ha unido aquí:  
A los que oímos del Señor  
La voz que llama a sí.

En el himno #129 se afirma que Dios es digno de confianza, y siempre está con nosotros (primera estrofa):

Castillo fuerte es nuestro Dios,  
Defensa y buen escudo;  
Con su poder nos libraré  
En este trance agudo.  
Con furia y con afán  
Acósanos Satán;  
Por armas deja ver  
Astucia y gran poder:  
Cual él no hay en la tierra.

Entonces, el himno declaratorio afirma algo como verdad con respecto a Dios o nosotros, y tiene el fin de anunciar esa verdad a todos los reunidos y recordarles de ella.

Hay muchos otros tipos de himno comunitario. Hay algunos basados en textos bíblicos, otros que son para meditar en algún hecho, otros para afirmar la fe y el compromiso del grupo, etc. Pero lo que todos estos himnos tienen en común es que son comunitarios, ya que hablan de una experiencia en grupo, algo que todos comparten. Lo que comparten puede ser el amor, la fe, la alabanza, la dedicación, o alguna verdad, como el Nacimiento de Cristo, o su Resurrección, etc. También pueden hablar de algo que están experimentando todos: un bautismo, una confirmación, la Santa Cena, un entierro, etc.

Una tercera categoría de himnos son himnos personales. Estos himnos cantan en la primera persona singular ("yo"), y generalmente cantan de algo personal. Esto los distingue de los himnos comunitarios, pues los himnos comunitarios siempre se cantan en plural ("nosotros" en lugar de "yo"), y cantan de una experiencia común. Lo que cuenta un himno personal puede ser una experiencia, o la salvación, u otra cosa. Un ejemplo de este tipo de himno es el himno #202, que cuenta de la experiencia de un cristiano (primera estrofa):

Oí la voz del Salvador  
Decir con tierno amor:  
"¡Oh, ven a mí, no temas más,  
Cargado pecador!"  
Tal como estaba, a mi Jesús  
Cansado yo acudí;  
Y luego dulce alivio y paz  
Por fe en El recibí.

El himno #245 también cuenta de la experiencia de salvación (primera estrofa):

Lejos de mi Padre Dios  
Por Jesús fui hallado;  
Por su gracia y por su amor  
Sólo fui salvado.  
En Jesús, mi Señor,  
Es mi gloria eterna:  
El me amó y me salvó  
Por su gracia tierna.

Estos himnos personales también pueden ser oraciones de tipo personal a Dios. En este caso, el individuo se dirige a Dios para alabarlo, agradecerle, pedirle perdón, etc. Unos ejemplos de este tipo de himnos son los himnos #237 y 210 (primeras estrofas):

Divino Salvador, Cordero de mi Dios,  
Yo clamo a Ti;  
Escucha mi oración, Mírame con bondad,  
Borra mi iniquidad: Confío en Ti.

Santo Dios, ¡oh Dios de amor!  
Oyeme: soy pecador;  
Te confieso mi maldad,  
Implorando tu piedad.  
Sólo contra Ti, Señor,  
He pecado, y el amor  
De Jesús que me buscó  
He tenido en poco yo.

Estos himnos "personales" pueden ser buenos y edificantes, pero su uso también puede presentar problemas en la comprensión del culto. Generalmente, este tipo de himno tiene su origen en otras iglesias evangélicas. Muchas veces esas iglesias enfatizan tanto el aspecto personal entre el creyente y Dios que se olvidan del aspecto comunitario. Recordemos lo que hemos dicho: lo que Dios desea es tener un pueblo en el cual todos los miembros estén unidos. No desea un conjunto de individuos aislados unos de otros. Y eso es lo que se puede olvidar en estos himnos.

Esto se refleja en otras partes de la liturgia. Nunca oramos en la liturgia: "Ten piedad de mí," sin siempre: "Ten piedad de nosotros." No cantamos: "Te alabo, te bendigo, te adoro," etc., en el Gloria Patri, sino siempre: "Te alabamos, te bendecimos, te adoramos," etc. La idea del culto no es que cada uno adore a Dios como un individuo, sino que lo adore como parte de un grupo. Cuando oramos en la iglesia, el pastor no ora en términos de "yo," sino siempre de "nosotros." La adoración y la oración en la liturgia son principalmente comunitarias, y no individualistas.

Debido a que el Oficio dominical es una experiencia, en primer término, comunitaria, es preferible que destaquen himnos que hablen de "nosotros" y "vosotros" en lugar de "yo" y "tú." Por supuesto, no hay que excluir los himnos personales del Oficio. En un sentido, un himno personal (o individual) se convierte en un himno colectivo al estar todos cantando las mismas palabras. También, hay que reconocer que el individuo en cada Oficio también es importante, y no sólo el grupo. Lo que ocurre en el grupo debe transformar a cada individuo del grupo. Pero el énfasis en el Oficio y en la liturgia, como hemos visto repetidamente, es en la adoración en común. Por eso, es preferible que cuando menos el himno de apertura, en el que se enfatiza el grupo que se está reuniendo, sea un himno colectivo y no individual. Y por lo general, es preferible que los himnos comunitarios o colectivos predominen en el Oficio, aunque de ninguna manera es necesario excluir del Oficio los himnos personales.

## VII. EL OFICIO MAYOR

La iglesia cristiana siempre ha tenido muchas formas de adorar al Señor. En todas las edades desde Jesucristo, los cristianos se han reunido para orar, para cantar, para platicar y convivir. Ha habido siempre diversos tipos de reuniones. Pero siempre ha habido un tipo de reunión más importante y más significativo que los demás. Este es el "Oficio Mayor."

El Oficio Mayor, en realidad, es el Oficio que se usa al celebrar la Santa Cena. En la Iglesia Católica Romana y en la Iglesia Anglicana (y a veces en la Iglesia Luterana), se llama "misa." En las Iglesias Ortodoxas Orientales se llama "La Divina Liturgia." En la Iglesia Luterana, generalmente la hemos llamado "el Oficio Mayor," aunque a veces usamos otros términos, como el "servicio" o el "culto," aunque estos términos son más generales y se pueden aplicar a otros tipos de reunión. En la Iglesia Luterana, a veces hemos usado el término "Oficio Mayor" para hablar de un culto dominical, aunque en éste no se celebre la Santa Eucaristía. En realidad, este uso no es correcto. Esto lo veremos después. En este capítulo, cuando hablamos del Oficio Mayor, estamos hablando del Oficio en el que se celebra la Santa Cena.

Históricamente el Oficio Mayor se ha dividido en dos partes. La primera se llama "la liturgia de la Palabra." También se le ha llamado a veces "la misa de los catecúmenos." Esto se debe a que en la iglesia antigua, sólo los miembros confirmados de la iglesia podían estar presentes en la Santa Cena. Por lo tanto, cualquier persona podía asistir a la primera parte del oficio, pero tenían que salir cuando iba a comenzar la liturgia de la Santa Cena. Lo central en esta parte de la liturgia es la Palabra--o sea, las lecturas de la Biblia y el sermón. Todo en esta primera parte está relacionado con la Palabra de Dios que se dirige a la congregación.

La segunda parte del oficio es la liturgia de la Santa Comunión. Lo central en esta parte del oficio es la Santa Cena, o Eucaristía.

Antes de la liturgia de la Palabra, a veces se habla del Rito de Confesión como una "introducción" previa al Oficio Mayor. Aunque se le puede considerar como parte de la liturgia de la Palabra, es mejor considerarla aparte. Así, entonces, diríamos que el Oficio Mayor consiste en la Introducción, la liturgia de la Palabra, y la liturgia de la Santa Comunión. Vamos a considerar, a continuación, los componentes de cada parte de la liturgia, como se ha usado en la Iglesia Luterana (las partes en paréntesis son opcionales):

### Introducción

(Himno de invocación)  
Invocación trinitaria  
Confesión de pecados  
Invitación  
(Versículos y respuestas)  
La confesión propia  
Absolución

### Liturgia de la Palabra

(Salutación apostólica)  
Introito con Gloria Patri (o Himno de entrada)  
Kirie  
Gloria in Excelsis (u otro canto)  
Salutación

Colecta (u oración) del día  
(Himno)  
Lectura del Antiguo Testamento  
(Salmo del día)  
Epístola del día  
Gradual o Aleluya  
Santo Evangelio, con versículos antes y después  
Credo (aquí o después del sermón)  
Himno (aquí o después del sermón)  
Sermón (con Votum al final)

### Liturgia de la Santa Comunión

Ofertorio  
Ofrenda  
Oración general de la iglesia  
(Himno)  
Salutación  
Sursum corda ("Elevad vuestros corazones...")  
Prefacio  
Sanctus  
Padrenuestro  
Palabras de Institución  
(Nota: a veces las últimas cuatro partes se incluyen en una sola, llamada la Oración Eucarística)  
La paz  
Agnus Dei (Cordero de Dios)  
La comunión del pueblo  
(Cántico después de la comunión; en particular, Nunc Dimittis)  
"Dad gracias al Señor..."  
Colecta  
Salutación  
Benedicamus  
Bendición  
(Himno)

En los capítulos X y XI veremos todas estas partes en más detalle. Sin embargo, ahora consideraremos la unidad del Oficio Mayor, y la relación que hay entre la introducción, la liturgia de la Palabra, y la liturgia de la Santa Comunión.

### La Introducción

Lo que pretendemos en el culto cristiano es "convivir" con Dios, o "interactuar", como anteriormente dijimos. Entramos en su presencia para adorarlo y recibir su amor. Pero al entrar en su presencia, reconocemos que no hemos vivido como debemos. No hemos amado a Dios ni a los demás como debiéramos. Por lo tanto, es necesario que le pidamos perdón a Dios antes de adorarlo y "convivir" con él.

Podríamos considerar un ejemplo tomado de la vida diaria. Si yo ofendo a un amigo, esa ofensa cambia mis relaciones con él. Se levanta una especie de barrera invisible entre los dos, lo cual afecta la comunicación entre los dos. Tal vez yo no lo puedo hablar con confianza, ni él a mí, y nos sentimos incómodos al estar juntos.

Entonces, lo que es necesario es que esa relación entre los dos sea restaurada a su estado anterior. Por eso, si yo he ofendido a mi amigo, es necesario que él me perdone para que podamos tratarnos como antes. Si no le pido perdón, o si él no me perdona, seguiremos "separados," y la relación entre los dos seguirá afectada.

Así es entre Dios y nosotros. Nosotros continuamente ofendemos a Dios. Y cuando nos acercamos a él para adorarlo, debemos sentirnos avergonzados y apenados por lo que le hemos ofendido, igual como nos sentiríamos al acercarnos a un amigo al que hemos ofendido. Necesitamos primero que él nos perdone, para saber que nuestra relación con él está "normalizada," y así podemos hablarle con confianza.

Eso es lo que hacemos en la parte introductoria del Oficio Mayor. Le pedimos perdón a Dios por lo que le hemos ofendido. Reconocemos que no hemos vivido en la relación debida con él, y por lo tanto, nuestra relación con él está afectada. Pero al confesarle nuestro pecado, oímos que él nos perdona y que nos acepta como sus hijos.

Anteriormente hemos visto que el fin de la liturgia es de unirnos a Dios y a los demás. Todo lo que hacemos en la liturgia tiene este único fin. Para que exista esa unión perfecta con Dios y con los demás, hay un solo obstáculo: nuestro pecado. Nuestro pecado es lo que nos impide unirnos a Dios y a los demás y vivir en comunión con ellos. Si no fuera por el pecado, ya estaríamos en una relación de comunión y perfecta unión con los demás.

Por lo tanto, si en el oficio queremos unirnos con Dios y con los demás y estrechar nuestra comunión con ellos, es necesario primero quitar el obstáculo que nos impide estar en esa unión: nuestro pecado. Es necesario quitar la barrera entre nosotros y Dios, y entre nosotros y los demás, para estar otra vez en la relación debida con Dios y con los demás.

En varias partes de la Biblia, se habla de confesar los pecados. En Mat. 3:6, dice que los que querían ser bautizados por Juan el Bautista confesaban sus pecados. Entonces, antes de acercarse a Dios en su bautismo, debían reconocer su necesidad y sus faltas. Santiago en su epístola dice: "Confesaos vuestras ofensas unos a otros" (5:16). Así que la confesión no sólo es a Dios, porque no sólo lo hemos ofendido a él, sino también a los demás, a los que hemos ofendido de igual manera. Eso es lo que hacemos en la confesión.

Jesús también dijo que debemos reconciliarnos con nuestros hermanos antes de adorar a Dios (Mt. 5:23-24). Y Juan dice en su primera epístola: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1:8-9). Por lo tanto, la confesión de los pecados es muy importante.

Esto de confesar los pecados antes del oficio es algo muy antiguo en la iglesia cristiana. Leímos en el Didajé (Doctrina de los Doce Apóstoles) en el cap. II (p. 13): "Reuníos el día del Señor, partid el pan y celebrad la Eucaristía después de haber confesado vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro." En la Iglesia Católica Romana, se ha usado una confesión privada por mucho tiempo, en la cual la persona confiesa sus pecados individuales al sacerdote. Ultimamente en la Iglesia Católica se ha usado también una confesión pública al principio de la Misa.

En la Iglesia Luterana, ha sido mucho más común la confesión pública. Esto ha sido así porque no podemos recordar todos nuestros pecados, ya que pecamos de muchas maneras todos los días, a veces hasta sin darnos cuenta. También, así estamos confesando nuestros pecados no sólo al pastor, sino también unos a otros. Sin embargo, también se puede usar la confesión privada en la Iglesia Luterana, cuando uno se siente afligido por su pecado y desea confesarlo al pastor. De hecho, hay un orden para confesión privada en el himnario Culto Cristiano (p. 246).

Algunas personas piensan erróneamente que al confesar sus pecados los domingos, todos sus pecados desde la última vez que se confesaron son los que son perdonados. Eso no es verdad del todo. No es como si por cada pecado cometido se hubiera puesto una tacha en una pizarra, y que cada vez que uno se confiesa la pizarra quede borrada; y luego al salir uno de la iglesia y cometer algún pecado, se empiecen a acumular más tachas nuevamente. En primer lugar, el pecado es algo mucho más profundo que eso. No sólo son acciones aisladas, sino una forma de vivir y pensar. Es toda esa forma de pensar y vivir que tiene que ser perdonada, y no sólo las acciones que cometemos.

En segundo lugar, creemos que Dios nos perdona todos nuestros pecados en su Hijo Jesucristo, tanto los del pasado como los del futuro. Ese perdón de todos los pecados, aun los que no hemos cometido todavía, es lo que se nos anuncia. Dios perdonó los pecados de todo el mundo de una vez por todas en la vida, muerte, y resurrección de su Hijo Jesucristo. Eso es lo que anuncia el pastor a la congregación--que el Señor ya nos ha perdonado por medio de Jesucristo.

Por lo tanto, la confesión de los pecados tiene el fin de recordarnos nuestra condición de pecadores, y proveer de un medio para que cada vez le podamos pedir perdón a Dios y a los demás. Y la absolución tiene el fin de asegurarnos nuevamente que Dios nos ama y nos perdona, a pesar de nuestro pecado.

### La liturgia de la Palabra

Después de la Introducción (la Confesión y Absolución), empieza el oficio propio. Este oficio, como hemos visto, consiste en dos partes, la liturgia de la Palabra, y la liturgia de la Santa Comunión. Hemos notado que el fin de la liturgia es de efectuar una unión más íntima entre Dios y nosotros, y entre todos los participantes. Para que esto suceda, es necesario primero que Dios venga a nosotros (después de estar nosotros preparados para recibirlo, como hemos hecho en la Confesión), y luego una vez que haya venido a nosotros; se puede efectuar la unión entre él y nosotros. En la liturgia de la Palabra, entonces, Dios viene a nosotros; y en la liturgia de la Santa Comunión, se efectúa y se consuma la unión entre él y nosotros. Vamos a considerar primero la venida de Dios a nosotros en la liturgia de la Palabra.

Nosotros sabemos que Dios nos hizo con el único fin de vivir en comunión con nosotros. Pero desgraciadamente, la humanidad se ha negado a vivir en comunión con él, volviéndole la espalda. Por eso, hay una separación entre él y nosotros, y también entre los mismos seres humanos. Esa comunión ha dejado de existir, por culpa del pecado.

Frente a esa situación, Dios pudo hacer una de dos cosas: pudo haber abandonado a la humanidad, dejándonos solos y sin vida. O pudo tratar de

restablecer esa comunión llegando hacia nosotros. El prefirió hacer esto último. Y gracias a eso, nosotros estamos nuevamente en comunión con él, porque vino al mundo por medio de Jesucristo a restablecer esa comunión.

Lo que hay que afirmar, entonces, es que Dios es el que siempre toma la iniciativa. Todo depende de él. Eso es lo que cuenta la Biblia. Primero, nos cuenta que él nos creó, y no nosotros a nosotros mismos (Sal. 100:3). Dios tomó la iniciativa para crearnos, para vivir en comunión con nosotros. Luego, cuando la humanidad se separó de él, Dios otra vez actuó, llamando a un hombre, Abraham, y creando de él un pueblo especial, su pueblo propio, Israel. Muchos años después, Dios sacó de la esclavitud de Egipto al pueblo de Israel, los descendientes de Abraham, y les dio la tierra prometida. A través de toda la historia de ese pueblo, Dios fue preparando el camino para poder finalmente mandar a su propio Hijo, Jesucristo. Y una vez que Jesucristo hubiera efectuado la salvación del mundo, nos envió al Espíritu Santo, para unirnos a él.

El punto más importante que queremos notar es que todo esto fue obra de Dios, cien por ciento, y de ninguna manera fue obra de la humanidad. Dios ha sido siempre el que no se olvida de nosotros, aun cuando nosotros nos olvidamos de él. Al contrario, siempre busca con ansias establecer nuevamente la comunión para la cual él nos hizo. Enfatizamos siempre que "la salvación es por gracia, y no por obras nuestras." En otras palabras, el hecho de que estamos en comunión con Dios no se debe a algo hecho por nosotros, sino únicamente por Dios.

Esto significa que nosotros no buscamos primero a Dios, sino que él nos buscó a nosotros. Nosotros no hicimos el esfuerzo por entrar en comunión con él, sino fue él quien hizo el esfuerzo por establecer la comunión entre él y nosotros. San Juan dice en su primera epístola: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros" (4:10). Dependemos totalmente de Dios; si él no viene a nosotros, no hay comunión. Si él no se fija en nosotros, estamos perdidos. Si él no nos viene a socorrer, permanecemos separados de él para siempre.

Por lo tanto, un enfoque central de la liturgia es el recordar y hacer presente lo que Dios ha hecho y sigue haciendo. Dios siempre ha intervenido en la historia de la humanidad para crear un pueblo con el cual pueda vivir en comunión. Eso es lo que nos narra la Biblia: los esfuerzos de Dios por establecer la comunión con nosotros.

La parte principal de la primera parte de la liturgia, la liturgia de la Palabra, es la lectura de esa historia de cómo Dios se ha esforzado por establecer la comunión con nosotros. Cuando leemos las lecciones del Antiguo Testamento y de las Epístolas, leemos de ese esfuerzo de Dios. Y cuando leemos la lección del Santo Evangelio, leemos en particular cómo Dios nos ha hablado por medio de su Hijo.

Esas lecturas de la Biblia nos hablan del pasado--de lo que Dios ha hecho. Pero falta actualizar esa historia--pensar no sólo en lo que Dios ha hecho en el pasado, sino en lo que sigue haciendo ahora entre nosotros. Por eso, hace falta el sermón. En el sermón, el predicador actualiza el mensaje de Dios y nos lo aplica a nosotros y a la situación en que vivimos.

Entonces, en la primera parte de la liturgia, nos concentramos en la Palabra de Dios que ha venido a nosotros. La idea de "Palabra" es central. Dios nos creó por medio de su Palabra, o su Verbo (Gén 1: "dijo Dios... y hizo", y Jn. 1:3). Y luego formó un pueblo con su Palabra, del cual somos



nosotros. La Palabra, o el Verbo de Dios, es su mismo Hijo Jesucristo. Así, muy en especial, Dios mismo vino a buscarnos por su Palabra, o sea, por su Verbo, Jesucristo (Jn. 1:1-4, 14).

Así que, en realidad, el término "Palabra de Dios" tiene doble sentido. En primer lugar se refiere a lo que Dios nos ha dicho. Dios ha hablado muchas veces de muchas maneras a través de la historia del mundo. Esa es su "Palabra." Pero en otro sentido, Jesucristo es la Palabra de Dios. Él es el que nos habla de parte de Dios de forma perfecta, pues él es Dios mismo. Hebreos 1:1-2 dice: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo." Dios nos ha hablado de muchas maneras, como habló en el Antiguo Testamento, pero muy en especial nos ha hablado por Jesucristo, su Hijo. No queremos decir con esto que hay dos significados distintos de la frase "la Palabra de Dios." En realidad, Cristo es la Palabra de Dios, y siempre que Dios ha hablado, aun en el Antiguo Testamento, creemos que habló por medio del Hijo, su Palabra.

Por lo tanto, en la liturgia de la Palabra, todo gira alrededor de la Palabra de Dios, en sus dos sentidos. Dios mismo se ha revelado, nos ha hablado, pero esto lo ha hecho por medio de Jesucristo. Eso es lo que tenemos en la Biblia: la revelación de Dios por medio de Cristo. En la liturgia de la Palabra, imploramos la venida de la Palabra de Dios, Jesucristo, a nuestro mundo y a nuestras vidas. Celebramos la venida de la Palabra de Dios, Jesucristo. Recordamos y vemos cómo esa Palabra de Dios (Jesucristo) nos transforma, nos cambia, y nos convierte en hijos de Dios. Meditamos en cómo esa Palabra nos une, en primer lugar, con Dios, y en segundo lugar, unos a otros. Todo eso es lo que ocurre en la liturgia de la Palabra.

La Palabra de Dios, entonces, (y Jesucristo, en particular) tiene el fin de crearnos de nuevo, de formar un pueblo propio, de establecer una comunión íntima en nosotros. Por eso Dios viene a nosotros: para establecer la comunión. Por eso nos habla: para establecer la comunión. Por eso nos envió a su Hijo: para establecer la comunión. Esa Palabra de Dios, entonces, viene a nosotros con el fin de unirnos a Dios y unos a otros, para establecer la comunión. Dios nos busca, por medio de su Palabra, para vivir en comunión con su pueblo.

¿Cuál es nuestra reacción ante la venida de esa Palabra? Podemos señalar ocho puntos:

1. Pedir que la Palabra de Dios (Jesucristo) venga. Como sus hijos, queremos que él venga a nosotros, porque lo amamos y lo deseamos con sed ardiente. Anhelamos que esté entre nosotros esa Palabra encarnada.

2. Celebrar la venida de la Palabra (Cristo). Nos alegramos por la venida de la Palabra de Dios (Cristo) al mundo, y a nuestros corazones. Por eso le damos gracias a Dios, lo glorificamos, y lo adoramos por su amor que siempre nos busca para establecer la comunión con nosotros.

3. Reconocer la Palabra de Dios como tal. Reconocemos a Dios como nuestro Dios, como nuestro Salvador y nuestro Padre.

4. Pedir que esa Palabra (Cristo) nos transforme. Le pedimos que él nos cambie, que nos transforme para que dejemos de ser personas separadas de él por el pecado, y que él nos vaya convirtiendo en hijos fieles y obedientes.

5. Pedir que esa Palabra nos una más al Padre. Queremos ser uno con Dios, y sólo podemos serlo si el Hijo de Dios (la Palabra) venga a unirse con el Padre.

6. Pedir que esa Palabra nos una más unos a otros. Queremos estar perfectamente unidos los unos a los otros, para que la comunión con Dios sea perfecta entre todos. No puede ser perfecta mientras todos están divididos entre sí. Necesitamos que Cristo (la Palabra) nos una unos a otros.

7. Compartir la Palabra de Dios (Jesucristo) unos con otros. La Palabra de Dios es algo que todos tenemos en común, y por eso todos compartimos la misma Palabra.

8. Escuchar y meditar en la Palabra de Dios (Cristo). De nada sirve que venga a nosotros la Palabra de Dios si le cerramos nuestros oídos y nuestros corazones. Por lo tanto, es necesario que le hagamos caso y le prestemos atención.

Todas estas son formas en que reaccionamos a la venida de la Palabra de Dios, Jesucristo, a nosotros. Son cosas que hacemos en la liturgia. La liturgia provee del medio para hacer todas estas cosas.

#### La liturgia de la Santa Comunión

La parte culminante de la liturgia siempre ha sido la Santa Comunión. En el siguiente capítulo veremos el significado de la Santa Cena, o Eucaristía. Pero aquí debemos notar su relación con la primera parte del Oficio Mayor, la liturgia de la Palabra.

Hemos visto que en la liturgia de la Palabra Dios viene a nosotros por medio de su Hijo, su Palabra. Nos viene a buscar. Pero, ¿qué desea Dios con nosotros? ¿Para qué viene a nosotros? La respuesta, como hemos visto ya muchas veces, es que viene a nosotros para realizar la comunión con nosotros. Esto lo hace al unirse a nosotros, y así también unirse unos a otros.

Esta unión, y consiguientemente, esta comunión, llega a ser realidad en la Eucaristía, la Santa Cena. En la Santa Cena, somos unidos a Jesucristo, y unidos unos a otros. Esta unión es consumada en la Santa Comunión, donde no sólo figurativamente, sino literalmente y en un sentido real, somos unidos a Jesucristo y unos a otros. Ese es el significado principal de la Santa Cena.

Por lo tanto, toda la liturgia tiene como fin esta unión entre Dios y nosotros. Fuimos creados para esa comunión con Dios y unos con otros. Fuimos redimidos y salvados para esa comunión, y no para otra cosa. Para ella existimos. Por eso, la Santa Cena es la consumación de todo lo que Dios ha hecho en Cristo.

Para explicar más claramente la relación entre la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Santa Comunión, podemos usar dos ilustraciones. La primera ilustración, "A", demuestra lo que ocurre en la liturgia de la Palabra: Dios, por medio de su Hijo Jesucristo (su "Palabra"), viene al pueblo. El pueblo le ha invocado y ha pedido que se haga presente en diversos momentos del Oficio (por eso se dibuja al pueblo con las manos extendidas al Señor, porque representa la apertura del pueblo a la Palabra y su deseo que Dios les hable y los transforme por medio de esa Palabra). Y Dios habla al pueblo, como se indica con la flecha, por medio de su Hijo. Así ocurre la primera cosa que es necesaria para que haya comunión entre Dios y nosotros: Dios le habla a su pueblo por medio de su Hijo.



Sin embargo, notemos que esta comunión no está completa. No basta con que Dios se ofrezca a nosotros; nosotros también nos tenemos que ofrecer a Dios. Si no nos ofrecemos a Dios, no se completa la comunión con él, porque su amor por nosotros no es correspondido. No basta con que Dios nos ame para que estemos en comunión con él (de ser así, todo el mundo estaría en comunión con Dios, pues él ama a todos); es necesario que también nosotros lo amemos a él. Y el amar a Dios significa ofrecernos a él. El amor nunca es sólo un sentimiento, sino se expresa de una forma concreta. Y la forma en que expresamos nuestro amor a Dios es entregándonos real y corporalmente unidos a Jesucristo, en la Santa Cena.

Por lo tanto, lo que ocurre en la liturgia de la Santa Comunión completa el círculo de amor. Esto lo vemos en la ilustración "B". Primero, Cristo viene corporalmente y se une realmente a su pueblo en la Santa Cena ("1" en la ilustración); luego, unidos todos a Cristo, nos ofrecemos a Dios junto con él ("2" en la ilustración). De esta manera, correspondemos el amor de Dios y llegamos a ser realmente uno con él, en comunión con el por Jesucristo.

La idea que predomina en la liturgia de la Santa Comunión es, precisamente, la de ofrecernos a Dios en Cristo. Todos los componentes de la liturgia de la Santa Comunión tienen que ver con lo que ofrecemos a Dios; la idea de "ofrenda" predomina. Le ofrecemos nuestras oraciones, nuestra ofrenda monetaria, nuestra acción de gracias y nuestra adoración. Pero el momento en que todo esto llega a su cumplimiento es cuando nos unimos realmente a Cristo, y en particular, a la ofrenda de sí mismo que él hizo y hace al Padre, y que el Padre acepta al recibirlo a él, y a nosotros en él. Así llegamos a ser uno con Dios, y también unos con otros.

Por lo tanto, las dos partes del Oficio Mayor se complementan y se necesitan. La liturgia de la Palabra necesita de la liturgia de la Santa Comunión para que se complete ese círculo de amor entre Dios y nosotros. Cuando se usa la liturgia de la Palabra únicamente, no hay esa "vuelta al Padre." No nos ofrecemos realmente a Dios, ni llegamos a ser verdaderamente uno con él por medio del cuerpo de Cristo, al cual nos unimos en la Santa Cena. La comunión con Dios no queda "consumada" real y físicamente. Al mismo tiempo, sin la Palabra, la Santa Comunión no tiene significado, porque no recibe ninguna explicación. No se nos dice qué es lo que significa estar unidos a Cristo realmente. Por lo tanto, el Oficio Mayor debe celebrarse con las dos partes: la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Santa Cena. La Palabra da sentido a la Santa Cena, y la Santa Cena da sentido a la Palabra.

En fin, la idea central de la liturgia de la Santa Comunión es la de la unión de Dios con nosotros por medio de su Hijo Jesucristo, y la comunión que tenemos de esa manera con él y unos con otros. Como esta idea es tan importante en el culto cristiano, lo veremos detalladamente en el siguiente capítulo.

### Lo celestial y lo terrenal en el Oficio Mayor

En el primer capítulo de este libro, notamos que la iglesia se encuentra en una situación muy especial, ya que se encuentra tanto en la tierra como en el cielo. Por una parte, los que formamos la iglesia estamos aquí en la tierra; pero por otra parte, ya vivimos en el cielo, en un sentido, ya que desde aquí gozamos de la comunión celestial con Dios y los suyos.

Es importante recalcar este punto. Ya participamos en el cielo. Hemos "resucitado con Cristo" en el bautismo, y nuestra vida "está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:1-3). Nos hemos sentado "en los lugares celestiales con Cristo Jesús" (Ef. 2:6). El cielo no es otra cosa que la comunión íntima entre Dios y los redimidos. En ese sentido, ya participamos en el cielo, ya que desde ahora vivimos en comunión íntima con Dios y los demás redimidos. Por supuesto, esta comunión con Dios no es perfecta aquí en la tierra, pero entre más participamos en ella y vivimos en ella, más se va perfeccionando en nosotros.

En la liturgia, vemos claramente estos dos elementos: lo celestial y lo terrenal. Lo terrenal es evidente en las peticiones y súplicas que hacemos. Por ejemplo, en el cielo, cuando ya no exista el pecado, no habrá razón para pedirle a Dios: "Ten piedad de nosotros," o que nos perdone los pecados, o que nos ayude de alguna manera. En la iglesia, nos encontramos todavía en un mundo lleno del pecado y sus efectos. Ese pecado se manifiesta en nosotros y alrededor de nosotros. Lo que queremos, junto con Dios, es ir venciendo el mal en nosotros y en el mundo.

En otras palabras, queremos transformar la tierra en el cielo. Queremos que la comunión celestial se haga presente aquí en la tierra. Esto es fundamental para entender el Oficio Mayor. Queremos convertir lo terrenal en lo celestial. Más que nada, nosotros, que somos seres terrenales, queremos irnos convirtiendo en seres celestiales. Y esto lo queremos no sólo para nosotros, sino para todo el mundo. Veremos esto en más detalle al estudiar la Eucaristía en la siguiente lección.

Lo celestial también es evidente en el Oficio Mayor. Los cantos, las oraciones, y todo lo que hacemos refleja una realidad celestial--algo "más allá" de este mundo. Nos unimos a los ángeles, a los seres celestiales, y más que nada a Dios mismo, estando en el cielo, y "llegando a Dios."

En el Oficio Mayor, entonces, nuestra vista se fija en la tierra y en el cielo al mismo tiempo. Jesucristo, el Dios-hombre, traía lo celestial y lo terrenal en su cuerpo y su persona siempre (y lo trae todavía). Eso es lo que pretendemos nosotros en la iglesia. Nosotros que somos terrenales, queremos ser llenos de lo celestial, de la comunión con Dios. Queremos, en nuestras personas, unir lo terrenal y lo celestial, como Cristo. Y queremos que lo terrenal se llene de lo celestial, también, no sólo en nosotros, sino en toda la creación. Eso es lo que ocurre en el Oficio Mayor. Lo terrenal se llena de lo celestial, de modo que las dos cosas llegan a ser una sola, como en Jesucristo. Unimos al cielo y a la tierra en nuestra adoración.

## La Santa Trinidad en el Oficio Mayor

¿Qué papel juega cada una de las tres personas de la Santa Trinidad en el culto? En la iglesia primitiva, no se decía: Gloria sea al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo," sino: "Gloria sea al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo." Vamos a considerar cada una de las tres personas divinas, siguiendo esta fórmula usada por la iglesia primitiva.

"Gloria sea al Padre." Toda adoración cristiana es dirigida al Padre, al fin de cuentas. El es el fin y la meta de todo. En la Biblia se habla siempre de "orar al Padre" (Mt. 6:6). Jesús mismo siempre dirigía sus oraciones y alabanza al Padre (Mt. 6:9). Se debe honrar al Padre (Jn. 8:49), glorificar al Padre (Jn. 14:13) y adorar al Padre (Luc. 4:8, Jn. 4:24). En el Libro del Apocalipsis el culto siempre es, en primer lugar, para Dios el Padre.

San Pablo escribe en Rom. 11:36: "Porque de él (el Padre), por él, y para él son todas las cosas." Y en 1 Co. 8:6 dice: "Sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él." Lo que nos enseñan estos pasajes es que Dios el Padre es el objeto de la adoración cristiana. El es el principio y fin de todo, y nosotros existimos para él. No existimos para el Hijo, o para el Espíritu Santo, sino para el Padre. No fuimos creados para el Hijo ni para el Espíritu Santo, sino para el Padre. Por lo tanto, el objeto de nuestra adoración es el Padre, y lo que pretendemos es unirnos a él, y ser uno con él. Esa es la meta final.

Sin embargo, sólo hay una manera de llegar al Padre: por medio de su Hijo Jesucristo. La Biblia dice muchas veces que nosotros llegamos al Padre por medio de Jesucristo. De hecho, la salvación consiste en ser uno con el Padre; y Jesucristo es el que nos salva, precisamente porque él es el que nos une con el Padre. Nosotros solos no podemos. Por lo tanto, nuestra relación con el Padre siempre se hace POR MEDIO DE Jesucristo, y nunca directamente. Por eso siempre oramos por medio de Cristo (en su nombre), y siempre nos dirigimos al Padre por medio de Cristo. El es el mediador entre Dios y los hombres (ver 1 Tim. 2:5). Igual como el Padre siempre nos habla por medio de Jesucristo, nosotros sólo le hablamos a él por medio de Jesucristo. Cristo es como el puente, la liga que nos une con el Padre, el canal por medio del cual pasamos para llegar al Padre. En ese sentido es mediador--está "en medio" del Padre y nosotros.

Por eso, hay pasajes como 1 Ped. 2:5, donde se habla de "ofrecer sacrificios espirituales a Dios (el Padre) por medio de Jesucristo," o 1 Ped. 4:11, "que en todo Dios (el Padre) sea glorificado por (medio de) Jesucristo." San Pablo siempre da gracias a Dios por medio de Jesucristo (Rom. 1:8, 7:25). San Pablo escribe en 2 Co. 3:4: "Tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios" (el Padre), y en 1 Co. 8:6, dice: "un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él." Y finalmente, Judas 25 dice: "A él (Dios el Padre) sea la honra, la grandeza, el poder, y la autoridad por (medio de) nuestro Señor Jesucristo" (Versión Popular).

Es importante recordar, entonces, que Cristo tiene el fin de llevarnos al Padre. La finalidad de nuestra adoración no es llegar a Cristo, sino llegar al Padre por medio de Cristo. Queremos unirnos a Cristo, no como si eso fuera un fin en sí mismo, sino porque Cristo es el que nos une al Padre. Por eso, los primeros cristianos decían: Gloria sea al Padre por (medio de) el Hijo. Siempre nos dirigimos al Padre por medio de Cristo, o sea, a través de él, porque él es el mediador, el intermediario.

Finalmente, los primeros cristianos hablaban de adorar a Dios el Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo." La Biblia habla mucho del Espíritu Santo en nosotros. El Espíritu Santo mora en nosotros (ver Rom. 8:9, y 1 Co. 3:16). También dice la Biblia que debemos estar en el Espíritu Santo, y orar en él: "orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu Santo" (Ef. 6:13), y "orando en el Espíritu Santo" (Jud. 20). En Gál. 4:6 leemos: "Dios envió a nuestros corazones al Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!".

Sencillamente, el trabajo del Espíritu Santo es de unirnos a Jesucristo, para que éste nos una al Padre. Por eso, toda oración se hace en el Espíritu Santo, o sea, unido a él, y así unido a Jesucristo.

Hay un pasaje que explica esto de una manera más clara que ningún otro. Es Ef. 2:18, donde dice: "Porque por medio de él (Cristo), los unos y los otros tenemos entrada en un mismo Espíritu al Padre." Primero, hay que notar que aunque algunas versiones españolas dicen "por un mismo Espíritu," el griego original dice enfáticamente "EN un mismo Espíritu." Aquí nos encontramos con las tres frases que hemos visto: AL Padre, POR MEDIO DE Jesucristo, y EN el Espíritu Santo. Hay que notar que se habla de "entrada." Otras versiones dicen que tenemos "acceso," o "podemos acercarnos," o que "llegamos" al Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo. Nótese bien: el fin y la meta es llegar al Padre, o sea, acercarnos a él (esto es sencillamente la comunión con él). Esto se hace solamente por medio de Jesucristo, y en el Espíritu Santo. En otras palabras, cuando estamos en el Espíritu Santo, estamos unidos a Cristo, y al estar unidos a Cristo, podemos llegar a Dios el Padre como él.

Todo esto es muy importante en la adoración y en el Oficio Mayor. Generalmente, en nuestra adoración y en las oraciones, nos dirigimos a Dios el Padre. Propiamente, él es el objeto de nuestra adoración. Queremos llegar a él. Nuestras peticiones son dirigidas principalmente a él. Todo se hace para él.

Sin embargo, hay muchas oraciones que también son dirigidas a Jesucristo. Esto también es correcto. Pero, en realidad, cuando nos dirigimos a Cristo, lo que le pedimos es que él nos presente de alguna manera al Padre. Nos dirigimos a él no como un fin, sino como un medio para llegar al Padre. Con ese espíritu le dirigimos nuestra adoración. En otras palabras, podemos adorar a Jesucristo, glorificarlo, alabarlo, pedirle en oración, etc. Pero Cristo nunca es un fin en sí mismo. Si lo adoramos y glorificamos, lo hacemos por lo que él ha hecho y hace en nosotros: o sea, lo adoramos, lo glorificamos, y le damos gracias porque él nos lleva al Padre.

Hay algunas pocas oraciones dirigidas al Espíritu Santo, en algunas ocasiones. Estas oraciones, también, son un medio para llegar al Padre, por medio de Jesucristo. Si le pedimos, por ejemplo, que venga a nosotros, se lo pedimos porque sólo él nos puede unir a Cristo para poder adorar al Padre. Ese es el trabajo del Espíritu Santo.

Todo esto es importante para entender las oraciones que usamos. Casi todas las oraciones son dirigidas al Padre, y dicen: "por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor," o algo parecido. Esto es porque siempre nos dirigimos al Padre por medio de Jesucristo, o en su nombre.

Lo que pretendemos, entonces, en la adoración es UNIRNOS A CRISTO, por medio del Espíritu Santo, para llegar al Padre. Jesucristo es el que tiene "entrada" o "acceso" al Padre, porque él es su Hijo Unigénito, que siempre

glorifica, alaba, y da gracias al Padre. Por eso, queremos parecernos a él, para estar en la misma comunión con el Padre que él tiene. Queremos también glorificar, alabar, y dar gracias al Padre, para ser como Jesucristo y así ser uno con él, y uno con el Padre. Entre más adoramos al Padre, más unidos a Cristo estaremos, y entre más unidos a Cristo, más adoraremos al Padre. Adorando al Padre, llegamos a ser uno con él, como Jesucristo, y como el Espíritu Santo, que une a los dos. Ese es, en palabras sencillas, el fin de la adoración cristiana.

## VIII. LA EUCARISTIA

Uno de los temas centrales en el estudio de la liturgia es la Eucaristía. De hecho, de la interpretación de la Eucaristía depende casi toda la interpretación que se da a la liturgia. Por eso, es necesario estudiar a fondo la teología de la Eucaristía.

Hay distintos términos que se usan para hablar de la comida sacramental de la iglesia cristiana. En la Biblia leemos del "partimiento del pan" (ver Hech. 2:42, 46, y 1 Co. 10:16-17), la Cena del Señor (1 Co. 11:20), y la Mesa del Señor (1 Co. 10:21). También se usa el término "la Santa Comunión." Aunque este último término no se usa en la Biblia expresamente para designar la Santa Cena, se usa en algunos pasajes que se relacionan con la Santa Cena: Hech. 2:42 y 1 Co. 10:16. El término Eucaristía en realidad significa "acción de gracias." La acción de gracias siempre ha sido central en la Cena del Señor (ver 1 Co. 11:24 y Luc. 22:17-19). El término favorito de los primeros cristianos fue "Eucaristía," como veremos adelante.

Para entender el significado de la Santa Cena, primero hay que entender bien lo que ha hecho Jesucristo para nuestra salvación. Sólo así se puede entender el significado de la Eucaristía. Aunque hemos visto esto en el primer capítulo en parte, ahora vamos a considerarlo nuevamente para poder ver claramente la relación entre su obra salvadora y la Eucaristía.

### La obra redentora de Jesucristo

Cuando toda la humanidad estaba separada de Dios, Dios tomó la iniciativa para unirnos nuevamente a él y unos a otros, y restaurar la comunión perdida. Hay que tener siempre en mente que lo que Dios quiere con la humanidad es la comunión perfecta: ser uno con nosotros, y que nosotros seamos uno con él. Esto lo vemos en las palabras de Jesús en Jn. 17:21 y 23: "para que todos sean uno, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad." Y en 1 Co. 15:28 leemos que Dios quiere llegar a ser "todo en todos."

En otras palabras, lo que Dios quiere es la comunión íntima con nosotros, como hemos visto repetidamente. Para que sea una realidad esa comunión, tenemos que ser uno con Dios, compartiendo la misma vida de él. Y tenemos que estar todos unidos entre nosotros mismos. Si todos somos uno con Dios, "una sola cosa con él," entonces no puede haber divisiones entre nosotros, si vamos a ser "una sola cosa."

El problema es que no éramos uno con Dios. Esto se debía al pecado. El pecado, en realidad, no es otra cosa que el egoísmo y la falta de amor. Para que haya comunión entre dos seres, es necesario que los dos se amen. Cada uno tiene que amar al otro, entregarse a él, abrirse a él y compartir su vida con él. Aunque Dios nos ama siempre, el problema fue que la humanidad no correspondía ese amor. Nos cerramos ante Dios. No nos entregamos a él; sino al contrario, le volvemos la espalda. Por esta razón, no ha habido comunión con Dios. Mientras la humanidad no ame a Dios, no se entregue a él, y no corresponda su amor, permanecerá separada de Dios; y los seres humanos, por su falta de amor, estarán divididos entre sí.

Ahora, el trabajo de Jesucristo ha sido de volver a la humanidad a Dios, y así restablecer la comunión entre Dios y todos nosotros. ¿Cómo ha hecho esto?



En primer lugar, el Hijo de Dios se hizo hombre, tomando un cuerpo humano. Confesamos siempre que Jesucristo es "verdadero hombre," igual como todos nosotros. Tomó un cuerpo igual al nuestro; "participó de carne y sangre, como nosotros," como dice en Heb. 2:14.

¿Qué hizo Jesucristo con el cuerpo que tomó? Lo llenó de su divinidad. Lo llenó del amor divino. Jesucristo siempre fue puro amor; amando a Dios y a los demás. Siendo hombre, vivió unido a Dios, por ser Dios mismo. En otras palabras, convirtió su cuerpo humano en la morada de Dios. Llenó su cuerpo humano y terrenal de lo divino, de lo celestial.

La muestra suprema de ese amor fue la entrega de sí mismo a Dios el Padre. El le entregó su ser entero, cuerpo y alma, a Dios. Esto lo vemos en Ef. 5:2, donde dice que Cristo "se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en amor fragante." También leemos en Heb. 9:14 que Cristo "se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios." Y en Heb. 10:5-7, entendemos que Dios le dio a Cristo un cuerpo humano para que él se lo ofreciera, y luego en el v. 10 que la ofrenda de Cristo fue precisamente su cuerpo.

En otras palabras, Jesucristo tomó su cuerpo y su vida, y se los ofreció al Padre, en sacrificio, sobre la cruz. El amor es una entrega, y lo que hizo Jesucristo fue entregarse completamente a Dios el Padre, en cuerpo y alma. Tomó lo humano, lo llenó de lo divino, y se lo presentó a Dios.

Lo que Dios el Padre hizo fue aceptar esa entrega de Jesucristo, resucitándolo de la muerte y haciéndolo subir al cielo, o sea, a su lado, para estar siempre con él. De esta manera, Jesucristo, como hombre, vive unido perfectamente al Padre, de modo que los dos son "una sola cosa."

En otras palabras, lo que hizo Jesús fue crear una nueva manera de ser hombre. La antigua manera de ser hombre significaba vivir separado de Dios, de manera egoísta, sin amarlo. La nueva forma de ser hombre es vivir lleno de Dios y su vida, abierto a él, entregándose a él completamente para ser uno con él, en amor.

Ahora que Jesucristo ha creado esta nueva manera de ser hombre, nosotros también podemos vivir así, si él comparte con nosotros su Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos une a Jesucristo, de manera que él está en nosotros, y nosotros estamos en él. Así participamos de la vida de Jesucristo, en la nueva forma de ser hombre, porque el mismo Espíritu que él lleva adentro también llega a morar en nosotros. Podemos resumir esto de la siguiente manera:

Antigua forma de vivir como humano

1. Ser egoísta, sin amar.
2. Cerrarse a Dios y a los demás.
3. Volverle a Dios la espalda.
4. Vivir separado de Dios.

Nueva forma de vivir como humano

1. Amar.
2. Abrirse a Dios y a los demás.
3. Ofrecerse a Dios en cuerpo y alma.
4. Vivir unido a Dios.

Entonces, al estar unidos a Jesucristo, nos unimos a él en su sacrificio, en su entrega al Padre. Nos presentamos a Dios como ofrenda, unidos a Jesucristo, y de esta manera Dios puede llenarnos de su misma vida, para así ser uno con nosotros, ya que compartimos la misma vida. Llegamos a ser uno con él, porque al ofrecernos a él junto con Jesucristo, él puede compartir su mismo ser con nosotros. Nuestra vida es suya, y la suya es la nuestra.

De esta manera, todos los que están unidos a Jesucristo por el Espíritu Santo son uno con Dios, y al ser uno con él, todos también están unidos entre sí. Todos llegan a ser "una sola cosa." De esta manera se establece la comunión íntima que Dios había querido desde antes de la creación del mundo.

En eso consiste la salvación, entonces. La salvación es volver a la comunión con Dios, por estar unido a Jesucristo, y presentarse a Dios juntamente con él para poder recibir la misma vida de Dios y así ser uno con él, y con los demás que comparten esa única vida de Dios. Todos participamos de la misma vida, la del Dios Trino. Eso es lo que significa "ser salvo."

Por supuesto, hay distintos grados de unión y comunión. En un sindicato de trabajadores, por ejemplo, pueden estar todos unidos en un sentido al ser todos miembros del sindicato. Sin embargo, siempre va a haber diferencias de opinión, posiblemente va a haber divisiones o disgustos entre los diversos grupos de trabajadores, etc. Pero de todos modos, están unidos en un solo sindicato.

Así es nuestra comunión con Dios. Estamos unidos a él, pero esta unión todavía no es perfecta. Estamos unidos unos con otros, pero esta unión no es perfecta. Sin embargo, lo que Dios quiere (y nosotros también) es que esta unión se vaya perfeccionando. Queremos llegar a estar unidos de una manera perfecta, sin ninguna división. Esto ocurrirá en el cielo. Pero también debe ir ocurriendo en la tierra, en la iglesia. Debemos irnos uniendo más y más unos a otros, para conocer esa comunión perfecta, y llegar a ser "una sola cosa" en todos los sentidos.

#### El significado de la Santa Cena

Ahora podemos entender mejor el significado de la Santa Cena. Vamos a considerar las palabras de Jesús al instituir la Santa Cena. En primer lugar, según 1 Co. 11:24-25, tanto después de darles el pan como de darles la copa a los discípulos en la Última Cena, Jesús les dijo: "Haced esto en memoria de mí." Estas palabras han causado algo de confusión, ya que para muchos que no conocen el pensamiento antiguo el significado de "en memoria de mí" no queda claro.

Para los antiguos, "hacer memoria" de algo significaba "hacerlo presente." Cuando recuerdo a fulano, por ejemplo, lo hago presente para mí. De ahí viene la palabra "re-presentar." "Re" significa hacer algo de nuevo, y "presentar" es hacer algo presente. Este es el sentido de "hacer memoria:" es hacer presente algo.

Entonces, al hacer la Santa Cena en memoria de Cristo, ¿qué es lo que hacemos presente? Lo hacemos presente a él, a Jesucristo. Por eso dice: "Esto es mi cuerpo," y "Esto es mi sangre." El se nos hace presente en el pan y el vino. Sin embargo, hay que notar que es el Jesucristo "entregado" el que se hace presente, el Jesucristo que se ofreció a su Padre. Hay que notar las frases: "mi cuerpo que por vosotros es partido" o "entregado a muerte," según la Versión Popular de 1 Co. 11:24. También menciona su "sangre derramada" en Mar. 14:24. En otras palabras, el que se nos hace presente es el Cristo crucificado, entregado en la cruz. Es, sencillamente, el Jesucristo que se ofrece como sacrificio al Padre.

Esto también es claro en las palabras de Jesús en Luc. 22:19, donde dice: "Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado." Hagamos la pregunta: ¿a quién es dado su cuerpo? ¿A los discípulos? Es obvio que no, porque no dice "a vosotros es dado," sino "por vosotros es dado." Entonces, tendríamos que

concluir que el cuerpo es dado a Dios, como ya hemos visto. Es el sacrificio de Jesucristo mismo a Dios el Padre.

Pero, al mismo tiempo, no hay que olvidar que ese cuerpo fue recibido por Dios en gloria, y que ese mismo Jesucristo ha sido resucitado y está sentado a la derecha de Dios. El sacrificio de Cristo pierde sentido si no recordamos ese punto. Jesús se ofreció al Padre, pero el resultado de ese sacrificio y su cumplimiento fue la unión de Jesucristo como hombre con Dios el Padre.

Ahora, la clave para entender lo que ocurre en la Santa Cena es esto: en la Santa Cena, somos unidos tanto físicamente como espiritualmente con Cristo. Llegamos a ser UNO con él. Eso es lo que dice San Pablo en 1 Co. 10:16: "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" En otras palabras, somos unidos a Jesucristo en su sacrificio de modo que también somos presentados a Dios.

Por eso, es tan importante aceptar el hecho de que Jesucristo está realmente y físicamente presente en el pan y el vino. Los primeros cristianos enfatizaban esto siempre. San Ignacio, que escribió alrededor del año 110, escribe acerca de los enemigos de la iglesia: "de la Eucaristía y de la oración se apartan, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Señor Jesucristo, la que padeció por nuestros pecados, la que por bondad resucitó el Padre" (Ep. a los esmirneos). También escribió: "[En la Eucaristía], una sola es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno sólo es el cáliz para unirnos con su sangre" (Ep. a los filadelfios). Y también: "El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo... y por bebida quiero la sangre de él, la cual es caridad incorruptible" (Ep. a los romanos).

Otros autores de la iglesia primitiva también dicen lo mismo. San Justino, alrededor del año 155, escribió: "Estas cosas no las tomamos como pan ordinario ni bebida ordinaria, sino que, así como por el Verbo de Dios, habiéndose encarnado Jesucristo nuestro Salvador, tuvo carne y sangre para nuestra salvación, así también se nos ha enseñado que el alimento eucaristizado mediante la palabra de oración es la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó" (Primera apología).

San Ireneo, alrededor del año 180, escribió: "[Jesús] dio gracias, diciendo: Esto es mi cuerpo. Y de la misma manera, afirmó que el cáliz era su sangre." "Así como el pan que es de la tierra, recibiendo la invocación de Dios ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos elementos, terreno y celestial, así también nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, no son corruptibles, sino que poseen la esperanza de la resurrección para siempre" (Contra herejías).

Así, podríamos citar otros escritores cristianos de los primeros siglos que hablan acerca de la Santa Cena, o Eucaristía. Pero notamos que todos afirman enfáticamente que Jesucristo está realmente presente en la Santa Cena. Y esta misma cita de San Ireneo, confirma lo que habíamos dicho: que lo que ocurrió en Jesucristo, la penetración de lo divino en su cuerpo humano, ocurre también en nosotros por medio de la Eucaristía: lo celestial, que es Jesucristo, penetra en nuestros cuerpos y nuestras vidas. Cristo llega a nosotros en el pan y el vino. El pan es su carne, su mismo cuerpo, el mismo que murió y resucitó, como dicen San Ignacio y San Justino.

Es imprescindible creer que Jesucristo está realmente presente en el pan y el vino de la Santa Cena. Si Cristo no está presente, nada puede suceder en nosotros. No podemos estar realmente unidos a él. No podemos tener "su vida en nosotros." ¿Cómo nos comunicaría su vida, la vida divina? ¿En qué momento, si no en la Santa Cena? Esta unión con Cristo no es sólo simbólica, sino verdadera. En Ef. 5:30, San Pablo escribe: "Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos." Aquí está hablando de una unión física, corporal, y no sólo simbólica. Estamos unidos al mismo cuerpo de Cristo, su cuerpo con el que vivió, murió, y fue resucitado. Y esta unión ocurre primero en el bautismo, y luego en la Santa Cena. Por eso, en la Iglesia Luterana, enfatizamos siempre la verdadera y real presencia de Jesucristo en el pan y el vino.

### La Santa Cena como sacrificio

Durante la Reforma Protestante, hubo mucha discusión con respecto al "sacrificio de la misa." La Iglesia Católica Romana enseña que en la Santa Cena volvemos a sacrificar a Jesucristo. Lo ofrecemos nuevamente a Dios. Los reformadores no estuvieron de acuerdo con esa idea. Cristo fue "ofrecido una sola vez," según Heb. 9:28, y ha "ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados" (Heb. 10:12). Por eso, en la Iglesia Luterana, no decimos que en la Eucaristía volvemos a sacrificar a Cristo, u ofrecerlo nuevamente al Padre.

Sin embargo, muchos de los reformadores se fueron al otro extremo. Dijeron que la Eucaristía de ninguna manera es un sacrificio. Dijeron que sólo es una "conmemoración," un "recordar" lo que hizo Cristo. No es de sorprenderse que, con ese entendimiento de la Santa Cena, ésta fuera perdiendo importancia, de modo que hoy, en muchas iglesias evangélicas, la Santa Cena casi no tiene ninguna importancia, y sólo se celebra de vez en cuando "porque Cristo lo mandó."

Para los primeros cristianos, como notamos en el capítulo II, la Eucaristía sí era un sacrificio. Hablaban siempre en términos de sacrificios. El altar formaba el centro de su adoración, y como hemos visto, el altar siempre se relaciona con la idea de sacrificio. Hablaban del sacrificio de la Eucaristía, de la ofrenda del pan y el vino, y del sacrificio de las oraciones y acciones de gracias. Inclusive el mismo término "liturgia", como vimos, se asocia con el sacrificio, ya que la liturgia es una "obra a favor del pueblo," o sea, un sacrificio a favor del pueblo. Al mismo tiempo, siempre enfatizaban la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y ofrecían su "sacrificio" por medio de él. Nótese bien que nunca decían que sacrificaban nuevamente a Cristo; sólo que el sacrificio que ofrecían a Dios era por medio de Jesucristo. En fin, como vimos en el capítulo II, la Eucaristía era para los primeros cristianos, antes que nada, un sacrificio, y siempre hablaban de la Eucaristía en esos términos.

Sin embargo, para entender esto, hay que comprender bien lo que es un sacrificio. Un sacrificio es algo que uno presenta a Dios como una ofrenda, para que Dios lo acepte y lo haga suyo. Así, por ejemplo, en el Antiguo Testamento se ofrecían sacrificios a Dios pero primero lo ponían la mano encima del animal que fueran a sacrificar para identificarse con él. Luego, como ese animal se convertía en humo, y subía al cielo para ser aceptado y acogido por Dios, así también la persona que presentaba el sacrificio y se identificaba con él era aceptada por Dios, junto con su sacrificio. Por eso también rociaban la sangre del sacrificio sobre la gente, para que todos se

identificaran con el sacrificio, estando físicamente unidos a él.

Ese es el sentido del sacrificio de Jesucristo. El se ofreció a Dios como sacrificio, y Dios lo "aceptó," al resucitarlo y hacerlo ascender a su derecha. En otras palabras, Cristo se ofreció a Dios (como hombre, y no sólo como Dios), ofreciéndose con toda su humanidad, y así fue aceptado y acogido por el Padre, y "divinizado." Cristo, entonces, ofreció su cuerpo humano y toda su humanidad a Dios, y esa humanidad fue aceptada y acogida por Dios. Como el humo del animal sacrificado llegaba hasta Dios, y así el animal llegaba hasta Dios, así Jesucristo llegó hasta Dios al resucitar y ascender al cielo. Cristo le ofreció al Padre lo terrenal (su cuerpo y su vida humana) para que eso fuera convertido en algo celestial. Esta última frase es tan importante que vale la pena repetirla: Cristo ofreció al Padre su ser terrenal (su vida humana y su cuerpo humano) para que ese ser terrenal llegara a ser celestial, o sea, divino. Lo humano se hizo divino. Lo que era del hombre (la vida humana) llegó a ser de Dios. Por eso, Jesucristo es el sacerdote por excelencia; recordemos que un sacerdote es uno que ofrece sacrificios. Por eso, los sacerdotes habían ofrecido sacrificios anteriormente. Pero nunca habían ofrecido sus mismas vidas a Dios (ni podían, porque el sacrificio a Dios tenía que ser sin mancha ni pecado).

En la Biblia, los cristianos también somos llamados sacerdotes. En 1 Ped. 2:5 leemos: "Sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo." Y unos versículos después, Pedro dice: "Vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio" (v. 9). En Apoc. 1:6 leemos que Cristo "nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre," lo cual también dice en Apoc. 5:10. Entonces, todos los cristianos somos sacerdotes. Hay que enfatizar una vez más que un sacerdote es uno que ofrece sacrificios (como acabamos de ver en 1 Ped. 2:5). Ahora, ¿qué sacrificios ofrecemos a Dios?

Ya hemos visto en 1 Ped. 2:5 que se habla de "sacrificios espirituales". En Heb. 13:15-16, leemos: "Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él (Jesucristo), sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre. Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios." Entonces, este pasaje da a entender que nuestra manera de vivir, alabando a Dios, y haciendo bien, es nuestro sacrificio que le presentamos.

Sin embargo, Rom. 12:1 dice claramente: "Os ruego... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional." Esto da a entender que no sólo es espiritual nuestro sacrificio a Dios, sino también físico y corporal.

¿Cuál es nuestro sacrificio a Dios, entonces? ¿Qué le presentamos? Nos ofrecemos a nosotros mismos a Dios. Nuestro sacrificio es nuestro ser entero, cuerpo y alma. Eso es lo que ofrecemos a Dios en sacrificio.

Sin embargo, hay que notar que en estos pasajes todo se hace por medio de Jesucristo. 1 Ped. 2:5 habla de ofrecer "sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo." En Heb. 13:15, leemos: "Ofrezcamos siempre a Dios por medio de él (Jesucristo)... En Apoc. 1:6 y 5:10, leemos que Jesucristo nos hizo sacerdotes para Dios." Todo esto ocurre porque participamos en el sacerdocio de Jesucristo. No podemos ofrecerle nada a Dios solos, sin él. Sólo nos presentamos a Dios unidos a Cristo. Nos unimos a él en su sacrificio. Nos ofrecemos a Dios juntamente con

Jesucristo. Sólo podemos presentarnos a Dios en sacrificio por medio de Jesucristo. Hacemos nuestro el sacrificio de Cristo al unirnos a él. Como dice San Pablo en Gál. 2:20: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí." También en Rom. 6:3-8, leemos que hemos muerto con Cristo, y hemos sido crucificados con Cristo. Lo que todo esto significa simplemente es que estamos unidos a Cristo, y junto con él nos ofrecemos al Padre en sacrificio. Al ofrecerse Cristo al Padre en la cruz, y al estar unidos nosotros a Cristo, también nos ofrecemos al Padre, y somos "crucificados con Cristo."

Entonces, lo que ofrecemos, juntamente con Cristo, es nuestra vida y nuestro ser. Por eso en la Biblia y también en los escritos primitivos de la iglesia, se habla de presentarle a Dios sacrificios de alabanzas y acciones de gracias (o sea, Eucaristías, pues Eucaristía es la palabra griega por "acción de gracias). De esta manera, nos ofrecemos a Dios, como sacrificio. Al alabar a Dios, estamos entregándole nuestro ser y nuestra vida. Estamos diciéndole: "Soy para ti. Mi lengua es para ti, para alabarte. Mi mente y mis pensamientos son para ti. Mi cuerpo es para ti. Soy completamente para ti."

Pero no sólo le ofrecemos a Dios nuestra vida. Le ofrecemos también lo que poseemos: las cosas materiales. Hacemos una ofrenda monetaria. Pero los primeros cristianos generalmente no consideraban el dinero como su ofrenda a Dios, aunque sí recogían dinero para ayudar a los necesitados. Lo que ellos ofrecían a Dios era el pan y el vino. El pan y el vino son fruto del trabajo del hombre. El hombre toma el trigo que Dios le da y lo convierte en pan, con su trabajo y sudor. Toma las uvas que Dios le da y las convierte en vino. Y eso es lo que el hombre ofrece a Dios. Así entendían los primeros cristianos. Lo que presentaban como ofrenda a Dios era el pan y el cáliz (el vino). Esto lo vimos claramente en el capítulo II, pues casi todas las citas que vimos hablan de ofrecerle a Dios el pan y el cáliz.

Los primeros cristianos veían una similitud, o un punto de comparación, entre el pan y el vino, y ellos mismos. Al presentar el pan y el vino a Dios, él tomaba esas cosas terrenales, cosas de este mundo, y las llenaba de lo celestial, o sea, de su Hijo. Entonces, esas cosas terrenales llegaban a ser también celestiales. Llegaban a ser la morada del mismo Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, Jesucristo. El pan ya no era únicamente algo terrenal (pan), sino también algo celestial (al estar presente Cristo en él). Asimismo el vino. Las cosas de este mundo recibían una infusión de lo celestial, lo divino.

Hemos visto ya que así ocurrió con Jesucristo. Llenó su cuerpo terrenal con lo celestial, o sea, la vida de Dios. Lo humano fue llenado de lo divino.

Así también ocurre con nosotros. Nosotros nos ofrecemos a Dios, para que él nos llene de su vida por medio de su Hijo. Nosotros, como seres terrenales, nos convertimos en seres celestiales por medio de Cristo. Igual como Jesucristo se hace presente en el pan y el vino que son ofrecidos, así también él se hace presente en nosotros. Nos hace como él. Nos hace también hombres llenos de la presencia de Dios, y de la misma vida de Dios, igual que Cristo mismo. Convierte nuestros cuerpos en morada de Dios, como él.

Esto es claro en los escritos cristianos primitivos. San Ignacio, por ejemplo, escribe que el pan de la Eucaristía es "medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, sino vivir por siempre en Cristo Jesús" (Ep. a los

Efesios). Y San Ireneo, como ya hemos visto, dice: "Así como el pan que es de la tierra, recibiendo la invocación de Dios ya no es pan ordinario, sino Eucaristía, constituida por dos elementos terreno y celestial, así también nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, no son corruptibles, sino que poseen la esperanza de la resurrección para siempre" (Contra herejías).

Lo que quieren decir estos escritores es que al venir Cristo en el pan y el vino de la Eucaristía a nuestros corazones, nos trae la misma vida de Dios. Sabemos que la vida de Dios es eterna, o sea, no tiene fin. En la vida de Dios no hay muerte, sino sólo amor y gozo eternos. Pues, al venir Jesús a nosotros, infunde en nosotros esa misma chispa de vida, de modo que llegamos a ser inmortales, como él. Tenemos la vida de Dios en nosotros, la vida que nunca termina. Tenemos la vida celestial, la de Dios, en nuestros cuerpos terrenales. Ya no somos solamente seres terrenales. Ahora también somos seres celestiales. Ya no tenemos solamente la vida humana; ahora también tenemos la vida divina, la misma vida de Dios. Eso es lo que ocurre en la Santa Cena.

Es un hecho que Jesucristo, como todos los judíos, al dar gracias por la comida, alzaba la comida al cielo, como símbolo de ofrecérsela a Dios. Así también hacemos nosotros. Cuando el pastor va a decir las palabras de institución de la Santa Cena, alza el pan, y luego alza la copa. Esto representa la ofrenda a Dios de nosotros mismos con todo lo que tenemos. El pan y el vino que son nuestros, se los ofrecemos a Dios, igual como Jesucristo ofrecía la comida a Dios siempre. Esto lo hacían también los primeros cristianos. Por eso, usaban el término "Eucaristía," porque daban gracias a Dios por el pan y el vino, igual como había hecho Jesucristo. Se los ofrecían a Dios, imitando a Jesucristo, que "dio gracias" sobre el pan y el vino la noche en que fue entregado.

Esta idea de "sacrificio" no es ajena a nuestras creencias luteranas. Leemos, por ejemplo, lo que escribe acerca de Lutero William D. Maxwell, en su libro El Culto Cristiano (Methopress, Argentina, 1963):

"Lutero atacó agudamente el concepto medieval del sacrificio de la misa, que decía que la misa era una repetición de la muerte sacrificial de Cristo. Pero no cayó en el error de descartar por completo la idea del sacrificio. La transformó, dándole una interpretación más genuina. Declaró que en la Eucaristía nosotros no ofrecemos a Cristo; él fue ofrecido de una vez para siempre en el Calvario. Pero entramos en su sacrificio, 'nos ofrecemos con Cristo: es decir, nos arrojamos sobre Cristo con firme fe en su pacto.' Nos ofrecemos a nosotros mismos, nuestros cuerpos y almas, en comunión con él; y ofrecemos un sacrificio de alabanza y acción de gracias al identificarnos con él. En este sentido, la Cena del Señor es un sacrificio; pero no es un genuino restablecimiento de la muerte sacrificial de nuestro Señor" (p. 94).

Eso es precisamente lo que hemos dicho hasta ahora. Nosotros no ofrecemos a Cristo; más bien, nos ofrecemos a nosotros mismos con todo lo que tenemos a Dios el Padre, juntamente con Cristo. Eso es lo que ocurre en la Santa Cena.

Ahora podemos entender claramente en qué sentido es la Eucaristía un sacrificio, y en qué sentido no lo es. Primero, no es un sacrificio de Jesucristo mismo. Esa idea nunca ocurre en los escritos de los cristianos

primitivos. Nunca hablaban de volver a sacrificar a Jesucristo. Ese no era el sacrificio que presentaban al Padre. Más bien, esa idea fue introducida mucho tiempo después.

Lo que ocurre en la Eucaristía es que nosotros, junto con Cristo, nos ofrecemos a Dios. Primero, le ofrecemos nuestros seres, con todo lo que tenemos y todo lo que somos. De hecho, Cristo llega a nosotros, para unírnos con él en la ofrenda de sí mismo al Padre. Y así, como él convierte el pan y el vino en su cuerpo y su sangre, tomando lo terrenal y convirtiéndolo en algo celestial, así hace también con nosotros. Nos toma a nosotros, seres terrenales, y nos convierte en seres celestiales, llenos de su presencia.

Esto es la clave: Cristo, que se ofrece a Dios en sacrificio, se hace presente en el pan y el vino. Y nosotros, al participar en el pan y el vino, en los que está presente el Cristo sacrificado, también somos ofrecidos a Dios en sacrificio (junto con Cristo). Participamos en su ofrenda de sí mismo al Padre. Y de esta manera, llegamos a ser UNO con el Padre, como Jesucristo es uno con el Padre. Compartimos la misma vida de Dios; tenemos su vida en nosotros, y por eso estamos unidos a él y en comunión con él.

En otras palabras, nosotros, junto con Cristo que está en nosotros al recibirlo en el pan y el vino, somos ofrecidos a Dios para llegar a ser uno con él, como Cristo. Somos sacrificados a Dios, junto con Cristo. Y al ser sacrificados, u ofrecidos, a Dios, él nos llena de su misma vida, igual que Cristo. De esta manera somos uno con Dios, porque participamos en su mismo ser. Al ser ofrecidos a Dios el Padre con Cristo, somos llenados de su vida celestial, la vida suya que es eterna y nunca termina.

Todo esto es lo que enseña Jesucristo en Jn. 6:56-57: "El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, también vivirá por mí."

Podemos afirmar, entonces, que la Eucaristía es verdaderamente un sacrificio. Hacemos presente el sacrificio de Jesucristo, en primer lugar. En segundo lugar, nos unimos a él, al comer su cuerpo y beber su sangre-- así él llega a estar en nosotros, y nosotros en él, lo cual significa que somos uno con él. Al estar unidos a él, también somos ofrecidos a Dios, presentados a él como sacrificio. Finalmente, con Jesucristo, al ser ofrecidos a Dios, somos transformados en seres celestiales, como Cristo, porque tenemos el mismo cielo en nosotros, al tener la vida de Dios en nosotros. De esta manera somos restaurados a la comunión íntima con el Padre. Somos uno con él por medio de Jesucristo. Como hemos visto, en eso consiste la salvación: en ser uno con Cristo, y así uno con Dios el Padre, por medio de Cristo.

Al ser ofrecidos a Dios, él nos da su vida, y así tenemos su vida en nosotros. Como dice Jesucristo: "Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna." Al ofrecernos a Dios junto con Cristo, recibimos la vida eterna, o sea, la misma vida de Dios. La vida de Dios es su vida de amor y comunión. Somos hechos partícipes de la comunión celestial. Eso es lo que ocurre en la Santa Cena.



## El cuerpo de Cristo

Hemos visto hasta ahora cómo somos unidos a Dios en la Eucaristía. Así, unidos a él, estamos en comunión con él. Pero es importante recalcar que la comunión en la cual estamos no es sólo con Dios. Es también con todos los demás que están unidos a Dios, y en comunión con él.

Eso es lo que hemos visto anteriormente en la liturgia. En la liturgia, no sólo somos unidos a Dios, sino también unos a otros. Nuestro fin es ser uno, como hemos visto que pidió Cristo en Jn. 17:21-23. Por lo tanto, en la Eucaristía, la unión que se efectúa tiene un sentido vertical y también un sentido horizontal; somos unidos a Dios por Cristo (vertical), pero también unidos a los demás por Cristo (sentido horizontal).

Es interesante el trato que San Pablo da a este tema en 1 Corintios capítulos 10 a 12. En 1 Co. 10:1-4, San Pablo se refiere al bautismo y luego a la Santa Cena, enfatizando que como los israelitas, todos los cristianos comen del mismo alimento espiritual (el pan de la Eucaristía) y todos beben de la misma bebida espiritual: Jesucristo (el vino de la Eucaristía). Luego, en 1 Co. 10:17, dice: "siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo, pues todos participamos de aquel mismo pan." Después de tratar un poco más el tema de la Santa Cena en el capítulo 11, Pablo vuelve al tema de la iglesia como el Cuerpo de Cristo en el cap. 12, diciendo que cada cristiano es miembro de ese cuerpo.

Lo que quiere enfatizar Pablo es que la Santa Cena nos une unos a otros, haciéndonos un solo cuerpo. No hay individuos aislados en la Santa Cena; sólo hay miembros unidos del cuerpo de Cristo. Al participar en la Santa Cena, expresamos nuestra comunión con Dios y también con los demás que participan.

En la Eucaristía, entonces, la iglesia entera se ofrece a Dios para convertirse en el cuerpo de Cristo. Eso es lo que quería demostrar San Pablo. Somos el cuerpo de Cristo porque en la Eucaristía nos unimos al cuerpo de Cristo, haciéndonos uno con él. Somos el cuerpo de Cristo ofrecido al Padre, tanto como grupo como individuos.

Entonces, podríamos decir que igual como Cristo viene al pan para convertirlo en su mismo cuerpo, así viene a nosotros para convertirnos en su mismo cuerpo. Nosotros llegamos a ser miembros de su cuerpo, "de su carne y de sus huesos," o sea, su cuerpo en el sentido físico y literal. Esto ocurre en la Eucaristía. Es en la Eucaristía donde el Cuerpo de Cristo es manifestado como tal.

Generalmente, este aspecto horizontal ha sido olvidado en nuestra iglesia. Si nos fijamos en los himnos que tenemos para la Santa Cena, son muy individualistas, como si la Santa Cena fuera solamente un asunto entre el individuo y Dios. Casi todos los himnos son en primera persona singular ("yo"), y no plural ("nosotros"); por ejemplo: "Vengo a ti, Jesús amado," "Cristo a tu santo altar acudo en humildad," etc. Es muy importante volver a enfatizar que la Santa Cena no sólo es algo entre el individuo y Dios, sino entre todos los cristianos que participan. No sólo se unen a Dios; también se unen entre sí mismos.

Por lo tanto, la Santa Cena es también una figura del cielo. Igual como en el cielo estaremos todos unidos, unos con otros, y todos unidos con Dios por medio de Jesucristo, vivimos y expresamos esa realidad ahora

en la Santa Cena. Por eso, la Santa Cena es como un ascenso al cielo. Es una participación en la comunión celestial. Es un "comer y beber a la mesa de Jesús en el Reino de Dios," como dice Jesús en Luc. 22:29-30, unos momentos después de haber instituido la Santa Cena con los discípulos. Unidos todos a Cristo, somos una sola cosa con él, y así con Dios el Padre. Y eso es lo que Dios quiere: quiere ser "todo en todos" (1 Co. 15:28).

La teología de la Eucaristía es muy profunda. Hay muchísimo más que decir sobre ella. Sin embargo, para nuestros propósitos, lo que hemos dicho es suficiente por ahora. Podemos resumir lo que hemos dicho de la Eucaristía en los siguientes puntos:

1. En la Eucaristía Jesucristo se hace verdaderamente presente en el pan y el vino. El pan se convierte en su cuerpo, o su carne (sin dejar de ser pan), y el vino se convierte en su sangre (sin dejar de ser vino).
2. El Cristo que se hace presente en la Eucaristía es el Cristo sacrificado. No es un nuevo sacrificio cada vez, sino el mismo sacrificio de Cristo hecho presente, al estar presente él, que fue sacrificado por nosotros.
3. Al participar nosotros del pan y el vino de la Eucaristía, somos literalmente y corporalmente unidos a Cristo como, por ejemplo, en Ef. 5:30: "Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos."
4. Al estar unidos a Cristo, también nos convertimos en un sacrificio al padre, junto con Cristo. Con Jesucristo, nos presentamos al Padre con todo lo que tenemos y todo lo que somos, cuerpo, alma, y espíritu. De esta manera llegamos a ser uno con Dios, y en eso consiste la salvación: en ser uno con Dios, y estar en comunión con él. Eso es precisamente lo que ocurre en la Santa Cena. Llegamos a ser uno con Dios a través de Jesucristo.
5. Al ofrecernos a Dios, también le ofrecemos el pan y el vino, para que él los acepte y los transforme en el cuerpo y la sangre de su Hijo. Lo que sucede al pan y al vino es lo mismo que nos sucede a nosotros: lo "terrenal" es convertido en algo "celestial." Como Cristo se hace presente en el pan y el vino que ofrecemos, se hace presente en nosotros, al ofrecernos al Padre por medio de él.
6. Al llegar a ser "una sola cosa" con Dios por medio de Jesucristo, al participar de él en la Santa Cena, todos también formamos "una sola cosa" unos con otros, pues todos estamos unidos al mismo Dios por medio del mismo Jesucristo, y así somos uno.
7. La Santa Cena es una figura de lo celestial, ya que es una participación en la "comunión de los santos," que es el Reino de Dios. Al ser uno con Dios y con los demás redimidos, participamos en el mismo cielo, ya que el cielo no es otra cosa que la comunión con Dios y con todos los redimidos. El cielo se nos hace presente aquí y ahora al celebrar la Eucaristía.

#### La liturgia y la Eucaristía

Por lo que hemos visto acerca de la Eucaristía, ella es el centro de la liturgia del Oficio Mayor. Hemos visto que el propósito de la liturgia es de unirnos más a Dios y unos a otros. Eso es lo que ocurre en la liturgia,

porque eso es lo que ocurre en la Santa Cena.

Toda la liturgia refleja lo que ocurre en la Santa Cena. En la Santa Cena, como hemos visto, la unión entre Dios y nosotros se hace real, al participar nosotros del verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo. Esta unión no es sólo simbólica o figurativa, sino real; llegamos a ser uno con Dios y unos con otros al unírnos al cuerpo carnal de Jesucristo. En ningún otro momento del Oficio nos unimos corporalmente a Cristo. Por eso, ese momento es central en el Oficio Mayor.

Al mismo tiempo, nos unimos unos a otros en un solo cuerpo en la Santa Cena. Una vez más enfatizamos que esta unión no es sólo simbólica, sino real. Llegamos a participar todos del mismo cuerpo carnal de Jesucristo. Llegamos a ser un solo cuerpo, ya que todos participamos de la carne y la sangre del Señor Jesucristo. Todos participamos de su misma naturaleza divina al participar de su misma naturaleza humana. El cuerpo carnal y humano de Cristo llega a penetrar nuestros cuerpos, uniéndonos así a él. Y esta unión verdadera con Cristo y con los demás no ocurre en otro momento del Oficio Mayor.

El papel que juega el resto de la liturgia, entonces, es el de reflejar esa unión. Podemos cantar, orar, y adorar a Dios todos juntos, porque somos un solo cuerpo por estar todos unidos verdaderamente a Cristo. Escuchamos todos la misma Palabra en la que Jesucristo nos habla, porque estamos unidos a él.

El resto de la liturgia, entonces, da sentido a lo que ocurre en la Santa Cena. Las otras partes de la liturgia nos enseñan a vivir en esa relación en la que estamos por medio de Cristo. En los cantos y las oraciones expresamos nuestra unión. En su Palabra Dios nos habla de esa comunión. Nos dice que quiere que esa comunión se mantenga y se haga más fuerte, y que quiere que se extienda a otros. Nos dice lo que él ha hecho para hacer posible esa comunión, por medio de su Hijo y su Espíritu Santo. Nos dice cómo debe ser la comunión: cómo se vive en ella, cómo nos debemos relacionar con él, con los otros cristianos, y con el mundo. En fin, toda la liturgia tiene que ver con la comunión con Dios; y esta comunión halla su cumplimiento al participar nosotros de la humanidad de Jesucristo en la Santa Cena, siendo así uno con Dios y uno con los demás que están unidos al mismo Jesucristo.

Toda la liturgia, entonces, gira alrededor de la Santa Cena. En la Santa Cena, toda la liturgia halla su cumplimiento. Dios viene a nosotros en Cristo, somos transformados, y nos adentramos en la comunión con él. Ese es el fin de la vida: ser uno con Dios por Cristo, y participar en la comunión íntima con él (y con otros). Ese es también el fin de la Santa Cena. Y finalmente, es el fin del Oficio Mayor: efectuar esa comunión entre Dios y nosotros.

Ahora podemos entender más claramente la relación entre las dos partes de la liturgia. Las dos son necesarias. La Palabra y la Eucaristía se necesitan la una a la otra. No basta con sólo escuchar la Palabra, porque al escuchar la Palabra no nos unimos en realidad al cuerpo humano y divino de Jesucristo. No nos unimos corporalmente al Cristo sacrificado que nos comunica su divinidad por medio de su humanidad en la Santa Cena. La Palabra sola no nos puede unir así a Cristo, y así a Dios y a los demás cristianos, porque necesitamos estar unidos realmente al cuerpo humano de Cristo para estar así unidos. Por eso, la Palabra sin la Eucaristía queda incompleta.

De la misma manera, no es suficiente unirnos verdaderamente a Jesucristo en la Santa Cena, sin escuchar su Palabra. Porque por sí sola, la Santa Cena no tiene sentido. Necesitamos estar unidos al cuerpo de Cristo para estar en comunión con Dios; pero también tenemos que vivir en esa comunión. Esa unión con Cristo tiene que hacerse una realidad en nuestra vida diaria. Y eso sólo puede ocurrir por medio de la Palabra. La Palabra nos enseña qué significa vivir en comunión con Dios y con otros por medio de Jesucristo. Nos dice cómo vivir unidos a Jesucristo. Sin la Palabra, no podríamos vivir en comunión con Dios, porque no sabríamos qué es esa comunión y cómo se vive en ella. Lo que hace la Palabra, entonces, es darle significado a nuestra existencia como personas unidas a Dios por Cristo.

Por lo tanto, necesitamos de las dos cosas: la Palabra y la Eucaristía. Las dos son necesarias para que vivamos en comunión con Dios. Quitar una o la otra significa quitarnos algo esencial para nuestra vida cristiana. La Palabra de Dios no puede ser eficaz y lograr lo que Dios desea sin la Santa Cena, porque necesitamos participar de la misma vida humana y divina de Jesucristo para ser transformados. Al mismo tiempo, la Santa Cena no puede ser eficaz y lograr su fin en nosotros sin la Palabra, porque sin la Palabra no podemos realmente vivir en esta comunión con Dios; esa comunión no puede ser una realidad en nuestra vida diaria sin la Palabra.

Hemos dicho que la Santa Cena es el punto central y culminante del Oficio Mayor. Sin embargo, con esto no queremos dar la impresión de que es más importante que la Palabra. En este caso, no hay una parte más importante que la otra. Eso sería como decir que el acto de comer es más importante que el acto de digerir la comida. Si la comida que comemos no se convierte en energía, de nada nos serviría comerla, y nuestro cuerpo moriría. Es necesario comer, pero es igualmente necesario que el cuerpo convierta esa comida en energía para sostener nuestra vida corporal.

Asimismo, la Santa Cena es central en nuestra vida cristiana, porque sin ella no mantenemos nuestra unión con Cristo. La Santa Cena es vital para nuestra comunión con Dios. Pero igual como la comida que comemos también tiene que ser digerida, la Santa Cena tiene que producir algún efecto en nuestra vida para que de veras vivamos en comunión con Dios. Y eso sólo puede ocurrir por medio de la Palabra, que nos permite vivir en esa comunión todos los días.

Son dos cosas, entonces, las que necesita el cristiano: mantenerse unido a Jesucristo, y vivir unido a Jesucristo. El mantenerse unido verdaderamente a Jesucristo ocurre en la Santa Cena; y el vivir unido a Jesucristo ocurre por medio de la Palabra. Sin embargo, si decimos que la Santa Cena es, en un sentido, central en el Oficio, es porque no podemos vivir unidos a Cristo sin estar primero unidos real y corporalmente a él, y recibir su vida divina y humana en nosotros. Necesitamos primero comer para luego poder digerir la comida; igualmente, necesitamos primero participar verdaderamente de la vida de Jesucristo para poder vivir esa vida todos los días. Primero hay que estar unidos a Cristo (por medio de los Sacramentos); luego hay que vivir unidos a él todos los días (por medio de la Palabra).

## IX. LA PRACTICA DE LA EUCARISTIA

Después de haber considerado el significado de la Eucaristía en el capítulo anterior, vamos a considerar en este capítulo cómo se debe aplicar ese significado a la forma en que celebramos la Eucaristía, y lo que debe ocurrir en nosotros al celebrarla.

En primer lugar, hay muchas iglesias luteranas que, igual que otras iglesias evangélicas, no celebran la Santa Cena todos los domingos. Ya hemos visto en parte los problemas que tenemos al querer explicar por qué no lo celebramos todos los domingos. Pero vamos a considerar las razones por las cuales no se celebra la Santa Cena todos los domingos en muchas iglesias, porque hay razones históricas.

En la iglesia primitiva, no cabe duda de que celebraban la Santa Cena cada domingo. Eso ya lo notamos en el capítulo II. Muchos de los escritores cristianos mencionan que se celebraba la Eucaristía todos los domingos. De esto no hay ninguna duda, y no es posible encontrar ningún erudito de reconocimiento que dude de esta verdad.

Esto es claro también en el Nuevo Testamento. Leemos en Hech. 20:7: "El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan..." Como hemos visto, la frase "partir el pan" se refiere a la Santa Cena. Hech. 2:46 hasta nos da a entender que celebraban la Santa Cena todos los días.

Por lo que hemos leído de los escritores cristianos antiguos, también sabemos que todos los presentes comían del pan y bebían de la copa. Todos los presente participaban, sin excepción. Aunque, como hemos notado, sólo podían estar presentes los que habían sido bautizados y eran miembros de la comunidad. Por eso, todos podían participar. No se usaba que algunos sólo observaran, permaneciendo en sus lugares durante la distribución sin comulgar. Inclusive, es probable que en la iglesia primitiva los niños también participaran. Todavía hoy, en la Iglesia Ortodoxa Oriental, una iglesia que tiene sus orígenes en la iglesia primitiva en el oriente, los niños recién bautizados comulgan del pan y el vino. Por eso, creemos que nadie estaba excluido de la Santa Cena, y todos sin excepción participaban, si ya eran miembros bautizados de la iglesia.

Hay otro punto muy importante acerca de la iglesia primitiva. Para ellos, la Santa Cena era el centro y la misma esencia de sus vidas. Decían que no podían vivir sin la Santa Cena. Cuando se encontraban en la cárcel, no pedían una copia de la Biblia; pedían que se les trajera la Eucaristía. Cuando un cristiano se enfermaba y no podía ir al Oficio, no le pedía al pastor sólo que le fuera a hablar o consolar; pedía que se le llevara la Santa Eucaristía. Cuando algún miembro tenía que faltar un domingo, alguien de la iglesia, el pastor o un diácono, se encargaba de llevarle una parte de la Eucaristía entre semana. Inclusive se usaba que muchos cristianos se llevaban una porción del pan y el vino de la Santa Cena a sus casas, y todos los días durante la semana comían y bebían una pequeña parte. Alrededor del año 300, en la última persecución fuerte de los cristianos, algunos cristianos prisioneros dijeron: "Sin la Eucaristía no podemos vivir."

En otras palabras, la Eucaristía era esencial y fundamental para ellos en su vida cristiana. No podían vivir sin ella. Su vida cristiana dependía de ella. La participación en la Eucaristía era vital, de suma importancia.

La razón por la cual el estado romano perseguía a la iglesia cristiana en los primeros siglos no era tanto por sus creencias. Más bien era por sus reuniones secretas, en las que celebraban la Eucaristía. Si un cristiano se quedaba en casa, leyendo su Biblia (si es que tenía, pues la gran mayoría no tenía), y nunca asistía a la iglesia, no estaba en ningún peligro de persecución. Pero un verdadero cristiano, según los antiguos, nunca podía hacer eso. Un cristiano era uno que se reunía con los demás cristianos para participar del cuerpo y la sangre del Señor. Cuando uno dejaba de congregarse con otros para participar de la Eucaristía, aunque fuera por unas semanas, dejaba de ser cristiano, y ya no era recibido en la Iglesia. Por eso, lo que distinguía a un cristiano de un no cristiano no era sólo una creencia, sino la participación en la Eucaristía. Si uno dejaba de comulgar, ya no era cristiano.

Lo que queremos señalar, entonces, es que la Eucaristía estaba en el centro de la vida de los primeros cristianos. Un experto sobre los primeros cristianos, Jean Daniélou, escribió: "Los sacramentos [en la Iglesia primitiva] aparecen como los acontecimientos esenciales de la existencia cristiana y de la existencia en general" (Sacramentos y Culto según los Ss. Padres, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964, p. 29). Entonces, todo giraba alrededor de la Eucaristía: el culto, la vida diaria, la explicación que se le daba a las Escrituras, la enseñanza que se les daba a los catecúmenos. No sólo interpretaban los Sacramentos a la luz de la Biblia; también interpretaban la Biblia a la luz de los Sacramentos. Lo central en el culto no era la predicación, aunque sí era muy importante; lo central era la Eucaristía. Toda la predicación, toda la doctrina, toda la catequización, toda la liturgia, se relacionaba íntimamente con los Sacramentos, y en particular, con la Eucaristía. El lector de los escritos cristianos primitivos no puede menos que notar esta verdad.

Por mucho tiempo, entonces, se celebró la Santa Cena todos los domingos, y todos sin excepción comulgaban. Sin embargo, hubo controversias en la iglesia en el cuarto siglo, y estas controversias cambiaron mucho la iglesia. Había un grupo muy grande dentro de la iglesia que no creía en la divinidad de Jesucristo. Estos, llamados "arrianos," finalmente fueron expulsados de la iglesia. Pero ellos, como no creían en la divinidad del Hijo de Dios, no tenían mucho respeto por el cuerpo de Cristo en la Eucaristía (ya que ese cuerpo no era divino, sino sólo humano). Para contrarrestar sus ideas, los líderes de la iglesia empezaron a enfatizar que era una cosa muy seria participar en la Eucaristía. La participación no era una cosa para tomar a la ligera, como lo hacían los arrianos. Se empezó a decirles a los cristianos que si no estaban bien preparados para participar de la Eucaristía, sería mejor no participar de ella.

Por ejemplo, algunas oraciones para antes de comulgar que han sido preservadas del cuarto y quinto siglos, dicen: "Acércate con temor, para no ser quemado: [la Eucaristía] es un fuego..." "Antes de participar en este terrible sacrificio... ora temblando." Entonces, se enfatizaba mucho la preparación anterior a la participación de la Eucaristía, y que no debía acercarse cualquiera que no estuviera preparado.

Sin embargo, lo que ocurrió fue que mucha gente que iba al Oficio dejaba de comulgar todos los domingos. De hecho, muchos dejaron de comulgar por completo, por ese "miedo" y "temor" que se les había inculcado. Tan grande fue el problema que en el siglo VI, la iglesia tuvo que poner como requisito que todos los fieles comulgaran cuando menos tres veces al año--en Navidad, Pascua, y Pentecostés. Si la iglesia tuvo que poner esto como requisito, había una razón: la gente había dejado de comulgar, y había que exigirselo. Eso hubiera sido totalmente innecesario en los primeros siglos del cristianismo,

cuando todos comulgaban sin falta. De todas maneras, no tuvieron mucho éxito estos requisitos de comunión. La gente seguía absteniéndose de la Santa Cena. Algunos nunca comulgaban. Por eso, en el año 1215, se les exigió a todos los fieles que comulgaran por lo menos una vez al año, en el Domingo de Pascua. Si había que exigirles eso, es obvio que muchos no hacían ni eso.

De esta manera, la comunión se fue convirtiendo en algo que hacían principalmente los sacerdotes. De hecho, los sacerdotes dejaron de darles la copa a los comulgantes. Se promulgaron "misas privadas," en las que el sacerdote comulgaba solo. Durante la distribución de la Santa Cena, muchos, si no la mayoría, no participaban, sino sólo observaban.

Lo que fue sucediendo, entonces, es que la gente dejó de comulgar del pan y el vino, por tenerles temor. Por eso también se les empezó a negar la copa, por temor de que fueran a tirar una gota de la sangre del Señor. Tal era el miedo ante el cuerpo y la sangre del Señor. Entonces, al sentir tal temor, la gente en lugar de comer y beber del pan y el vino empezó a adorarlos. Eso es lo que vemos todavía en la Iglesia Católica Romana hoy. Aunque ya es más frecuente la comunión de los miembros, es más común la adoración del Sacramento. Se guarda el pan y el vino en el sagrario, y la gente llega al templo aun cuando no hay misa para adorar y venerar al pan y al vino, el cuerpo y la sangre de Cristo. Por eso, también, mucha gente, al pasar en frente de un templo católico, se persigna. Eso se hace para honrar al Cristo que, según ellos, está presente en el sagrario. La Santa Eucaristía, entonces, dejó de ser principalmente algo de la cual se participaba, y más bien se convirtió en algo que se adoraba desde lejos.

En el tiempo de la Reforma, los reformadores vieron que estas prácticas no eran buenas. Se dieron cuenta, por ejemplo, que los primeros cristianos nunca habían adorado al pan y al vino, ni los guardaban para adorarlos. Entonces, propusieron cambios. Sin embargo, había dos campos. Algunos, como Martín Lutero y Juan Calvino, le daban importancia al Sacramento. Los dos querían que se celebrara la Santa Cena todos los domingos. Lutero siempre enfatizaba que la gracia viene a nosotros no sólo por la Palabra, sino también por los sacramentos. La Iglesia Luterana siempre ha dado la misma importancia a los sacramentos que da a la Palabra de Dios, al menos en teoría, aunque como veremos en un momento, así no ha sido siempre en práctica.

Sin embargo, había otro grupo de reformadores que pensaban de otra manera, como Zuinglio. Estos decían que Cristo no está presente en la Eucaristía. Es sólo un memorial, para recordar a Cristo. Enfatizaban tanto la Palabra de Dios y la Biblia, que daban muy poca importancia a la Eucaristía. Decían que se salva uno por creer en Cristo, y que la Eucaristía no tiene casi nada que ver con la salvación por la fe. Por eso, le restaban importancia. La Eucaristía sólo era un rito que había mandado el Señor, y para cumplir su mandato sólo había que celebrarlo de vez en cuando (más por obligación que por otra cosa, ya que había que cumplir lo que el Señor mandó).

Es un hecho que en la Iglesia Luterana, al principio, se celebraba la Santa Cena todos los domingos, en los días de Lutero. Leamos lo que dice Maxwell:

"[La misa] ya no podía continuar siendo meramente un espectáculo espléndido desarrollado como en un escenario; debía convertirse en una acción común en la que todos participaran. Pero para que todos partici-

paran era necesario que el culto fuera inteligible, y para ser completamente inteligible era menester que contuviera elementos didácticos. Esta finalidad, sostuvo Lutero, sólo puede ser lograda manteniendo la celebración de la Cena del Señor como el servicio central de la Iglesia. Así en 1520 declaró que la Cena del Señor debería "ser celebrada diariamente a lo largo de toda la cristiandad"; pero tres años más tarde modificó este concepto al afirmar en un sermón que en el futuro la eucaristía debería ser celebrada tan sólo los domingos, a menos que hubiera quienes desearan comulgar más frecuentemente. Como resultado, la celebración semanal de la Cena del Señor, con sermón y comunión, se convirtió en la tradición luterana primitiva" (p. 93).

Entonces, la tradición luterana primitiva fue de celebrar la Santa Cena todos los domingos, igual como se había hecho en la iglesia primitiva. Así se usó por mucho tiempo. Pero poco a poco las formas de pensar de otros grupos reformados empezaron a penetrar en la Iglesia Luterana. Y así, se dejó de celebrar la Santa Cena todos los domingos. Decían que si la gente sólo acostumbraba comulgar tres o cuatro veces al año en la Iglesia antes de la Reforma, sólo se debía ofrecer el Sacramento de la Eucaristía tres o cuatro veces al año, para que todos participaran. Los demás domingos no se debía celebrar, porque no iban a participar todos. Así, en la Iglesia Luterana, como en otras iglesias reformadas, se dejó de celebrar la Santa Cena todos los domingos, aunque en realidad ésa era una práctica de la iglesia primitiva y de la Iglesia Luterana originalmente.

En fin, la práctica de no comulgar todos los domingos no es luterana. Se debe a influencias de otros grupos evangélicos cuya doctrina es distinta a la nuestra.

### La teología equivocada de la Santa Cena

El hecho de que la Santa Cena se dejó de celebrar todos los domingos también tiene que ver con el significado que se le da (o la falta de significado). Vamos a examinar un poco esta teología equivocada.

En primer lugar, si Cristo no está presente en el Sacramento de la Santa Cena, la Santa Cena no puede tener mucha importancia. Muchos protestantes creen que sólo es un "memorial." No está presente Cristo corporalmente. El pan no es su cuerpo, y el vino no es su sangre, según ellos. Por lo tanto, no es muy importante la Santa Cena. No ocurre nada en realidad cuando uno comulga, según ellos. No hay ninguna unión física con Cristo, porque él no está físicamente presente. Lo único que ocurre es que el que comulga piensa un poco en Cristo, y se le recuerda que Cristo murió. Participar en la Santa Cena sólo significa "recordar" a Cristo y lo que hizo por nosotros. Pero, en realidad, uno no necesita de la Santa Cena para recordar a Cristo. Uno lo puede recordar en cualquier momento. Entonces, si pensamos de esa manera, ¿qué falta nos hace la Santa Cena? En realidad, ninguna. Casi no tiene ningún significado, porque no ocurre nada en especial en la Santa Cena. Uno puede recordar a Cristo leyendo la Biblia, escuchando un sermón, o cantando un himno. No hay necesidad de la Santa Cena para recordarlo.

Entonces, ¿por qué seguir celebrando la Santa Cena? ¿Por qué no abolirla? La única respuesta que pueden dar estos protestantes es que Cristo nos mandó que celebráramos la Santa Cena, al decir: "Haced esto en memoria mía." Por eso, hay que seguirla celebrando de vez en cuando, porque si no, violaríamos



el mandato de Cristo. Así, en realidad, la Santa Cena ha perdido toda importancia. Es un rito externo, vacío de significado, en el que no ocurre nada que no ocurra también en un sermón o en un himno. Pero hay que seguirla celebrando porque así lo mandó Jesucristo. ¿Por qué lo mandó? Quién sabe. Pero hay que cumplir con lo que nos exige.

Entre los luteranos, aunque en teoría seguimos insistiendo en la verdadera presencia de Cristo en la Eucaristía, en la práctica hemos aceptado estas ideas de otros protestantes, a veces. Porque tampoco le damos la importancia debida, al no celebrarla con frecuencia. No se habla de ella con mucha frecuencia en los sermones. No la mencionamos en nuestros himnos. No la mencionamos en nuestras oraciones, ni en nuestro material devocional. Nunca se les menciona a los niños en las clases de la Escuela Dominical. En fin, tiene muy poca importancia en nuestra iglesia. Esa ha sido la triste realidad.

Hay otra razón, también, por la cual se le restó importancia a la Eucaristía en la Iglesia Luterana, y en otras iglesias protestantes. Generalmente, damos tanta importancia a la Palabra de Dios ("sola Escritura") que los Sacramentos son puestos a un lado. Esto también se debe a influencias de otros grupos cuya teología está en conflicto con la nuestra.

Lo que ocurre es que enfatizamos únicamente que en la Eucaristía Cristo viene a nosotros. Pero decimos también que él viene a nosotros en la Palabra predicada. Si decimos que Cristo viene a nosotros, pero también viene a nosotros en la Palabra predicada, ¿por qué necesitamos las dos cosas? Si yo puedo recibir a Cristo oyendo su Palabra predicada, ¿qué falta me hace recibirlo en la Santa Cena? Por eso, la Santa Cena ha perdido importancia aun entre nosotros. Es más importante para nosotros "la Palabra de Dios."

Otra razón es que según lo que generalmente decimos, lo único que ocurre en la Santa Cena es que Dios nos perdona nuestros pecados. Pero si al principio de cada culto hay una confesión y una absolución, en la que se nos perdonan los pecados, ¿qué falta hace la Santa Cena? ¿Por qué tengo que comulgar si ya se me perdonaron los pecados al principio del servicio?

En realidad, entonces, el hecho de que la Santa Cena ha perdido importancia entre nosotros se debe al hecho de que no le hemos dado una buena interpretación. Nuestra interpretación de la Santa Cena ha sido deficiente. Más que nada, muchas veces los luteranos, junto con los otros protestantes, han rechazado por completo la idea de sacrificio en relación con la Santa Cena. Esto es una reacción en contra de la Iglesia Católica Romana, en la cual la Eucaristía se convirtió únicamente en un sacrificio de Cristo presentado otra vez al Padre. Allí se enseña que el pueblo ofrece nuevamente a Cristo a Dios. Esta idea de sacrificio, como hemos visto, no tiene base ni en la Biblia ni en los escritos cristianos primitivos.

Pero la reacción fue demasiado fuerte, y se fue al otro extremo. Se descartó por completo el concepto de "sacrificio." Hablar de "sacrificio" olía a catolicismo romano. Por eso, había que evitar cualquier referencia a sacrificio en nuestra interpretación de la Santa Cena.

Sin embargo, es interesante que las iglesias protestantes no descartaron por completo el concepto de sacrificio en otras partes de su culto. Por ejemplo, todavía se usa la ofrenda--el dinero que uno ofrenda a Dios.

Esto es un sacrificio; ofrecemos nuestro dinero a Dios. Todavía se usa en casi todas las iglesias una "ofrenda floral." ¿A quién ofrecen las flores? A Dios, por supuesto. Si no a él, ¿a quién?

Pues, si podemos ofrecerle a Dios dinero, y le podemos ofrecer flores, ¿por qué no podemos ofrecerle pan y vino? ¿Por qué una cosa y no la otra? ¿Qué diferencia hay? Tanto una cosa como otra representa el sacrificio de nosotros mismos a Dios. Le presentamos nuestro ser entero. Eso es lo que hacemos en la Eucaristía.

Lo que es necesario, entonces, es volver el concepto de "sacrificio" a la Santa Cena, y al culto en general. Si no hay un sacrificio de nosotros mismos, si no nos presentamos a Dios, no hay salvación, porque no hay comunión con Dios. ¿Por qué? Porque para que haya comunión con Dios, es necesario que nosotros correspondamos el amor de Dios, o sea, que nosotros también expresemos nuestro amor por él. Si Dios se da a nosotros (en Cristo), pero nosotros no nos damos a Dios (en Cristo), si no nos ofrecemos a Dios, no hay comunión entre él y nosotros. Sólo fluye el amor de Dios hacia nosotros, pero el amor de nosotros hacia él no. Y así no puede haber comunión. Por supuesto, volvemos a enfatizar que únicamente podemos amar a Dios y ofrecernos a él por medio de Jesucristo. Pero el concepto de sacrificio es imprescindible.

De ninguna manera queremos perder la noción de que Cristo viene a nosotros en la Santa Cena. Esa idea también es central. Esa idea es clave. Si Cristo no viene a nosotros en el pan y el vino, no hay comunión. Pero si sólo decimos que Cristo viene a nosotros en la Santa Cena, y no hablamos de cómo nosotros también vamos a Dios con Cristo en la Santa Cena, sólo hemos hablado de la mitad. ¿A qué viene Cristo a nosotros en la Santa Cena? Sólo puede ser para unirse a nosotros. Y sólo al unirse él a nosotros podemos ofrecernos a Dios. De otra manera, es imposible. A veces decimos que viene a nosotros para perdonar nuestros pecados. Esto es verdad. Pero falta algo muy importante. Primero, ¿por qué tiene que venir a nosotros para perdonar nuestros pecados? No hay una respuesta fácil a esa pregunta, según la forma tradicional en la que hemos hablado de la Santa Cena. Y en segundo lugar, el perdón de los pecados, ¿de qué sirve? ¿Es un fin en sí mismo? ¿Es eso lo único que Dios quiere hacer: perdonar nuestros pecados? El perdón de los pecados, en realidad, nunca es un fin en sí mismo. Dios sólo quiere perdonarnos los pecados para que podamos ser limpios, como él, y así ser uno con él. El perdón de los pecados sólo es un medio para alcanzar otro fin: la comunión con Dios. Y esa comunión sólo puede ser una realidad si Cristo viene a nosotros en la Santa Cena. Por eso es imprescindible que él esté presente en el pan y el vino. Dios puede perdonarnos los pecados sin venir a nosotros en la Santa Cena. Pero no puede cambiarnos, transformarnos, y hacernos uno con él si no viene a nosotros en su Hijo. Cristo tiene que entrar dentro de nosotros en la Santa Cena para producir esa transformación. Sólo así puede ocurrir.

En fin, a veces hemos sido un poco contradictorios en la interpretación que damos de la Santa Cena. Por una parte, hemos retenido la idea de sacrificio. Por ejemplo, conservamos el altar en el centro del santuario. El altar, como hemos visto, es inseparable de la idea de sacrificio. ¿Qué ponemos sobre el altar? Las ofrendas monetarias que ofrecemos a Dios. A veces también ponemos la ofrenda floral que ofrecemos a Dios sobre el altar. Pero también ponemos el pan y el vino sobre el altar. Así, en la práctica, conservamos la idea de que ofrecemos el pan y el vino a Dios, al ponerlos en el altar.

Pero, por otra parte, hemos hecho a un lado la Eucaristía. Es rara la vez que se hable de la Santa Cena en un sermón. Los miembros raramente comprenden bien el significado de la Eucaristía. Sólo hay que ver el himnario Culto Cristiano para ver que la Santa Cena tiene poca importancia para nosotros. De más de 400 himnos, sólo 8 son de la Santa Cena. El resto ni menciona la Eucaristía. Entonces, uno de cada 50 himnos habla de la Santa Cena. Hablamos mucho de la Palabra de Dios, la fe, etc., pero de los sacramentos casi nada. (Es lo mismo con el bautismo; nunca se hace alusión al bautismo tampoco en los himnos que cantamos.) Y cuando hablamos y enseñamos acerca de la Santa Cena en los estudios y en las clases de catecismo, casi lo único que se enfatiza es que hay que creer en la verdadera presencia de Cristo, a diferencia de otros grupos evangélicos. Pero del significado de la Santa Cena, o de lo que ocurre en nosotros al comulgar, se habla muy poco.

Cuando la Eucaristía no es central en la vida y la adoración de la iglesia, hay consecuencias muy negativas. Primero, se pierde toda la noción de sacrificio. La vida cristiana se convierte solamente en un "recibir" la gracia y el perdón de los pecados. No hay una respuesta a esa gracia y ese perdón. No se corresponde el amor de Dios, y el amor casi desaparece de la iglesia. ¿Por qué? Porque no se enfatiza la ofrenda de nosotros mismos a Dios. Y si no nos ofrecemos a Dios, y sólo nos contentamos con "oír su Palabra," es difícil que se produzca en nosotros el amor, porque no hay ninguna identificación del cristiano con Cristo y su sacrificio. La vida cristiana se convierte en un recibir la "gracia barata" de Dios.

Cuántas veces se ha lamentado el hecho de que los miembros de nuestras iglesias no quieren hacer otra cosa que escuchar un sermón (si es que hacen eso). No son buenos mayordomos. No tienen el concepto de vivir para Dios y para otros, o de presentar sus vidas en sacrificio a Dios unidos a Cristo. Todo esto se debe a que hace falta la idea de "sacrificio" en nuestra teología. ¿Cómo cambiaría la iglesia si volviéramos ese concepto al centro de nuestra teología, y al centro de nuestra práctica, por medio de la Santa Cena!

No es una coincidencia que cuando se va perdiendo el concepto del sacrificio de uno mismo a Dios por medio de Jesucristo en la Eucaristía, la iglesia empieza a decaer, enfriarse, y perder su vitalidad. Sin sacrificio, no hay amor. Y sin amor, la iglesia está muerta. No puede haber amor ferviente en la iglesia si hacemos a un lado la idea de sacrificio.

### Razones para celebrar la Eucaristía todos los domingos

Celebrar la Eucaristía todos los domingos, como hemos visto, es bíblico, y es luterano. El no celebrarla todos los domingos es una práctica que ha surgido de una teología no luterana, y un entendimiento deficiente de la Eucaristía. Sin embargo, si queremos volver a celebrar la Santa Cena todos los domingos, habrá oposición dentro de la iglesia, porque no ha sido la costumbre. Vamos a considerar las razones que se pueden dar para no celebrar la Santa Cena todos los domingos.

1. Nunca lo hemos hecho. En otras palabras, no es nuestra tradición. Pero ya hemos visto que esa tradición de no celebrar la Eucaristía no es bíblica ni luterana. Desde los primeros días de la iglesia, siempre se ha celebrado la Eucaristía todos los domingos, excepto en los últimos siglos de las iglesias protestantes. En la Iglesia Luterana, se supone que no

somos esclavos de nuestras tradiciones. ¿Seguiremos tradiciones de hombres en este caso, porque no queremos celebrar la Santa Cena como se debe?

2. Se alargará mucho el culto si siempre celebramos la Santa Cena. En otras palabras, nos importa más nuestro tiempo que el estar unidos en la Mesa del Señor. Por supuesto, eso no está bien. Pero si la Santa Cena de veras es importante, haremos tiempo para ella. ¿Cuánto más se tarda al celebrar la Santa Cena? No es tanto el tiempo, en realidad. Y si se recorta un poco el sermón, o las oraciones, si éstos son muy largos, o si cantamos un himno menos, podemos darle más tiempo a la Santa Cena. Si no le damos importancia a la Santa Cena (como ha sido el caso a veces en el pasado), pondremos estas otras cosas primero, y no habrá tiempo para la Santa Cena. Pero si consideramos la Santa Cena como central y esencial en el Oficio, ¿cómo podremos celebrar el Oficio sin ella?

También se puede ver si hay otras maneras de hacer la distribución para que no tarde tanto. Alguien puede ayudar al pastor, o la distribución se puede hacer de alguna manera más rápida. Veremos en la p. 207 formas alternativas de distribuir la Santa Cena. Pero si de veras creemos que la Santa Cena es central, haremos lo necesario para celebrarla semanalmente.

3. No es necesario celebrar la Santa Cena todos los domingos. El problema con este argumento es que una vez más se le resta importancia a la Santa Cena. Tal vez no es necesario celebrar la Santa Cena todos los domingos. Pero tampoco es "necesario" celebrar un culto, o cantar himnos, o escuchar un Sermón. La cuestión no es sobre lo que es necesario o no. La cuestión más bien es: ¿cómo fortaleceremos nuestra relación con Dios y con otros? Esa debe ser la preocupación en el Oficio, y no lo que es "necesario" o no. Y si lo que más nos preocupa es fortalecer la comunión entre Dios y nosotros por medio de Cristo, no hay nada que pueda hacer en nosotros lo que hace la Santa Cena, porque de ninguna otra manera podemos estar realmente unidos al cuerpo de carne de Cristo. La Santa Cena es un instrumento esencial para unirnos a Dios y unos a otros. Y si ése es el propósito del Oficio Mayor, ¿cómo vamos a celebrar el Oficio sin la Santa Cena, la cual nos une a Dios y unos a otros de una manera única? No vamos al Oficio sólo para hacer cosas "necesarias," sino para unirnos a Dios y a otros; y para que eso sea una realidad, necesitamos de la Santa Cena.

4. La Santa Cena tiene más importancia cuando se celebra con menos frecuencia. Si se celebra todos los domingos, se convierte en algo muy común y ordinario, en lugar de ser algo especial y fuera de lo común.

Este tal vez es el argumento más común y más fuerte para no celebrar la Santa Cena todos los domingos. Sin duda, este argumento a primera vista parece tener algo de validez. Es como cuando uno tiene un amigo, un hijo, o un ser querido que no ve muy seguido. Cuando lo ve, es un evento muy especial, y muy apreciado. Así puede ser con la Santa Cena. Entre menos la tenemos, más la apreciamos, y más significativa y especial nos parece.

Aunque a primera vista parece bueno el argumento, después de examinarlo, pierde su validez. En primer lugar, es un argumento de la lógica, y no de la Biblia (como otros argumentos que a veces salen de grupos reformados). En segundo lugar, si lo llevamos al extremo, sería mejor que, en lugar de comulgar cada mes, que sólo comulgáramos una vez al año. Así esa comunión sería hasta más significativa y especial. ¿O qué tal cada 5 ó 10 años? ¿O tal vez una sola vez en toda la vida? Así esa comunión única sería algo tan especial, tan inolvidable, que tendría mucho más significado para nosotros. La recordaríamos para siempre, y sería una experiencia preciosísima.

Ya empezamos a ver lo ridículo de ese argumento. Volviendo a nuestro ejemplo, es verdad que uno siente más especial la visita de un amigo si sólo le visita muy de vez en cuando. Pero si de veras es un amigo íntimo, ¿qué persona diría que sólo quiere ver a su amigo de vez en cuando, si lo pudiera ver más seguido? ¿Qué madre prefiere ver a su hijo (si de veras lo ama y goza estar con él) una vez al año, o una vez al mes, en lugar de verlo todos los días? Si de veras uno ama a otro, lo quiere ver muy seguido, pase lo que pase. Entre más lo vea, mejor.

Así es con la Santa Cena. Si de veras amamos a Dios y a Cristo, vamos a querer comulgar frecuentemente. Y si de veras amamos a nuestros hermanos, vamos a querer expresar esa comunión con ellos lo más posible. No nos bastará con algo de vez en cuando. Queremos "convivir" con Dios y con nuestros hermanos lo más que podamos. Por eso, queremos celebrar frecuentemente la Santa Cena.

Pero hay otro punto importante, también. El fin de la Santa Cena no es que nosotros "sintamos bonito," o que sintamos algo especial. El fin es unirnos más a Dios en Cristo, sintámoslo o no, y unirnos más a nuestros hermanos, sintámoslo o no. El propósito de la Santa Cena no es de producir alguna sensación espectacular en nosotros, sino de vivir en comunión con Dios y con los demás por medio de Cristo. Y esta comunión tiene que ser algo constante, algo que se vive todos los días y todas las semanas. Por eso, igual como esa comunión es constante, la Santa Cena debe celebrarse con frecuencia, para alimentar esa comunión. Si no se alimenta con frecuencia, no puede ser constante.

En realidad, como hemos visto, no hay una buena razón para no celebrar la Santa Cena todos los domingos. La única razón, a veces, es que en el fondo no queremos, por flojera, o porque se nos hace pesado, o por otras razones. Por supuesto, esas razones no son buenas ni válidas. Y esas razones demuestran que estimamos muy poco la Santa Cena. Si no tiene importancia para nosotros, no la vamos a querer celebrar con frecuencia.

Sin embargo, hay muchas razones muy buenas para sí celebrar la Santa Cena todos los domingos. Vamos a ver algunas de ellas:

En primer lugar, celebrar la Santa Cena cada domingo es bíblico, es luterano, y es algo que se hizo desde el principio del cristianismo. Ya hemos visto esto en otras partes. Si la comunión cada domingo fue algo que hacían los mismos apóstoles, algo que hacían los cristianos primitivos, algo que han hecho los cristianos desde los primeros días de la iglesia, y algo que Martín Lutero hacía y recomendaba, debemos tener muy buenas razones para romper con esa práctica; pero es difícil encontrar esas razones.

Sin embargo, la razón más fuerte para celebrar la Santa Cena todos los domingos es ésta: ni el Oficio Mayor, ni la vida cristiana, tienen razón ni sentido sin ella. Esto lo hemos visto anteriormente, pero sería bueno profundizar en lo que hemos dicho.

En el Oficio Mayor, todo gira alrededor de la Eucaristía. La liturgia de la Palabra no tiene razón de ser como algo independiente de la liturgia de la Santa Cena. Repetimos la pregunta que hemos hecho anteriormente: ¿para qué nos habla Dios en su Palabra? ¿Será eso lo único que Dios quiere? ¿Hablarnos? ¿Para qué quiere que lo oigamos? ¿Con qué fin nos habla? Tal vez se puede contestar: nos quiere hablar para decirnos que nos ama y que nos perdona nuestros pecados. Pero, entonces, preguntamos: ¿Por qué nos

quiere decir eso? ¿Con qué fin nos quiere perdonar? ¿Sólo porque le gusta perdonar? ¿O quiere algo con nosotros?

Dios no nos habla sólo por hablarnos. No nos perdona sólo por perdonarnos. Esas cosas nunca son fines en sí mismas. Lo que Dios quiere con nosotros es la comunión íntima. Quiere ser uno con nosotros, y que todos nosotros seamos una sola cosa con él. Y eso no puede ocurrir si lo único que hacemos es oírlo. Tenemos que unirnos a él para que se haga realidad esa comunión con él. Y sólo podemos unirnos a él por medio de Jesucristo, el que se hizo hombre para unirse a nosotros, y el que nos ofrece su cuerpo y su sangre para unirnos con él. Si no ocurre esto, si no somos unidos, realmente y verdaderamente, a Jesucristo, no podemos estar en comunión con Dios, y llegar a ser una sola cosa con él. Por eso, aunque es esencial oír la Palabra de Dios, necesitamos también de la Santa Cena para que se complete el círculo de amor.

En otras palabras, en el Sermón, cuando Dios nos habla, el amor sólo fluye en una dirección: de Dios hacia nosotros. Cuando el único significado que le damos a la Santa Cena es que Cristo viene a nosotros, también fluye el amor únicamente en una dirección: de Dios hacia nosotros. Pero, como hemos visto anteriormente, eso nunca es suficiente para que haya comunión. Para que exista la verdadera comunión, el amor tiene que ser correspondido. Tiene que fluir también en la otra dirección: de nosotros hacia Dios. Si no sucede esto, no hay comunión. Y, ¿cómo ocurre esto? Cuando nosotros estamos unidos a Cristo y su cuerpo carnal, nosotros nos ofrecemos a Dios juntos con él. Sólo de esta manera puede fluir el amor de nosotros hacia Dios. Y, ¿cuándo puede ocurrir esa unión con Cristo y ese ofrecimiento de nosotros a Dios? Solamente puede ocurrir en la Santa Cena, en la cual realmente nos unimos a Cristo y estamos en contacto con su humanidad divinizada. Sólo a través de Cristo podemos presentarnos al Padre. Y si esto sólo ocurre en la Santa Cena, vemos que el Oficio sin la Santa Cena está incompleto.

Por lo tanto, en la Santa Cena, es verdad que Cristo viene a nosotros. Eso no hay que olvidarlo, porque si no viene realmente a nosotros, no puede haber comunión. Pero viene a nosotros con un fin: para llevarnos al Padre, y así ser uno con él. De ninguna manera estamos diciendo que la Santa Cena es algo que nosotros hacemos, o algo que nosotros por nuestro propio esfuerzo ofrecemos a Dios. Todo es obra de Dios. Cristo llega a nosotros para presentarnos a Dios. Todo esto es algo que hace Dios en nosotros, y no nosotros. Pero no por eso deja de ser una ofrenda de nosotros mismos a Dios, por medio de Jesucristo.

Un problema muy grande en nuestra iglesia ha sido que a veces sólo hemos hablado del amor de Dios por nosotros como esencial, y no del amor nuestro, en Cristo, por Dios como esencial. Sin esto último, no hay comunión, y por lo tanto, no hay salvación. Cuando no hablamos de nuestro amor por Dios en Cristo como algo esencial, se crean cristianos flojos, que no quieren darle nada a Dios sino sólo recibir de él. El amor también tiene que salir de nosotros hacia Dios. Repetimos: si no ocurre esto, no hay salvación, porque no hay comunión con Dios. Si el amor de Dios no es correspondido, no hay comunión. Y sólo podemos corresponderlo por medio de Jesucristo, el que lo hace en nosotros. Por eso, es tan importante la doctrina de la Santa Cena. La Santa Cena tiene que estar en el centro de nuestra doctrina, y también en el centro de nuestro Oficio. No basta con sólo oír la Palabra de Dios. Es necesario también ofrecernos a él, en Cristo, para estar en comunión con él.

El Oficio, entonces, no es completo sin la Eucaristía. Necesitamos estar realmente unidos a Dios y unos a otros en la adoración. Y esa verdadera unión con Dios y otros ocurre al participar todos del mismo Cristo en la Eucaristía. Esa comunión sólo es posible cuando hemos sido verdaderamente unidos a Jesucristo, con su cuerpo glorificado, a través de los Sacramentos. Eso es lo que ocurre en la Santa Cena. Somos realmente unidos al Cristo glorificado, que nos transmite su misma vida divina a través de su carne y su sangre humanas en la Santa Cena. Así llegamos a ser uno con Dios y con otros, y como hemos visto, ése es el mismo propósito del Oficio cristiano.

En un sentido, nos unimos a Cristo y a los demás de diversas maneras en la liturgia. Nos unimos a Cristo al adorar al Padre, al darle gracias y alabarlo, porque eso es lo que la presencia de Cristo hace en nosotros. Nos unimos a los demás cristianos en los cantos, las oraciones, y al escuchar la misma Palabra de Dios. Nos unimos a los cristianos de otros tiempos y lugares al cantar y orar con las mismas palabras que han usado ellos. Nos unimos a todos los seres celestiales en nuestra adoración de Dios. Pero todas estas formas de unirnos sólo pueden existir porque todos estamos real y verdaderamente unidos a Jesucristo, a través de los Sacramentos. La unión verdadera ocurre en los Sacramentos, en los que realmente somos unidos a Cristo, a los demás cristianos vivos, y a todos los cristianos que han vivido y vivirán, ya que todos formamos el Reino de Dios, que es el cuerpo total de Cristo.

Todas las manifestaciones de unión que tienen lugar en el Oficio sólo pueden ocurrir porque realmente somos una sola cosa con Dios y con otros por participar todos del mismo Jesucristo. Esa participación real comienza en el Bautismo, y se mantiene por la Santa Cena. La Santa Cena es la concreción de esa unión que expresamos a través de todas las partes de la liturgia. Por eso, la Eucaristía es el centro del Oficio, de la cual todo lo demás depende. Sin la Eucaristía, no podríamos unirnos ni en cantos ni en oraciones, porque no habría verdadera unión con Cristo.

Entonces, la Santa Cena tiene que ser el centro del Oficio Mayor, y es necesario que la volvamos a poner en el centro. Pero también tiene que ser el centro de nuestra vida cristiana. Desgraciadamente, no lo ha sido en el pasado. ¿Por qué debe ser el centro de nuestras vidas? Por la misma razón que Cristo tiene que ser el centro de nuestras vidas. Necesitamos que Jesucristo sea nuestro Señor. Necesitamos vivir siempre unidos a él, para estar en comunión con Dios. Si no estamos unidos con él, no podemos llegar al Padre. No tenemos acceso al Padre. No podemos ser uno con el Padre, ni formar parte de su Reino. No tenemos su vida en nosotros. Todo esto sólo puede ser realidad si vivimos unidos a Cristo y su cuerpo de carne (Col. 1:22).

Pero eso no puede ser si la Santa Cena no es el centro de nuestras vidas, como lo era siempre para los primeros cristianos. Si la Santa Cena está en el centro de nuestro vivir y pensar, viviremos unidos siempre a Cristo. Su vida será nuestra, y la nuestra será suya. Presentaremos siempre nuestras vidas a Dios, junto con Cristo. Viviremos unidos unos a otros, unidos por el mismo Jesucristo. Amaremos a los demás con amor entrañable, sacrificándonos por ellos, como Jesucristo, porque tendremos su misma vida de sacrificio en nosotros. Diremos como San Pablo: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2:20).

Ya hemos notado que así era para los primeros cristianos. Toda su vida giraba alrededor de la Santa Cena. No podían vivir sin ella. Era el centro de sus reuniones. No había otra cosa tan importante para ellos que ser uno con Cristo a través de su Cena, identificándose así con él. Vivían para

presentarse a Dios junto con Cristo, y vivir para los demás como él. Toda su vida fue un sacrificio, un vivir para Dios y para los demás, porque así era la vida de Jesucristo que llevaban todos adentro. Como Cristo era en el mundo, o sea, su vida dedicada a Dios y a los demás, así eran ellos en el mundo, como dice Juan en 1 Jn. 4:17.

Así tiene que ser con nosotros. Por eso, es muy importante que volvamos a la costumbre de celebrar la Santa Cena todos los domingos. Pero de nada valdrá eso si no reconocemos la Santa Cena como el centro del Oficio, sin el cual el Oficio queda incompleto. Ni de nada servirá que celebremos la Santa Cena todos los domingos y la reconozcamos como el centro del Oficio, si no la reconocemos también como el centro de nuestras vidas. Si nuestras vidas no tienen como centro la Santa Cena, para que nuestra vida vivida en unión con Cristo sea lo más importante para nosotros, nuestra relación con Dios nunca será lo que debe ser, aunque celebráramos la Santa Cena todos los días.

No es cuestión únicamente de volver a celebrar la Santa Cena todos los domingos. Tenemos que poner la Santa Cena, junto con el Santo Bautismo, en el centro de nuestra predicación. Predicamos, como Pablo, a Cristo crucificado. Pero predicamos a Cristo crucificado cuando celebramos la Santa Cena, porque lo que ocurre en la Santa Cena (como también en el Bautismo) es que llegamos a ser uno con el Cristo crucificado. Si no nos hacemos uno con él, ¿de qué servirá hablar de él? Si ese Cristo no vive en nosotros, presentándonos al Padre, nuestra predicación será vana. Los Sacramentos ya no pueden hacerse a un lado en la iglesia. Ya no se pueden aislar de la Palabra, como si "predicar la Palabra" y "administrar los Sacramentos" fueran dos actividades distintas, independientes la una de la otra. Ya no podemos tener sólo uno de cada 50 himnos que habla de la Santa Cena, ni 3 himnos de más de 400 en total que hablan del Bautismo. Nos urge poner los Sacramentos en el centro de la vida de la iglesia nuevamente; en el centro de la liturgia, en el centro de las oraciones, en el centro de los himnos, y en el centro de nuestra predicación. Porque lo que más tenemos que enfatizar es nuestra unión, participación, e identificación con el Cristo crucificado y glorificado.

Hemos dicho que nos urge volver a la costumbre de celebrar la Santa Cena todos los domingos. También hemos dicho que si hacemos esto, muchas personas se pueden oponer, porque no están acostumbradas. Pero si hay oposición, la hay porque los Sacramentos no están en el centro de nuestra predicación y nuestro culto. Si volvemos a poner los Sacramentos en el centro de todo lo que decimos, predicamos, y enseñamos, y les damos su importancia debida, se va a ir desapareciendo esa oposición. Al contrario, los miembros pedirán que se celebre la Santa Cena todos los domingos, porque verán que ni el Oficio ni su vida cristiana son completos sin ella. Por lo tanto, el paso a tomar no es imponer la celebración de la Eucaristía todos los domingos en las congregaciones. Más bien, el paso a tomar es poner otra vez la Santa Cena en el centro de nuestra predicación y enseñanza. Una vez hecho esto, entonces sí se podrá volver a la costumbre de celebrarla todos los domingos. Después veremos cómo se puede hacer esto.

### Las oraciones eucarísticas

Hay otra costumbre que había caído en desuso en la Iglesia Luterana en el pasado, pero que está comenzando a usarse otra vez en las últimas décadas. Es la costumbre de usar una oración eucarística. La oración eucarística se usaba desde los tiempos más antiguos. Tenemos el primer ejemplo de una oración eucarística en el Didajé (Doctrina de los doce apóstoles), escrito entre 100 y 150 d.C. Otros escritores también, como San Ignacio, San Justino,



San Hipólito, nos hablan de oraciones eucarísticas.

Como hemos visto, el término "Eucaristía" significa "acción de gracias" en griego. En el Nuevo Testamento, Jesús, al instituir la Santa Cena, tomó pan y lo "eucaristizó" (en griego), o sea, dio gracias por él. Hizo lo mismo con la copa. Por lo tanto, en griego, el pan era pan "eucaristizado," y el cáliz también. Eso sólo significaba que eran pan y vino sobre los cuales se había dado gracias.

Los primeros cristianos entendían que cuando Jesús dijo: "Haced esto en memoria de mí," no sólo estaba hablando de comer el pan y beber el vino. Cuando dijo, "Haced esto," también se estaba refiriendo a su acción de dar gracias, o decir "Eucaristía." Por eso, los primeros cristianos siempre pronunciaban una oración de acción de gracias antes de participar en la Santa Cena. Y en esta oración, siempre decían: "Eucaristoumen," lo cual significa "Damos gracias." Por eso, se llamaba "Eucaristía." Al dar gracias, estaban cumpliendo con el mandato del Señor, "Haced esto (o sea, Dad gracias) en memoria de mí."

En el principio, cada pastor decía una oración de gracias en sus propias palabras, aunque a veces repetían ciertas fórmulas y la oración seguía una secuencia más o menos fija. Por ejemplo, primero se daba gracias por la creación, luego por la promesa hecha a Abraham y los patriarcas, luego por los grandes hechos de Dios con el pueblo de Israel, y por último por haber enviado a su Único Hijo, Jesucristo. Esta oración era el trabajo muy particular del pastor (u "obispo", como se le llamaba), y el único que podía hacer esta oración era él. No se podía celebrar la Eucaristía sin esto.

Poco a poco, se fueron fijando oraciones eucarísticas más precisas, aunque siempre ha habido mucha diversidad. Pero también se fueron introduciendo ideas nuevas a estas oraciones, que hablaban, por ejemplo, de ofrecer nuevamente a Cristo, o de inmolarlo nuevamente. Cuando los reformadores se pusieron a "reformar" la liturgia, al considerar las oraciones eucarísticas, vieron que contenían muchos elementos equivocados. Al mismo tiempo, no conocían lo que nosotros conocemos acerca de la iglesia primitiva, y cómo se había usado siempre la oración eucarística en el culto. No sabían que la oración eucarística era la parte más importante de la liturgia primitiva. Por lo tanto, como se había corrompido tanto la oración eucarística, la quitaron por completo, y sólo conservaban las Palabras de Institución.

En realidad, no era necesario quitar la oración por completo. Podían haber quitado solamente las partes que contenían una teología equivocada. Eso es lo que se hizo, en parte, en la Iglesia Luterana. En realidad, la oración eucarística tiene dos partes: un prefacio, y la oración en sí. En la Iglesia Luterana, hemos conservado el Prefacio siempre. El Prefacio es la parte que dice: Es verdaderamente digno, justo, y saludable que en todo tiempo y en todos lugares te demos gracias..." (vemos nuevamente el concepto de "dar gracias). Luego, sigue el Sanctus. Esa es la parte de la oración eucarística que hemos conservado.

Pero después del Sanctus, se usaba otra oración. Esta oración era propiamente la Oración de Acción de Gracias (o "Eucaristía"). Esta oración, en primer lugar, da gracias a Dios por las obras que ha hecho. Se mencionan las cosas que ya notamos: la creación por medio del Verbo (Jesucristo), la promesa hecha a Abraham, la elección de Israel como el pueblo de Dios, la vida y muerte de Jesucristo, la venida del Espíritu Santo, etc.,

y se le da gracias a Dios por todo esto. En algunas de estas oraciones, Cristo aparece siempre como la figura central. Por ejemplo, al hablar de la creación, se menciona que todo fue creado mediante el "Verbo", o sea, el Hijo de Dios; al hablar de Abraham, se hace mención de la promesa de que "en Abraham serían benditas todas las naciones," una referencia a Cristo, según Gál. 3:14-16. Asimismo, al final de la oración eucarística, se menciona la segunda venida de Cristo y la salvación de la iglesia, y se da gracias a Dios por esto. También se incluyen peticiones para que Dios acepte el sacrificio de nuestros seres, nuestra alabanza, y a veces "el fruto de la obra de nuestras manos," que es el pan y el vino que se ponen encima del altar. Esa es la acción de gracias hecha por la iglesia en la oración eucarística. Estos son los mismos elementos de la oración eucarística que hallamos en las liturgias más antiguas que tenemos. Por supuesto, no todas las oraciones eucarísticas son iguales, pero casi todas contienen por lo menos esto que hemos mencionado.

La función de la oración eucarística es llenar de significado la Santa Cena, y en un sentido, explicar lo que estamos haciendo al comulgar. En forma de oración, explica el significado de lo que hacemos al celebrar la Santa Cena. Por ejemplo, hay frases que hablan de lo que ofrecemos a Dios: nuestro sacrificio de alabanza y de acción de gracias. Hay frases que recuerdan lo que ha hecho, hace, y hará Jesucristo, como esta por ejemplo: "Recordamos su muerte. Proclamamos su resurrección. Esperamos su venida en gloria" (Rito Anglicano). Otras peticiones dicen, por ejemplo, que le ofrecemos a Dios el pan y el vino: "Y te ofrecemos este sacrificio de alabanza y acción de gracias, Señor de todos; ofreciéndote, de tu creación, este pan y este vino" (Rito Anglicano). Otras partes explican nuestra relación con el Padre por medio de Cristo: "Por El, con El y en El, A ti, Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, sea toda honra y gloria, ahora y siempre. Amén" (Celebremos, una liturgia luterana). A veces también se pide al Espíritu Santo que llene al pueblo de Dios con su presencia. Todas estas son partes de la oración eucarística, que pueden ser usadas.

Ya hemos visto por qué se dejó de usar la oración eucarística por mucho tiempo. Sin embargo, hay algunos luteranos que todavía no aceptan completamente el uso de la oración eucarística. La razón que generalmente dan es que las Palabras de Institución deben ser dirigidas a la congregación, y no a Dios. Por eso, no deben colocarse en medio de una oración, que está dirigida a Dios.

El problema con este argumento es que las palabras de cualquier oración que hace el pastor en voz alta no sólo están dirigidas a Dios, sino también a la congregación. De otra manera, ¿por qué oraría el pastor en voz alta? Podría orar en silencio, si la oración sólo fuera para Dios. Muchas veces decimos cosas en las oraciones dirigidas a Dios que son para la congregación. Por ejemplo, en todos los Prefacios Propios, encontramos frases como éstas: "Por Jesucristo, nuestro Señor, cuyo camino aparejó Juan el Bautista, proclamándole el Mesías, el Cordero de Dios..." (Adviento); "Que en el árbol de la cruz diste salvación a la humanidad..." (Cuaresma); "Por Jesucristo, nuestro Señor, que después de su resurrección se manifestó públicamente a sus discípulos..." (Ascensión). Todas estas partes de la oración del Prefacio sólo cuentan algo a la congregación, para recordarles a los presentes de lo que Dios hizo en Jesucristo. Pues, es precisamente lo mismo con la oración eucarística. Se le cuenta al pueblo, en forma de oración, cómo instituyó Cristo la Santa Cena para recordar a todos lo que Dios ha hecho en Cristo. No hay ninguna diferencia. Tanto en un caso como en el otro se cuentan hechos del pasado en la oración, no para que los oiga Dios, sino el pueblo reunido.

En fin, la oración eucarística es algo muy hermoso, que llena de significado la Santa Cena. Le da su significado como "Eucaristía," o "acción de gracias." Al usar la oración eucarística, estamos continuando una práctica que data desde los tiempos de los apóstoles. También estamos haciendo lo que el Señor nos dijo cuando mandó: "Haced esto en memoria de mí." El "esto" a que se refería no sólo era el comer el pan y beber el vino, sino también el dar gracias a Dios antes de participar del pan y el vino. Jesús, según Mateo y Marcos, también "Bendijo," no al pan y al vino, sino a Dios que dió el pan y el vino. Por lo tanto, al usar la oración eucarística, estamos haciendo lo que nos pidió Jesucristo: primero, dar gracias; segundo, bendecir a Dios; tercero, hacer memoria de él y de todo lo que él ha hecho (desde la creación del mundo). Todas estas cosas son incluidas en la oración eucarística. Por eso, debemos volver a usar las oraciones eucarísticas en nuestras iglesias.

En la Iglesia Luterana de todas partes del mundo, se están usando nuevamente las oraciones eucarísticas. En las otras iglesias litúrgicas, como la Católica Romana, la Anglicana, y la Ortodoxa Oriental, nunca han dejado de usar estas oraciones. Existe una gran variedad de oraciones entre ellos, y muchas son muy hermosas. Ya tenemos una oración eucarística en el Culto Cristiano, en la p. 141. En la liturgia luterana "Celebremos", hay una oración eucarística más elaborada. Una obra titulada "Worship Supplement", hecha por el Sínodo de Missouri, contiene cuatro oraciones eucarísticas que se pueden usar (una de ellas es la traducción de la oración eucarística del Culto Cristiano; otra es la oración eucarística de San Hipólito). La liturgia provisional publicada por la Iglesia Luterana Americana y la Iglesia Luterana en América (las cuales forman una sola iglesia a partir de 1988) contiene dos oraciones eucarísticas. En fin, son muchos los luteranos que reconocen el valor y la importancia de la oración eucarística, y están volviendo a usarla.

En el apéndice de este libro, en las pp. 214-217, hay unas oraciones eucarísticas que contienen los elementos que ya hemos mencionado. Cualquiera de ellas podría usarse en el culto. Sin embargo, es importante siempre que la congregación sepa por qué se usa la oración eucarística, y el significado que tiene. Eso servirá para enriquecer su participación en la Eucaristía.

## X. LA LITURGIA DE LA PALABRA EN DETALLE

En este capítulo estudiaremos más a fondo la primera parte del Oficio Mayor: la Introducción (Confesión y Absolución) y la Liturgia de la Palabra. En el capítulo siguiente veremos las partes de la liturgia de la Santa Comunión. Ya hemos notado las partes que componen la liturgia del Oficio Mayor en las pp. 80-81. Si es necesario, el lector puede referirse a esas páginas.

Hay ciertas rúbricas que se siguen en el Oficio. La palabra "rúbrica" significa "rojo" en latín. Las rúbricas son las instrucciones que se dan para llevar a cabo la liturgia. Antiguamente, estas instrucciones se escribían en rojo en los libros litúrgicos, y de ahí su nombre. Aunque no mencionaremos mucho las rúbricas en las explicaciones que siguen, debemos notar brevemente algunas. En primer lugar, el pastor siempre ve hacia el altar cuando está hablando con Dios de parte del pueblo. Pero siempre que se dirige al pueblo, ve hacia la congregación. En segundo lugar, hay ciertos momentos en que la congregación debe estar sentada, otros momentos en que debe estar de pie, y a veces momentos en que puede estar de rodillas. Por lo general, cuando la gente se dirige a Dios, en oración o en alabanza, debe estar de pie. En otros momentos, cuando Dios se está dirigiendo al pueblo, el pueblo puede estar sentado. Una excepción a esto es la lección del Evangelio, cuando siempre debe estar de pie el pueblo. En los momentos de confesión y absolución, el pueblo puede arrodillarse, como muestra de arrepentimiento. Notaremos otras rúbricas cuando éstas tienen importancia.

El Oficio puede ser cantado o hablado. En realidad, lo correcto es que el pueblo deba hacer lo que hace el pastor. Si el pastor canta, el pueblo también debe cantar siempre. Si el pastor habla en lugar de cantar, el pueblo también puede hablar. En muchas congregaciones, el pastor habla la liturgia y el pueblo canta. Esto, por supuesto, es aceptable, aunque en realidad el pastor debe aprender a cantar la liturgia.

El canto de la liturgia es una práctica muy antigua. Tiene el fin de embellecer el culto, y de dar más tiempo para meditar en lo dicho. Por eso, el canto se ha conservado en la Iglesia Luterana.

### Antes del Oficio

Los que entran al templo deben permanecer reverentes. Esto no significa que no pueden saludar a otros, o hablar si es necesario. Pero todo debe hacerse con el debido respeto. Todos también deben orar en silencio al entrar, y meditar en lo que van a hacer, preparándose para el Oficio. Hay algunas oraciones en el Culto Cristiano, en la p. 142, que pueden ser usadas. El pastor y otros que participan en el Oficio pueden entrar y sentarse antes de comenzarse el Oficio, o pueden entrar en procesión durante el Himno de apertura.

### El Himno de apertura

El himno de apertura generalmente debe ser un himno dirigido a Dios, y en particular, al Espíritu Santo si es posible. Este himno tiene la finalidad de pedir la presencia de Dios en el culto, y pedirle su gracia y su ayuda. También puede ser un himno glorificando a Dios, lo cual marca el tono del culto y recuerda a la congregación la razón por la cual están todos presentes: para adorar a Dios y ofrecerse a él. Algunos no cantan el Himno de apertura aquí, sino después de la Introducción. Veremos esto y su razón más adelante.

## La Invocación

Después de terminar el himno, el pastor (o liturgista) se para delante del altar, y a una distancia de él. Cada templo es diferente, y a veces el pastor puede pararse en uno de los escalones, sin subir al nivel del altar. Si no puede hacer esto, debe mantener una buena distancia entre él y el altar. Nunca debe colocarse detrás del altar si el altar está separado de la pared. La congregación se pone de pie, y el ministro hace la Invocación: "En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo," y el pueblo responde: "Amén."

"Invocar" significa pedir la presencia de alguien, y nosotros pedimos la presencia del Dios Trino para adorarlo. Casi todas las liturgias empiezan con una Invocación. Una variante interesante, usada en la Iglesia Ortodoxa, es: "Bendito sea el reino del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén." Con esto enfatizan que así estamos entrando al Reino de Dios, para unirnos a la adoración que se está llevando a cabo en todo momento en ese Reino. Sólo mencionamos esta Invocación porque vemos en ella que se expresa más claramente lo que la congregación ha venido para hacer: adorar al Dios Trino y participar en su Reino, en la comunión íntima con él.

Esa es la razón por la cual todos están reunidos: para participar en la comunión del Reino de Dios, para estar en su presencia y "convivir" con él. Por eso, lo primero que se hace en la liturgia es decir por qué están todos reunidos, y pedirle a Dios que esté presente.

Las palabras de la Invocación vienen de Mt. 28:19: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo." Estas palabras tienen relación con el Santo Bautismo, como vemos en el contexto del pasaje. Como la Invocación es el comienzo del Oficio, el Bautismo es el comienzo de la vida cristiana. Por eso, cada cristiano, al oír la Invocación, debe meditar brevemente en dos cosas: primero, que los que están reunidos son parte del Reino de Dios, y ese Reino se está haciendo presente en ese momento. El Reino de Dios no es otra cosa que la comunión íntima entre Dios y su pueblo, como en el cielo, y están todos presentes para participar en esa comunión. En segundo lugar, cada uno de los presentes debe pensar en su Bautismo, cuando uno llega a formar parte de ese Reino de Dios. Todos los bautizados hemos sido introducidos en ese Reino, y somos parte de él por el Bautismo. Por lo tanto, hay una correlación entre la Invocación y el Bautismo.

Para recordar esto, ha existido la costumbre desde la antigüedad de colocar la pila bautismal en la entrada de la nave de la iglesia. Esto sirve para recordar a todos los que entran que han entrado a formar parte de este Reino en su Bautismo. Otras iglesias colocan la pila bautismal en el centro de la iglesia en frente, para que esté a la vista de todos. Cualquiera de estas dos prácticas es muy buena y se recomienda mucho su uso.

Otra práctica relacionada a esto es la costumbre de hacer la señal de la cruz, o persignarse, durante la Invocación. Muchos creen de forma equivocada que esa práctica no es correcta, y que es "católica." En realidad, esta práctica de persignarse es algo muy antiguo. Sabemos que ya se usaba unos cien años después de Cristo, y posiblemente desde antes. Hacer la señal de la cruz tiene que ver con el Bautismo, ya que en el Bautismo se hace la señal de la cruz sobre el bautizado durante el rito. La señal de la cruz

significa la identificación del bautizado con Cristo: ser uno con él en su muerte y resurrección (como explica San Pablo en Rom. 6:1-11). Por eso, al hacer la señal de la cruz en el bautizado, quiere decir que esa persona está identificada con Cristo, y es una con él. Ya no pertenece a Satanás, sino a Dios. Martín Lutero siempre usaba la señal de la cruz. En su Catecismo Menor, dice que todos los días al levantarse uno, debe hacer la señal de la cruz sobre sí mismo (desgraciadamente, en nuestras ediciones españolas del Catecismo Menor, esas palabras han sido omitidas, pero existen en el original).

En la Iglesia Luterana, se ha usado hacer la señal de la cruz uniendo el pulgar y los primeros dos dedos (así, tres dedos en total representan la Santa Trinidad), aunque también se puede formar una cruz con el pulgar y el dedo índice. Luego toca uno la frente, después debajo del pecho, luego el lado derecho (opuesto al corazón), y finalmente el lado izquierdo (donde está el corazón). Esto es al revés del uso de la Iglesia Católica Romana, pero igual al uso de la Iglesia Ortodoxa. ¿Por qué se hace al revés, del lado derecho primero y luego del lado izquierdo? Porque cuando uno es bautizado, el pastor hace la cruz sobre el bautizado tocando primero su lado derecho y luego su lado izquierdo.

De todas maneras, lo importante es recordar el Bautismo de uno, y que en el Bautismo uno ha sido unido a Cristo y así introducido en el Reino de Dios. Por eso se hace la señal de la cruz. Lo esencial no es la acción de hacer la señal de la cruz, sino de meditar en lo que uno está haciendo. La acción de persignación sólo sirve para reforzar el pensamiento.

Entonces, todo el pueblo debe meditar en que están constituyendo todos el Reino de Dios al invocar al Dios Trino, y que cada uno de ellos forma parte de ese Reino. El Reino de Dios está bajando a la tierra en forma de la congregación. El Dios Trino se hace presente con su pueblo. La congregación constituye una manifestación de ese Reino. Todo eso es el significado de la Invocación.

El pueblo responde diciendo: "Amén." Como hemos visto, esto significa que el pueblo está de acuerdo con lo que el pastor ha dicho. Ya hemos visto anteriormente el significado de la palabra "Amén."

### La Confesión de Pecados

Hemos visto que antes de entrar de lleno en la adoración de Dios y la comunión con él, debemos reconocer nuestro pecado e indignidad, y pedirle perdón a Dios (el lector puede repasar lo dicho en las pp. 81-83). Hemos ofendido a Dios, al desobedecerlo y negarnos a amarlo, y al negarnos a amar a otros. Por lo tanto, antes de acercarnos a él, le confesamos nuestro pecado, porque ese pecado es el obstáculo que nos impide hacer lo que hemos venido a hacer: estar en comunión con Dios y unos con otros. Necesitamos saber que él sí nos perdona y nos acepta, y que nos permite estar en comunión con él.

Por esta razón, el pastor todavía permanece a cierta distancia del altar. Esto es porque, como el pueblo, todavía no nos acercamos a Dios por nuestro pecado. La distancia entre el pastor (como representante del pueblo) y el altar representa la distancia entre Dios y nosotros por nuestro pecado. Esta acción simboliza el hecho de que no podemos acercarnos a Dios hasta que nuestro pecado sea quitado.

Hay diferentes tipos de Confesión de Pecados, y no todos siguen el orden el Culto Cristiano. En realidad, lo único que es imprescindible para la Confesión de Pecados es una oración de confesión, orada por el pueblo, y

una Absolución, en la que el pastor anuncia el perdón de los pecados. (Usamos la palabra "Absolución," aunque en realidad un anuncio del perdón de los pecados no es lo mismo que una "absolución.") Las otras cosas, como la invitación a confesar los pecados y los versículos con respuestas, no son necesarias, pero sirven para darle más significado a la Confesión de Pecados.

En el Culto Cristiano, el pastor primero invita al pueblo a Confesar sus pecados. Esto es bueno, y se hace también en otras liturgias.

Después, el Culto Cristiano tiene unos versículos con respuestas. Estas son citas del Sal. 124:8 y 32:5. Las citas sirven para explicar lo que estamos haciendo al confesar nuestros pecados. También pueden usarse otras.

En seguida sigue la Oración de Confesión. La puede comenzar el pastor, como en el Culto Cristiano, seguido por el pueblo, o toda la oración puede hacerse al unísono. La Oración de Confesión siempre está dirigida al Padre, porque es a él a quien hemos ofendido. Cada vez que lo desobedecemos, y cada vez que lastimamos a otro, en realidad estamos ofendiendo a Dios. Sin embargo, también mencionamos a Jesucristo en la Oración, ya que es por medio de él que recibimos el perdón. Él es el mediador entre Dios y nosotros, como hemos visto anteriormente, y sólo obtenemos el perdón a través de él. La Oración también debe contener una referencia al Espíritu Santo, pidiendo que Dios nos lo conceda para poder vivir una vida más santa. Esta es una parte muy importante de la Oración de Confesión. No sólo pedimos perdón, sino también le pedimos a Dios que nos ayude a cambiar y vivir como él desea. Estas dos partes son inseparables, ya que si uno de veras está arrepentido, también desea cambiar. Al mencionar las tres personas divinas, la oración es trinitaria.

Lo que confesamos en esta Oración no son únicamente pecados, en plural, sino que vivimos en el pecado. Confesamos que el pecado está arraigado en nosotros, y que constantemente está presente en nosotros. Hay que ver el pecado no tanto como una acción, sino como una fuerza, una potencia en nosotros, que nos lleva a cometer acciones malas, y que nos lleva a no hacer el bien que debemos. Por eso, siempre se menciona lo que hemos hecho, pero también "lo que hemos dejado de hacer." También se menciona que hemos pecado "en pensamiento, palabra, y obra," porque esa fuerza que es el pecado se manifiesta en todo nuestro ser.

Finalmente, la Oración pide perdón y misericordia a Dios. Nos arrojamos sobre su bondad, unidos a Cristo. Recordamos que él nos perdona, no por algo que nosotros hayamos hecho, sino gratuitamente, por medio de su Hijo. Dependemos totalmente de él, y de su misericordia. Sin él, nada podríamos hacer.

Aunque la Confesión de Pecados del Culto Cristiano es buena, tiene el defecto de no mencionar que hemos pecado también contra el prójimo. La liturgia luterana Celebremos tiene otra oración de Confesión que no sufre este defecto, y tal vez explica mejor algunos de los puntos que hemos mencionado, como el significado del pecado. Reza así:

"Bondadoso Dios, te confesamos que somos esclavos del pecado y que no podemos librarnos por nosotros mismos. Hemos pecado contra ti en pensamientos, palabras, y acciones, en lo que hemos hecho y en lo que hemos dejado de hacer. No te hemos amado de todo corazón; no hemos amado a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Por amor de tu Hijo, Jesucristo, ten piedad de nosotros. Perdónanos, renuévanos y condúcenos, a fin de que podamos alegrarnos en tu voluntad y caminar por tus sendas, para la gloria de tu Santo Nombre. Amén."

Después de la Oración de Confesión, sigue la Absolución. Aquí, el pastor anuncia a la congregación que Dios sí ha tenido misericordia de nosotros por medio de Jesucristo, y nos perdona. El perdón siempre viene por medio de Jesucristo, y como el pastor representa a Jesucristo, él es el que nos comunica el perdón.

En realidad, esta "Introducción" no es parte del Oficio propio, sino algo anterior a él. Es un rito para prepararnos para el Oficio en sí. Por eso, casi todas las liturgias modernas la separan del Oficio, porque es un rito preparatorio, y no es parte del Oficio mismo. Por eso, el pastor todavía no se acerca al altar hasta que termine la Confesión. También, por esa razón, es común que el Himno de Apertura no se cante hasta después de la Confesión. En realidad, esa práctica es más lógica y tiene más sentido. El Oficio, en realidad, empieza después de la Confesión.

Hay que notar también que el rito de la Confesión puede ser muy variable. No es como otras partes de la liturgia; como el Kirie, el Gloria in Excelsis, etc., que son partes integrales de la liturgia, y se han usado desde la antigüedad. Inclusive, se puede prescindir de la Confesión, y comenzar con el Introito, o Himno de Entrada, aunque esto no es recomendable, ya que la Confesión sí tiene valor. Sin embargo, si se usa una Confesión antes de la Santa Cena, en otra parte del Oficio, debe omitirse en este momento. Es totalmente innecesario tener dos Confesiones de Pecado.

La Confesión fue una innovación de los Reformadores. Hemos visto que en el Didajé, una obra de principios del segundo siglo, se habla de confesar los pecados antes del Oficio. Pero esta práctica cayó en desuso en las iglesias, y no se conocía la Confesión de Pecados en este momento del Oficio en ninguna liturgia tradicional. Esto también se debía a que en la Iglesia Católica Romana, todos tenían que confesarse individualmente antes del Oficio si iban a comulgar, y por lo tanto no era necesaria una Confesión pública. Sin embargo, es interesante notar que la Iglesia Católica ha seguido el ejemplo de la Iglesia Luterana y otras, al incluir una Confesión pública de pecados al principio de su misa.

Como ésta no es una parte tradicional y fija de la liturgia, está abierta a revisiones y cambios. Se pueden usar otros versículos y respuestas, por ejemplo, o citar otros pasajes de la Biblia antes de la Confesión, como 1 Jn. 1:8-10 o una parte de ese pasaje. También pueden usarse otras oraciones de Confesión, y otras Absoluciones.

#### El Introito (o Himno de Entrada)

El Oficio propio comienza con el Introito, o Himno de Entrada. La palabra "Introito" simplemente significa "entrada" o "principio," y por eso a veces se le llama "Himno de entrada." (Nota: Muchas partes del Oficio, en especial los cantos, tienen nombres en latín. Estos nombres se han seguido usando porque son abreviaturas útiles. Por ejemplo, hablamos del "Gloria Patri," que significa "Gloria al Padre." Se oiría un poco raro, tal vez, si dijéramos que vamos a "cantar el Gloria al Padre." Por eso se siguen usando los nombres en latín. Para algunos de los cantos hay substitutos: por ejemplo, el Nunc Dimittis puede llamarse "Canto de Simeón." Pero en este libro seguiremos usando los títulos en latín.)

Originalmente, el Introito era un Salmo que variaba cada domingo según el domingo particular del Año Litúrgico. Se usaba ya en el siglo V. Se cantaba siempre el Salmo al entrar el oficiante y acercarse al altar. Como



hemos visto, el "himnario" para los cristianos antiguos siempre era el Salterio (esto es, los Salmos). Por eso, se usaba un Salmo. Originalmente, se usaba un Salmo entero, pero después se usó solamente unos versículos. El Salmo se cantaba con una "antífona." La antífona es una sentencia o frase sacada del Salmo o de algún otro pasaje bíblico.

El Introito siempre se cantaba. Por esta razón, muchas de las nuevas liturgias han sustituido un canto en lugar del Introito, porque dicen que debe comenzarse el Oficio con un canto, como se usaba antiguamente. A veces, por eso, aquí se usa el Himno de Entrada, o Himno de Apertura, en lugar de usarlo al comienzo del Oficio.

Como hemos visto, antiguamente no se usaba una Confesión de Pecados antes del Oficio. Por eso, el Introito se cantaba en el momento en que el oficiante entraba en procesión al templo. Era lo primero que se hacía. El problema que tenemos ahora es que no puede entrar en procesión el oficiante en este momento, porque tiene que estar antes para dirigir la Introducción del Oficio. Por eso, representamos la entrada del oficiante de esta manera: durante la Introducción, como hemos visto, el oficiante se para a una distancia del altar. Pero, al usar el Introito, o Himno de entrada, en ese momento el oficiante se acerca al altar para el resto del oficio. De esta manera, el oficiante "entra" en ese momento.

En el Culto Cristiano, se han conservado los Introitos que se han usado desde la antigüedad. No todos los Introitos son de los Salmos; hay Introitos que son tomados del libro de Isaías, y otros que son tomados del Apocalipsis y otros libros. Cuando se deja de usar los Introitos tradicionales, desgraciadamente perdemos el uso de los cantos bíblicos en esta parte del Oficio. Es triste que los Salmos, y los otros cantos bíblicos, han caído en tanto desuso. Los primeros cristianos usaban los Salmos y los otros cantos bíblicos para todo, y siempre entendían los Salmos con un enfoque cristocéntrico. Podemos dar unos ejemplos:

El Salmo 30, que es una acción de gracias por haber sido librado de la muerte, era entendido por los primeros cristianos como una oración de gracias de Cristo, después de que el Padre lo resucitó. El Salmo 24 canta de la entrada del "Rey de gloria." San Ireneo (siglo II) escribió que este Salmo canta que "las puertas del cielo se abren ante Cristo que como hombre sube al cielo." El Salmo 57 es la oración de un afligido, que pide ser librado de sus perseguidores. Este Salmo se relacionaba con la Pasión de Cristo, según San Agustín (siglos IV y V). El Salmo 100 es una exhortación de gratitud. San Atanasio (siglo IV) dijo que en este Salmo "los redimidos cantan un canto de victoria," o sea, asociaba este Salmo con el canto de los que han sido salvados. Acerca del Salmo 98, que canta del Señor como juez vencedor, San Atanasio escribe: "Este Salmo cuenta la primera venida del Señor y la conversión de los paganos." Entonces, lo que vemos es que los primeros cristianos siempre daban un significado cristiano a los Salmos. Los Salmos influían en toda su teología y eran muy importantes en su adoración.

Un punto breve que debemos mencionar con respecto a los Salmos, es que al usarlos siempre se debe usar la palabra "Señor" en lugar de "Jehová." La palabra "Señor" se usaba en todas las traducciones antiguas, y con esa palabra identificaban al Señor Jesucristo en el Antiguo Testamento.

Muchas iglesias están regresando al uso de los Salmos en la adoración. Celebremos, por ejemplo, contiene muchos salmos con música. Hay otra parte

en el Oficio en que se pueden usar los Salmos, como veremos más tarde. Pero hay un punto muy importante que debemos tomar en cuenta. Si se usan los Salmos, debe haber una mayor explicación de su significado. Para cada Salmo, debe entenderse qué es lo que dice el Salmo. Si no, el uso de los Salmos no será muy provechoso, porque muchas veces la gente no los entiende. Es necesario que se hable más de ellos, y que se estudien más al nivel congregacional. Es bueno también dar una introducción breve al usar un Salmo.

Hemos notado que muchos han sustituido los Introitos tradicionales por Himnos de entrada. Aquí se puede cantar un himno apropiado de apertura. El uso de un Himno de entrada presenta la gran ventaja de que se puede cantar, mientras el Introito tradicional generalmente no se canta. Es bonito comenzar con un himno. Sin embargo, presenta también unas desventajas. Primero, no siempre se puede encontrar un himno apropiado que la congregación conozca para comenzar el Oficio. Segundo, los Introitos tradicionales son citas de la Biblia, mientras los himnos generalmente no lo son. Es bueno conservar el uso de las mismas Escrituras en los Oficios lo más posible. Y tercero, el uso del Gloria Patri en este momento inicial del Oficio es muy significativo, como veremos abajo, y esto se pierde con el Himno de entrada. Por lo tanto, hay ventajas y desventajas en el uso del Himno de entrada en lugar del Introito tradicional. Una posible solución al problema sería la de primero cantar el Himno de entrada, y después usar el Introito con el Gloria Patri.

¿Por qué se comienza con el Introito (o Himno de entrada)? ¿Qué función cumple? El Introito o Himno de entrada al principio del Oficio propio sirve para introducir el tema del día, y también crear el ambiente apropiado. Marca el tono y el espíritu del Oficio ese día. Dice por qué estamos reunidos, y cuál es el enfoque del día.

Podemos dar unos ejemplos. Durante el Adviento, recordamos la gloriosa segunda venida del Señor, y el gozo del cielo que nos espera. Por eso, el Introito del Segundo Domingo de Adviento empieza: "Hija de Sion, he aquí que viene tu Salvador. El Señor hará oír su potente voz; y vosotros tendréis alegría en el corazón." Así expresa el Introito el tema de gozo y recuerda la segunda venida del Señor, usando palabras bíblicas. En Cuaresma, recordamos nuestro pecado y la misericordia del Señor. Los Introitos para los Domingos de Cuaresma hablan de la misericordia de Dios y nuestra dependencia de él. Son peticiones a Dios por misericordia, recordándonos nuestra situación de pecado. Los Domingos de Pascua (son siete) son los de mayor celebración del Año Litúrgico. Por eso, los Introitos para esos domingos son alegres, llenos de gritos de victoria y gozo, y todos llevan el grito pascual de "¡Aleluya!"

Los Introitos tradicionales sirven muy bien para marcar el tono y el espíritu del día. Crean desde el principio el ambiente apropiado: de anticipación, de gozo, de arrepentimiento, etc. Y todo esto lo hacen usando palabras bíblicas. Por eso, los Introitos cumplen con una función muy particular en el Oficio, al crear el ambiente apropiado para el resto del Oficio ese día. Por supuesto, un himno bien escogido cantado como Himno de entrada también puede marcar el tono y el espíritu del día muy bien, también.

Después de los Introitos tradicionales, siempre se canta el Gloria Patri. Ha sido una costumbre de la Iglesia siempre usar el Gloria Patri después de un Salmo o un canto del Antiguo Testamento. Esto, en un sentido, hace que un canto del Antiguo Testamento sea también un canto del Nuevo Testamento. También, es hermoso comenzar el Oficio cantando Gloria al Dios Trino. Eso nos indica por qué hemos llegado al Oficio, y desde el principio glorificamos a Dios.

Cabe notar aquí que cada Oficio debe tener su tema. Este tema se relaciona principalmente con la época del Año Litúrgico (Adviento, Navidad, etc.). Todas las partes variables del Oficio, como el Introito (o Himno de entrada), la Colecta del Día, el Gradual (o Verso del Día), las lecturas bíblicas y en especial los himnos y el Sermón, deben relacionarse con el tema. Las partes de la liturgia que están en el himnario ya están relacionadas entre sí en teoría: el Introito y el Gradual (si éstos se usan en su forma tradicional), la Colecta del Día, y las lecturas bíblicas. Pero falta que el pastor y los demás que organicen el Oficio relacionen las otras partes del Oficio con el tema del día. También la Oración General debe relacionarse con el tema. En realidad, el tema es el que ocurre en las lecturas bíblicas, y en especial en el Evangelio del Día. Las lecciones del día son la parte principal de la liturgia de la Palabra (en particular, el Evangelio del Día), y todo lo que hay en la liturgia debe relacionarse con el tema de las lecciones.

Si se va a usar un Himno de entrada en lugar del Introito tradicional, este himno debe relacionarse también con el tema del día. Si es una época de gozo, como Navidad o Pascua, el himno debe reflejar ese gozo y hablar de la razón por el gozo. Si es una época de reflexión como Cuaresma, el Himno de entrada debe reflejar eso. Y siempre se debe escoger este Himno con cuidado. No se debe cantar aquí un himno particular sólo "porque nos gusta cantar ese himno," o "porque hace mucho que no lo cantamos." El himno escogido aquí tiene que servir para cumplir la función del Himno de entrada, de introducir el tema del día y marcar el tono y el espíritu del Oficio. Si se usa un Himno de entrada en lugar del Introito, no se canta el Gloria Patri.

Aparte de su función de crear el ambiente apropiado para el Oficio, según el tema del día, y de anunciar a la congregación el espíritu apropiado para ese día, el Introito (o Himno de entrada) cumple otra función. Durante el Introito (o Himno de entrada), el pastor se acerca al altar, y ocupa su lugar, lo cual no ha hecho hasta ese momento, pues la Confesión y Absolución se hacen estando el pastor a una distancia del altar. Y el pastor, que representa a todo el pueblo presente, al acercarse al altar, representa la entrada del pueblo a la intimidad con Dios. Una vez confesados y perdonados los pecados, el pueblo, junto con el pastor, puede "acercarse a Dios" y hacer lo que han venido a hacer: interactuar con Dios. El Introito, por lo tanto, es el principio de esa interacción con Dios. Entramos a su presencia para alabarlo, darle gracias, pedirle misericordia, etc., según la época del Año Litúrgico y el tema del día.

Como hemos mencionado, el Gloria Patri que el pueblo canta después del Introito tradicional también simboliza la entrada del pueblo a la intimidad de Dios. Reconocemos que estamos entrando al Reino del Dios Trino. Y como dice la segunda parte del Gloria Patri, nos unimos a la adoración de ese Dios Trino que se lleva a cabo "al principio, ahora, y por los siglos de los siglos." Nos hacemos parte de ese Reino que no tiene fin en la adoración. Tomamos nuestro lugar en esa adoración eterna del Reino. Nuestro canto se une al canto de todos los cristianos de todos los tiempos y de todos los lugares, en el cielo y en la tierra, y en un sentido, nos salimos del momento presente para entrar en la eternidad, donde no hay tiempo, y donde la adoración de Dios continúa para siempre.

Entonces, cada pastor junto con su congregación debe decidir si usarán un Introito tradicional, un Himno de entrada, o las dos cosas.

## El Saludo Apostólico

En muchas liturgias, tanto luteranas como de otras iglesias, se usa el Saludo Apostólico después del Himno de entrada. El Saludo Apostólico consiste en las palabras de San Pablo en 2 Co. 13:14: "La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros (o ustedes)." Luego el pueblo responde: "Y con tu espíritu." Esta salutación es como una bendición al comenzar el Oficio. El pastor pide que el Dios Trino esté presente con todos los asistentes durante el Oficio, y el pueblo pide lo mismo para el pastor.

También es una explicación de lo que se va a hacer. Durante el Oficio, todos van a ser objeto de la gracia de Jesucristo, del amor del Padre, y se van a unir con Dios y unos con otros en la comunión del Espíritu Santo. Eso es lo que desea el pastor para la congregación, y la congregación para el pastor.

## El Kirie

Una vez que el pueblo ha entrado en la intimidad con Dios, y lo ha glorificado en el Introito y el Gloria Patri (o Himno de entrada), lo primero que hace el pueblo es someterse a Dios para pedirle su favor. Esto es lo que hace en el Kirie. "Kirie" es una palabra griega que significa "Señor." En la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, leemos las palabras: "Señor, ten piedad de nosotros" (ver, por ejemplo, Sal. 9:13, 41:4, y 123:3, Mt. 9:27, 15:22, 20:30 y 31, etc.). En griego, esto se dice "Kirie eleison." Esta petición se usaba desde tiempos muy antiguos en el Oriente, y fue introducida en el Occidente a fines del siglo V. A fines del siglo VI, se empezó a decir también: "Christe eleison," o "Cristo, ten piedad de nosotros." A veces se decía "Kirie eleison" tres veces, luego "Christe eleison" tres veces, y finalmente "Kirie eleison" tres veces. Esta práctica fue común en Roma y en el Occidente.

En algunas iglesias, y en especial en el Oriente, se usaba la frase "Kirie eleison" después de cada petición de una oración. El oficiante decía alguna petición, y el pueblo respondía "Kirie eleison" después de la petición. Esto se está usando nuevamente en la Iglesia Luterana. Por ejemplo, en la liturgia Celebremos, dice: Pastor: En paz, oremos al Señor. Pueblo: Ten piedad, Señor. Pastor: Por la paz que procede de lo alto y por nuestra salvación, oremos al Señor. Pueblo: Ten piedad, Señor. Y así siguen otras peticiones por la paz y el bienestar del mundo y de la Iglesia, y por los presentes. Esto también se encuentra en el Culto Cristiano en las pp. 137-139. Todos estas peticiones son muy antiguas. Se encuentran en la liturgia griega de San Juan Crisóstomo que usa la Iglesia Ortodoxa, junto con muchas otras peticiones (por los obispos, el país, las autoridades seculares, los que viajan, y en fin, por casi todo). Esa liturgia fue escrita en el siglo IV, así que es muy antigua.

Es bueno usar estas oraciones con el Kirie. Pero aunque se use el Kirie sencillo sin las peticiones, es necesario entender bien lo que estamos haciendo. En primer lugar, lo que se está pidiendo en el Kirie al decir "Señor, ten piedad de nosotros," no es el perdón de los pecados. Eso ya se hizo en la Confesión. Más bien, lo que se pide es la salvación y la transformación de todos los presentes, de la Iglesia, y del mundo entero.

En otras palabras, el Kirie está casi al principio del Oficio. ¿A qué hemos venido? Hemos venido para ser transformados, uniéndonos más a Cristo.

El Kirie está dirigido a Cristo ("Señor" en el contexto del Kirie, se refiere a Cristo, y no al Padre). Hemos visto que el propósito de la liturgia es de unirnos más a Dios y a los demás. Y esto sólo puede ocurrir por medio de Jesucristo. Sólo si estamos unidos a Cristo podemos unirnos a Dios y unos a otros. No hay otra manera de hacerlo.

Hemos visto anteriormente que queremos llegar al Padre: Pero esto sólo se hace por medio de Cristo. Asimismo, queremos unirnos a los demás cristianos. Esto también sólo se hace por medio de Cristo. Queremos, más que nada, llenarnos de Cristo, para unirnos al Padre y unos a otros. Por eso, al comenzar el Oficio, una de las primeras cosas que hacemos es dirigirnos a Cristo. Al pedirle, "Señor, ten piedad de nosotros," le estamos pidiendo que venga a nosotros, y que nos transforme. Queremos que él nos convierta en "verdaderos adoradores" del Padre, en una comunidad llena de su presencia. Queremos irnos pareciendo a él, convirtiéndonos en su imagen perfecta, para poder ser uno con el Padre y con los demás. Por eso, comenzamos dirigiéndonos a Cristo.

Sin embargo, todo esto lo queremos no sólo para nosotros. Lo queremos para toda la Iglesia, y también para todo el mundo. Por eso, no sólo pedimos por nosotros los presentes. También pedimos por la Iglesia en todas partes del mundo. Y también pedimos por el mundo entero. El "nosotros" en el Kirie no se refiere sólo a los presentes. Se refiere también a todos los cristianos, y a todo el mundo.

Al querer unirnos más a Dios y a los demás en el Oficio, lo que queremos es que la comunión celestial se haga presente entre nosotros. Esa comunión celestial es algo entre Dios y nosotros, y entre nosotros mismos. Queremos que baje el mismo cielo en forma de esa comunión, para que el Reino de Dios se haga presente. Pero no sólo queremos llenarnos a nosotros mismos de la vida celestial. Queremos que toda la Iglesia sea transformada en el cielo. Y queremos que todo el mundo también llegue a formar parte de esa comunión celestial. Queremos que todo lo que hay en la tierra se convierta en el cielo, en la comunión con Dios, transformar lo terrenal en lo celestial.

Por eso, después de haber comenzado el Oficio, nos dirigimos a Cristo, pidiéndole que tenga piedad de nosotros. Al pedirle piedad, le estamos pidiendo que venga a nosotros, que nos transforme, que nos cambie, que nos acompañe, que nos bendiga; y no sólo a nosotros los presentes, sino a todos. Queremos nosotros ser transformados, pero al mismo tiempo queremos transformar al mundo entero por medio de nosotros los cristianos. Todo esto sólo puede ocurrir si Cristo tiene piedad de nosotros, o sea, que nos ayude y venga a nosotros. Dependemos totalmente de él; esto no lo podemos hacer nosotros mismos. Lo primero que necesitamos es que él esté en nosotros, y nosotros en él. Queremos que eso ocurra en el Oficio, y también a través de toda la vida.

Esta oración del Kirie es tan sencilla, pero tan profunda a la vez. Muchos de los grandes maestros de la oración a través de los siglos han preferido esta oración sobre todas las demás (excepto, tal vez, el Padrenuestro), y recomiendan que se repita en todo tiempo y en todo lugar. Por medio de ella queremos estrechar nuestra relación con Cristo, y abrirnos a él para que él viva en nosotros y nos transforme, y así que viva también en todo el mundo y lo transforme. Por eso, el Kirie ocupa este lugar en el Oficio.

## El Gloria in Excelsis

Después de pedirle a Cristo que esté con nosotros y nos ayude, nos ponemos a glorificar a Dios el Padre. Hemos visto anteriormente que el fin y la meta de nuestra adoración es el Padre. Pero sólo podemos llegar al Padre por medio de Cristo; no hay otra manera. En el Kirie ya pedimos a Cristo que nos ayude, para poder llegar al Padre. Y ahora, ya unidos a Cristo, nos ponemos a hacer lo que hemos venido a hacer: adorar al Padre por medio de Cristo. Eso es lo que hacemos en el Gloria in Excelsis, lo cual significa en latín "Gloria en las alturas."

El Gloria in Excelsis es un canto que surgió en la iglesia cristiana en los primeros siglos. Ya existía en el siglo IV, y posiblemente antes. Originalmente se cantaba en los oficios matutinos de la Iglesia Oriental. Después fue incorporado al Oficio Romano. Es, de veras, uno de los cantos más preciosos que tenemos en la iglesia.

Podemos dividir el Gloria in Excelsis en tres partes. La primera parte está dirigida al Padre. Empezamos con el canto de los ángeles cuando nació Jesucristo: "Gloria a Dios en las alturas, en la tierra paz, y a los hombres buena voluntad" (ver Luc. 2:14). Después siguen las alabanzas: "Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu excelsa gloria, ¡oh, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso!"

Lo que expresamos en esta primera parte es simplemente nuestro amor por Dios el Padre. Al glorificarlo y alabarlo en esas palabras, estamos comunicándole que lo amamos y deseamos ser uno con él. Queremos llegar a él. No queremos otra cosa que vivir en comunión con él. El es la meta y el fin de nuestra adoración y de nuestras vidas. Entonces, esta primera parte del Gloria in Excelsis fija la meta a donde queremos llegar: al Padre.

Después de haber pedido a Cristo en el Kirie que se una con nosotros para llevarnos al Padre, ahora unidos a Cristo nos presentamos al Padre para adorarlo. Somos suyos, sus hijos, y expresamos nuestro amor y nuestra gratitud por lo que ha hecho por nosotros. En fin, en esta primera parte, le decimos al Padre: "Te amamos y te deseamos. Queremos llegar a ti. Tú eres el fin de nuestra existencia. Existimos para alabarte, bendecirte, adorarte, glorificarte, y darte gracias. Queremos ser uno contigo."

La segunda parte del Gloria in Excelsis está dirigida a Jesucristo. En primer lugar, reconocemos a Cristo como el Hijo del Padre, el Unigénito, que también es Señor: "¡Oh Señor, Hijo unigénito, Jesucristo; oh Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre!" Reconocemos eso porque sólo podemos llegar al Padre por medio del Hijo, porque es el Hijo del Padre. Tiene una relación especial con él. Cristo mismo es Dios; por eso, él nos puede unir con Dios. Si no fuera Dios, e Hijo del Padre, no nos podría llevar al Padre.

Después de haberle dicho al Padre que lo deseamos y queremos ir hacia él, ahora nos dirigimos al único que nos puede llevar a él: Cristo, su único Hijo. Le decimos: "Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros. Tú que quitas el pecado del mundo, oye nuestra oración." Hay que notar que no se habla aquí de perdonar los pecados, lo cual ya hemos hecho en la Confesión. Más bien se habla de "quitar el pecado." Acabamos de decir que queremos llegar al Padre. Queremos ser uno con él. Pero hay un impedimento para ser uno con Dios: nuestro pecado. Si no fuera por nuestro pecado, podríamos ser uno con Dios. Entonces, como queremos ser uno con Dios, pero nos lo impide el pecado que está arraigado en nosotros, pedimos a Cristo que nos quite

ese pecado de nosotros, o sea, que nos limpie, perfeccione, y transforme, para que el pecado en nosotros se vaya desapareciendo. Sólo así podemos ser uno con el Padre, lo cual deseamos de todo corazón. Por eso, le pedimos a Cristo, que tiene el poder de perfeccionarnos y vencer el pecado en nosotros, que tenga piedad de nosotros y nos oiga. Pedimos a Cristo que él nos lleve al Padre, porque solos no podemos por nuestro pecado. Queremos que Cristo destruya el pecado en nosotros que nos impide llegar al Padre.

También decimos: "Tú que estás sentado a la diestra de Dios Padre, ten piedad de nosotros." Aquí recordamos que Cristo es uno con el Padre. Es él que nos ayuda a llegar al Padre. Queremos llegar a ser uno con él, como Cristo es uno con él. Cristo ya está en la relación perfecta con su Padre, sentado a su diestra. Y le pedimos que nos ayude a llegar ahí donde está él: con el Padre (ver Jn. 17:24). Al ser uno con Cristo, alcanzamos nuestra meta de ser uno con el Padre.

La tercera parte del Gloria in Excelsis dice: "Porque Tú solo eres santo, Tú solo eres el Señor; Tú solo, oh Cristo, con el Espíritu Santo, eres altísimo en la gloria de Dios Padre. Amén." Al enfatizar que Cristo es el único santo, el único Señor, etc., estamos reconociendo que él es el único que nos puede hacer santos, como él y como su Padre. El es el Señor que tiene el poder para hacer todo. También se menciona al Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el que nos une con Cristo, para poder ser uno con él. Reconocemos, en fin, que sólo Cristo, junto con el Espíritu Santo, tiene la gloria del Padre. Y si nosotros queremos participar de esa gloria, necesitamos que Cristo venga a nosotros por medio de su Espíritu Santo.

Ese es el significado, entonces, del Gloria in Excelsis. Es un canto en el que, en primer lugar, le decimos al Padre que lo amamos y lo deseamos y queremos ser uno con él; y en segundo lugar, le pedimos a Cristo que nos ayude a ser uno con el Padre, ya que solamente él, junto con el Espíritu Santo, puede hacerlo.

Al principio del Gloria in Excelsis, generalmente, el pastor comienza, y después el resto del pueblo sigue. Esto refleja el papel del pastor como el que dirige al pueblo en su movimiento hacia Dios. El es el que presenta al pueblo a Dios, y por eso él empieza el canto. A veces se omite el Gloria in Excelsis durante la Cuaresma, aunque esto no es necesario. Antes se hacía más, porque consideraban que un canto tan alegre y glorioso no tenía lugar en la época más seria de Cuaresma. Pero es recomendable no omitir el Gloria in Excelsis en la Cuaresma.

En algunas liturgias luteranas nuevas, se está usando otro canto de gloria llamado "Digno es Cristo." Este canto también es un canto muy hermoso. Es de composición moderna, pero está basada mayormente en cantos del Libro del Apocalipsis. También habla del fin y la meta de la iglesia: llegar a ser uno con Dios por medio de Cristo, y glorificar y alabar tanto a Cristo como a su Padre.

### La Salutación

Después del Gloria in Excelsis, que relaciona a todos con Dios, y antes de la Colecta, se dice la Salutación. El pastor dice: "El Señor sea con vosotros," y el pueblo responde: "Y con tu espíritu." Esta es una forma muy antigua de salutación. Se usa en la Biblia (Rut 2:4, Luc. 1:28), y se usaba desde los primeros siglos de la iglesia.

La salutación está íntimamente relacionada con la Colecta (u Oración) del día que le sigue. En la Colecta, el pastor va a orar por el pueblo. Por eso, antes de esa oración, el pastor y el pueblo expresan su unión con el Señor, y uno con el otro. Todos están unidos en el mismo Señor. El Señor está con unos y con otros, o sea, con todos. Por eso, pueden unirse todos en oración, porque la oración va a ser de todos. La salutación, entonces, es una expresión de unión en el Señor. El pastor, que va a orar por el pueblo, pide que el Señor sea con ellos--por eso, va a orar por ellos. Igualmente, el pueblo desea que el Señor esté con el pastor, ya que él va a orar por ellos. Así se dirigen a Dios en la Colecta como un pueblo unido, con una sola voz y un solo corazón.

#### La Colecta del Día (u Oración del Día)

La colecta es una forma de oración muy antigua. Hay muchas colectas que se usan en la iglesia. Pero la Colecta del Día es especial, porque cambia según el Domingo del Año Litúrgico.

Las colectas se han usado desde aproximadamente el siglo V, en la forma que las tenemos. Generalmente, en una colecta, se dirige a Dios el Padre, aunque no siempre. En segundo lugar, a veces hay un "motivo" o una frase que trae a la mente lo que Dios ha hecho, o uno de sus atributos, etc. Esta parte no siempre ocurre en cada colecta. En tercer lugar, viene una petición. En cuarto lugar, a veces ocurre un propósito: para qué se pide lo que se ha pedido. Y finalmente, hay una terminación de la colecta, la cual generalmente es una doxología (una doxología es una adoración de Dios en forma trinitaria). La segunda y la cuarta parte no siempre ocurren, pero las otras partes siempre ocurren. Podemos ver unos ejemplos de colectas (los números indican las partes de la colecta, según las cinco partes que acabamos de mencionar):

Colecta para Nochebuena: "(1) Oh Dios, (2) que has hecho que esta santísima noche brille con el resplandor de la verdadera luz: (3) Concede, te suplicamos, que como hemos conocido en la tierra los misterios de esa luz, así tengamos en el cielo la plenitud de sus goces: (5) por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, siempre un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén. (Nótese que no hay una cuarta parte, el propósito de la petición.)

Colecta para el Quinto Domingo de Cuaresma: "Suplicámoste, (1) todopoderoso Dios, (3) que mires misericordiosamente a los que en Tí creen, (4) para que por tu gran bondad sean siempre bien dirigidos y preservados en cuerpo y alma; (5) por Jesucristo, tu Hijo, .... (Nótese que no hay una segunda parte, el motivo de la oración.)

Colecta para el Tercer Domingo después de Trinidad (o Cuarto Domingo después de Pentecostés): " (1) Oh Dios, (2) defensor de los que esperan en Tí, sin cuya ayuda nadie es fuerte, nadie es santo: (3) Acrecienta y multiplica tu misericordia para con nosotros, (4) a fin de que, dirigidos por Tí, pasemos de tal modo por las cosas temporales que no perdamos finalmente las eternas; (5) por Jesucristo, tu Hijo, .... (Aquí sí aparecen las cinco partes.)

¿Cuál es el fin de la Colecta del Día? La Colecta es, más que nada, una petición. Y lo que pedimos a Dios en la Colecta es que nos ayude, que nos cambie, que nos fortalezca, o que nos transforme. Pedimos por nosotros, que él nos ayude de alguna manera específica. ¿Por qué? Porque queremos ser uno con él. Eso, en realidad, es lo que pedimos en todas las Colectas: que



nos ayude para ser uno con él. Y, como decimos al final de la oración, le pedimos que nos ayude por medio de su Hijo Jesucristo; también lo glorificamos al final de la oración, recordando que él es el fin y la meta de nuestra vida y nuestra adoración.

La Colecta del Día también se relaciona con el tema del día. La idea central de la Colecta generalmente es la idea central de las lecciones bíblicas y de la época del Año Litúrgico de un domingo determinado. Por eso, está íntimamente ligada con las lecciones bíblicas que siguen inmediatamente después.

Las Colectas que tenemos generalmente son muy antiguas, a veces usadas desde el siglo V. Son oraciones preciosísimas, que comunican un pensamiento muy profundo con pocas palabras. Algunas de las Colectas más recientes no son de la misma calidad de las más antiguas. Contienen, por ejemplo, más de una petición, lo que no es correcto en una Colecta, y son más largas. Una Colecta debe ser breve, y decir en pocas palabras la petición, junto con el motivo de la petición y su propósito. Por eso, se deben conservar estas Colectas antiguas, y posiblemente sólo modernizar un poco su lenguaje. No debemos perder estas oraciones tan hermosas que han sido usadas por muchos siglos.

Con la Colecta del Día termina la primera parte de la liturgia de la Palabra. En toda esta primera parte, el pueblo se prepara para recibir a Dios en su Palabra; o más bien, para recibir la Palabra (el Verbo) de Dios, que es Jesucristo. Ya se le ha pedido a Cristo que nos venga a transformar en el Kirie. Hemos expresado en el Gloria in Excelsis que queremos llegar al Padre para ser uno con él, y hemos pedido a Cristo que nos ayude para llegar a ser uno con el Padre. Y en la Colecta, hemos pedido algo muy en particular, para que todos seamos transformados por Dios. De esta manera, ya estamos preparados para recibir la Palabra de Dios y ser transformados por esa Palabra. Le hemos expresado nuestro deseo de que venga a nosotros, y ahora en su Palabra eso es lo que va a hacer: venir a nosotros para transformarnos, limpiarnos, cambiarnos, perfeccionarnos, y unirnos con él y unos con otros por medio de esa Palabra (o Verbo), Jesucristo.

Algunas congregaciones cantan un himno después de la Colecta. Esto es opcional. El himno serviría para preparar más al pueblo para la recepción de la Palabra de Dios. Por lo tanto, cualquier himno que se cante después de la Colecta debe servir para eso. Debe relacionarse con la Palabra y con la recepción de esa Palabra por el pueblo para ser transformado por ella.

### Las lecciones del día

Las lecciones bíblicas siempre se han usado en la iglesia cristiana. Siempre se han leído porciones de la Biblia, como notamos en el capítulo II cuando leímos la descripción que San Justino hace del Oficio de aquel entonces. Esta es la parte más importante de la liturgia de la Palabra, porque Dios viene a nosotros para hablarnos. Las lecciones también tienen que ver con la época del Año Litúrgico en que nos encontramos. Siempre se debe notar esa relación.

Primero, se lee la Primera Lección, que generalmente es del Antiguo Testamento. Por eso, a veces se llama la lección del Antiguo Testamento, aunque hay veces en que no es del Antiguo Testamento. El Antiguo Testamento es una anticipación de Jesucristo. Habla de lo que Dios ha hecho para nuestra

salvación, y lo que iba a hacer en Cristo. Cristo es el cumplimiento del Antiguo Testamento. Por lo tanto, siempre se debe notar la relación, directa o indirecta, entre la lección del Antiguo Testamento y Cristo.

Una práctica muy buena es la de dar una breve introducción a la lección del Antiguo Testamento. Se puede explicar el transfondo de la lección del Antiguo Testamento, y su relación con las otras lecciones. Esto ayudará muchísimo a los miembros presentes a entender la lección y su significado, ya que muchas veces es difícil que entiendan esto. Esta práctica de dar una introducción es útil también para las otras lecciones, en especial la Epístola; muchas veces no es necesario para el Evangelio del Día. Pero como el Antiguo Testamento es más difícil de entender e interpretar, es bueno dar una introducción breve antes de leer la lección, explicando la situación del autor, a quién hablaba, de qué hablaba, el transfondo, y la situación que ocasionó el mensaje.

Después de la Primera Lección es el momento apropiado para leer un Salmo. Ya hemos hablado del uso de los Salmos al discutir el Introito. En los leccionarios más modernos, también se indica un Salmo para cada domingo.

Hay varias maneras de usar los Salmos. Se pueden leer o cantar al unísono. También se pueden leer de forma responsiva: el pastor lee la primera parte del versículo, y la congregación lee la segunda parte. Otra forma es usando una Antífona. La Antífona es una frase generalmente sacada del mismo Salmo, que se repite en determinados momentos. Se empieza con la Antífona, y también se termina con la Antífona. También se pueden indicar momentos en el Salmo en que se puede decir la Antífona. Cuando se usa una Antífona, generalmente el pastor (o un coro, si se canta) reza el texto del Salmo, y la congregación dice o canta la Antífona, aunque también se puede hacer todo al unísono. Como siempre, después de cada Salmo se dice el Gloria Patri, para enfatizar que este canto del Antiguo Testamento ahora es también del Nuevo Testamento. Si se usa una Antífona, ésta debe repetirse una vez más después del Gloria Patri.

En seguida se lee la Segunda Lección, o Epístola del Día. Esta lección también habla siempre de Cristo. La lección del Antiguo Testamento representa a los profetas, que profetizaron con respecto al Cristo. La lección de la Epístola representa a los apóstoles, que predicaron a Cristo. Estos son los dos grupos que nos presentan a Cristo, y son el fundamento de la Iglesia (ver Ef. 2:20).

Durante los domingos ordinarios (cuando el color litúrgico es verde), la Segunda Lección no estará relacionada completamente con las otras dos lecciones, si se sigue el leccionario de tres años. Veremos por qué en el capítulo XIII, al considerar las reformas hechas en el Año Litúrgico.

Después de esas dos lecciones (y posiblemente el Salmo), sigue la lección principal. La congregación se pone de pie como señal de respeto para la lectura del Santo Evangelio del día, ya que el Evangelio nos presenta a Cristo. El Antiguo Testamento y las Epístolas nos hablan acerca de Cristo; pero el Evangelio nos presenta a Cristo mismo, sus palabras y hechos. Por eso se considera la lectura del Evangelio del día como algo muy especial.

Antiguamente, el coro cantaba un canto llamado el "Gradual" antes de la lectura del Evangelio. Este gradual cambiaba todos los domingos. Era casi siempre una porción de un Salmo, como el Introito. Esta práctica ha

existido desde las reuniones que se celebraban en las sinagogas. Servía para proveer de una pausa antes de la lección principal. También tenía la función de dar una interpretación de la lección, ya que se relacionaba también con el tema del día.

El Gradual se ha dejado de usar en los últimos años, y en la mayoría de las nuevas liturgias, no aparece. Este se debe a que, como el Introito, debería cantarse, pero generalmente no se canta. En algunas nuevas liturgias, se puede usar el Gradual en el lugar del Salmo antes de la Epístola. Muchas nuevas liturgias luteranas ahora incluyen un "verso" antes del canto del Aleluya. Este verso es un texto bíblico. Hay versos fijos que no cambian de un domingo a otro, y también hay versos que sí cambian todos los domingos, según el tema del día. Pero aún los versos fijos son citas bíblicas. Generalmente, cuando hay versos fijos que no varían de un domingo a otro, de todas maneras hay un verso especial para la época de Cuaresma.

El Aleluya puede estar incorporado al verso o seguir después de él. "Aleluya" es una palabra hebrea que significa "Alabad a Yavé" o "al Señor." Es una expresión de gozo y alegría. Por eso, se omite durante la Cuaresma, porque la palabra "Aleluya" está relacionada con la resurrección del Señor en la iglesia cristiana. Al mismo tiempo, esa palabra se emplea más frecuentemente, en los himnos y cantos del tiempo de Pascua. Es opcional usar el Aleluya solo, sin Gradual o verso.

Después, se anuncia la lección del Santo Evangelio. El pueblo responde diciendo (o cantando): "Gloria sea a Ti, oh Señor." En la lección del Evangelio, el Señor Jesucristo viene a su pueblo. Por eso, el pueblo lo recibe cantándole Gloria. Es una expresión de la alegría del pueblo que va a recibir a su Señor en su Palabra. Esto es una práctica tomada de la Iglesia Oriental, en la que la lectura del Evangelio del Día es muy solemne. Como estas palabras están dirigidas a Cristo, estamos reconociendo que él mismo está presente en su Palabra.

Generalmente, se permite que los laicos lean las lecciones del Antiguo Testamento y de la Epístola, pero la lectura del Santo Evangelio la hace el pastor. Esto se debe a que el pastor, como hemos visto anteriormente, representa a Cristo en el Oficio de una manera especial. El es el encargado de presentar a Dios al pueblo. Mientras en el Antiguo Testamento los profetas hablan, y en la Epístola los apóstoles hablan, en el Evangelio es Cristo el que habla. También, este es el punto más importante de la liturgia de la Palabra, y por eso tiene sus versículos antes y después. Como es la parte central, debe ser leída por el pastor.

Después de la lectura del Evangelio del Día, el pueblo responde diciendo: "Alabanza sea a Ti, oh Cristo." Otra vez, ésta es la reacción del pueblo ante la venida de Cristo en el Santo Evangelio. Cristo mismo se les ha hecho presente, para hablar con ellos, y así reaccionan a esa venida.

La lectura del Evangelio es el punto más importante en la liturgia de la Palabra. Por eso se trata con tanto respeto. Todo lo demás gira alrededor de la lección del Evangelio y depende de ella. Todo lo que ocurre antes, el Introito, el Kirie, el Gloria in Excelsis, y la Colecta, es una preparación para la lectura del Evangelio del Día. Como hemos visto, el pueblo se prepara para recibir a Cristo, que viene a ellos en su Palabra. El Introito y la Colecta del Día se relacionan con el Evangelio del Día en su contenido, ya que hablan de lo mismo que el Evangelio. Las otras lecciones, del Antiguo

Testamento y de las Epístolas, también tienen que ver con el Evangelio (con la excepción de la Epístola del Día en tiempo ordinario). Su función es de explicar, ilustrar, e interpretar la lección del Evangelio. Igualmente, lo que viene después del Evangelio (el Credo, el Himno del día, y el Sermón) es una respuesta y una explicación de la lección del Evangelio. Por eso, el Evangelio del Día es el centro de la liturgia de la Palabra. Todo gira alrededor de él. Todo lo demás es una preparación, una explicación, o una respuesta a la lectura del Evangelio del Día.

### El Credo

El Credo fue introducido en el Oficio en el siglo IV. Hay dos Credos, en realidad, el Credo Apostólico y el Credo Niceno. (Hay otro Credo, el Credo de Atanasio, pero éste generalmente no se usa en el Oficio.) El Credo Apostólico es un Credo bautismal. Era la profesión de fe que decían los bautizados el día de su bautismo. El Credo Niceno fue escrito para contrarrestar la herejía de los arrianos (ya hemos visto esta herejía en la p. 106). Durante el conflicto con los arrianos, se introdujo el Credo Niceno en los Oficios.

Antiguamente, no se usaba el Credo en el Oficio, y generalmente no se considera como una parte esencial del Oficio. En algunas liturgias, se usaba después de la Oración Eucarística, mientras otras veces se decía inmediatamente antes de la Oración Eucarística. En la liturgia de San Juan Crisóstomo, se usa después de la Oración General. Sin embargo, en casi todas las liturgias occidentales, el Credo se emplea después del Sermón. La mayoría de las liturgias luteranas nuevas la colocan después del Sermón. Esa también es la costumbre en la Iglesia Católica Romana y en la Iglesia Anglicana, y sería recomendable que todos volviéramos a esta práctica.

¿Cuál es el significado del Credo en el Oficio? El Credo es una respuesta a la Palabra de Dios. Una vez que Dios nos ha hablado, respondemos diciendo: "Sí creemos esto que hemos oído. Estamos unidos todos en lo que creemos." El Credo, por lo tanto, tiene también la función de unir a los diversos miembros del pueblo. Al recitar el Credo, todos muestran la unión que tienen en lo que creen. Todos comparten la misma fe de la Iglesia. Como los Credos son muy antiguos, nosotros mostramos también nuestra unión con los cristianos de épocas anteriores que también han usado estas palabras para expresar su fe. También nos unimos a cristianos de otras iglesias que emplean los Credos en su Oficio. Decimos que nuestra fe es la misma que ellos al expresarla en las mismas palabras que ellos. El Credo, entonces, tiene la función de expresar la unión de todos los cristianos; tanto todos los presentes, como los de otros tiempos y lugares.

El Señor viene a nosotros en su Palabra. Pero viene a nosotros para crear un pueblo propio. En el Credo, cada miembro dice ser parte de ese pueblo de Dios, al compartir la misma fe que los demás. Esa es la función del Credo.

¿A quién está dirigido el Credo? Primero, a Dios. Le expresamos nuestra fe en él. Pero también las palabras del Credo están dirigidas a todos los presentes. Todos se hablan unos a otros, diciendo que comparten la misma fe.

¿Cuándo se debe usar el Credo Apostólico, y cuándo el Credo Niceno? En realidad, no es muy importante, y en cualquier domingo es correcto usar cualquiera de los dos. Algunas iglesias, como la Anglicana, la Ortodoxa, y la Católica Romana, usan siempre el Credo Niceno. En la Iglesia Luterana, por

lo general, se han usado los dos. Antes, se usaba el Credo Apostólico cuando no había Santa Comunión, y el Niceno cuando sí se celebraba la Santa Comunión. Sin embargo, como hemos visto, es preferible siempre celebrar la Santa Comunión. Por lo tanto, para que no desaparezca el Credo Apostólico del Oficio, la nueva regla ha sido de usar el Credo Apostólico en domingos ordinarios; esto es, cuando no es una fiesta especial, y cuando el color litúrgico es verde. Esta práctica es recomendable para poder seguir usando los dos.

El Credo, entonces, es una respuesta a la Palabra de Dios. Es la forma en que el pueblo se une como respuesta a la venida de la Palabra de Dios. Uno de los efectos de la Palabra de Dios es precisamente de unirnos, de hacernos uno. Y eso es lo que ocurre en el Credo. En el Credo todos decimos: "Aceptamos esta Palabra que hemos oído como nuestra. No la rechazamos. Creemos en ella, y por lo tanto estamos unidos entre nosotros mismos en la misma fe y unidos también con los cristianos de otras épocas y otros lugares que compartían con nosotros nuestra misma fe en esa Palabra."

### El Himno del Día

El Himno del Día se canta después del Credo en la liturgia luterana tradicional. Es el himno más importante del Oficio. Su mensaje debe estar estrechamente relacionado con la lección del Evangelio y el Sermón.

Sin embargo, es difícil que la gente asocie el Himno del Día con el mensaje del Sermón, cuando todavía no han oído el Sermón. Por eso, es mucho mejor cantar el Himno del Día después del Sermón. Así sirve para recalcar y reforzar el mensaje del Sermón. No puede hacer esto si se canta antes del Sermón.

### El Sermón

El Sermón, junto con la lectura del Santa Evangelio, es el punto más importante de la liturgia de la Palabra. El único fin del Sermón es de explicar y actualizar las ideas principales del tema del día y de las lecciones del día. En las lecciones, leemos de cosas que ocurrieron hace muchos siglos. Pero es necesario actualizar todo eso. Por lo tanto, el Sermón tiene como finalidad explicar lo que se ha leído. Explica lo que nos quiere decir Dios en su Palabra que hemos oído. Actualiza esa Palabra para el pueblo. Nos dice lo que significan esos eventos que ocurrieron hace siglos para nosotros ahora.

El Sermón, por lo tanto, siempre debe basarse en las lecciones del día, y de preferencia, en el Evangelio del Día. ¿Por qué? Porque hemos visto que cada Oficio tiene su tema. El Introito, la Colecta, y las lecciones del Día han presentado algún tema en común. Y si el predicador habla de otra cosa que no tiene nada que ver con lo que ya se ha visto en otras partes del Oficio, hay discontinuidad. Se está saliendo del tema, y se está rompiendo el hilo de pensamiento que se ha desarrollado. Si el predicador va a predicar sobre un texto distinto a los textos de las lecciones, su texto por lo menos debe tener alguna relación con el tema del día, y con las lecciones. Pero ésa debe ser la excepción y no la regla. Si a fuerzas el predicador quiere predicar sobre otros textos no relacionados con las lecciones del domingo, esto sólo debe hacerse en los domingos ordinarios, ya que en esos domingos el tema del día no es tan marcado siempre. Pero, por lo general, no debe hacer eso en los otros domingos del Año Litúrgico. Su sermón debe relacionarse con las lecturas y las otras partes del Oficio.

Sin embargo, el Sermón no sólo debe basarse en el texto escogido. Hay que recordar que el Sermón está en medio de un Oficio. No está aislado de ese Oficio. Desgraciadamente, muchas veces hemos olvidado eso, y eso también ha empobrecido tanto los sermones como los Oficios en general. El Sermón cae en medio de un Oficio en el que se están haciendo otras cosas: se están cantando cantos e himnos, se están rezando oraciones, se está profesando la fe, etc. Y lo más importante, se está celebrando la Santa Cena. Muchas veces también se está celebrando un bautismo o una confirmación. Un Sermón en el que no se mencionan estas otras cosas que se hacen en el Oficio es un Sermón que está totalmente desligado del Oficio. Sería como ir a una obra de teatro en la que una de las partes principales no tuviera nada que ver con el resto de la obra. Por lo tanto, es imprescindible que el mensaje se relacione con las otras cosas del Oficio, y muy en particular, con los Sacramentos. ¡Qué barbaridad sería, por ejemplo, celebrar un bautismo algún domingo y no hacer ninguna referencia a él en el sermón! Y podemos decir lo mismo de la Santa Cena. No relacionar el Sermón con la Santa Cena es un error muy grave. No hay que desligar el Sermón de todo lo que lo rodea. Es bueno relacionar el mensaje del Sermón también con los cantos, las oraciones, y otras partes del Oficio. El Sermón siempre es parte de un Oficio en el que se hacen otras cosas. Por eso es imprescindible relacionarlo con estas otras cosas. Veremos esto en más detalle en el último capítulo de este libro.

Uno de los cambios más importantes que hicieron Lutero y los otros reformadores fue el de volver a dar la importancia debida al Sermón. Había caído en desuso en la Iglesia en aquellos tiempos. Sin embargo, se ha ido al otro extremo. Para muchos, lo único que importa en el Oficio es el Sermón. Hay iglesias donde la gente no llega a tiempo para el comienzo del Oficio (pues, según ellos, no se pierden de nada de importancia), sino sólo llegan a tiempo para escuchar el Sermón. Es común oír decir: "Vamos a escuchar el sermón" en lugar de "Vamos al culto." Esto ha sido muy dañino.

El Sermón, sin duda, es uno de los momentos más importantes en el Oficio. Pero no es lo único que importa en el Oficio. Desgraciadamente, a veces así lo hemos tratado en el pasado. Muchos cristianos evangélicos piensan que el Sermón es lo único que importa, y que todo lo demás que se hace en el Oficio es simplemente un relleno, un adorno, o algo que sirve para ocupar un poco más de tiempo. Una vez un pastor luterano hasta dijo que el sermón es como "la carne" y el resto del Oficio es como "la ensalada."

Esta manera de pensar es muy equivocada. Sin restarle importancia al Sermón, el resto de la liturgia es tan importante y tan esencial como el Sermón. Como hemos visto, el escuchar la Palabra de Dios no es suficiente, porque no es suficiente que Dios nos hable. Tiene que haber una respuesta a esa Palabra. Durante el Sermón, no hay ningún movimiento del pueblo hacia Dios, ningún ofrecimiento del pueblo a Dios. El pueblo no expresa su amor por Dios en el Sermón. Y como hemos visto, para que haya salvación, esto es, comunión entre Dios y nosotros, tenemos que corresponder el amor de Dios. Tenemos que expresarle nuestro amor, entregarnos a él. Y eso no ocurre durante el Sermón.

Por eso, es de vital importancia el resto del Oficio Mayor. No es suficiente escuchar la Palabra de Dios para tener comunión con él. Tenemos que tener interacción con él. Tenemos que expresarle nuestro amor en los cantos, las alabanzas, y las acciones de gracias. Tenemos que dirigirnos a él en oración. Necesitamos hablarle a él, y no sólo que él nos hable a nosotros. Necesitamos unirnos a él realmente por medio de Jesucristo en la Santa Cena. Por

eso, es de igual importancia el resto del Oficio. Si sólo escuchamos un sermón, no se completa el círculo de amor entre Dios y nosotros. Y si no se completa ese círculo de amor, no hay comunión con Dios, y por lo tanto, no hay salvación. La liturgia no es sólo un relleno o un adorno. Es, junto con el Sermón, la misma esencia de la vida cristiana. Sin la respuesta a la Palabra de Dios, la cual ocurre en el resto de la liturgia, no hay verdadera vida cristiana.

Por lo tanto, es urgente cambiar la mentalidad de nuestro pueblo en este aspecto. A veces hemos enfatizado tanto el aspecto de recibir que hemos hecho a un lado el aspecto de dar. La gente viene al Oficio sólo para recibir: para escuchar un Sermón que ellos esperan que los entretenga. No se enfatiza el corresponder el amor de Dios, el darle algo a Dios. Se habla como si esto último no fuera esencial. Pero hay que enfatizar que sí es esencial. Y ese "dar" ocurre, no durante el Sermón, sino en otros momentos del Oficio. Por eso, hay que enfatizar la importancia del resto del Oficio. Cuando no se hace esto, la vida cristiana se convierte en sólo un recibir de Dios: recibir su amor, su gracia, su perdón, pero no se dice que la respuesta a eso que Dios nos da es tan esencial como el recibir lo que nos da. También es esencial, porque si eso no ocurre, no se completa el círculo de amor entre Dios y nosotros, y así no hay comunión con él.

Por estas razones, es necesario que se le dé la misma importancia al resto del Oficio que se le da al Sermón. ¿Y cómo se puede hacer esto? La mejor manera es de hacer lo que ya hemos mencionado: relacionar el Sermón con el resto del Oficio, y en particular, con la Santa Cena. Cuando el predicador nunca hace alusión al resto del Oficio, y en particular, nunca hace alusión a los Sacramentos, ¿qué mensaje recibe la gente? Recibe el mensaje que el resto del Oficio no tiene importancia, porque no se habla de él. Si tiene importancia, ¿por qué nunca se le menciona? Cuando el predicador así comunica que el resto del Oficio no importa, al nunca mencionarlo, es natural y hasta inevitable que la gente piense que el resto del Oficio es simplemente un adorno o un relleno. Eso mismo es lo que les está comunicando el predicador al no mencionarlo.

Al considerar la función del Sermón en el Oficio, debemos recordar que todo sermón debe ser Cristocéntrico, igual como toda la Biblia en la que el Sermón se basa es Cristocéntrica. Esto significa que Cristo tiene que estar en el centro del mensaje predicado. Pero, el decir que el Sermón debe ser Cristocéntrico no significa solamente que se debe hablar de Cristo; es necesario hablar de Cristo en nosotros, de nuestra relación con Cristo. Hay que hablar de nuestra participación en Cristo, y nuestra identificación con él. Cristo no nos sirve de nada si no participamos en el y si no nos identificamos con él. Por eso no basta con sólo hablar de Cristo. Hay que recordar que la salvación implica una participación real en Cristo. No podemos ser salvos si no estamos en contacto con el cuerpo humano y divino de Cristo. No podemos estar en comunión con Dios sin estar en Cristo. Para ser salvos, necesitamos que la misma transformación que ocurrió en Cristo, esto es, la penetración de la vida divina en su cuerpo humano, y la destrucción de la muerte y del pecado que ocurrió en su cuerpo, ocurra también en nosotros y en nuestros cuerpos. Tenemos que participar de la misma vida de Cristo, y eso sólo puede ocurrir al estar nosotros verdaderamente unidos a él. Esa unión verdadera ocurre en los Sacramentos. Por lo tanto, el decir que cada sermón debe ser Cristocéntrico significa que cada sermón debe hablar de nuestra vida en Cristo, y de su vida en nosotros.

El fin del Sermón, entonces, es sencillamente el de darle sentido a nuestra unión con Cristo. Nos dice cómo hemos sido unidos a él, por el amor y la gracia de Dios. Nos dice qué significa estar unidos a Cristo. Nos dice cómo se vive unido a Cristo. La unión con Cristo cambia y transforma nuestra vida y nuestras relaciones con Dios, con los otros cristianos, y con el mundo. De todo esto habla el Sermón.

Entonces, podemos ver que el Sermón está íntimamente ligado a los Sacramentos, porque nos habla de lo que ocurre en nosotros por estar realmente unidos a Cristo por medio de los Sacramentos. Es inevitable que un buen Sermón esté íntimamente relacionado con los Sacramentos, porque todo buen Sermón tiene que hablar de nuestra relación con Cristo, y esa relación con Cristo está fundamentada en los Sacramentos. La referencia a los Sacramentos en el Sermón puede ser explícita o implícita. Por ejemplo, se puede decir en el Sermón que vivimos unidos a Cristo y que participamos en su vida, sin mencionar los Sacramentos; aunque, en realidad, al hablar de eso, se está hablando de lo que ocurre en nosotros por medio de los Sacramentos de una manera implícita. Sin embargo, es preferible que el pastor relacione explícitamente el tema del Sermón con los Sacramentos. La gente generalmente no entiende bien lo que ocurre en los Sacramentos, y por eso a veces los Sacramentos tienen poca importancia para muchos. En este libro, hemos visto el papel clave y esencial de los Sacramentos en nuestra salvación. Es muy importante que la gente entienda cuál es ese papel clave y esencial de los Sacramentos en su vida, para que de veras esos Sacramentos puedan transformar su vida. Por lo tanto, el pastor debe tratar de relacionar lo que ocurre en los Sacramentos con el tema de su sermón cada vez que predica.

Eso no quiere decir que cada Sermón debe tener como tema principal "el significado de los Sacramentos en nuestra vida." Pero al hablar de los diversos aspectos de nuestra comunión con Dios, es bueno hacer alusión a los Sacramentos, que sirven para unirnos verdaderamente a Cristo y así ponernos en la comunión de la que hablamos en el Sermón. Si vamos a hablar sobre nuestro Padre celestial, y el hecho de que somos hijos suyos, ¿por qué no mencionar el Bautismo, en el que llegamos a ser hijos suyos? Al hablar de hacer el bien, ¿por qué no hablar de la Santa Cena, en la que Cristo nos da las fuerzas necesarias para hacer el bien? Si vamos a hablar de siempre darle gracias a Dios, ¿cómo no hablaremos de la "Eucaristía," que es la "acción de gracias" de la Iglesia? Si vamos a hablar en Navidad de cómo Dios viene a nosotros como hombre en Cristo, ¿cómo dejaremos de mencionar la Santa Cena, en la que Cristo viene a nosotros en su cuerpo humano? Si vamos a hablar de la resurrección de Cristo, ¿cómo no hablaremos de nuestra propia resurrección con él en el Bautismo, y la comunión con el Resucitado que tenemos en la Santa Cena? Todos los temas pueden relacionarse con los Sacramentos, y es bueno que esto se haga en el Sermón.

Hemos notado anteriormente que a veces se cambia el orden del Oficio. Después del Evangelio del Día, sigue el Sermón. Esto enfatiza la estrecha relación entre el Sermón y el Evangelio del Día, y mantiene las palabras del Evangelio del Día frescas en la mente de los reunidos. Después del Sermón, se canta el Himno del Día, que recalca y refuerza el mensaje del Sermón. Y finalmente, se dice el Credo, como una respuesta a todo lo que se ha hecho en la liturgia de la Palabra, y como una muestra de unión entre la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Santa Cena, ya que el Credo muestra nuestra fe y unión unos con otros, lo cual es necesario para llevar a cabo la liturgia de la Santa Cena.

En la liturgia de la Palabra, entonces, escuchamos a Dios y nos preparamos para unirnos a él y unos con otros en la Santa Cena. Le expresamos nuestro amor y le pedimos que nos transforme. Esa transformación comienza en la Palabra; pero halla su cumplimiento en la Santa Cena, como veremos a continuación.



## XI. LA LITURGIA DE LA SANTA COMUNION EN DETALLE

En la liturgia de la Palabra, hemos hecho muchas cosas. Hemos invocado a Dios y entrado en su presencia, como sus hijos perdonados. Hemos pedido a Cristo que nos ayude a ser uno con el Padre y con los demás, en el Kirie. Le hemos expresado al Padre nuestro amor por él y nuestro deseo de ser uno con él en el Gloria in Excelsis. En ese canto también le hemos pedido a Cristo que nos transforme para podernos llevar al Padre y ser uno con él. Hemos pedido ser transformados y adentrados en la comunión con Dios en la Colecta. Cristo se nos ha hecho presente en su Palabra, tanto en las lecciones que hemos leído como en el Sermón. Hemos expresado nuestra fe en él en el Credo, y nuestra unión unos con otros en esa misma fe.

En fin, en la liturgia de la Palabra, hemos PEDIDO la comunión con Dios, hemos MEDITADO en esa comunión, y hemos OIDO de Dios lo que él ha hecho por ponernos en esa comunión, cómo es esa comunión, y cómo debemos vivir en ella.

Ahora, en la liturgia de la Santa Comunión, vamos a REALIZAR esa comunión, la cual hemos pedido, en la cual hemos meditado, y de la cual hemos oído. Vamos a unirnos a Cristo, y de esa manera tener comunión con el Padre y unos con otros. Debe haber una gran anticipación y expectación al comenzar la liturgia de la Santa Comunión. Ya estamos preparados. Lo que hemos pedido en la liturgia de la Palabra, la comunión con Dios, nos va a ser concedido. Después de haber meditado en esa comunión y hablado de ella, ahora vamos a realizarla. Ya no vamos a sólo oír a Dios; vamos a unirnos a él. En un sentido, podemos decir: ya no vamos a hablar; ahora vamos a hacer. Hemos venido a la iglesia para unirnos a Dios en Cristo; ahora por fin vamos a hacerlo. Eso es lo que ocurre en la liturgia de la Santa Comunión. Ya hemos hablado y meditado en esa comunión; ahora la vamos a hacer una realidad. Todo lo que ha ocurrido en el Oficio hasta el momento debe haber despertado en todos los presentes ese deseo de unirse a Cristo en la Santa Comunión.

En la liturgia de la Palabra, le hemos pedido a Dios que venga a nosotros en su Hijo, y efectivamente él ha venido en la Palabra. Pero ahora, en la liturgia de la Santa Comunión, no sólo va a venir Dios a nosotros; nosotros ahora vamos a ir a Dios, por medio de Cristo. Es Cristo el que viene a nosotros en la liturgia de la Palabra; ha venido a nosotros para llevarnos al Padre. Y eso es lo que va a ocurrir en la liturgia de la Santa Comunión. Vamos a unirnos a él para llegar al Padre y ser uno con él.

En fin, en la liturgia de la Palabra, Dios viene a nosotros, en Cristo. En la liturgia de la Santa Comunión, nosotros vamos a Dios. Esa es la gran diferencia. Por supuesto, nosotros no podemos ir a Dios sin que él venga a nosotros primero, y sin que Cristo venga a nosotros para llevarnos al Padre. Esa es la única manera.

Entonces, en la liturgia de la Santa Comunión, el énfasis cae en nuestro movimiento hacia Dios, en Cristo. Relacionadas con este movimiento hacia Dios, hay dos ideas que predominan en la liturgia de la Santa Comunión. La primera es la ofrenda, o el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios. La segunda idea que predomina es la Acción de Gracias (Eucaristía). Estas dos ideas están relacionadas entre sí. Vamos a ver cómo.

¿Qué es una acción de gracias? Uno expresa su gratitud a otro cuando éste le ha hecho algún favor. Le agradece su bondad y su amor. Eso es lo

que hacemos con Dios. Dios nos ha expresado su amor por nosotros en muchas maneras: al crearnos, al sostenernos, al bendecirnos. Pero, en especial, nos ha expresado su amor por nosotros al darnos a su Hijo, para poder ser hijos suyos y volver a la comunión íntima con él.

¿Cómo reaccionamos a ese amor? Nuestra reacción es la acción de gracias. Le damos gracias por ello. ¿Y cómo expresamos nuestra gratitud? En la vida cotidiana, uno expresa su gratitud a otro a veces con palabras, dándole "las gracias." Otras veces le expresa su gratitud dándole algo: un regalo. Otras veces demuestra su gratitud devolviéndole el favor, haciendo algo por él. Nosotros expresamos nuestra gratitud por Dios de todas estas maneras. Primero, se la expresamos en palabras. Segundo, le ofrecemos un "regalo", algo material, en la ofrenda. Pero, más que nada, expresamos nuestra gratitud ofreciéndonos a nosotros mismos a él. Nos entregamos a él, dándole nuestra vida y nuestro ser entero.

Cuando ocurre esto, llegamos a ser uno con Dios. Porque al ofrecernos a él, nos unimos a él. Y esto lo hacemos por medio de Jesucristo.

Dios ama a todos los hombres. Pero no todos los hombres aman a Dios. No todos le agradecen. Por eso, no todos están en comunión con él. No todos están unidos a él. Lo que hace falta para que haya comunión entre Dios y los hombres no es que Dios nos ame; eso ya es un hecho. Lo que hace falta es que nosotros correspondamos ese amor, amándolo a él. La acción de gracias es precisamente eso: la muestra de nuestro amor por él. Los únicos que están unidos a Dios son los que lo aman y le dan gracias. Y éstos sólo pueden hacer eso mediante Jesucristo.

Entonces, en la liturgia de la Santa Comunión, lo que hacemos, sencillamente, es dar gracias a Dios ofreciéndonos a él. Y así llegamos a ser uno con él. Esto se refleja en todas las partes de la liturgia de la Santa Comunión, como veremos ahora.

#### La Oración General, la Ofrenda, y el Ofertorio

Vamos a considerar estas tres partes de la liturgia en conjunto porque están íntimamente relacionadas entre sí. El orden de estas tres partes puede cambiar. A veces, como en el Culto Cristiano, se usa este orden: Ofertorio, Ofrenda, y Oración General. En las liturgias luteranas nuevas, y en las liturgias de otras iglesias, se usa otro orden: Oración General, Ofrenda, y Ofertorio. En realidad, este segundo orden es preferible, y a continuación veremos por qué. Pero primero vamos a considerar cada una de las tres partes, siguiendo este segundo orden.

La primera parte de la liturgia de la Santa Comunión es la Oración General. Esta oración sirve como una introducción a lo que vamos a hacer en la Santa Cena. En ella, hacemos las dos cosas que acabamos de notar: damos gracias a Dios y nos ofrecemos a él.

Al darle gracias a Dios, le damos gracias en particular por su Hijo Jesucristo, y por la salvación que nos ha dado. También le damos gracias por su Palabra que hemos escuchado. Es una buena idea incorporar pensamientos del Sermón y del tema del día en la Oración General. Le damos gracias también por bendiciones particulares, por alguna bendición específica que ha recibido el grupo o un miembro del grupo.

Otra parte de la Oración General es un ofrecimiento de nosotros mismos. La primera parte de la Oración General que aparece en el Culto Cristiano en las pp. 30-31 es preciosísima en este aspecto, ya que habla de nuestra

entrega total a Dios. Dice así:

"Omnipotente y misericordioso Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo: Te loamos por todas las bondades y conmiseraciones que Tú has manifestado hacia nosotros. Acepta, suplicámoste, nuestro tributo de adoración, alabanza y acción de gracias. Danos tal comprensión de todas tus misericordias, que nuestros corazones sientan verdadera gratitud hacia Ti, y que glorifiquemos tu santo nombre no solamente con nuestros labios sino también con nuestras vidas. Te presentamos, Señor, nuestros cuerpos y nuestras almas, nuestros corazones y nuestras mentes, nuestros talentos y nuestras facultades, juntamente con las ofrendas que te traemos, todo lo cual es nuestro culto racional."

Se ve en esta oración cómo nos ofrecemos por completo a Dios, con todo lo que tenemos. Esta oración explica de una manera excelente el sentido de toda la Oración General. Es, sin duda, una de las partes más bellas del Culto Cristiano.

La otra parte, y la más extensa, de la Oración General, es la intercesión por otros. Siempre se debe pedir por la Iglesia, y en particular por sus miembros, sus dirigentes, y su misión en el mundo. También se debe pedir por la nación y las autoridades que hay en ella; por el bienestar y la paz del mundo; por las necesidades de la comunidad local; y por todos los que sufren. Igualmente, se pueden hacer peticiones por otras cosas: por las familias, por los hogares, por los niños o los ancianos, por las escuelas, por las cosechas, etc. Todo eso puede incluirse en la Oración General. Estas peticiones deben ser generales, pero también pueden ser específicas: Por ejemplo, al pedir por la Iglesia en general, también se puede pedir por algunas iglesias en particular. Al pedir por el bienestar del mundo, se puede pedir también por alguna área específica del mundo que está sufriendo necesidades. Al pedir por los que sufren, se puede pedir por algunos individuos específicos que están sufriendo. Los miembros deben comunicarle al pastor sus peticiones (antes o durante el Oficio), y el pastor puede incluir algunas peticiones particulares que cree necesarias.

Hay distintas maneras de hacer la Oración General. En la mayoría de las iglesias, el pastor ora en sus propias palabras. Esto es bueno porque así puede mencionar cosas específicas, y puede relacionar la Oración con el tema del día y con las ideas del Sermón. Por ejemplo, si ha hablado en su Sermón de algún aspecto de la comunión con Dios, puede relacionar todo en la oración con ese aspecto. Un ejemplo: si el Sermón ha sido sobre "la luz del mundo, Jesucristo," puede dar gracias por esa luz, pedir que esa luz brille en la Iglesia y sus dirigentes, pedir que brille en todo el mundo, y en los corazones de los que sufren, en los hogares, etc. Así se puede hacer con otras ideas y conceptos también.

Sin embargo, no se deben desechar por completo las oraciones escritas, como las que están en el himnario. Hay muchas oraciones muy hermosas, por ejemplo, en el Culto Cristiano, que pueden servir para la Oración General. Ya hemos visto una. En las pp. 161-175 hay Oraciones Generales adicionales, que pueden usarse. Es bueno usar estas oraciones de vez en cuando, o cuando menos partes de ellas. Esto evita la monotonía de la oración del pastor, ya que es común que cuando alguien, como el pastor, reza siempre en sus propias palabras, sus oraciones tienden a parecerse mucho de un domingo a otro. También, cuando ora en sus propias palabras, posiblemente no incluirá todas las partes de la Oración General que deben incluirse. Al usar oraciones escritas, habrá más variedad, y no se repetirán

las mismas palabras y los mismos pensamientos todos los domingos.

Las oraciones escritas pueden usarse en parte o en su totalidad. Aun cuando se usan en su totalidad, debe haber un momento en que el pastor ore en sus propias palabras para presentar las peticiones especiales. Si se usan en parte, el pastor puede incorporar partes de las oraciones escritas, o puede usar algunas de las oraciones más breves, como las que hay en las pp. 121-137 del Culto Cristiano.

Otra práctica muy buena es la de que el pueblo responde con una frase después de cada petición. Esto se usa en la Oración General de Culto Cristiano. El único problema es que cuando ora el pastor en sus propias palabras, el pueblo tiene que saber cuándo terminar la petición para decir la frase indicada. Este problema se resuelve fácilmente al tener el pastor una frase que él repite cuando termina una petición a la que el pueblo responde. Por ejemplo, después de una petición, el pastor puede decir, "Señor," y el pueblo al oír esa palabra responde: "Ten piedad de nosotros." Hay otras posibilidades, también. El pastor puede decir, por ejemplo: "Señor, en tu gran bondad," y el pueblo responde: "Oye nuestra oración." O el pastor puede decir: "Oremos al Señor," y el pueblo responde: "Señor, ten piedad." Hay otras posibilidades también.

Esta práctica es muy buena porque evita la monotonía de la oración. Si sólo está orando el pastor, a veces es difícil que la gente siga prestando atención, y la oración se les puede hacer muy larga. Pero al usar estas respuestas, es más fácil que la gente preste atención, porque siempre están escuchando para anticipar la frase del pastor que indica que deben responder. También se divide la Oración en partes, y no se les hace tan larga y monótona. Por eso, se recomienda mucho que se practique esto.

En fin, ¿qué tiene que ver la Oración General y sus intercesiones con la liturgia de la Santa Comunión? En la liturgia de la Santa Comunión, como hemos visto, nos ofrecemos a Dios, para llenarnos de él. Pero, en la Oración General, no sólo nos ofrecemos a nosotros mismos, sino también le ofrecemos a Dios el mundo entero. Le ofrecemos la Iglesia, el mundo, el país; le ofrecemos a muchas personas que lo necesitan. Así pedimos no sólo que nosotros seamos unidos a él y estemos en comunión con él, sino que también otros estén unidos a él y en comunión. No sólo nos ofrecemos a nosotros mismos para ser transformados, sino ofrecemos también al mundo entero para ser transformados. Recordamos que no estamos solos. Somos parte de la iglesia universal. También somos parte del mundo. No podemos separarnos de estas realidades. La Iglesia está en el mundo, y nunca debe olvidar el mundo que lo rodea.

La Oración General, entonces, es el primer paso en el ofrecimiento que hacemos a Dios en la liturgia de la Santa Comunión. Le ofrecemos nuestras vidas, nuestras alegrías y tristezas, nuestras necesidades y problemas. Le ofrecemos nuestra iglesia y nuestro mundo. Todo se lo ofrecemos, para que él llene todo. En la Oración General debemos siempre tener en mente las palabras de San Pablo en Rom. 11:36: "Porque de él (el Padre), por él, y para él son todas las cosas." Recordamos en la Oración General que todo viene de él, y por él, y que todo lo que existe es para él. Eso es lo que refleja la Oración General.

Después de la Oración General, puede venir la Ofrenda. La Ofrenda es una expresión concreta de nuestro ofrecimiento a Dios y de nuestra gratitud. Le ofrecemos algo concreto: el dinero, el fruto de nuestro trabajo. No

basta agradecer a Dios y ofrecernos a él solamente en palabra; expresamos nuestro amor por él de esta manera concreta.

Una práctica muy antigua y que se está usando nuevamente es el llevar no sólo la ofrenda monetaria, la cual se pone sobre el altar como expresión del "sacrificio" del pueblo (el altar siempre es el lugar donde se ofrecen los sacrificios), sino también el pan y el vino que se van a usar en la Santa Cena. Esto representa lo que hemos visto en capítulos anteriores, que ofrecemos a Dios también el pan y el vino. Es difícil hacer esto si hay la necesidad de ya tener los elementos en el altar. Lo que se puede hacer en estos casos es posiblemente llevar una parte del pan y el vino. También se puede tener todos los recipientes preparados en el altar, y luego usar otros recipientes para llevar el pan y el vino al altar en este momento. Después, el pastor puede transferir el pan y el vino a los otros recipientes que ya están en el altar.

La tercera parte es el Ofertorio. Hay muchos textos que se emplean para el Ofertorio. El Culto Cristiano, por ejemplo, tiene dos en las pp. 28-30. Celebremos tiene otro. Y todavía hay otros Ofertorios usados en las iglesias luteranas. Pero lo que tienen todos estos Ofertorios en común es que hablan de sacrificio, de presentarnos a nosotros mismos con lo que tenemos, a Dios. Le ofrecemos el corazón, o un "espíritu quebrantado." Le pedimos que nos dé un espíritu nuevo. Todo esto tiene que ver con el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios. Cualquiera de estos textos, u otros, puede usarse. También se pueden usar cantos o himnos que tengan que ver con el sacrificio de nosotros mismos. Es bueno también variar el Ofertorio, y no usar siempre el mismo. Se podría variar según el tiempo del Año Litúrgico, por ejemplo. Pero la idea central del Ofertorio siempre debe ser la presentación de nosotros mismos a Dios, para que él nos transforme y nos cambie por medio de su Hijo.

Como hemos visto, algunas liturgias luteranas tradicionales, como el Culto Cristiano, emplean otro orden: primero el Ofertorio, luego la Ofrenda, y luego la Oración General. Aunque este orden es aceptable, el otro orden tiene más sentido. ¿Por qué? En primer lugar, como hemos visto, la Oración General sirve como una introducción al resto de la liturgia de la Santa Comunión. Y en segundo lugar, el Ofertorio, que habla de ofrecernos a Dios con todo lo que tenemos, es una explicación de la Ofrenda. Es mejor que primero se dé la Ofrenda, y luego se le dé su significado en el Ofertorio, en lugar de usar el Ofertorio y después recoger la Ofrenda. Hacer, así es interpretar algo (la Ofrenda) antes de hacerlo. Es mejor primero hacer la Ofrenda, y luego interpretarla y darle su significado cuando ya se haya hecho. El Ofertorio también sirve como una introducción más inmediata al Prefacio y la Oración Eucarística que sigue. Sirve como un vínculo entre la Oración General y la Ofrenda, y la celebración de la Eucaristía.

Antes de seguir, debemos notar aquí lo ridículo que es terminar el Oficio con esto y sólo agregar la bendición, sin celebrar la Santa Cena. En la Oración General, la Ofrenda, y el Ofertorio hemos comenzado a hacer algo; el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios. ¿Por qué vamos a comenzar algo y no terminarlo? En realidad, estas tres partes del Oficio sólo tienen significado cuando se las considere en su contexto más amplio de la Santa Eucaristía. Fuera de ese contexto, pierden su sentido. Esta es otra razón para siempre seguir con la Santa Cena, y no parar el Oficio en medio de la liturgia de la Santa Comunión.

Después de estas partes, a veces se canta un himno. En realidad, este no es un momento muy apropiado para un himno, porque se rompe la continuidad de la liturgia de la Santa Comunión. Por eso, ninguna de las nuevas liturgias luteranas incluye un himno aquí.

### El Prefacio y el Sanctus

En seguida, sigue el Prefacio. El Prefacio es la primera parte de la Oración Eucarística. Consiste en dos partes: el diálogo y la oración. Las tres partes del diálogo ya las hemos visto en los escritos de San Hipólito, que escribió alrededor del año 200, así que son muy antiguas. El diálogo empieza: "El Señor sea con vosotros," a lo cual el pueblo responde: "Y con tú espíritu." Una vez más, el pastor y el pueblo expresan su unidad en el Señor. Esto que va a hacer principalmente el pastor, o sea, la acción de gracias y la consagración, lo está haciendo unido al pueblo. Por eso, el pastor pide que el Señor esté con el pueblo en esto que va a ocurrir, y el pueblo pide que el Señor esté también con el pastor en esto. En un sentido, es una forma de bendición mutua al comenzar esta parte tan importante de la liturgia de la Santa Cena.

Luego el pastor dice: "Elevad vuestros corazones," y el pueblo responde: "Los elevamos al Señor." Estas palabras son, de verdad, muy hermosas. La liturgia de la Santa Comunión es un movimiento del pueblo hacia Dios, como hemos visto anteriormente. Nos estamos ofreciendo al Padre juntamente con Cristo. Por lo tanto, es un movimiento hacia arriba, hacia el cielo. Eso es lo que estas palabras indican. Vamos a "elevarnos," a subir hasta la comunión celestial con Dios el Padre. Vamos a elevarnos para subir hasta el mismo cielo para participar en el banquete celestial. La comunión celestial es simplemente la unión perfecta con Dios, y la unión de todos los cristianos. En el Reino celestial, todos forman una sola cosa. Por eso, vamos a unirnos a Dios y a los demás cristianos, y así participar en el mismo cielo. Por eso, "elevamos los corazones," para subir hasta el cielo.

Al decir estas palabras, fijamos nuestra vista en la meta a la que queremos llegar: la unión con Dios. Vamos a entregar nuestros corazones a Dios. Se los vamos a presentar en ofrenda, con todo nuestro ser. El corazón es el núcleo de nuestra existencia en el pensamiento bíblico. Por eso, elevamos los corazones, para dárselos a Dios. Este versículo con su respuesta, entonces, explica de una manera preciosa todo lo que vamos a hacer en la liturgia de la Santa Comunión. Es un versículo verdaderamente precioso.

Luego el pastor dice: "Demos gracias al Señor nuestro Dios," y el pueblo responde: "Dárselas es digno y justo." Aquí vemos la idea de "Eucaristía," o sea, la Acción de Gracias (lo que la palabra "Eucaristía" significa). Por lo tanto, en la iglesia antigua, al llegar a este punto, el pastor decía: "Eucaristísomen," lo cual significa, "Demos gracias." De ahí toma su nombre la Eucaristía. Predomina a través de todo el rito la idea de la Acción de Gracias.

Este versículo y su respuesta se relacionan con lo que sigue. El pastor dice "Demos gracias al Señor nuestro Dios," y el pueblo responde que es bueno hacer eso, o sea, es "digno y justo." Esto significa que es correcto, es apropiado, que se le den gracias a Dios. En otras palabras, el pueblo da su aprobación para que el pastor siga con la Acción de Gracias, como vemos en el Prefacio que sigue. Y por eso, inmediatamente sigue el pastor: "Es verdaderamente digno, justo, y saludable que en todo tiempo y en todo lugar

te demos gracias, oh Señor, Santo Padre, omnipotente y eterno Dios." El pastor, después de haber dicho que debemos dar gracias, y después de que el pueblo ha dicho que sí es correcto dar gracias, así comienza a dar gracias en la Oración del Prefacio.

La Oración del Prefacio tiene dos partes. La primera parte es la Acción de Gracias. Empieza con las palabras que acabamos de citar. El pastor dice que de veras, como ha dicho el pueblo, es bueno y correcto darle gracias a Dios en todo momento y en todo lugar. Después de este principio de la oración, a veces sigue un Prefacio Propio del Día o la Estación. Estos Prefacios Propios comunican la razón y el motivo por el cual damos gracias a Dios, según la época particular del Año Litúrgico. Por ejemplo, en Navidad, damos gracias porque Dios envió a su Hijo al mundo, y porque lo hizo carne. Para Pentecostés, damos gracias porque Jesucristo derramó el Espíritu Santo sobre la iglesia. Estos Prefacios Propios son muy antiguos. En el siglo III, ya había un libro que citaba 267 de ellos en total. El orden gregoriano (siglo VI) tiene trece Prefacios Propios, muchos de los cuales son los mismos que tenemos nosotros en el Culto Cristiano.

Un punto que debemos notar antes de seguir es que no hay un Prefacio Propio para los domingos ordinarios (cuando el color litúrgico es verde). Por lo tanto, no se debe usar ninguno, ni de Epifanía, ni de Pentecostés, ni de la Fiesta de la Santísima Trinidad, porque esos Prefacios Propios sólo son para esos días, y no para los domingos que siguen después de esos días. En estos domingos, se omite el Prefacio Propio, y se sigue con la segunda parte del Prefacio. Sin embargo, sí se usan los Prefacios Propios para la Navidad y la Pascua de Resurrección en los domingos que siguen después de esas fiestas, cuando el color litúrgico es blanco.

La segunda parte del Prefacio dice: "Así, pues, con ángeles y arcángeles, y con toda la corte celestial, alabamos y magnificamos tu glorioso nombre, ensalzándote siempre, diciendo: ..." Y después de esto sigue el Sanctus. "Sanctus" es una palabra latina que significa "Santo." Esa es la primera palabra del canto: "Santo, Santo, Santo, Señor Dios de Sabaot. Cielo y tierra están llenos de tu gloria. ¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!"

El Sanctus consiste en dos partes. La primera parte es una cita de Isaías 6:3. En ese pasaje, el profeta Isaías está viendo una visión del cielo. Ve a los serafines, que son criaturas angélicas con seis alas. Estos serafines están repitiendo las palabras: "Santo, Santo, Santo, Señor de Sabaot; toda la tierra está llena de tu gloria." La palabra "Sabaot" significa "ejércitos" o "multitudes." Entonces, este canto es el canto de las multitudes, tanto las de la tierra como las de la tierra. Y como vemos en el contexto de Isaías 6, es el canto que se canta en el cielo. Los cristianos siempre han considerado este canto como un canto trinitario, porque dice "Santo" tres veces, una vez para cada una de las tres personas divinas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

Ahora podemos entender las palabras del Prefacio: "Así, pues, con ángeles y arcángeles, y con toda la corte celestial..." En estas palabras, decimos que estamos subiendo al cielo para unirnos al canto de los ángeles y de toda la multitud celestial, todos los que viven en el cielo. Somos uno con ellos. También formamos nosotros parte de la corte celestial, porque participamos también en la comunión celestial con Dios. Estamos

participando en el cielo, ya que el cielo no es otra cosa que la comunión con Dios. Nosotros, por lo tanto, somos seres celestiales. Formamos parte del "Reino de los cielos." Entonces, por una parte, estamos anticipando el futuro, cuando cantaremos con las huestes celestiales para toda la eternidad. De verdad, hay toda una teología muy profunda en esta parte de la liturgia, en la cual podríamos meditar por mucho tiempo. Pero la idea central es que hemos subido al cielo, como ya notamos al decir: "Elevad vuestros corazones..." Vamos a participar de la comunión íntima con Dios por medio de Jesucristo. Al presentarnos a Dios, ofreciéndonos a él, estamos subiendo hacia él.

La segunda parte del Sanctus, que comienza con "Hosanna en las alturas...", viene de Mt. 21:9. Es lo que cantaban las multitudes cuando Jesús iba entrando a Jerusalén, cuando Jesús cumplió la profecía: "He aquí, tu Rey viene a ti." En esta parte, entonces, igual que las multitudes, estamos cantando a nuestro Rey, Jesucristo, que viene a nosotros en la Santa Cena. La palabra "Hosanna" significa "Salva." Era un grito de júbilo y alegría, como cuando nosotros gritamos "¡Viva!" Es la forma en que nos preparamos para recibir a nuestro Rey, con gozo y alegría. Nuestro Salvador amado y anhelado viene a nosotros. Esto nos llena de expectación, anticipación, y emoción. El que amamos y deseamos más que ninguna otra cosa se nos acerca. Por eso, como los que recibían con fervor a Jesucristo cuando él entró en Jerusalén, nosotros también lo recibimos con el mismo fervor y la misma emoción, porque viene a nosotros.

#### La Oración Eucarística

El Prefacio, como hemos visto, es la introducción a la Oración Eucarística, o la Oración de Acción de Gracias. En el capítulo IX, en las pp. 116-119, ya hemos visto la importancia de volver a usar la Oración Eucarística. No volveremos a repetir aquí lo que hemos dicho en esas páginas. Sólo queremos recalcar la importancia de volver a poner en práctica la Oración Eucarística.

Otra razón para usar la Oración Eucarística que no hemos mencionado es que con el Prefacio ya comenzamos la Oración Eucarística. ¿Por qué vamos a comenzar la Oración Eucarística con el Prefacio, y no terminarla? Eso no es lógico. Sería como empezar a orar el Padrenuestro y detenernos a la mitad, sin completarlo. Por eso, si vamos a empezar con el Prefacio, debemos terminar la Oración Eucarística. No debemos empezar algo que no vamos a terminar. Todas las liturgias luteranas nuevas incluyen aquí la Oración Eucarística, y también el Culto Cristiano incluye la opción de usarla (p. 141).

Como vimos en el capítulo IX, la Oración Eucarística siempre ha sido muy variable. En la iglesia más antigua, el oficiante rezaba esta oración en sus propias palabras. Esa era su tarea principal. Consideraban esa oración como lo más importante que hacía el oficiante en el Oficio (más importante, inclusive, que el Sermón).

Aunque después se fueron fijando Oraciones Eucarísticas por escrito, las cuales se repetían todos los domingos, estas oraciones variaban mucho de una parte a otra. A veces cada iglesia tenía su propia Oración Eucarística. También podían variar de un domingo a otro.

Mencionamos todo esto para enfatizar que puede haber gran variedad en el uso de la Oración Eucarística. No hay una sola tradición, sino hay



muchas. Esta gran variedad todavía existe hoy en todas las iglesias que usan la Oración Eucarística. Por ejemplo las Oraciones Eucarísticas de las Iglesias Luterana, Anglicana, Católica Romana, y Ortodoxa varían entre sí, y aun dentro de cada Iglesia hay variaciones. Los Anglicanos y los Católicos tienen cuatro Oraciones Eucarísticas que se pueden usar. En la Iglesia Luterana, también hay gran variedad. La Liturgia Luterana Provisional, publicada por la Casa Publicadora Augsburgu (E.E.U.U.), tiene dos Oraciones Eucarísticas, una más extensa y otra más breve. La primera de éstas es la misma que se usa en Celebremos. El himnario luterano en inglés "Worship Supplement," publicado por la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, tiene hasta cinco Oraciones Eucarísticas distintas. Por lo tanto, puede haber variedad en esta Oración. Lo que recomiendan los Anglicanos y los Católicos es que el oficiante seleccione la Oración Eucarística que mejor se relacione con el tema del día. Sería muy bueno que en nuestra Iglesia Luterana también tuviéramos varias de las que se pudiera escoger según el tema del día.

A pesar de la gran variedad, hay tres elementos que siempre están incluidos en toda Oración Eucarística. La primera es el Padrenuestro. La segunda es el texto de las Palabras de Institución. Este texto a veces aparece antes del Padrenuestro. La tercera parte es el canto "Agnus Dei," que significa "Cordero de Dios." (Este canto, aunque aparece en todas las liturgias Católicas y Luteranas, no aparece en las liturgias Anglicanas.) Vamos a considerar estas tres partes, y luego brevemente las otras partes de la Oración Eucarística que se pueden usar.

El uso del Padrenuestro en la liturgia de la Santa Comunión es de uso muy antiguo, aunque también hay muchas liturgias antiguas que no lo tienen. Algunos han pensado que el Padrenuestro no pertenece en esta parte de la liturgia, porque, según ellos, no está relacionado con la Santa Comunión. Sin embargo, es un error pensar así. En realidad, el Padrenuestro tiene mucho que ver con la Santa Comunión, y nos explica muy bien el significado de la Santa Comunión. Vamos a ver esto.

En primer lugar, el Padrenuestro es la oración que enseñó Jesucristo. Al enseñar esta oración, nos enseñó que así debemos dirigirnos al Padre. En la Santa Cena, estamos haciendo precisamente eso: nos estamos dirigiendo al Padre. Queremos llegar a él. Sabemos que llegamos a él por medio de Jesucristo. Por eso, al usar el Padrenuestro, estamos usando las palabras de Cristo para llegar al Padre. En este sentido, estamos uniéndonos a Cristo (en su oración) para dirigirnos al Padre.

En segundo lugar, hemos visto que estamos "subiendo al cielo," en un sentido, al participar en la comunión celestial. Pero, como vimos en el primer capítulo, aunque subimos al cielo, todavía estamos en la tierra. Lo que deseamos es que lo celestial invada lo terrenal, o sea, que lo terrenal se llene de lo celestial. Eso es lo que queremos en nosotros, como también en toda la iglesia y en todo el mundo. Eso es lo que ocurre en la Santa Cena. El hombre celestial, Jesucristo, viene a nosotros para llenarnos de la vida celestial. Nosotros, seres terrenales, somos llenados de lo celestial. De esta manera somos convertidos en seres celestiales, también. Nuestra existencia terrenal recibe también la existencia celestial.

Eso es precisamente lo que refleja el Padrenuestro. Refleja, más que nada, la invasión de lo celestial en nuestra existencia terrenal. Esta idea de llenar lo terrenal de lo celestial es la idea central del Padre-

nuestro. Vamos a considerar brevemente las partes del Padrenuestro para ver esto.

"Padre nuestro, que estás en los cielos." Esta frase indica nuestra meta. Nos dirigimos al Padre, como el fin y la meta de nuestras vidas. Queremos llegar al Padre, y al mismo tiempo, al cielo, donde él está. Eso es precisamente lo que hacemos en la Eucaristía. Por eso, comienza la oración así. "Santificado sea tu nombre." Lutero dice en el Catecismo Menor: "En esta petición rogamus que el nombre de Dios sea santificado entre nosotros." O sea, queremos ser santos como él. ¿Por qué? Porque queremos ser como el Padre, para poder ser uno con él. Cristo, en la Santa Cena, nos santifica; nos hace como él, pues él es Santo, como cantamos en el Gloria in Excelsis. Al estar unidos a Cristo, entonces, llegamos a ser santos, y al ser santos, podemos ser uno con el Padre. Esto es lo que ocurre en la Santa Cena. "Venga a nos tu Reino." Ese Reino de Dios viene a nosotros en la Santa Cena, en la cual se hace realidad la comunión con Dios. Participamos en el Reino Celestial en la Santa Cena, como hemos visto. Y pedimos aquí que, igual como nosotros somos llenados de lo celestial, de ese Reino, queremos que todo el mundo sea lleno de lo celestial. Igualmente, pedimos que ese Reino, del cual participamos en parte y en forma imperfecta en la Santa Cena, venga a establecerse definitivamente y en su perfección. "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo." Aquí vemos nuevamente la idea de la penetración de lo celestial en lo terrenal. Igual como la voluntad de Dios se hace en el cielo, queremos que se haga en la tierra. En otras palabras, queremos que el cielo baje a la tierra, y que lo terrenal se llene de lo celestial, lo cual es la voluntad de Dios. Si la voluntad de Dios se hiciera en la tierra como se hace en el cielo, toda la tierra se convertiría en el mismo cielo. Por eso, pedimos esto, tanto para el mundo como para nosotros mismos. Y como hemos visto, esto es lo que ocurre en la Santa Cena: lo terrenal se llena de lo celestial.

"El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy." Los cristianos antiguos entendían esta referencia al pan como una referencia al pan de la Santa Cena. Aunque esta interpretación no nos parezca correcta, pues creemos que Jesús se estaba refiriendo más bien al pan material, en realidad da lo mismo. Lo que se pide aquí es el sustento, tanto de nuestro cuerpo como de nuestra alma. ¿Y para qué queremos que Dios nos sostenga, tanto espiritual como físicamente? Para poder vivir para él, y así podernos entregar a él. Esa entrega ocurre en la Eucaristía. Así que le pedimos que nos sostenga nuestra vida para poderse la presentar a él, como hacemos en la Santa Cena. "Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores." El pecado divide; en primer lugar, nos separa de Dios, y luego, nos separa unos de otros. Pero, en la comunión celestial con Dios, no puede haber divisiones. Sólo puede haber unión, porque en esa comunión todos son una sola cosa. Por lo tanto, pedimos primero a Dios que nos perdone nuestro pecado, porque ese pecado no nos deja ser uno con él, lo cual pretendemos en la Santa Cena. También queremos superar las divisiones que hay entre nosotros mismos por el pecado, para que esa comunión pueda ser perfecta, y todos seamos una sola cosa. Eso es lo que pretendemos en la Santa Cena: no sólo ser uno con el Padre, sino que todos seamos uno entre nosotros mismos, para que esa comunión sea perfecta. Esta petición también refleja Mt. 5:23-24, que habla de estar todos reconciliados antes de llevar nuestra ofrenda al altar, lo cual está íntimamente relacionado con la Santa Cena. "Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal." Queremos evitar el mal, para poder ser uno con Dios. Nuestra existencia terrenal está llena del mal;

queremos que mejor esté llena del bien, o sea, de Cristo y de la vida celestial. Por eso, queremos vencer el mal que nos impide ser uno con Dios. En la Santa Cena, nos queremos llenar de Cristo, para ser uno con él; y aquí pedimos que Dios nos ayude a vencer el mal por medio del mismo Jesucristo, para que no nos impida ser uno con él y vivir en comunión con él.

La última parte del Padrenuestro dice: "Porque tuyo es el reino, el poder, y la gloria, por los siglos de los siglos. Amén." Aquí reconocemos el poder y la gloria de Dios, adorándolo y queriendo llegar a él, para ser parte de su reino. Esto ocurre en la Santa Cena. Entonces, como hemos visto, el Padrenuestro sí tiene muchísimo que ver con la Santa Cena.

Hay dos maneras de orar el Padrenuestro. Se puede orar al unísono. Pero también a veces se acostumbra que el oficiante ore la primera parte, y que el pueblo sólo ore la conclusión ("Porque tuyo es el reino..."). Esta es una práctica antigua. Como vemos en otras partes de la liturgia de Culto Cristiano, ha sido común que el pastor empiece cada oración, y que el pueblo (si va a participar) la termine. Nunca empieza la congregación una oración en las liturgias tradicionales. Esto servía para enfatizar que el pueblo siempre se dirige a Dios por medio del pastor. Sin embargo, esta práctica se está dejando de usar, y cualquiera de las prácticas es aceptable. Posiblemente es mejor que todo el pueblo participe en el Padrenuestro.

Las Palabras de Institución que usamos son una combinación de las diversas narrativas de los tres Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos, y Lucas) y la Primera Epístola de San Pablo a los Corintios. Al recordar la institución de la Santa Cena, repetimos la misma acción de Jesucristo. El pastor da gracias (esto lo hace en la Oración Eucarística), toma el pan, y lo parte. La congregación debe poder observar la fracción del pan. Por eso, el pastor debe elevar el pan que parte para que todos alcancen a ver. Luego, también alza la copa al dar gracias sobre ella. Cuando Jesús dijo: "Haced esto en memoria de mí," creemos que no sólo se estaba refiriendo al comer y beber, sino a toda esta acción: tomar el pan, dar gracias, partirlo, tomar la copa, dar gracias sobre ella, y también repartir el pan y el vino a todos. Por eso, la acción de dar gracias ocurre antes y después de estas acciones.

También es bueno que el oficiante eleve el pan y la copa, porque esto es señal de que estamos ofreciendo esto al Señor, como acción de gracias. Repetimos: estamos ofreciendo lo terrenal (el pan y el vino) para que se llene de lo celestial (Cristo, el hombre celestial). Ese es el significado de esta acción.

La palabra "consagrar" significa "dedicar algo a un uso sagrado." Cristo, al tomar el pan y el vino en la Última Cena, los "consagró" en el sentido de dedicar pan y vino ordinarios a un uso sagrado: para comunicar su cuerpo y su sangre. El pastor, al tomar el pan y el vino en sus manos y decir las Palabras de Institución, no está efectuando la presencia de Cristo en ellos. No está haciendo magia, convirtiendo el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor. Sólo está diciendo que el pan y el vino ahí en el altar ya no van a ser pan y vino ordinarios, porque los está dedicando a un uso especial y sagrado. Van a servir para comunicar el cuerpo y la sangre del Señor. El pastor, al consagrar, simplemente está apartando cosas ordinarias para algo extra-ordinario, o sagrado; esos elementos van a ser los instrumentos para que el cuerpo y la sangre de Cristo lleguen al pueblo. Creemos que Cristo se hace presente en el pan y el vino en el momento en que se come y se bebe, y no en el momento en que el pastor dice las Palabras de Institu-

ción. Por eso, si sobran pan y vino después de la Santa Cena, no creemos que ahí está presente el cuerpo y la sangre de Cristo; sin embargo, tratamos el pan y el vino consagrados con respeto, precisamente porque son "consagrados," dedicados y apartados para un uso sagrado; ya no son "ordinarios."

Antes de considerar el Agnus Dei, podemos notar otras partes de la Oración Eucarística que generalmente se usa en la Iglesia Luterana. Como hemos notado anteriormente, la Oración Eucarística es una Acción de Gracias. Generalmente traemos a la memoria en esta oración todo lo que Dios ha hecho (y hará) para nuestra salvación. Recordamos el principio del mundo, la época antes de Cristo, el nacimiento, la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo, la venida del Espíritu Santo, y también el fin, cuando Cristo vendrá nuevamente.

¿Por qué recordamos estas cosas? Porque esa historia es nuestra historia. Y lo que ocurre en la Santa Cena es que nos incorporamos a esa historia de salvación, al unirnos a Cristo y así al Reino de Dios. Ocupamos nuestro lugar en esa historia. Nos situamos en ella. Esa historia cuenta de nuestra salvación. Por eso, la traemos a la memoria, para unirnos a esa historia, lo cual hacemos en la Santa Cena, al unirnos a Cristo.

En el primer capítulo, en las páginas 9-10, notamos que en la liturgia hacemos presente tanto el pasado como el futuro. Esto es importante en la Eucaristía. Hacemos presente lo que ocurrió en el pasado. Recordamos cómo hemos sido salvados, y al recordarlo, nos incorporamos en esa historia de salvación. Reconocemos que el mismo Dios que ha hecho esas cosas en el pasado sigue haciendo las mismas cosas en el presente. Igual como creó el mundo, nos sigue creando a nosotros, al impartirnos su vida todos los días. Igual como salvó a su pueblo Israel, nos sigue salvando a nosotros, su nuevo pueblo. Pero no sólo hacemos presente el pasado. También hacemos presente el futuro. Anticipamos lo que vendrá. Ya hemos visto esto al hablar de nuestra "subida al cielo" en la Eucaristía. Hacemos presente, aquí y ahora, ese cielo que vendrá algún día. Entonces, en la Oración Eucarística, hacemos presente todo el pasado, y todo el futuro. Y todo eso se hace presente al unirnos todos a recibir el cuerpo y la sangre del Señor. Al hacer esto, nos unimos al pueblo de Dios, al cuerpo de Cristo. Celebramos el pasado de nuevo, y celebramos el futuro también.

Otra parte de la Oración Eucarística es la Invocación del Espíritu Santo (llamada a veces "epiclesis"). ¿Por qué invocamos al Espíritu Santo? Hemos hablado relativamente poco del Espíritu Santo al hablar de las partes de la liturgia. Pero en el capítulo VII (pp. 89-91), notamos ya que nuestra unión con Cristo se efectúa estando nosotros en el Espíritu Santo. Jesucristo vive lleno del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es su "vida." Donde está Cristo, ahí también está el Espíritu Santo; y donde está el Espíritu, ahí también está Cristo, porque son inseparables. El Espíritu es la fuerza de unión, que nos liga con Cristo, y así, nos liga unos con otros. Por lo tanto, pedimos al Espíritu Santo que venga, para traernos a Cristo y llenarnos de él y de su vida. Es el Espíritu Santo el que nos hace uno con Cristo, dándonos su misma vida y su mismo corazón.

De esta manera, la Oración Eucarística también es trinitaria, porque menciona a las tres personas divinas. Esto también se refleja en otra oración muy bella y muy común en la Oración Eucarística, la que dice: "Por él, con él, y en él, a ti, Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, sea toda honra y gloria, ahora y siempre." Ya hemos visto en el capítulo VII que nosotros vamos al Padre por Cristo, con Cristo, y en Cristo. Ya que esta oración explica de una forma muy sencilla pero también muy pro-

funda la forma en que vamos al Padre en la Santa Cena, y explica muy bien la relación que tenemos con cada una de las tres personas divinas en la Santa Cena (especialmente con Cristo), esta oración es muy útil, y se recomienda mucho su uso en la Oración Eucarística.

Otra parte de la Oración Eucarística es la petición. Pedimos, en primer lugar, que Dios nos acepte con todo lo que le ofrecemos, o sea, que acepte la entrega de nosotros mismos junto con todo lo demás que le ofrecemos. Le pedimos que acepte también nuestras oraciones, las que ofrecemos por nosotros, por otros, y por todo el mundo. Esto refleja nuevamente lo que hemos visto al considerar la Oración General: que la Santa Cena es algo relacionado con la iglesia y el mundo en general.

Estas son las partes principales de la Oración Eucarística. En fin, en la Oración Eucarística expresamos quiénes somos y lo que estamos haciendo. Somos el pueblo redimido de Dios, por medio de Cristo. Y con su pueblo, le ofrecemos nuestro sacrificio de adoración, alabanza, y gratitud, junto con nosotros mismos y con nuestro mundo. Todo esto lo hacemos en Cristo. La Oración Eucarística, entonces, es vital para darle significado a la Santa Cena.

Una costumbre muy hermosa que se usa al terminar la Oración Eucarística, antes de cantar el Agnus Dei, es la de "compartir la paz." Desde los primeros siglos, los cristianos se saludaban antes de comulgar. Leímos en un escrito de San Justino, a mediados del siglo II, que después de las oraciones (eucarísticas), todos se saludaban con el beso de la paz. Esto se ve en casi todas las liturgias antiguas. Aunque en nuestra cultura, no es común que todos (en particular, los hombres) se besen; se puede sustituir un beso por un abrazo, o dando la mano, y diciendo: "La paz del Señor (sea contigo)."

Esto nos recuerda que la Eucaristía es una acción comunitaria. No sólo nos unimos a Dios; nos unimos también unos a otros. Y de esta manera, expresamos nuestra unión y nuestra comunión unos con otros. Somos una comunidad donde reina el amor fraternal. Y éste es un momento, el único dentro del Oficio, en que podemos expresar concretamente ese amor unos por otros. Por eso, es un momento mucho muy especial.

Esta práctica ha caído un poco en desuso en muchas iglesias luteranas. La liturgia del Culto Cristiano ha sustituido este saludo fraternal con una frase dicha por el ministro: "La paz del Señor sea con vosotros siempre." Aunque la idea es la misma ("paz"), no es lo mismo oír estas palabras del pastor que saludarse unos a otros. Por eso, sería bueno restaurar esta práctica, porque es muy hermosa. No hay otro momento en el Oficio en que todos puedan compartir la paz. Por supuesto, todos se pueden saludar después del Oficio. Pero es mucho más significativo saludarse todos unos momentos antes de comulgar, porque ése es el momento en que todos van a unirse y constituirse en hermanos, por medio de su unión con Cristo. Todos van a transformarse en "una sola cosa" en la Santa Cena, y este saludo permite que expresen todos concretamente que son "una sola cosa" en Cristo.

Al final de la Oración Eucarística, y antes de comulgar, cantamos el Agnus Dei (Cordero de Dios). Este canto está dirigido a Cristo. En el momento en el que vamos a participar del cuerpo y la sangre de Cristo, le pedimos que tenga piedad de nosotros y que nos dé su paz. Esto no es otra confesión de pecados. Más bien, le pedimos que nos limpie, que nos perfeccione, porque queremos ser uno con él y así uno con el Padre. Pedimos

en este canto que Cristo obre en nosotros en su cuerpo y su sangre. De esa manera, tendremos "su paz," como dice al final del canto. Y esto no lo queremos sólo para nosotros, sino para el mundo entero a través de nosotros, como hemos dicho en otras partes.

El Agnus Dei está basado en Jn. 1:29. Fue introducido en el Oficio alrededor del año 700, y ahora es tradicional en la Iglesia Luterana y en la Iglesia Católica Romana. En fin, es una oración pidiendo que Cristo nos transforme ahora al presentarnos todos a comulgar, y que por medio de nosotros transforme a todo el mundo, por el cual hemos orando anteriormente en la liturgia de la Santa Comunión.

#### El acto de comulgar

Después de todo esto, los miembros presentes se acercan al altar para recibir el cuerpo y la sangre del Señor. El acto de acercarse cada uno al altar es el acto de presentarse a Dios, ya que el altar representa el sacrificio de todos nosotros a Dios. El acercarnos al altar es como si cada uno se pusiera sobre ese altar, como ofrenda a Dios por medio de Cristo, que es el sacrificio perfecto. Recordemos que el altar representa a Cristo, y que al acercarnos al altar para presentarnos a Dios, nuestra entrega a Dios se hace únicamente por medio de Cristo. Por lo tanto, éste es el momento cuando cada uno se ofrece a Dios para recibir a Cristo. Notemos también que la comunión siempre se hace en grupo. Esto expresa nuestra relación unos con otros.

Este es el momento cumbre del Oficio. Todo lo que se ha dicho tiene su cumplimiento en este momento de unirnos todos a Cristo física y verdaderamente, y de esa manera unirnos al Padre y unos a otros. Nos hemos ido preparando para este momento durante todo el Oficio (y de preferencia antes del Oficio también). La transformación de nosotros mismos, la cual hemos pedido y en la cual hemos meditado a través de toda la liturgia, se hace una realidad al recibir nosotros a Cristo.

Hay muchas prácticas distintas de comulgar. Por ejemplo, a veces el pastor coloca la hostia en la boca del comulgante, mientras otras veces la coloca en su mano. A veces el pastor da de beber, a todos; otras veces el comulgante toma la copa del pastor y se da de beber a sí mismo. Otras veces los comulgantes van pasando la copa uno al otro, cuando están todos alrededor del altar. Todas estas prácticas son buenas. Generalmente, en el pasado, no se deseaba que el comulgante tocara la hostia o la copa con su mano, por temor y respeto al cuerpo y la sangre del Señor. Pero ahora, como hemos notado, lo más importante no es tanto "temer" el cuerpo y la sangre del Señor. Se le trata con respeto, pero es bueno también que el comulgante tenga contacto con el pan y el vino, tomando el pan y la copa en sus manos.

El oficiante siempre debe comulgar. ¿Cómo va a ofrecer el cuerpo y la sangre del Señor a otros, y él mismo negarse a recibir el cuerpo y la sangre? Aunque es correcto que el oficiante se comulgue a sí mismo, es mejor que otra persona le dé la Comunión. Puede ser cualquier laico, de preferencia, algún líder de la congregación. Así se enfatiza más el aspecto comunitario de la Santa Cena.

Hay muchas otras costumbres con respecto a la práctica de la Santa Cena: el uso de copas individuales y el uso de panes que no son hostias son dos innovaciones recientes, por ejemplo. Aquí no es el lugar para discutir estas cosas. En realidad, esas costumbres no son tan importantes. Si algo

tiene un significado especial para el pueblo, como el uso de una sola copa o un solo pan, está bien. Pero también se permiten costumbres diferentes.

En el pasado, muchas veces no todos los miembros comulgaban. Había varios pretextos. Unos decían no estar preparados. Otros decían no sentirse dignos. Decir estas cosas, en realidad, es una afrenta al Señor. Es negarse a creer en su amor y su perdón, y su aceptación. Recordamos que Cristo "comía con los pecadores;" convivía con los publicanos, las prostitutas, y los malhechores. El no rechaza a nadie. Y con respecto a la falta de preparación, el Oficio mismo es preparación suficiente. Cualquiera que ha participado en el Oficio se ha preparado, pues todo el Oficio no es otra cosa que una preparación para la Santa Cena. Por lo tanto, no hay pretexto para no comulgar. El que comulga está expresando su unión y comunión con Cristo y con su pueblo. El que se niega a comulgar está negando su unión y comunión con Cristo y su pueblo. Está afirmando que no es parte de ese pueblo, y que no está en comunión con Dios. Por lo tanto, ningún miembro debe negarse a comulgar.

Sin embargo, a veces se presenta el problema de que hay algunos presentes que no son miembros de la congregación. Algunos dicen que estas personas no deben comulgar. Otros dicen que sí pueden. Es necesario entender los dos puntos de vista.

En primer lugar, si uno es bautizado, ya ha sido unido a Cristo y ya es parte de su pueblo. En la Iglesia Luterana, aceptamos como válido el bautismo de otras iglesias cristianas. Al decir que reconocemos la validez de su bautismo, estamos diciendo que reconocemos que también son cristianos, y que tienen a Cristo. Si esto es verdad, según algunos, ¿cómo vamos a negarles a Cristo en la Santa Cena, si ya viven unidos a él por su bautismo? Negarle a un cristiano a Cristo no es correcto. El único requisito para comulgar es el bautismo, porque el bautizado ya tiene a Cristo. Ya está unido a él. Todos estos puntos son válidos, y por una parte, sería difícil negarlos.

Sin embargo, otros no están de acuerdo, y también tienen puntos muy válidos. En la Santa Cena, estamos externando nuestra comunión, no sólo con Dios, sino unos con otros. Podemos unirnos unos a otros porque ya gozamos de la comunión unos con otros. Los miembros de una congregación se conocen. Son una comunidad. Y al participar todos en la Santa Cena, están expresando su unión en esa comunidad. Ya viven como uno. Y cuando viene alguien a comulgar que no es parte de esa comunión, y no vive unido a ella, ¿cómo va a unirse a ellos en la Santa Cena, diciendo así ser una sola cosa con ellos y miembro de su comunidad, cuando en realidad no vive unido a ellos, ni es miembro de su comunidad? O sea, todos los que comulgan son uno, porque viven unidos en su congregación. Por lo tanto, uno que no vive unido a ellos y no es parte de su comunidad no debe profesar ser uno con ellos y miembro de su comunidad cuando esto no es verdad. La comunidad nunca le ha dicho públicamente: "Tú eres uno con nosotros. Te aceptamos como hermano. Te recibimos como parte de nuestra comunidad. En nuestra comunidad, gozarás de muchos privilegios, y también compartirás muchas responsabilidades." Por lo tanto, como no es uno con ellos, algunos dicen que no debe comulgar.

Por supuesto, se podría responder a esto último diciendo que cualquier cristiano es un hermano, y es un miembro de la comunidad universal de los creyentes. Pero al decir eso, no se toma en cuenta que cada cristiano debe

vivir como miembro de una congregación local. Para ser miembro de la comunidad universal de los creyentes, hay que vivir en esa comunidad. Pero no se puede vivir en esa comunidad universal sin también vivir en una comunidad local y ser parte de ella. La única forma de ser miembro de la comunidad universal es siendo miembro de una comunidad local dentro de esa comunidad universal. Es imposible que uno sea parte de la comunidad universal sin ser miembro de una comunidad local. Y la verdad es que un cristiano que llega a una iglesia de la cual él no es miembro ni participa, ni participa en ninguna otra iglesia local, no está viviendo unido a la comunidad universal de los creyentes.

En otras palabras, estar unido a Cristo significa vivir unido a Cristo. Y no se puede vivir unido a Cristo sin vivir unido a la iglesia. Y no se puede vivir unido a la iglesia sin vivir unido a una iglesia local, y formar parte de la comunión de esa iglesia.

Hay que recordar que la Santa Cena no es sólo algo entre Dios y el individuo. Es una acción comunitaria. Y una acción comunitaria presupone una comunidad. Por lo tanto, según algunos, el que no forma parte de esa comunidad, y que nunca ha sido aceptado públicamente como miembro de esa comunidad, ¿cómo va a participar en la acción comunitaria, o sea, la acción de la comunidad, sin formar parte de esa comunidad? Por lo tanto, algunos insisten en que sólo los miembros que viven en una comunidad cristiana local deben participar de la acción comunitaria de esa comunidad, que ocurre en la Santa Cena. Por supuesto, se les debe invitar a los que no son parte de esa comunidad a que se unan a esa comunidad, pidiendo ser parte de ella. Pero ése es un proceso que se hace públicamente, y después de alguna preparación. Por eso, a veces se puede anunciar antes de comulgar que sólo los miembros de esa comunidad cristiana participen en ella, y al mismo tiempo invitar a los demás a tomar los pasos necesarios en el futuro para integrarse a esa comunidad.

Desgraciadamente, ha habido muchos ataques y polémicas entre los proponentes de cada uno de estos dos puntos de vista. Pero, en lugar de atacar y criticar, cada uno debe tratar de comprender al otro. Los proponentes del primer punto de vista, por una parte, no quieren negar el cuerpo y la sangre del Señor a un cristiano que los pide. Su motivación es el amor. No hay que criticarlos por eso. Pero, por otra parte, los proponentes del segundo punto de vista no están pensando solamente en el acto de comulgar o no, sino en el ser miembro de una comunidad. Al pedir que uno que no es miembro de esa comunidad que no comulgue, para después invitarlo a formar parte de esa comunidad, están pensando más bien en el integrar a ese individuo a la comunidad. Quieren que se integre a la comunidad, no sólo para poder comulgar, sino para poder vivir dentro de una comunidad cristiana. Están diciéndole al individuo: "Tú estás fuera de nuestra comunidad, pero queremos ayudarte para que tú también puedas llegar a formar parte de ella." Los proponentes del primer punto de vista, al aceptar que comulgue ese individuo que no es miembro, están diciéndole que sí es parte de la comunidad, cuando no lo es en realidad. Así, ese individuo puede pensar que ya es parte de esa comunidad sin hacer ningún esfuerzo por entrar realmente en esa comunidad, lo cual no es bueno para él, porque no va a recibir la instrucción y la preparación necesarias para aprender a vivir en esa comunidad.

Así, los proponentes de cada punto de vista tienen cosas en su favor y en su contra. Los primeros, que ofrecen la Santa Cena a cualquier cristiano que entre a la iglesia, no negarán el cuerpo y la sangre del Señor a nadie,



pero su comunidad tenderá a ser más débil y no bien definida, porque cualquiera que entre se podrá considerar miembro de esa comunidad. Si la comunidad no está bien definida, y si cualquiera puede ser parte de esa comunidad sin aprender a vivir primero en ella y aceptar ciertas responsabilidades, esa comunidad no estará bien unida. ¿Cómo podrá estar bien unida si nadie sabe ni quién es miembro de la comunidad? Por otra parte, los que comparten el segundo punto de vista negarán el cuerpo y la sangre del Señor a un cristiano que no es miembro de su comunidad, y eso puede parecer una falta de amor. Pero, por otra parte, tendrán una comunidad más unida, y si ese individuo se incorpora a esa comunidad, gozará de una comunión muy estrecha y muy bien definida. Habrá recibido instrucción y preparación para vivir en esa comunidad, habrá sido aceptado públicamente por todos en la comunidad, y por eso su participación en la comunidad será mucho mayor.

Por lo tanto, los proponentes de cada punto de vista deben hacer el esfuerzo por entenderse por medio del diálogo. No hay respuestas fáciles a este problema. Requiere de más consideración de parte de todos, y de un esfuerzo de comprensión mutua.

Hay dos partes más que debemos notar al hablar de la Santa Comunión. A veces se cantan himnos. Estos se pueden cantar antes, durante, o después de la Comunión. Sirven para enriquecer la experiencia de la Santa Comunión y explicar su significado.

El otro punto es éste: muchas veces, todo se hace tan a prisa que no hay tiempo para meditar. La falta de tiempo para que todos mediten en lo que están haciendo tiende a empobrecer la Comunión. Esto es verdad no sólo para antes y después de la Comunión, sino también en otros momentos. Pero es bueno en especial para la Santa Comunión, por su importancia que tiene. Veremos esto más en el último capítulo.

### El Cántico después de la Santa Cena

Una costumbre luterana en el Oficio es el uso del Nunc Dimittis después de la Santa Cena. "Nunc Dimittis" significa "Ahora despides," las primeras palabras del Canto. Esto no se hace en la liturgia actual de ninguna otra iglesia, y ha desaparecido de las liturgias luteranas nuevas.

Una de las razones para quitarla (aparte de no ser tradicional en otras liturgias) es que se considera que es un canto individualista, en lugar de comunitario, ya que habla en términos de "yo" y no "nosotros." Sin embargo, no es del todo verdad esta afirmación. Vamos a considerar el significado del Nunc Dimittis en conexión con la Santa Cena.

El Nunc Dimittis es el Canto de Simeón, cuando él vio al niño Jesús, como el Señor le había prometido (ver Luc. 2:25-32). Pues, como Simeón, nosotros también acabamos de ver a Cristo y de experimentarlo en la Santa Cena. Por lo tanto, nuestra situación es parecida a la de Simeón. El canto dice: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tus palabras; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos." Entonces, como Simeón, hemos visto la salvación en Cristo al comulgar. Nos estamos despidiendo, como dice el canto, después de haber visto esa salvación. Luego sigue el canto: "Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel." O sea, estamos diciendo que Cristo alumbra a los gentiles, esto es, al mundo entero, a las gentes de todas partes. Ha preparado su salvación en pre-

sencia de todos los pueblos. Esta salvación es para el mundo entero. Y también, menciona al pueblo escogido, el cual ha sido llenado de gloria. La Iglesia es el Nuevo Israel, que lleva la gloria de Dios. Finalmente, el canto termina con una doxología.

¿Cuáles son los temas, entonces, del Nunc Dimittis? Son los siguientes: 1. Despedida después de haber experimentado al Salvador; 2. La salvación prometida al mundo entero; 3. La iluminación de todas las gentes; 4. La glorificación del pueblo escogido; y finalmente, 5. en la doxología, la glorificación ahora y siempre del Dios Trino. Si nos fijamos bien, cada uno de estos temas es muy apropiado para este momento del Oficio. Ya estamos para despedirnos, después de haber experimentado al Salvador Jesucristo en la Santa Cena. Vamos a salir al mundo para transformarlo, llenarlo de Cristo, "salvarlo," "iluminarlo" con la presencia del Salvador en nosotros. El pueblo se va a dispersar, pero ese pueblo seguirá existiendo, y viviendo lleno de la gloria de Dios, que seguirá reflejándose en sus caras, igual como ocurrió con Moisés después de bajar del monte santo. Y salimos bendiciendo y glorificando al Dios Trino, en todo momento, ahora y para siempre en nuestra vida, como dice el canto.

Por lo tanto, diríamos que aunque el Nunc Dimittis no es tradicional en otras liturgias, es un canto muy apropiado para después de la Santa Comunión. Por supuesto, no es esencial, ni es necesario incluirlo. Pero al mismo tiempo, no tenemos que adherirnos al pasado y a lo que es tradicional en otras iglesias. En realidad, el canto del Nunc Dimittis después de la Santa Cena es una costumbre muy positiva y muy bella de la Iglesia Luterana. ¿Por qué quitarlo?

#### La liturgia después de la Santa Comunión

La liturgia después de la Santa Comunión es muy variable. Todas las liturgias contienen, cuando menos, una oración y una bendición. A veces también hay otros versículos con respuestas. En el Culto Cristiano, por ejemplo, después del Nunc Dimittis, el pastor dice: "Dad gracias al Señor, porque él es bueno," y el pueblo responde: "Y por siempre es su misericordia." Aquí, una vez más, resalta el tema de la acción de gracias en relación con la Santa Cena. Esta es una cita del Sal. 107:1 (y otros Salmos). Así, damos gracias por lo que Dios ha hecho en la Santa Cena por nosotros y en nosotros, y recordamos una vez más su bondad y su misericordia para con nosotros.

Después sigue una oración. En esta oración otra vez se resalta el tema de acción de gracias, pero también se le pide al Señor que el cuerpo y la sangre de Cristo que hemos recibido tenga un efecto en nosotros, cambiándonos y transformándonos, para que nuestras vidas en el mundo reflejen esa transformación y esa nueva vida que hemos recibido. En otras palabras, pedimos que lo que hemos hecho tenga un efecto positivo en nuestra vida diaria, y que siempre vivamos unidos a Dios. Pedimos, en primer lugar, por una mejor relación con Dios, y en segundo lugar, por una mejor relación con otros. Pedimos amar más. Esa es la idea central de esta oración. Las palabras de la oración pueden variar, y casi todas las liturgias contienen más de una oración para que el oficiante pueda escoger. Debe escoger la que contiene ideas más parecidas al tema del día.

Después de la oración, algunas liturgias incluyen otra salutación: "El Señor sea con vosotros," "Y con tu espíritu." Esto se encuentra en el Culto Cristiano y en la Misa Romana. Ahora que va a salir el pueblo, el pastor y el pueblo se deseen mutuamente que el Señor esté con todos. Van a sepa-

rarse, al irse cada uno a su casa; pero también van a permanecer unidos en espíritu, por estar todos unidos al mismo Señor. Esta petición, entonces, significa que cada uno quiere que el Señor acompañe al otro ahora que todos se despiden.

El Culto Cristiano también incluye lo que se llama el Benedicamos, que significa "Bendigamos" en latín: "Bendigamos al Señor," "Démos gracias a Dios." Una vez más, bendecimos al Señor que nos ha mostrado su amor y su bondad en el Oficio, y le damos gracias. Otra vez notamos la centralidad del concepto de la acción de gracias. El uso de este versículo es también muy antiguo, aunque no se usa ahora en otras iglesias.

Finalmente, el pastor bendice al pueblo. Hay diferentes bendiciones que pueden usarse. En la Iglesia Católica Romana, se usa una bendición trinitaria: "La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros." Esta bendición se usa a veces también en la Iglesia Luterana. Sin embargo, la bendición tradicional luterana, introducida por el mismo Lutero, es la bendición Aarónica de Núm. 6:24-26. Esta bendición es también muy hermosa. El único problema es que a veces es difícil de entender, ya que habla del "rostro" del Señor, el cual el Señor hará "resplandecer" sobre nosotros y "volverá" a nosotros. El rostro simplemente significa su presencia y su favor. Por lo tanto, esas frases significan que el Señor sigue viéndonos, cuidándonos, y favoreciéndonos. La bendición sirve para pedir que Dios acompañe a todos ahora que están para irse. El pastor también hace la señal de la cruz al bendecir. La señal de la cruz nos recuerda una vez más nuestra unión con Cristo y que nuestra vida está ligada a su vida sacrificial. Un punto más con respecto a la bendición Aarónica: generalmente se considera como una bendición trinitaria, porque lleva tres partes.

Algunas liturgias luteranas agregan aquí otros versículos después de la bendición, como liturgias no luteranas. Estos versículos, como "Vayan en paz, sirviendo al Señor," o "Salgamos en el nombre de Cristo," o "Salgamos con gozo al mundo, en el poder del Espíritu," sirven para recordar al pueblo que todo lo que ha ocurrido en el Oficio debe reflejarse en su vida diaria. Generalmente, a estos versículos el pueblo responde: "Demos gracias a Dios." Así, la acción de gracias que se ha hecho en el Oficio debe continuar en la vida de cada uno de los cristianos.

En fin, la liturgia después de la Santa Comunión sirve para recalcar la idea de acción de gracias, en especial por lo que el Señor ha hecho en la Santa Cena, y también para recordar al pueblo el cambio y la transformación que el haber participado en la Santa Cena debe tener en su vida.

## XII. OTROS OFICIOS Y ORDENES LITURGICOS

En los capítulos anteriores, hemos considerado extensamente el Oficio Mayor. Se llama "Oficio Mayor" porque es el Oficio de más importancia, porque en él se celebra la Eucaristía. Este Oficio se ha empleado siempre los domingos y también en otros días festivos de la iglesia.

Sin embargo, hay otros oficios en la iglesia, los "Oficios Menores." Estos Oficios son oficios mayormente devocionales. También tienen una historia muy antigua. En el Nuevo Testamento, sabemos que Jesús oraba en distintas horas del día. Oraba en la noche (Luc. 6:12), y se levantaba muy temprano en la mañana a orar (Mar. 1:35). San Juan nos da a entender que igual como Jesús fue a Getsemaní a orar en la noche que fue entregado, había hecho muchas veces, y por eso Judas sabía dónde iba a estar (Jn. 18:1-2).

Esta también era una costumbre judía. Los judíos fijaban ciertas horas del día para orar. En el Salmo 119:164, leemos que oraban siete veces al día. Sabemos que después de la resurrección de Jesús, los discípulos continuaban este costumbre. Oraban a la medianoche (Hech. 16:25), y a otras horas del día (Hech. 3:1, 10:9). Estas oraciones a veces se hacían en privado, y otras veces en pequeños grupos.

Esta costumbre fue continuada en la iglesia primitiva. Primero, había tres horas de oración: en la mañana (antes del amanecer), en la tarde, y en la noche. San Benito, en el siglo VI, fue el primero en establecer como regla siete horas de oración (aunque probablemente existía esta práctica antes). Maitines y Laudes se combinaron en una hora, al amanecer. Luego Prima, antes de comenzar a trabajar; Tercia, a las 9:00 a.m., Sexta, a las 12:00, Nona a las 3:00 p.m., Vísperas, al anochecer, y Completas, antes de acostarse. Estas horas de oración se guardaban más que nada en los monasterios. A veces la gente que vivía cerca de uno de los monasterios también asistía.

De todas estas horas, las más importantes eran Laudes (o Maitines) y Vísperas. Estos son los oficios menores que hemos conservado en la Iglesia Luterana. Estos oficios se usaban todos los días, aun en domingo. En este último caso, se usaba el Oficio de Maitines temprano, y más tarde el Oficio Mayor, y en la noche el Oficio de Vísperas.

En la Iglesia Luterana, cuando la vida monástica cayó en desuso, los Oficios del día también cayeron en desuso por algún tiempo. Después comenzaron a usarse nuevamente en las escuelas, y poco a poco se fueron usando más. Estos Oficios no tenían que ser dirigidos por el pastor; un laico los podía (y puede) dirigir.

Cada uno de estos oficios tenía su orden. Estos órdenes al principio fueron más sencillos; se cantaban Salmos, se leía la Biblia, se cantaban himnos, y se decían oraciones. Sin embargo, poco a poco se fueron haciendo más complejos. Se cantaban todos los Salmos en el período de una semana, o de un mes, y se trataba de leer la Biblia entera en un año. Se multiplicaron las antífonas, los responsorios, y se leían porciones de las vidas de los santos. Se extendían mucho los Oficios, y había una necesidad de simplificarlos. Hubo varios intentos de reformar los Oficios antes de la Reforma, y aun en la Iglesia Católica Romana ha habido una reforma y una simplificación radical de estos oficios.

Esa simplificación ocurrió también en la Iglesia Luterana. Se redujo el número de Salmos y lecturas bíblicas a 1 ó 2 (antes había hasta 9 a veces; otras veces 4 Salmos y 4 lecturas). También se combinaron Maitines y Laudes en un solo oficio (ahora llamado "Maitines"), y se combinaron Vísperas y Completas en un solo oficio (ahora llamado "Vísperas").

Es muy raro en la Iglesia Luterana encontrar comunidades donde se reúnen los cristianos todos los días en la mañana y en la noche para los oficios menores. Esto podía hacerse en el pasado, cuando los pueblos eran pequeños y hasta en las ciudades uno podía ir caminando al templo. Posiblemente sería posible hacerlo actualmente en un pueblo pequeño, pero es casi imposible en la ciudad. Por lo tanto, Maitines y Vísperas ya no son oficios diarios, como antes. Cuando mucho, se celebran una vez por semana en algunas iglesias, y en muchas ni eso.

Sin embargo, estos Oficios pueden usarse en un hogar. Qué hermoso sería que los miembros aprendieran a usarlos para sus devociones diarias. También pueden usarse en el templo en días festivos, cuando el pueblo quiere reunirse.

Generalmente, estos oficios no se hacen desde el altar. El uso del altar está limitado para el Oficio Mayor. El oficiante se puede parar a una distancia del altar para los Salmos y las Oraciones. Sin embargo, si se recoge una ofrenda, esto se puede poner sobre el altar (aunque la ofrenda no es necesaria). A veces el oficiante se para en frente del altar para las oraciones, y esto no queda prohibido, por supuesto. Sólo se recomienda que el altar se reserve para el uso del Oficio Mayor. Esto se debe a que el tema central en los Oficios Menores no es sacrificial, como en el Oficio Mayor.

#### El uso apropiado de Maitines y Vísperas

Antes de considerar en detalle los Oficios de Maitines y Vísperas, debemos notar que en algunas iglesias luteranas, se ha usado el Oficio de Maitines (y, raras veces, Vísperas) como sustituto para el Oficio Mayor los domingos. Esto, en realidad, no es correcto. Por supuesto, se puede usar el Oficio Matutino antes del Oficio Mayor, igual como se puede usar el Oficio Vespertino en la noche el domingo. Pero éstos no deben ser sustitutos para el Oficio Mayor, sino complementos. Ni tampoco se le debe decir a la gente que puede asistir al Oficio Matutino o al Oficio Vespertino en lugar de asistir al Oficio Mayor. Si asiste al Oficio Matutino o al Vespertino, también debe asistir al Oficio Mayor.

¿Por qué no debe usarse el Oficio Matutino (o Vespertino) como sustituto del Oficio Mayor? La razón es que, como hemos notado anteriormente, el domingo es el Día del Señor. Ese es el significado de la palabra "domingo": "Día del Señor" (en latín, "Señor" se dice "Dominus"). Desde los primeros días del cristianismo, se llamaba a ese día "el Día del Señor." Esto hasta se encuentra en la Biblia, en Apocalipsis 1:10.

Le decían "Día del Señor" porque era el día en que el Señor había resucitado. Se celebraba ese día de una forma muy especial, por ese hecho. El Domingo era el día en que todos los cristianos "convivían" con el Señor. Era el día en que todos se reunían alrededor del altar para participar del cuerpo y la sangre del Señor resucitado. "¡El Señor vive!" Eso era lo que celebraban. Por lo tanto, ese día lo dedicaban a la comunión con el Señor resucitado.

Entonces, vemos que el domingo es el día para celebrar la resurrección del Señor en la Eucaristía. El domingo es el día en que el Señor se nos manifiesta a nosotros como resucitado, vivo. No está muerto. Lo experimentamos como un Señor vivo en la Santa Cena. Como las mujeres que fueron al sepulcro y los discípulos a los que se apareció el Señor el día domingo lo experimentaron como vivo, así nosotros los domingos lo experimentamos como vivo en la Santa Cena, cuando se aparece a nosotros, como se apareció a las mujeres y a los discípulos. El domingo es, sencillamente, el día para celebrar la Eucaristía. Esto ya lo hemos visto, y en el capítulo II notamos que esto lo decían siempre los primeros cristianos, y por eso siempre celebraban la Eucaristía ese día, y decían no poder vivir sin celebrarla.

Por lo tanto, Maitines y Vísperas generalmente no deben ser substitutos para el Oficio Mayor con la Santa Comunión en domingo. Sin embargo, son Oficios muy apropiados para otros momentos. No se quiere dar la impresión en este libro de que hay que celebrar la Santa Cena cada vez que se celebra un Oficio en la Iglesia. Los cristianos también pueden y deben reunirse para orar y meditar, como en Maitines y Vísperas. Son expresiones de su unión. Todos los cristianos deben reunirse para celebrar la Santa Cena en domingo; pero esto no significa que tienen que celebrar la Santa Cena cada vez que se reúnen. Pueden reunirse también sólo para orar y meditar. Aun así, Maitines y Vísperas derivan su significado del Oficio Mayor. Dependen de él. Son momentos para reflexionar y meditar sobre nuestra unión con Cristo, y nuestra comunión con el Padre y con otros. Esta unión ocurre en una forma real en la Santa Cena. Por eso, no es correcto que un cristiano sólo asista a Maitines o Vísperas sin nunca asistir al Oficio Mayor. En Maitines y Vísperas cantamos y oramos y adoramos a Dios; pero no son oficios para celebrar la Santa Cena. Y si nunca nos unimos al cuerpo de Señor Jesucristo en la Santa Cena, ¿cómo diremos que estamos viviendo en comunión con Dios? Es esencial orar, meditar, y adorar a Dios, como hacemos en estos dos oficios; pero el cristiano también necesita la Santa Cena.

Maitines y Vísperas, entonces, dependen del Oficio Mayor. En el Oficio Mayor nos unimos realmente al cuerpo de Cristo, en la Santa Cena. Pero necesitamos aprender a vivir en esa relación con Cristo siempre. Hay que meditar en lo que significa estar unido a Cristo. Hay que vivir todos los días en esa comunión con Dios. Y el fin de Maitines y Vísperas es ése: de ayudarnos a vivir siempre unidos a Cristo y en comunión con Dios. Reflexionamos sobre la "nueva vida en Cristo" que tenemos, en estos Oficios.

Hay dos períodos en el día cuando es bueno ponernos a meditar en nuestra fe: primero en la mañana, antes de comenzar las actividades del día, y luego en la noche, después de terminar las actividades del día. Por eso, se celebraban los Oficios de Maitines y Vísperas. Aunque generalmente no se pueden celebrar todos los días en el templo, pueden celebrarse en ciertas ocasiones, o pueden celebrarse todos los días en los hogares.

En el Oficio Matutino, el énfasis recae en la luz y el gozo de un nuevo día. Maitines es un oficio de alabanza y adoración. Esto distingue a Maitines de Vísperas, pues el énfasis en Vísperas está más bien en la contemplación y en la acción de gracias. Al comienzo de un nuevo día, lo dedicamos al Señor. ¿Y cómo se lo dedicamos? Comenzamos adorándolo, y cantándole alabanzas. Hacemos eso porque así queremos comenzar el día, para que ese espíritu de alabanza y adoración continúe en nosotros todo el día, y así ese día quede consagrado a Dios. Ese es el espíritu de Maitines.

En la noche, por otra parte, meditamos en dos cosas. Primero, meditamos en lo que ha ocurrido en ese día. Le damos gracias a Dios por las bendiciones recibidas en ese día. En segundo lugar, pedimos perdón por lo que hemos ofendido a Dios y a otros.

La otra cosa que hacemos en Vísperas es prepararnos para el nuevo día. Los antiguos siempre consideraban que el nuevo día comenzaba al caer la noche. Eso todavía se refleja en nuestra cultura. Por ejemplo, cuando hay algún día festivo, la celebración comienza la noche anterior, en la víspera. Por eso, el Oficio Vespertino también tiene la finalidad de prepararnos para el nuevo día que seguirá.

Maitines y Vísperas adquieren un significado especial cuando se celebran en domingo. En este caso, Maitines se convierte en una preparación para la Celebración Eucarística. Los asistentes cantan alabanzas y están gozosos por la anticipación de poder participar en la Santa Eucaristía. Por otra parte, Vísperas se convierte en un oficio en el que se da gracias por haber participado anteriormente en ese día en la Santa Cena, y se medita más en ella. También, como están todos para comenzar una nueva semana de trabajo que comienza el lunes, se preparan para esa semana recordando la Celebración Eucarística de ese día y pidiendo que esa Celebración lleve frutos en esa semana.

### El Oficio Matutino

Al considerar el Oficio Matutino en más detalle, nos presentamos con un problema: la gran variedad de tradiciones (esto también es problema con el Oficio Vespertino). Estos oficios no han sido tan fijos como el Oficio Mayor. Sin embargo, en nuestra tradición luterana, sí ha habido ciertos elementos que siempre se usan en el Oficio Matutino. Estos son los siguientes (entre paréntesis aparecen los elementos opcionales):

Versículos de Invocación con Gloria Patri y Aleluya

Invitatorio

Salmo 95

Himno o cántico (o los dos)

Otro Salmo (a veces sigue un himno después de este Salmo)

Las lecciones (con versículos y respuestas)

(El Sermón)

El Benedictus o el Te Deum Laudamos

Las oraciones y colectas (a veces con el Kirie)

El Padrenuestro

(Otras colectas)

(Benedicamus)

La Bendición

(También pueden cantarse himnos en otros momentos del Oficio)

Al principio, se usan estos versículos con respuesta: "Señor, abre mis labios," R: "Y publicará mi boca tu alabanza" (del Sal 51:15); "Oh Dios, acude a librarme," R: "Apresúrate, oh Dios, a socorrerme" (del Sal. 40:13). Estos versículos imploran la presencia de Dios, empleando versículos de los Salmos. Así invocamos su presencia. Después de esto, se canta el Gloria Patri. Con el Gloria Patri recordamos que es el Dios Trino al que hemos invocado, y comenzamos a glorificarlo. Eso es lo que hemos venido a hacer. También se canta el Aleluya después del Gloria Patri. El Aleluya es la palabra cristiana que celebra la resurrección de Cristo.

La usamos porque es gracias a la resurrección de Cristo que podemos acercarnos a Dios. Como siempre, el Aleluya se omite durante la Cuaresma.

Después sigue el Invitatorio: "Venid adoremos al Señor." R: "Porque él es nuestro Hacedor." Estas palabras están basadas en el v. 6 del Salmo 95. Su función es de instar al pueblo a adorar al Señor. Se hace mención de que él es nuestro "Hacedor," o "Creador." El tema de la creación, como veremos en seguida, es un tema central en el Oficio Matutino. A veces antes del Introito hay una sentencia de la Estación del Año Litúrgico, que da un motivo para adorar a Dios. El Invitatorio fue algo introducido por San Benito.

El Salmo 95 ha sido usado en el Oficio Matutino desde tiempos muy antiguos, y ahora en todas las iglesias litúrgicas ocupa en lugar al principio del Oficio Matutino. Se usa por dos razones. Primero, es un canto de alabanza. Así queremos empezar el día alabando a Dios. En segundo lugar, enfatiza la creación. La mañana, como la creación, es un principio. Es un nuevo comienzo. Cada mañana, en un sentido, somos "creados de nuevo," al crear Dios el nuevo día. Entonces, este Salmo 95 es un Salmo muy hermoso. Sin embargo, generalmente no se usa el Salmo entero, sino solamente los primeros siete versículos. Como siempre, después de un Salmo, se canta el Gloria Patri. Ya hemos mencionado que esto le da un significado cristiano al Salmo de origen judío. Recordamos que Cristo es el cumplimiento del Antiguo Testamento, y nos ha revelado a Dios de una manera perfecta.

Después del Salmo 95, hay varias opciones. Se puede cantar un himno. En este caso, el himno debe relacionarse con el tema de la adoración de Dios y el nuevo día. También se puede cantar o decir otro Salmo, antes o después del himno. Una tercera opción es el cantar o decir otro cántico de la Biblia.

Como hemos notado anteriormente, el uso de los Salmos es muy antiguo. El Salterio era el "himnario" principal de los cristianos primitivos. Siempre les daban un significado cristiano. Muchas veces cantaban más de un Salmo, y así se usa en los círculos católicos. Por lo tanto, se pueden usar diversos Salmos si se desea. Estos Salmos deben relacionarse con el gozo y la alegría de la mañana, y con la adoración. Ya notamos anteriormente las formas de usar los Salmos (p. 134), todo lo cual se puede aplicar al uso de los Salmos aquí.

A continuación se leen las lecciones bíblicas. No hay una regla general para las lecciones. Es bueno, cuando es posible, leer una del Antiguo Testamento, otra de una Epístola, y otra del Evangelio. También se puede usar una de las primeras dos junto con el Evangelio. Hay distintos leccionarios en uso. El Culto Cristiano tiene cuatro leccionarios distintos para Maitines y Vísperas. Sólo da una serie de lecciones para cada semana, así que si se celebra el Oficio Matutino o Vespertino más de una vez por semana, hay que usar otro leccionario. Un leccionario que tiene lecciones para todos los días se encuentra al final de la Versión "Nacar-Colunga" de la Biblia. La única desventaja posible con este leccionario es que tiene algunas lecciones de los libros apócrifos. Sin embargo, eso en realidad no es una desventaja necesariamente, ya que es bueno leer y conocer esos libros, como decía Lutero, a pesar de que no los consideramos canónicos. Hay otros leccionarios hechos por Iglesias Protestantes, o las Sociedades Bíblicas, pero estos no se basan en el Año Litúrgico, y por lo tanto no son muy apropiados para usarse en nuestra Iglesia Luterana.

Después de cada lección se usa a veces el versículo "Señor, ten piedad de nosotros," a lo cual el pueblo responde: "Demos gracias a Dios." Este uso es



una antigua costumbre católica romana. Lo que se pide primero, al decir: "Señor, ten piedad de nosotros," es que lo que se ha leído lleve frutos en la vida de los oyentes. Al decir: "Demos gracias a Dios," se le agradece por la Palabra que nos ha dado.

Después de las lecciones, se puede usar un Sermón. El Sermón no siempre es necesario, ya que lo principal en este Oficio es los Salmos, las lecturas, y las oraciones. Si se va a usar un Sermón, se debe basar en una porción del Salmo o de las lecturas que se han usado.

Hay dos cánticos tradicionales en el Oficio Matutino luterano: el Benedictus y el Te Deum Laudamos. Los dos son himnos muy antiguos que se han usado desde los primeros siglos del cristianismo. En la regla de San Benito, se cantaba el Te Deum Laudamos en el Oficio de Maitines, y el Benedictus en el Oficio de Laudes. El hecho de que hemos combinado estos dos oficios en uno significa que se puede cantar cualquiera de los dos (o también los dos, si se desea).

El Benedictus (de "Bendito" en latín, la primera palabra del canto) es el canto de Zacarías en Luc. 1:68-79. Se ha usado en la mañana porque habla de la luz y la aurora (casi al final). Es un canto que celebra la nati-vidad de Cristo, o sea, el "nuevo hombre" de la "nueva creación," de modo que resalta ese tema otra vez.

El "Te Deum Laudamos," (que significa "Te alabamos, oh Dios") es un canto muy antiguo, que data del siglo IV, por lo menos. Es tal vez el canto más hermoso, fuera de los cantos bíblicos, que nos han legado los primeros cristianos. Ningún canto es tan majestuoso y glorioso como éste. Lutero inclusive quería que el Te Deum Laudamos apareciera como el cuarto Credo Universal de la Iglesia, al lado de los Credos Apostólico, Niceno, y Atanasiano. Es un canto matutino, lo cual se entiende de la petición que tiene casi al final: "Dígnate, Señor, en este día preservarnos de pecado."

Siendo un canto tan hermoso, se debe hacer el esfuerzo por usarlo en la iglesia. Posiblemente podría tomar el lugar del "Gloria in Excelsis" algunos domingos en el Oficio Mayor, si es que no hay otra oportunidad de cantarlo (en las iglesias donde no se usa el Oficio Matutino). También se deben buscar otros momentos para usarlo. Sería muy difícil hallar un himno más hermoso que éste.

Después del cántico, siguen las oraciones y colectas. Se pueden usar oraciones escritas o improvisadas. También se pueden usar colectas. Se debe usar la Colecta indicada para ese domingo, si se celebra el Oficio de Maitines en domingo (aunque se usará también en el Oficio Mayor), o cuando se celebra el Oficio de Maitines entre semana, se debe usar la Colecta del domingo anterior. Esto también resalta la relación que el Oficio Matutino tiene con el Oficio Mayor del domingo. Las oraciones deben incluir peticiones generales. También deben incluir peticiones para ese día, para dedicarlo al Señor y pedir su presencia. Después de las oraciones, se dice el Padrenuestro. El Culto Cristiano recomienda decir primero las oraciones generales, luego el Padrenuestro, luego el Kirie, y finalmente las Colectas.

También se puede usar el Kirie en el Oficio Matutino. Esto puede ser incorporado a la oración general; en este caso, después de cada petición, el pueblo responderá: "Señor, ten piedad de nosotros." También se puede usar aparte.

Finalmente, el Oficio Matutino concluye con el Benedicamus, lo cual es opcional, y otra bendición. Generalmente, la bendición final es la Bendición Apostólica de 2 Co. 13:14 ("La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, ..."). Se reserva el uso de la Bendición Aarónica para el Oficio Mayor.

En fin, ése es el orden común de Maitines. Por supuesto, pueden hacerse cambios. Se pueden incluir otros himnos, o algunos cánticos bíblicos. También se pueden incluir otros responsorios. Pero lo que hemos presentado es el esquema general.

### El Oficio Vespertino

El otro Oficio Menor usado en la Iglesia Luterana es el Oficio de Vísperas. El Oficio Vespertino sigue más o menos el mismo esquema que el Oficio Matutino. Estas son las partes tradicionales:

Versículos de Invocación con Gloria Patri y Aleluya (u otros versículos)  
Salmo (a veces el Salmo 141; en este caso, también se usan otros Salmos)  
Himno o Cántico (de preferencia, el Cántico debe ser del Nuevo Testamento)  
Las lecciones (con versículo y respuesta)  
(El Sermón)  
(Otro himno)  
El Magnificat o el Nunc Dimittis  
La oración y colecta (o letanía)  
(El Kirie)  
El Padrenuestro  
La Colecta del Día (y otras Colectas)  
Benedicamus  
Bendición final

Como se ve, el Oficio Vespertino es muy parecido al Oficio Matutino. Aquí, se nos presenta otra vez el problema de que nuestro Oficio Vespertino es, en realidad, una combinación de dos oficios antiguos: Vísperas y Completas.

Vísperas era el Oficio que se usaba al caer la tarde (su nombre se deriva de la primera estrella que comúnmente se veía en el cielo, llamada "Véspero"). Este Oficio tenía una conexión con la encendida de las lámparas. El antiguo Oficio Vespertino comenzaba con la encendida de las luces, seguida por una cena, y luego se cantaban salmos y se decían oraciones. Pronto se dejó de usar la cena, y se combinaron los otros dos ritos. Algunos Oficios Vespertinos luteranos conservan la costumbre de encender de una forma ceremonial las velas al principio del Oficio Vespertino.

En la Iglesia Romana antigua, no había un salmo específico para el Oficio Vespertino. En la Iglesia Oriental, sin embargo, se usaba (y se usa) el Salmo 141. El Cántico que siempre se usaba es el Magnificat (Luc. 1:46-55). "Magnificat" significa "Engrandece", como el cántico comienza.

El otro Oficio era Completas. Este se usaba en la noche, antes de acostarse. No había un Salmo específico en este Oficio, pero generalmente se usaba uno de los siguientes: 4, 31:1-6, 34, 91, ó 134. El Cántico usado era el Nunc Dimittis, del cual ya hemos hablado en el capítulo anterior. Completas también incluía una Confesión de Pecados.

Al combinar estos dos Oficios en uno, algunos problemas fueron creados. Primero, no es claro si se debe usar el Salmo 141, o uno de los otros cinco

Salmos que hemos mencionado, o ninguno en particular. El Culto Cristiano no menciona ninguno en particular. En segundo lugar, como en Maitines, tenemos dos cánticos de los cuales escoger.

No es fácil solucionar este problema si queremos conservar un solo Oficio de Vísperas. Celebremos ha solucionado este problema separando Vísperas (La Oración de la Tarde) de Completas (La Oración de la Noche). Así sigue el uso romano. Esta es una opción. También lo que se puede hacer es usar el Salmo 141 y el Magnificat si se usa el Oficio de Vísperas en la tarde, y uno de los otros cinco Salmos de Completas junto con el Nunc Dimittis, si se usa el Oficio de Vísperas en la noche.

Ya que el Oficio Vespertino se parece mucho al Oficio Matutino, sólo es necesario mencionar algunos puntos. Se puede comenzar el Oficio Vespertino con los mismos versículos de Invocación que Maitines. También se pueden usar versículos más apropiados para la tarde y la noche. Esto lo hace Celebremos. Estos versículos hablan de la luz en la noche (ya notamos la conexión de Vísperas con la luz) y del fin del día. Un tema que se asocia con Vísperas (o más bien, con Completas) es el fin de la vida y la preparación para la muerte y la otra vida.

Vísperas es un Oficio más solemne y contemplativo, como hemos notado. Al fin del día, meditamos en nuestros pecados y en lo que hemos ofendido a Dios. Por lo tanto, se puede usar una Confesión de Pecados. También los Salmos que se usan deben reflejar esto. En lugar de Salmos de alabanza, pueden ser Salmos más contemplativos. Pueden también ser Salmos de acción de gracias, ya que ése es otro tema de Vísperas.

Junto con las oraciones y las colectas, es común también usar una letanía. Una letanía es una oración formada por una serie de breves intercesiones. Después de cada intercesión, el pueblo puede decir: "Señor, ten piedad de nosotros," o algún otro versículo. Las intercesiones deben incluir peticiones de muchas clases. Más tarde en este capítulo veremos las letanías.

El resto del Oficio Vespertino es parecido al Oficio Matutino y no requiere de mayor explicación. En este Oficio también se pueden usar más himnos y cantos. Es común usar cánticos del Nuevo Testamento. Desafortunadamente, el Culto Cristiano incluye muy pocos cánticos del Nuevo Testamento. Los siguientes también son cánticos del Nuevo Testamento que se usan en las Vísperas de la Iglesia Católica Romana:

Ef. 1:3-10	Apoc. 4:11, 5:9-10, 12
Fil. 2:6-11	Apoc. 11:17-18, 12:10b-12a
Col. 1:12-20	Apoc. 14:3-4
1 Ped. 2:21b-24	Apoc. 19:1-7

En fin, en el futuro, la mejor opción probablemente será separar Vísperas de Completas, ya que estos Oficios son un poco distintos. El uso de cada uno dependerá si el Oficio se celebra al caer la tarde, o más tarde al fin del día.

Antes de terminar esta sección, debemos notar que es posible "resucitar" algunos de los otros oficios del día. Celebremos, por ejemplo, incluye una oración para el mediodía. Los oficios del día (Prima, Tercia, Sexta, y Nona) generalmente emplean porciones del Salmo 119. Tienen otras características también, como el uso de las bienaventuranzas de Mt. 5:3-12. Cada congregación debe considerar sus necesidades en el uso de estos oficios.

## El Orden de Santo Bautismo

Un orden muy importante (ya no es un Oficio) es el Orden del Santo Bautismo. No hay otro orden más importante en la iglesia, ni con tanto significado.

Antiguamente, todos los bautismos se hacían en el Domingo de la Resurrección. El período de preparación para los catecúmenos (los que iban a ser bautizados) era la Cuaresma, como veremos en el siguiente capítulo. Después, se usaban otros domingos para los bautismos, también. Estos eran: Pentecostés, el Tercer Domingo de Adviento (en el cual se recuerda a Juan el Bautista), y el Domingo del Bautismo del Señor (que es el Domingo después de Epifanía). Esto daba la oportunidad de tener domingos en otras partes del año para bautizar.

La razón para usar uno de estos domingos, y en particular el Domingo de Resurrección, tiene que ver con el significado del Bautismo. El Bautismo es sencillamente la unión de la persona con Cristo y con su cuerpo. Es la introducción de la persona al cuerpo de Cristo. Por lo tanto, la idea central es la de identificar al bautizado con Cristo. En Rom. 6:1-11, leemos del Bautismo como una introducción en la muerte y la resurrección del Señor. Por lo tanto, se celebraban los bautismos el Día de la Resurrección, par enfatizar que el bautizado "resucitaba" con el Señor a una nueva vida. O se bautizaban en domingos que enfatizaban la unión del cristiano con el Bautismo de Jesús, o con la venida del Espíritu Santo.

La práctica de bautizar en ciertos domingos no es obligatoria, y no siempre se puede. En un sentido, todos los domingos celebramos la resurrección del Señor, como vimos anteriormente en este capítulo. Celebramos el domingo precisamente porque es el día en que el Señor resucitó..

Sin embargo, con el correr del tiempo, el bautismo iba cambiando de significado. El cambio más importante que debemos notar es que se enfatizó únicamente la relación entre el bautizado y Dios (la relación vertical), y se dejó de hablar de la relación horizontal, la relación entre el bautizado y los demás miembros del cuerpo de Cristo. Este énfasis dio lugar a bautismos privados, en los que se bautizaba en cualquier día, y los únicos presentes eran el ministro, los padres y padrinos (en el caso de un niño), y amigos de la familia.

Esta práctica destruye por completo una gran parte del significado del Bautismo, en particular, en el caso de niños. Es necesario recordar y recalcar que el bautizado se está incorporando en una familia, un cuerpo, una comunidad. Se está haciendo miembro de la comunidad de los creyentes. Como parte de esa comunidad, los otros miembros de la comunidad lo van a cuidar, educar, y van a preocuparse por él. Por lo tanto, ellos deben estar presentes, para poder recibir públicamente a este nuevo miembro de su comunidad. Ellos están aceptando la responsabilidad de cuidar y educar a ese nuevo miembro de su comunidad. Excluirlos de estar presentes en el bautismo significa no permitir que ellos acepten esta responsabilidad públicamente. Hay que recordar que cada persona bautizada se convierte en ese momento en un "hijo de la iglesia." La iglesia, como comunidad, debe tener la oportunidad de ver la introducción del nuevo bautizado en su comunidad.

Por lo tanto, todo esto debe reflejarse en la práctica. En primer lugar, si es posible bautizar en uno de los domingos mencionados arriba, esto es muy recomendable. Por supuesto, se le debe explicar al bautizado

(o a los que lo llevan a bautizar) el significado de hacer el bautismo en ese domingo en particular. Si no es posible hacerlo en uno de estos domingos, se debe hacer en otro domingo, y no en sábado o entre semana. Por supuesto, hay que explicar por qué a los que quieren hacer el bautismo otro día.

De igual manera, no se deben hacer bautismos privados. Todos los bautismos deben hacerse en un Oficio Mayor, con otros cristianos presentes. El bautismo no es un evento social, sino un evento religioso. Lo importante no es tener parientes y amigos de la familia presentes que no son miembros de la iglesia. Ellos no están aceptando ninguna responsabilidad por el cuidado espiritual del niño bautizado. Los que tienen esa responsabilidad son los miembros de la congregación. Por supuesto, no queremos excluir a los miembros de la familia. Pero al final de cuentas, ellos no son los más importantes, sino los miembros de la congregación que van a asumir la responsabilidad de cuidar espiritualmente al bautizado, y que están aceptando al bautizado en su comunidad espiritual.

Hay algunos miembros de la congregación en particular que van a ser responsables por el cuidado espiritual del bautizado. Estos son, primero, los padres (del niño), y en segundo lugar, los padrinos. Los padrinos deben ser miembros de la congregación, o cuando menos, miembros de la comunión particular de iglesias, o denominación, en la que se va a bautizar el niño. Si no son miembros de la iglesia, ¿cómo van a cuidar espiritualmente al bautizado? ¿Cómo van a asegurar que ese niño va a conocer a Cristo y vivir dentro de la comunidad cristiana, cuando ellos ni son parte de la comunidad? Eso no es posible. Otra vez, si los padres del niño bautizado no quieren seguir esta regla, se les debe explicar el porqué los padrinos deben ser miembros de la Iglesia en la cual el niño va a ser bautizado. Repetimos: el Bautismo no es un evento social, sino religioso. Lo importante no es la relación social con otros, sino la relación del niño con Dios y con los demás miembros de su comunidad cristiana.

Los primeros cristianos dejaron muchos escritos acerca del Bautismo y de los ritos que se hacían. Todos los ritos tenían un significado muy especial e importante, y por eso nos lo han descrito en muchos escritos. Estos ritos deben usarse también entre nosotros, y se les debe explicar el significado a los bautizados y a los demás que participan en un bautismo.

Primero, la costumbre de vestir al candidato con un vestido especial es muy antigua. Antiguamente, este vestido se ponía inmediatamente después del bautismo. El vestido debía ser blanco. Esto significa la limpieza del bautizado después de ser "lavado." Esto se basa en dos series de pasajes bíblicos: primero, en la Transfiguración de Jesús, sus vestidos se hicieron blancos. En el Bautismo, el bautizado también es "transfigurado." Llega a ser otra persona. Como el cuerpo de Cristo fue transfigurado, así el cuerpo del bautizado llega a ser transfigurado, porque se convierte en la morada de Cristo.

La otra serie de citas es en Apocalipsis, donde leemos de los redimidos que visten vestidos blancos: Ap. 3:4, 4:4, y en particular 7:9. En este caso, el vestido blanco significa que ahora el bautizado es miembro de esa comunidad de los redimidos.

Las partes de la ceremonia bautismal varían en su orden. También varían según el candidato, pues el bautismo de un adulto es distinto del bautismo de un niño. Estas son las partes del orden de Bautismo:

Explicación del Significado del Bautismo  
Presentación del candidato para Bautismo  
(Oración por el candidato)  
Referencias bíblicas al Bautismo  
(Padrenuestro)  
Promesa de vivir en la nueva relación bautismal  
Renuncia del diablo  
Credo Apostólico  
Acto de bautizar  
Señal de la cruz sobre el bautizado  
Bendición bautismal con imposición de manos  
(Aceptación del bautizado hecha por la congregación)  
Bendición final

El Bautismo generalmente se debe hacer en el lugar del Credo en el Oficio Mayor. Esto se debe a que el Credo está estrechamente relacionado con el Bautismo. También puede hacerse al inicio del Oficio, simbolizando que el Bautismo es el principio de la vida cristiana.

Se puede comenzar el Orden de Bautismo con una invocación. Luego, el pastor explica al pueblo el significado del Bautismo. Esto es un momento importante, porque da oportunidad para que todos se den cuenta de lo que está ocurriendo. Se pueden mencionar algunos aspectos del Bautismo: la unión del bautizado con la muerte y la resurrección de Cristo, el llegar a ser hijos de Dios, naciendo de nuevo (Jn. 3:1-8), la nueva creación y el nuevo hombre en todos nosotros (que es Cristo), la recepción del Espíritu Santo, la incorporación al cuerpo de Cristo, etc. Todos estos temas ( y otros) pueden mencionarse aquí. Deben también mencionarse algunos de estos puntos en el Sermón ese día. El Orden de Bautismo en el Culto Cristiano es un poco deficiente en este respecto, ya que no da mucha explicación del significado del Bautismo.

Luego sigue la presentación del candidato. En el caso de un niño, los padres y padrinos dicen: "Presentamos a (nombre) para ser bautizado." En el caso de un adulto, se le pregunta: "¿Deseas ser bautizado?", a lo cual debe responder: "Sí."

Según el Culto Cristiano, aquí se puede hacer la señal de la cruz sobre el candidato. En realidad, es mejor hacer esto después del Rito de Bautismo, como veremos más adelante.

Una buena costumbre es la de hacer una oración por el candidato en este momento. La idea de la oración es presentar al niño a Dios, igual como el niño ha sido presentado por los padres y padrinos. En el caso de un adulto, también se puede orar para presentárselo a Dios.

Después de esto, se leen unas referencias bíblicas acerca del Santo Bautismo. Esto se puede hacer de dos formas. Una forma es de leer citas bíblicas, que tienen que ver con el Bautismo. La otra forma es de hacer una oración parecida a la Oración Eucarística; sólo que los temas tienen que ver especialmente con el Bautismo. En esta oración, se vuelve a relatar la historia de salvación, mencionando cosas relacionadas con el Bautismo: la creación del mundo por el Padre, que es la primera creación (el Bautismo es la segunda creación); el diluvio, en el que Noé fue salvado por Dios en medio de las aguas; la salvación de Israel por en medio del agua del Mar Rojo (ver 1 Co. 10:1-2); el bautismo de Jesús; el mandato de Jesucristo de bautizar; la unión con Cristo en su muerte y resurrección; y el papel del Espíritu Santo en la nueva vida. Todos estos temas se usaban mucho en la

iglesia primitiva, y le dan un significado especial al Bautismo. Esta segunda práctica es preferible, porque explica mejor el significado del Bautismo, basándose en la Biblia.

A veces, se usa en seguida el Padrenuestro. La razón de esto es, como hemos visto, que esta persona terrenal va a llenarse de lo celestial, que es la idea central del Padrenuestro. Esto lo vimos en el capítulo anterior. El uso del Padrenuestro es opcional.

En el caso de los niños, a continuación se pregunta a los padres y padrinos si cumplirán con su responsabilidad de hacer que el niño crezca viviendo dentro de la comunión y la comunidad en las que lo están introduciendo. Esto es muy importante. No deben introducirlo en esa comunión y en la comunidad cristiana si después no lo van a hacer vivir en esa comunión y comunidad. Por eso, como hemos dicho, los padrinos deben ser parte de esa comunidad cristiana, porque sólo así pueden prometer hacer crecer al niño en esa comunidad.

En el caso de un adulto, él mismo hace la promesa de vivir en esa comunión y permanecer en la comunidad en la que está entrando.

Después de esto, en el caso de niños, se dice a los padres y padrinos que contesten en el lugar del niño. Esto les parece muy mal a muchos, como si estuvieran metiendo palabras en la boca del niño, cuando en realidad el niño no puede responder por sí mismo. Les parece que están forzando al niño a aceptar algo sin que él pueda decir que sí o que no. Ese no es el sentido de esto. El significado es que los padres y padrinos están confesando su propia renuncia del diablo y su propia fe; y al mismo tiempo, están diciendo que el niño va a recibir instrucción en esa fe y lo van a enseñar a vivir también en esa fe y dentro de la comunidad cristiana. Al confesar su fe, están diciendo: "Nosotros sí vivimos en esta comunión; y este niño, al vivir con nosotros, también va a vivir dentro de esa comunión, y adentrarse más en ella al ir creciendo." Por lo tanto, la forma en que el Culto Cristiano presenta esto no es clara. Sería mejor que esto se explicara mejor con otro tipo de pregunta, como la siguiente: "Os invito a contestar las siguientes preguntas, expresando así vuestra renuncia del diablo y vuestra fe cristiana, en representación del niño, que también aprenderá a vivir dentro de la comunidad cristiana de la que vosotros sois parte, renunciando al diablo y profesando esta misma fe." Así se expresa mejor esta acción.

En seguida, sigue la renuncia del diablo. Esta es una de las partes más antiguas de la liturgia bautismal. El candidato tenía que mirar hacia el occidente (el occidente era simbólico del diablo, porque representaba las tinieblas, ya que ahí se pone el sol), y renunciar al diablo y todas sus obras. También lo hacían escupir en esa dirección, como si escupiera sobre el diablo. Aunque no hacemos esto, esta renuncia es una parte muy importante del rito bautismal. Representa que el bautizado ya no pertenece al diablo. Su vida ahora va a ser de Dios. Es propiedad de Dios, y ya no del diablo. De esta forma, el bautizado expresa su repudio total del diablo.

Después sigue el Credo. Esta es otra costumbre muy antigua. Todos los candidatos tenían que confesar su fe usando el Credo Apostólico. Es una profesión muy sencilla pero a la vez muy completa de la fe cristiana. Se puede hacer de dos maneras. El pastor puede preguntar cada parte del Credo, y los padres y padrinos (o el adulto) contestan. O los padres y

los padrinos (o el adulto) pueden recitar el Credo solos, de memoria o leyéndolo. Cualquiera de estas dos prácticas es buena, aunque tal vez la segunda es preferible.

Después sigue el Bautismo en sí. Al bautizar al niño, lo pueden tomar los padres, los padrinos, o el pastor. Esto es lo de menos, aunque es costumbre que los padrinos lo tomen en sus brazos. El pastor dice el nombre del candidato (lo correcto es usar sólo el nombre, y no los apellidos) después de haber preguntado cuál es el nombre del niño. Se le bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28:19), aplicando el agua a la cabeza del niño al mencionar cada una de las tres personas divinas. Se debe aplicar una buena cantidad de agua al bautizado. Se puede usar la mano o una concha bautismal. En algunas iglesias luteranas se está volviendo a la costumbre de bautizar a los niños por inmersión. Esto requiere de una pila especial y de una técnica especial. El bautismo del adulto no requiere de ninguna mención especial aquí.

Después del Bautismo, una costumbre muy antigua es la de hacer la señal de la cruz sobre el bautizado, en la frente y sobre el pecho. Este era uno de los ritos bautismales más importantes en la antigüedad. Se llamaba el "Sello." Representaba la unión del bautizado con Cristo, y que el bautizado está unido a Cristo en su muerte (ver Gál. 2:20 y Rom. 6:3-4). Este sello también se consideraba como una marca invisible que sólo Dios puede ver, que identifica al bautizado como propiedad de Dios. En el mundo antiguo, los sellos se ponían en los esclavos, de la misma forma en que se hierra a un animal, lo cual identifica al animal, o al esclavo, con su dueño. Para los cristianos, el Sello era la marca del "esclavo de Cristo," y eso daba significado especial al Sello bautismal.

El Sello también tendrá significado después en la vida del bautizado, cuando se persigne. Esta idea también existía entre los primeros cristianos. Es una costumbre que se ha descuidado en la Iglesia Luterana, que debemos volver a usar. El cristiano, al persignarse, recuerda su Bautismo, y traza la señal de la cruz que fue hecha sobre él. A propósito, esta es la razón por la cual acostumbramos persignarnos de derecha a izquierda en la Iglesia Luterana. El pastor en el Bautismo lo hace de izquierda a derecha desde su punto de vista, pero desde el punto de vista del bautizado es de derecha a izquierda. De esta forma, el bautizado traza la misma señal de la cruz hecha sobre él en el Bautismo. Como la señal de la cruz es muy importante y tiene mucho significado, no debe ser opcional (como en el Culto Cristiano), sino obligatoria.

Después se pronuncia una breve bendición bautismal, en la que se pide al Señor que conserve al bautizado en ese pacto bautismal. Aquí se le debe imponer las manos. La imposición de las manos siempre significa la imposición del Espíritu Santo. Esta bendición debe incluir una referencia al Espíritu Santo. Debe imponérsele al bautizado las dos manos. Esto también debe ser obligatorio, ya que la imposición del Espíritu Santo es uno de los significados más importantes del Bautismo.

Después de esto, una nueva costumbre es una aceptación de la congregación a su "nuevo hijo." Pueden darle la "bienvenida" públicamente, y decir expresamente que lo reciben como miembro de su comunidad. Esto no está incluido en el Culto Cristiano.

Finalmente, se le da la bendición final. Después de esto, se sigue con el resto del Oficio.



El Orden de Santo Bautismo, entonces, es muy hermoso y significativo. Todo este significado debe ser explicado a todos, para que todo el rito se llene de significado. En realidad, el Orden de Santo Bautismo del Culto Cristiano es bastante deficiente en varios aspectos. Necesita una revisión, y que se le agreguen las cosas que hemos mencionado.

### El Orden de Confirmación

Ha habido mucha discusión con respecto al significado de la Confirmación. El significado general de la Confesión es que es una afirmación del Bautismo. El Bautismo es eficaz en sí mismo, y no necesita de la Confirmación para ser válido. Antes de ser bautizado, en el caso de un niño, no le es posible recibir instrucción en la fe cristiana. La Confirmación sigue después de haber recibido esta instrucción. Es un reconocimiento de parte de la persona de la eficacia de su Bautismo en su vida. Hay mucho más que podríamos decir acerca de la Confirmación, y muchas preguntas que necesitan resolverse. Sin embargo, éste no es el lugar para eso.

El Orden para la Confirmación, por lo tanto, contiene ciertas partes del Orden de Santo Bautismo: la renuncia del diablo, el Credo y la imposición de manos. Contiene también referencias al Bautismo. Hay promesas hechas por los confirmandos, y oraciones por ellos para que sigan siempre en la fe.

Cuando se le bautiza a un adulto después de recibir instrucción en la fe, éste también es confirmado al mismo tiempo. Esto se debe a que antiguamente, el significado de la Confirmación era que la persona recibía el Espíritu Santo.

Hay mucho más que necesita consideración en el área de la Confirmación. Para la Iglesia Luterana, la Confirmación no es un sacramento, mientras para las Iglesias Católica y Ortodoxa sí lo es. También tiene un significado distinto en estas iglesias, y el significado que le damos no es el significado que se le daba antiguamente. Por lo tanto, necesitamos que todo lo relacionado a la Confirmación, tanto su significado como el Orden de Confirmación, sea estudiado profundamente.

### Otros órdenes y actos litúrgicos

Hay muchos otros órdenes y actos litúrgicos: para el Matrimonio, para la Confesión Pública, para la Confesión Privada, para Comulgar o Auxiliar a los Enfermos, para Encomendar a los Moribundos, para Funerales, etc. No tenemos espacio para mencionar todos estos. Sólo mencionaremos algunos aspectos de algunos de ellos con los cuales el lector posiblemente no esté familiarizado.

Una costumbre luterana del pasado era la de tener un Oficio de Confesión Pública antes del Oficio Mayor cuando se iba a celebrar la Santa Cena. A veces este Oficio se hacía la noche anterior al Oficio de Santa Cena, y a veces como un Oficio separado antes del Oficio Mayor. Esto se debía al énfasis que le daban a la preparación de la persona, y se usaba en lugar de la Confesión Privada usada en la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, esto reflejaba también la creencia de que lo más importante (o lo único) que ocurre en la Santa Cena es el perdón de los pecados. Aunque eso sí es importante, hay muchos otros aspectos de la teología de la Santa Cena que también son importantes, como la nueva vida, la unión con Cristo en su muerte y resurrección, etc.

Por lo tanto, aunque esta costumbre es buena, no es necesaria. Por supuesto, es bueno que todos se preparen antes de comulgar, no sólo durante el Oficio, sino la noche y la mañana anterior. Se les debe enseñar a los miembros a hacer esto. Pero no siempre se puede hacer un Orden de Confesión Pública antes del Oficio. Ya tenemos dentro del Oficio un momento para que todos puedan confesar sus pecados. Con esa Confesión, es suficiente. No es necesaria otra Confesión, ni antes ni durante el Oficio. Si se emplea otra Confesión antes de la Comunión (lo cual se usa también en la Iglesia Ortodoxa Oriental), debe ser una oración breve. Cuando se alarga más, la Confesión tiende a eclipsar la liturgia de la Comunión, lo cual no es bueno.

La Letanía es una oración muy antigua. Es una oración responsiva, con intercesiones breves a las cuales la congregación responde. La belleza de la Letanía es que incluye peticiones por casi todo: el mundo, la iglesia, los que sufren, etc. Es, sin duda, la oración más completa que tiene la iglesia, y posiblemente la más hermosa. Debe hacerse el esfuerzo por usarla más frecuentemente, por su profundidad y belleza. Puede usarse dentro de Maitines o Vísperas, o como un Oficio aparte. Sería una lástima perder o nunca usar esta oración tan hermosa.

La Oración Matutina y la Oración Vespertina originalmente se usaban en Maitines y Vísperas. Son un complemento a esos Oficios, aunque también pueden usarse por separado. Sin embargo, estas oraciones no deben desplazar los Oficios de Maitines y Vísperas. Los Oficios de Maitines y Vísperas son mucho más completos y más apropiados para usar en la mañana y en la noche.

Los otros órdenes y actos litúrgicos deben ser estudiados por los dirigentes y por los que los van a usar, de ser posible. El pastor debe saberlos usar, ya que algunos de ellos, como el de Funerales y la Encomendación de Moribundos, se usan en momentos en los que a veces no hay tiempo para prepararse. Otros órdenes, como el de Matrimonio y de Confirmación, deben ser explicadas a los que van a participar en ellos por el pastor, para que entiendan el significado del rito. Todos estos Ordenes generalmente dan el significado al evento o acto para el cual son usados, y por lo tanto, se debe explicar el significado de ese evento o acto basándose en el Orden correspondiente.

### XIII. EL AÑO LITURGICO

Desde los primeros días del cristianismo, los cristianos han celebrado ciertos días y épocas como especiales. Esta práctica tiene su origen en el judaísmo. Los judíos consagraban un día por semana, el sábado, dedicándolo al descanso y al Señor. También tenían muchas otras fiestas: la Pascua, la Fiesta de los Tabernáculos, Pentecostés, Yom Kippur (el Día de la Expiación), y otros. También tenían períodos de ayuno y penitencia. Esta práctica de consagrar ciertos días y tiempos al Señor fue continuada por la Iglesia Cristiana, pero con muchos cambios e innovaciones.

¿Cuál es la razón de dedicar ciertos días y tiempos al Señor, para celebración o para penitencia? En la Iglesia Cristiana, creemos que Dios ha intervenido en ciertos momentos de la historia. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, intervino en el Exodo, en la entrega de la Ley al pueblo, y en otros momentos. Algunas de estas intervenciones no eran favorables; como por ejemplo, la destrucción de Jerusalén por los babilonios. En Cristo, Dios intervino de una forma definitiva, en ciertos momentos de la historia: la concepción milagrosa de Jesús, su nacimiento, sus tentaciones, su bautismo, su pasión, muerte, resurrección, y ascensión, y finalmente al enviar el Espíritu Santo. Estas cosas ocurrieron en momentos específicos, dentro de la historia del mundo.

Por lo tanto, creemos que esos momentos y tiempos son especiales. Han cambiado y determinado nuestra historia como pueblo de Dios. Son los momentos decisivos de esa historia; si esos momentos no hubieran ocurrido, no seríamos un pueblo, porque Dios no habría intervenido en nuestro favor. Todavía estaríamos separados de él. Por eso, celebramos esos momentos y tiempos, porque celebramos la intervención de Dios en la historia humana para salvarnos. A veces hablamos de estas intervenciones como "la historia de salvación." La historia de salvación es la historia de todas las intervenciones hechas por Dios para salvarnos, como los eventos que acabamos de mencionar en el párrafo anterior, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, pero particularmente éste último.

La historia de la salvación incluye todas las intervenciones de Dios en la historia de la humanidad. Todos estos eventos eran necesarios para que nosotros pudiéramos ser salvos. Por ejemplo, era necesario que Dios interviniera en el Antiguo Testamento para preparar un pueblo suyo, para poder enviar a su Hijo Unigénito al mundo. Era necesario que ese Hijo de Dios viniera al mundo y tomara un cuerpo humano, lo cual hizo por medio de la Virgen María. Era necesario que un profeta, Juan el Bautista, preparara al pueblo para recibir al Cristo. Era necesario que Cristo también fuera bautizado, transfigurado, y crucificado. Y finalmente era necesario que resucitara y subiera al cielo, para enviar al Espíritu Santo sobre la iglesia. Sin todos estos eventos, la salvación de la raza humana no hubiera podido efectuarse de la forma en que se ha efectuado.

Por lo tanto, en la iglesia se han celebrado estos eventos desde tiempos muy antiguos. Porque cada uno de estos eventos tiene mucho significado para nuestra existencia cristiana. Al celebrar los eventos de la historia de salvación, no sólo estamos celebrando hechos del pasado; estamos celebrando hechos que tienen significado para nuestro presente. Al intervenir Dios en la historia, ha intervenido en nuestra historia; al actuar en el mundo, ha actuado en nuestro mundo. Nuestra situación sería otra si Dios no hubiera

intervenido; nuestra realidad sería muy distinta si Dios no hubiera actuado en el pasado para cambiar esa realidad.

Por eso celebramos estos eventos tan especiales. Celebramos el efecto que esos eventos tienen para nuestra situación ahora. Por ejemplo, al celebrar la Navidad, no sólo estamos celebrando un hecho del pasado; estamos celebrando un hecho que ha cambiado nuestro presente. Celebramos el hecho de que Dios decidió enviar a su Hijo Unigénito al mundo; de no haber hecho eso, no tendríamos esperanza. Esa intervención de Dios tiene mucho significado para nosotros aquí y ahora.

Igualmente, el hecho de que los magos visitaron a Jesús tiene significado para nosotros ahora. El hecho de que Jesús fue bautizado tiene sentido para nuestra realidad. Su transfiguración significa que nosotros también podemos llegar a ser "transformados", como él; su muerte, resurrección, y exaltación implican para nosotros una nueva relación con Dios. Y el hecho de que Jesús derramó al Espíritu Santo sobre la iglesia significa que también lo ha derramado sobre nosotros, que formamos parte de la iglesia.

Por lo tanto, celebramos la manera en que las intervenciones de Dios en la historia han cambiado nuestra realidad presente. Esos eventos siguen teniendo un efecto profundo en nuestras vidas. Por eso, creemos que debemos celebrar esos eventos. Al hacer esto, permitimos que Dios nos siga transformando por medio de esos mismos eventos. Permitimos que esos eventos cambien nuestras vidas aquí y ahora. De esta manera, esos eventos no quedan relegados al pasado, sino siguen teniendo un impacto profundo en nuestra realidad actual. De no celebrarlos, ya no permitiríamos que esos eventos siguieran transformándonos.

Por eso, insistimos en seguir celebrando esos eventos. El no celebrarlos, y olvidarlos, sería olvidarnos de lo que Dios ha hecho por nosotros. Sería olvidar todas las formas en que Dios ha actuado para transformarnos y convertirnos en sus hijos amados. Si olvidamos los eventos del pasado, nuestro presente pierde sentido. Se nos olvida quiénes somos y qué estamos haciendo aquí. Es necesario recordar lo que Dios ha hecho por nosotros, para recordar que somos sus hijos gracias a las formas en que él ha actuado en el pasado, y que quiere que vivamos unidos a él.

Entonces, al celebrar algún evento de la historia de salvación, en un sentido, participamos en ese mismo evento. Por ejemplo, cuando Dios envió a su Hijo al mundo, lo cual celebramos en Navidad, no sólo lo mandó al mundo antiguo. Nos lo mandó a nosotros. Nosotros también somos objetos de la acción de Dios de enviar a su Hijo, porque también ha venido a nosotros. Al preparar Juan el Bautista los corazones de la gente para recibir al Cristo, su predicación sirve también para preparar a nuestros corazones para recibir a Cristo. Él estaba predicando, no sólo para la gente de aquel entonces, sino también para nosotros. Al adorar los magos al niño Dios, reconociendo en él al Hijo de Dios, nosotros también participamos en ese evento, ya que nosotros también reconocemos la divinidad de Jesucristo y lo adoramos. Y así podríamos seguir nombrando las diferentes fiestas cristianas, y la forma en que nosotros participamos en esos mismos eventos. Tal vez la mejor forma de entender bien esto sería considerar tres ejemplos del significado de la celebración de ciertas fiestas más detalladamente.

Podemos considerar un ejemplo del Antiguo Testamento. Los judíos, en el Día de Pentecostés, celebraban la entrega de la Ley de Moisés al pueblo y el establecimiento del Pacto o la Alianza entre Dios y ellos. Luego, cuando en

siglos posteriores celebraban ese evento en el Día de Pentecostés, no consideraban eso como un evento sólo del pasado, sino también del presente. Al celebrar ese momento que había sido "transformado" y llenado de un nuevo significado, estaban participando en el evento original. Las generaciones posteriores celebraban el hecho de que ellos también habían recibido esa ley, y que ellos también habían entrado en el Pacto, o la Alianza. Volvían a vivir ese momento. Dios, al dar la Ley y entrar en el Pacto con el pueblo de Israel de aquel entonces, también estaba dando la Ley y entrando en el Pacto con las generaciones posteriores al mismo tiempo. En ese momento, estaba actuando no sólo en relación a los que estaban presentes en el Monte Sinaí, sino en relación con los descendientes del pueblo de Israel. Era el momento en el que todo el pueblo de Israel de todos los tiempos había recibido la Ley y había entrado en el Pacto con Dios.

Ahora, podemos considerar dos ejemplos de fiestas cristianas. La fiesta de Pentecostés, originalmente judía, fue "cristianizada" cuando el Espíritu Santo descendió sobre la Iglesia, y en particular, sobre los apóstoles. Pero en ese momento, Dios no sólo estaba derramando el Espíritu Santo sobre la Iglesia de aquel entonces, sino sobre la Iglesia de todos los tiempos. No sólo recibieron el Espíritu Santo los apóstoles; también lo hemos recibido nosotros, como resultado de lo que ocurrió aquel día. Entonces, al derramar el Espíritu Santo sobre la Iglesia en ese momento de Pentecostés, también a nosotros nos estaba dando ese mismo Espíritu Santo, porque somos objetos de esa acción también. Al darles el Espíritu Santo a ellos, también se lo estaba dando a todos los cristianos de todo tiempo y de todo lugar, porque al unirse cada cristiano a la Iglesia, recibe el Espíritu Santo que fue dado a la Iglesia en ese día. Posiblemente esto se entenderá mejor si lo decimos en negativo: si Dios no hubiera derramado el Espíritu Santo sobre la Iglesia en ese día (ni otro), nosotros no tendríamos el Espíritu Santo ahora. Pero sí lo derramó, y nosotros hemos sido beneficiados por ello.

Por lo tanto, cuando nosotros celebramos la fiesta de Pentecostés, no sólo estamos celebrando un hecho que ocurrió en el pasado. Estamos celebrando un hecho que también nos ocurrió a nosotros en ese día, porque nosotros hemos experimentado el efecto de ese hecho. Somos resultado de esa acción de Dios. Celebramos ese momento como un momento especial, y participamos del evento que ocurrió en ese momento.

El otro ejemplo que podemos dar es la Resurrección del Señor. Esto ocurrió en un domingo específico. Pero lo que ocurrió en ese domingo también tiene un efecto en nosotros. Al resucitar Dios a Jesús, estaba resucitando a un hombre. Pero la resurrección de ese hombre sólo fue la primera, porque va a seguir la resurrección de toda la humanidad. Ese evento que ocurrió en domingo, entonces, no sólo es un hecho que ocurrió en el pasado. Es algo que sigue ocurriendo: Dios sigue resucitando a hombres y mujeres, al uniros a su Hijo en el Bautismo. Por eso, siempre se celebran los bautismos en domingo, porque en el bautismo resucitamos a una nueva vida, unidos al nuevo hombre, Jesucristo. Por eso también los primeros cristianos siempre bautizaban el domingo de Pascua. Creían así participar en la resurrección de Jesús, como explica Pablo en Romanos 6.

Todo esto puede ser un poco difícil de comprender (posiblemente será necesario volver a leer los párrafos anteriores para entenderlo mejor). En otras partes de este capítulo volveremos a estas ideas, y daremos más ejemplos de ellas, por lo que esperamos que estas ideas queden más claras.

Sin embargo, lo que queremos enfatizar es que al celebrar determinado momento o día como "santificado," estamos participando en el evento que celebramos. Estamos celebrando el evento, no sólo como algo que ocurrió en el pasado, sino como algo que ha cambiado nuestro presente. Al "transformar" Dios un momento del pasado por su intervención, también nos ha transformado a nosotros en ese evento. Celebramos el significado de lo que ocurrió para nuestras vidas ahora. Celebramos la manera en que nuestras vidas han sido afectadas y cambiadas por el evento que ocurrió en ese momento. De esta manera, celebramos el evento como un hecho del presente, que nos transforma ahora, y no sólo un hecho del pasado.

En fin, la santificación de ciertos días y tiempos tiene la finalidad de santificarnos a nosotros. Es igual que la Santa Cena: la transformación del pan y el vino en la presencia del Señor sacrificado y resucitado no es un fin en sí mismo, sino tiene la finalidad de transformarnos a nosotros en la presencia de ese Señor. Asimismo, la santificación de días y tiempos tiene la finalidad de santificarnos y transformarnos a nosotros. Los eventos que celebramos nos transforman. Para participar de la salvación, necesitamos participar de los eventos que efectuaron esa salvación. Si no participamos en esos eventos, tampoco podemos participar en la salvación efectuada por esos eventos. Y la forma en que participamos en esos eventos de la historia de salvación es celebrándolos en el tiempo. Celebramos esa historia de salvación como nuestra propia historia, porque nosotros hemos sido salvados por esos eventos, y somos lo que somos por lo que ocurrió en esos momentos que celebramos. De esta manera, nos incorporamos en esa historia de salvación; formamos parte de ella, y parte del pueblo que existe gracias a ella. Y así participamos en la salvación que fue efectuada en los momentos que celebramos.

### La semana cristiana

Antes de considerar el Año Litúrgico, debemos considerar primero la "semana litúrgica." Los judíos celebraban la semana de siete días desde tiempos muy antiguos. Celebraban más que nada los sábados, el día en que Dios "descansó" después de haber creado el mundo. Por eso, ellos, al celebrar ese evento, participaban de ese "descanso" o "reposo" de Dios. "Sábado" significa "reposo" en hebreo, y lo guardaban como día de reposo. También tenían otros días, los lunes y jueves, cuando ayunaban.

Los cristianos, desde el principio, celebraron el primera día de la semana, el domingo, como hemos visto anteriormente. Ese era el día en el que había resucitado el Señor, y creían participar de esa resurrección ese día. Asociaban el primer día de la semana con la creación que ocurrió al principio. Por eso, el domingo es el comienzo de la nueva creación. En ese día, el "nuevo hombre" fue creado, o sea, Cristo. Por eso, celebraban ese día como la creación de ellos mismos, al ser todos los cristianos "nuevas personas," creadas en Cristo Jesús. Era el día de Jesucristo, en el que había sido hecho Señor y Salvador de todos en su resurrección. Antes de esa resurrección había sido un hombre como todos nosotros; pero en ese día, se convirtió en un hombre diferente, nuevo, un hombre glorificado, inmortal, eterno. Y así permitió que nosotros seamos como él, inmortales, eternos, si lo tenemos en nosotros. Por eso, se celebraba el señorío de Cristo en este día, participando de ese nuevo hombre en la Eucaristía.

También se consideraba el domingo como el "octavo día." La semana sólo tiene siete días, y el final de la semana (el sábado) representa el final

del mundo. Pero después del mundo decían va a amanecer un nuevo día, o sea, el Reino celestial en toda su gloria. Por eso, celebraban el domingo como el octavo día, que está más allá del fin del mundo representado por el séptimo día, el sábado. El octavo día está más allá del tiempo de este mundo,

Por lo tanto, el domingo siempre era el día de los cristianos. Era el día para participar de la nueva creación; y del nuevo hombre, Jesucristo. Era el día en que el Reino de Dios se había establecido, y en que ese Reino se les hacía presente de una forma especial. Era el día de la resurrección de la nueva vida, y para participar de esa nueva vida, que es nuestra por medio de Jesucristo. Por todas estas razones, siempre celebraban la Santa Cena ese día, ya que en la Santa Cena hacemos todo lo anterior: participamos de la nueva vida, la nueva creación; se nos hace presente el Reino de Dios al unirnos en la Santa Cena. Por eso, una vez más hay que repetir: el domingo es el día para celebrar siempre la Santa Cena, porque en ella participamos de la comunión celestial que fue establecida al resucitar él de entre los muertos.

Los primeros cristianos guardaban otros días también. En particular, guardaban los miércoles y los viernes como días de ayuno. Esta práctica parece tener su origen en los días de los apóstoles, ya que el Didajé lo menciona a principios del segundo siglo. Guardaban el miércoles, por ser el día en que Judas traicionó al Señor; así recordaban la manera en que todos nosotros, como Judas y junto con él, hemos traicionado al Señor por nuestro pecado. Guardaban el viernes por ser el día en que Cristo murió. Así recordaban la forma en que todos debemos morir con él al pecado, y ser crucificados al mundo con él (Gál. 2:20 y 6:14), crucificando la carne con sus pasiones y deseos (Gál. 5:24). Ese es el propósito del ayuno: el de hacer morir las obras de la carne, haciéndola "morir de hambre," no haciéndole caso en su deseo de dominarnos. San Pablo habla en 1 Co. 9:27 de "golpear el cuerpo, y ponerlo en servidumbre." Esa es la idea del ayuno. Es de no seguir los deseos del cuerpo, ni ser esclavo de esos deseos, sino de sólo ser esclavo de Cristo, y seguir los deseos de él.

Todavía se usa el ayuno estos días en la Iglesia Ortodoxa Oriental. Sin embargo, no se permite ayunar durante épocas de fiesta (cuando el color litúrgico es blanco). Tampoco se permite jamás ayunar en domingo, porque ése es el Día del Señor, y no debemos ayunar en el día en que el esposo (Cristo) está con nosotros (ver Mt. 9:15). Esta práctica de ayunar es una práctica muy buena y saludable, y debe volver a usarse más extensamente entre nosotros.

Algunos ayunaban también en sábado. En la Iglesia Oriental, sin embargo, era estrictamente prohibido (bajo pena de excomulgación), mientras en la Iglesia Occidental era una obligación por mucho tiempo. Sin embargo, los cristianos dejaron de celebrar el sábado judío como día de reposo. Esto ya aparece en la Biblia (Col. 2:16). Hay que enfatizar que no se hizo del domingo el nuevo día de reposo. Algunos grupos evangélicos sostienen esto, pero eso no es correcto. El día de reposo era siempre el séptimo día, el sábado. Nosotros ya no guardamos ese día. Nosotros ya no estamos bajo la Ley de Moisés, ni bajo este mandamiento, no importa que sea uno de los Diez Mandamientos. No estamos de ninguna manera intentando cumplir el Tercer Mandamiento de guardar el Día de Reposo al guardar el domingo. El domingo es el primer día (y el octavo), y no el séptimo.

## El significado del Año Litúrgico

El uso del Año Litúrgico es muy antiguo. Empezó de una forma muy sencilla, y poco a poco se fue desarrollando, hasta llegar a ser lo que tenemos hoy. La fiesta principal que celebraba la Iglesia era el Domingo de Pascua. Primero, celebraban este día todos los domingos. Luego fijaron un día especial para celebrarlo, como veremos más abajo (aunque todavía, en un sentido, lo seguían celebrando todos los domingos). Como hacían los bautismos ese domingo, fijaron un tiempo anterior para la preparación de los catecúmenos; esto era la Cuaresma. Después se fueron agregando otros días festivos, como veremos al considerar cada fiesta.

También fueron fijando ciertos días para conmemorar a los santos. Recordaban el día del martirio de los mártires, y fijaron fechas para recordar a los grandes cristianos que habían vivido. Esto también lo veremos más abajo.

El uso del Año Litúrgico (también llamado "Año Eclesiástico") tiene una doble finalidad. La primera finalidad es ésta: IDENTIFICARNOS CON LA HISTORIA DE SALVACION. Esto es mayormente lo que hemos visto en la primera parte de este capítulo. En el Año Litúrgico, se presenta toda la historia de la salvación, desde el Antiguo Testamento hasta el fin del mundo y el Reino celestial eterno. Esta historia nos dice de la formación del pueblo de Dios, del cual formamos parte. Ese pueblo comenzó a existir en el Antiguo Testamento, y existirá para siempre. Entonces, como miembros de ese pueblo, necesitamos participar de su historia, y adentrarnos en esa historia. Esto es lo que hacemos en el Año Litúrgico.

La idea básica es ésta: otros miembros de ese pueblo en el pasado han experimentado ciertos aspectos de la salvación. Ahora, esas experiencias del pueblo de Dios necesitan ser de todos los miembros del pueblo. Todos necesitamos experimentar los mismos aspectos de salvación. Tenemos que re-vivir lo que otros miembros del pueblo han vivido, para que sus experiencias sean también nuestras. En este pueblo, todo tiene que ser de todos; así, sus experiencias tienen que ser nuestras también.

Entonces, la idea del Año Litúrgico es de IDENTIFICARNOS con ese pueblo, y hacernos parte de él. Queremos incorporarnos en él, y nos incorporamos en él al participar en su historia. Al mismo tiempo, el que formó ese pueblo es Jesucristo. Por lo que él ha hecho, ese pueblo existe. Sin él, no existiría.

Por lo tanto, el Año Litúrgico también tiene la finalidad de IDENTIFICARNOS CON CRISTO. Todo el Año Litúrgico gira alrededor de la vida de Jesucristo, igual como toda la historia de salvación gira alrededor de él. Nosotros llegamos a ser parte del pueblo de Dios, y parte del cuerpo de Cristo, al estar unidos a Cristo. Necesitamos ser uno con él para ser uno con el Padre, como hemos visto muchas veces. Pero, para ser uno con él, necesitamos participar de todo lo que él hizo. Tenemos que ser uno con él en su vida, la vida que él vivió en la tierra y que sigue viviendo en el cielo. Si no somos uno con él en este sentido, no estamos en comunión con Dios, porque estamos separados de Cristo.

En otras palabras, la vida de Cristo tiene que llegar a ser nuestra vida. Por lo tanto, en el Año Litúrgico, participamos de los eventos definitivos de la vida de Cristo. Así nos unimos a él. Nos identificamos con él. Sabemos que al participar en su vida terrenal, participaremos también en su vida



celestial (ver Rom. 6:5, 8). Por medio del Año Litúrgico, participamos en su vida terrenal (y también su vida celestial). Nos incorporamos en esa vida, de modo que él vive en nosotros, y nosotros en él.

La salvación consiste simplemente en hacer que lo que sucedió en Jesucristo suceda en nosotros. Queremos identificarnos y unirnos a él, para que como él resucitó y subió al cielo, nosotros también resucitemos y subamos al cielo. Sólo así podemos ser salvos. Pero para resucitar con él, tenemos también que identificarnos con él en lo que hizo antes de resucitar. Esto lo hacemos en el Año Litúrgico. Nos identificamos con Cristo en toda su historia, para ser uno con él. De esta manera nos vamos uniendo más y más a Cristo, al compartir más y más su vida y sus experiencias. Esa vida se va haciendo más nuestra, y nos vamos uniendo más a él.

Y así, todo el pueblo de Dios se va uniendo más a Cristo, porque todos comparten la misma vida. Llegamos todos a compartir la misma historia y las mismas experiencias. Por eso, el Año Litúrgico nos hace participar en la vida de todo el pueblo de Dios--el pueblo que vivió antes de Cristo, durante su vida terrenal, y en épocas posteriores. El año litúrgico, entonces, nos identifica y nos une más a Cristo, y nos une y nos identifica más con otros cristianos que también son uno con Cristo. Así, el Cristo entero y su vida va siendo de todos, y somos incorporados a esa vida, y a su cuerpo. Al considerar las distintas épocas del Año Litúrgico, veremos cómo hacemos esto.

El uso del Año Litúrgico también tiene una finalidad más práctica: la de educarnos en la fe. No podemos conocer todos los aspectos de la historia de salvación y la vida de Jesucristo en un solo domingo. Pero por medio del Año Litúrgico, en el espacio de un año, podemos conocer todos los aspectos de esa historia. Podemos meditar en el significado de todo lo que ha ocurrido, ocurre, y ocurrirá en la historia de cómo hemos sido salvados. Esa es la finalidad más práctica del Año Litúrgico.

En fin, al usar el Año Litúrgico, nos injertamos en la historia de salvación, y nos injertamos en Cristo y en su cuerpo. Nos identificamos con el Cristo total, porque nos identificamos con todos los momentos claves de su vida salvadora. Así vamos creciendo en él, uniéndonos más y más a él y a su pueblo. Así Cristo es "formado en nosotros" (Gál. 4:19) y crecemos en Cristo.

Dentro del Año Litúrgico, hay dos "ciclos," o períodos. Hay el ciclo navideño, que depende de la Fiesta de Navidad. Y hay el ciclo pascual, que gira alrededor del Domingo de Pascua. Al considerar el Año Litúrgico, entonces, lo dividiremos en dos ciclos, y al discutir cada ciclo, comenzaremos hablando de la fiesta principal de cada ciclo, Navidad y Pascua, ya que los otros tiempos litúrgicos dependen de estas dos fiestas principales. La más importante de estas fiestas es la Pascua. Pero, por seguir un orden más parecido al Año Litúrgico, comenzaremos considerando el ciclo navideño. Sin embargo, antes de hacer eso, vamos a ver algunos cambios que se han hecho en el Año Litúrgico en los últimos años.

### Reformas del Año Litúrgico

Al principio de los años 1960, la Iglesia Católica Romana vio la necesidad de hacer ciertas reformas en el Año Litúrgico. Muy pronto, otras iglesias, como la Iglesia Luterana, reconocieron la validez y el provecho de esas reformas, y también las adaptaron en su mayoría. En las presenta-

ciones de los tiempos del Año Litúrgico notaremos algunos de los cambios más importantes. Sin embargo, aquí mencionaremos una reforma muy importante: el leccionario.

El leccionario es la lista de lecciones bíblicas que se emplean los domingos. Desde tiempos muy antiguos, se usaban ciertas lecciones todos los años para ciertos domingos. El problema con esto era doble: en primer lugar, se les hacía difícil para los ministros preparar un sermón diferente y nuevo todos los años basándose en las mismas lecciones. El uso del leccionario se hacía un poco monótono. En segundo lugar, había muchos pasajes muy hermosos y muy importantes que nunca se leían en los Oficios, porque no estaban incluidos en el leccionario, ni había lugar para ellos. Entonces, existía el deseo de incluir algunas de esas lecciones, y así usar una mayor parte de la Biblia en los Oficios.

Debido al hecho de que hay tres Evangelios Sinópticos (Mateo, Marcos, y Lucas) que narran muchas de las mismas cosas, se decidió hacer un nuevo leccionario de tres años. En este leccionario, habría tres series de lecciones para los Oficios, y cada año se usaría una serie diferente. En el leccionario, el primer año (año A) las lecciones serían principalmente de San Mateo; en el año B, serían principalmente de Marcos; y en el año C, serían principalmente de Lucas (en el caso de las lecciones del Evangelio). Porciones del Evangelio de Juan (que es el Evangelio muy distinto a los otros tres) se usarían en cualquier año en determinados domingos.

Entonces, primero se definieron las lecciones del Evangelio para todos los domingos, en el leccionario de tres años. Después, buscaron lecciones del Antiguo Testamento que concordaran con las lecciones del Evangelio, y que trataran los mismos temas del Evangelio del Día. Luego, para los domingos no ordinarios, también se fijaron lecciones de las Epístolas cuyo tema estuviera relacionado con el tema del Evangelio del Día. Entonces, en esos domingos la lección del Antiguo Testamento, de la Epístola, y del Evangelio tratan el mismo tema, y están relacionados entre sí.

Sin embargo, para los domingos ordinarios, se hizo algo diferente. En esos domingos, aunque la lección del Antiguo Testamento y del Evangelio están relacionados, la lección de la Epístola generalmente no tiene una relación clara. Esto se debe a que se quería dar la oportunidad de leer las partes más importantes de todas las Epístolas en el curso de los tres años. Por lo tanto, durante varios domingos del tiempo ordinario, se leen porciones de una sola epístola en orden. Por ejemplo, en el año C, comenzando con el Segundo Domingo después de Pentecostés, se lee Gál. 1:1-10 como la Epístola del Día. El siguiente domingo se lee Gál. 1:11-24; el siguiente se lee Gál. 2:11-21; el siguiente, Gál. 3:23-29. Y así, se leen las porciones más sobresalientes de esa epístola en orden, hasta terminar con ella el Séptimo Domingo después de Pentecostés. Luego, empezando con el Octavo Domingo después de Pentecostés, las lecciones vienen de la Epístola a los Colosenses. Se leen porciones de esa epístola en orden, hasta terminar con ella el Décimoprimer Domingo después de Pentecostés. Luego, se sigue con Hebreos, etc. Por eso, la lección de la Epístola del Día no concordará en su contenido con las otras dos lecciones en los domingos ordinarios. Sin embargo, la ventaja de esto es que se presta a la predicación en domingos consecutivos sobre alguna epístola en particular. Se recomienda que los predicadores aprovechen esto y de vez en cuando prediquen sobre alguna epístola por varios domingos consecutivos. Esto también permite que la gente lea las Epístolas en un orden lógico, lo cual facilita su comprensión.

Un libro problemático en todo esto fue el Libro de los Hechos, ya que no es ni Evangelio ni Epístola. Por lo tanto, incluyeron lecciones de ese libro en algunos domingos en el lugar de la lección del Antiguo Testamento.

Naturalmente, al hacer este nuevo leccionario, siguieron el nuevo calendario del Año Litúrgico que había sido introducido unos años antes. Este nuevo calendario no siempre está de acuerdo con el antiguo Año Litúrgico. Por eso, ha sido un poco problemático a veces el usar el nuevo leccionario con el Culto Cristiano, que está basado en el calendario litúrgico anterior. Por ejemplo, en el nuevo calendario, se cuentan los domingos del tiempo ordinario después de Pentecostés. Antiguamente, se contaban a partir de la Fiesta de la Santísima Trinidad. Esto ha creado algo de confusión. Otro ejemplo es que en el nuevo calendario, puede haber hasta ocho domingos después de Epifanía. En el antiguo calendario, sólo podía haber cinco. Esto ha creado el problema que cuando hay seis, siete, u ocho domingos después de Epifanía, no hay propios para esos domingos (los propios son el Introito, la Colecta, el Gradual, y las lecciones).

Esperamos que pronto se publique una traducción del nuevo calendario litúrgico, para usarse con el nuevo leccionario. En fin, se recomienda muy fuertemente el uso del nuevo leccionario, por las grandes ventajas y la amplia variedad que ofrece.

#### El Ciclo Navideño: La Navidad

La Navidad es una fiesta que fue introducida en el Año Litúrgico bastante tarde, en comparación con la Pascua. La Navidad comenzó a ser celebrada en el siglo IV. Algunos cristianos critican la celebración de Navidad por dos razones: primero, porque no es el día en que Cristo realmente nació; y segundo, porque originalmente era un fiesta pagana, y no cristiana.

En realidad, no sabemos en qué día nació Cristo. Es casi seguro que no nació el 25 de diciembre. Algunos han tratado de determinar si Cristo nació en invierno o primavera, o en qué época. Sin embargo, no sabemos, pero es muy dudoso que haya nacido el 25 de diciembre. No obstante, nosotros no decimos en la iglesia que Cristo nació ese día. De eso no depende la celebración. Lo que decimos es que escogemos ese día para celebrar el nacimiento de Cristo. En realidad, podría celebrarse cualquier día. Se ha escogido el 25 de diciembre para celebrarlo, y conservamos esa práctica.

En segundo lugar, el 25 de diciembre antiguamente sí era una fiesta pagana, en la que se adoraba al "sol invicto," después del solsticio invernal. Los cristianos escogieron ese día para celebrar el nacimiento de Cristo. Pero, al celebrar la Navidad, no estamos celebrando una fiesta pagana. Estamos celebrando una fiesta cristiana. Es verdad que esa fiesta pagana fue convertida en una fiesta cristiana. Pero eso es precisamente lo maravilloso del cristianismo. Tierras paganas, dedicadas a la adoración de dioses paganos, fueron convertidas en tierras cristianas, dedicadas a la adoración del verdadero Dios. Personas que adoraban a dioses falsos fueron convertidas en personas que adoraban al único Dios. Así ha pasado con todos nosotros. Nuestros cuerpos y nuestras mentes, que antes eran del diablo y eran empleados para servirlo a él, han pasado a ser cuerpos y mentes que pertenecen a Dios y lo sirven a él. Esa es la transformación que en todos ha ocurrido. Así también ocurrió con esta fiesta. Ese día, el 25 de diciembre, que estaba dedicado al servicio del diablo, llegó a

estar dedicado al único Dios. Una fiesta en la que se adoraba a dioses falsos fue convertida en una fiesta en la que adoraba al verdadero Dios, igual como nuestras lenguas que adoraban a dioses falsos fueron convertidas en lenguas que adoraban al verdadero Dios. Por lo tanto, al celebrar el 25 de diciembre, ya no estamos celebrando una fiesta pagana, de ninguna manera, sino una fiesta cristiana.

El tema principal de la Navidad es ésta: LA VENIDA DEL SEÑOR AL MUNDO. Al decir "el Señor," queremos decir "Cristo" en especial. Es una fiesta en la que celebramos el amor de Dios, al enviar a su único Hijo al mundo. Recordamos cómo Dios se hizo hombre, para venir a habitar entre nosotros.

Como antes dijimos en este capítulo, nosotros ahora participamos de ese evento. Porque Cristo no sólo vino al mundo de aquel entonces; vino a nuestro mundo, a nosotros. Y al venir a nuestro mundo, se vino a quedar; entró en nuestro mundo, y aquí ha estado desde entonces. Ha entrado en nuestro mundo y en nuestras vidas. Ha venido a habitar entre nosotros. En ese sentido, la Navidad no sólo celebra un hecho del pasado, sino un hecho que tiene que ver inmediatamente con nosotros, aquí y ahora.

En la Navidad, no sólo recordamos la primera venida de Cristo. Recordamos y anticipamos también su segunda venida, cuando "vendrá en gloria a juzgar a los vivos y a los muertos." Creemos que así como Dios prometió que Cristo vendría, y sí vino, así también ha prometido que vendrá otra vez, y sí vendrá. Por eso, como su primera venida llenó al mundo de gozo, así también su segunda venida nos llena y llenará de gozo.

La Navidad, entonces, es una fiesta de gozo y alegría. Recibimos al Señor con regocijo en el corazón. Celebramos su venida al mundo, y a nosotros, porque ha venido a todos nosotros. Ese es el significado de la Navidad. Es algo que ocurrió en el pasado que ha cambiado radicalmente nuestro presente.

El color litúrgico de Navidad es blanco. El blanco es el color de alegría y fiesta. Es el color de gloria, como vimos el capítulo pasado al hablar del vestido bautismal. Es como la luz blanca, que nos invade y nos ilumina. Como los vestidos de Cristo, al ser transfigurado, se volvieron blancos, así es la gloria de esta fiesta, una anticipación del cielo.

La celebración de Navidad dura 12 días, hasta Epifanía, que cae en 6 de enero. Por lo tanto, todos estos 12 días que siguen después de Navidad son parte de la fiesta. Siempre hay por lo menos un domingo después de Navidad, a veces dos, entre Navidad y Epifanía. El color litúrgico de estos días es blanco.

Como el día de Navidad se fija según el calendario romano, no siempre cae en domingo, sino en cualquier día de la semana en que caiga el día 25 de diciembre. Aunque no caiga en domingo, debe celebrarse la Santa Cena, por ser una fiesta de mucha importancia. Se puede celebrar en las vísperas de Navidad un culto, o también el día 25 (o los dos, de preferencia). Como hemos visto, siempre ha sido costumbre considerar las vísperas de un día como ya parte del día siguiente.

### El Adviento

Al introducirse la Fiesta de Navidad, un tiempo después se fijó un período de preparación para la Navidad, llamada "Adviento." Esa palabra significa sencillamente "venida." Llamamos así a Adviento porque es el período

en que nos preparamos, porque viene Cristo. Con el Adviento empieza el Año Litúrgico.

Siempre hay cuatro domingos de Adviento, los cuatro domingos antes de Navidad. El tema del Adviento es LA ANTICIPACION Y PREPARACION PARA LA VENIDA DEL SEÑOR. Por lo tanto, hay dos énfasis: primero, la anticipación gozosa. Anhelamos esa venida del Señor. Queremos que venga pronto, igual como nos sentimos cuando va a llegar un amigo íntimo. En segundo lugar, nos preparamos. Esto tiene que ver con el arrepentimiento. Es un tiempo para dedicarse a la oración y meditación, para estar listos para la venida del Señor (en Navidad).

El Adviento en el Año Litúrgico representa el período del Antiguo Testamento y los días antes de venir Cristo. Los judíos siempre estaban esperando la llegada del Cristo. Por lo tanto, como ellos esperaron con anticipación su primera venida, nosotros esperamos con anticipación su segunda venida. Nos unimos a ellos en su deseo de que aparezca el Señor.

Hay dos figuras principales en Adviento. Uno es Isaías, que profetizó la venida de Cristo. La mayoría de las lecciones del Antiguo Testamento para los domingos de Adviento son de Isaías. También leemos otros pasajes de los profetas que anticipan la venida del Señor. Las lecciones del Antiguo Testamento tal vez son más importantes en esta época que en cualquier otra, porque representan la época en que el pueblo estaba esperando a Cristo, igual como nosotros. Estos domingos son muy apropiados para basar el Sermón en la lección del Antiguo Testamento, por esa razón.

La otra figura principal es Juan el Bautista. El mensaje de Juan era: "Arrepentíos, porque el Reino de Dios se está acercando." Ese es el mensaje de Adviento. Nos preparamos, porque el Señor viene a establecer su Reino. Como el mensaje de Juan preparaba a sus oyentes para la primera aparición de Cristo, a nosotros nos prepara para la segunda aparición de Cristo. Por una parte, nos arrepentimos, preparando nuestros corazones; por otra parte, estamos gozosos, esperando con anticipación su venida y el establecimiento definitivo de su Reino. Este es el tema principal del Adviento.

Hasta hace poco, el color litúrgico era morado. El color morado representa el arrepentimiento, como veremos al considerar la Cuaresma. Sin embargo, ese color no representa el espíritu de anticipación predominante en el Adviento. A veces los paramentos morados tienen otros símbolos, como la corona de espinas, la cruz, los clavos, etc., que no son muy apropiados para Adviento. Por lo tanto, se ha recomendado el empleo del color azul celeste en Adviento. El azul celeste representa el color del cielo; y como Adviento es una preparación para la llegada del Reino celestial, y su Rey, el azul celeste es más apropiado. Es un color que representa anticipación y gozo por ese Reino y su venida. Por supuesto, algunas iglesias no tienen paramentos azules, y en ese caso se debe seguir usando el color morado. Los paramentos azules deben tener símbolos representativos de la época anterior a Navidad: la estrella, una corona, un pesebre, o inclusive un relámpago que nos recuerda del día en que el Señor vendrá.

#### El Nombre de Jesús, o Año Nuevo

En la religión judía, cada niño varón, ocho días después de nacer, era circuncidado, y se le daba su nombre. Leemos de esto con respecto a

Jesús en Luc. 2:21. Por eso, tradicionalmente, se celebraba esto ocho días después, que por casualidad siempre es el primero de enero.

Sin embargo, una costumbre más popular en muchas iglesias luteranas ha sido la de celebrar el Año Nuevo, dando gracias por el año pasado y pidiendo la presencia de Dios en el nuevo año. Aunque esta costumbre, en realidad, no pertenece propiamente al Año Litúrgico, ya que no se relaciona con ningún evento bíblico, también es buena y puede usarse. Siempre es bueno dar gracias a Dios por las bendiciones del año anterior y pedir su continua bendición para el nuevo año.

Al mismo tiempo, al celebrar el Año Nuevo, es bueno y recomendable que se celebre la Santa Cena. Esto tiene que ver otra vez con su carácter de acción de gracias (Eucaristía), que es un tema central en este oficio, y también no hay mejor manera de comenzar el nuevo año y pedir la presencia de Dios en el Año Nuevo que celebrando la presencia del Señor en la Eucaristía.

Este día pertenece todavía a la celebración de Navidad, ya que hay 12 días en que se celebra la Navidad. Por lo tanto, el color litúrgico es blanco. Se puede celebrar cualquiera de las dos fiestas: El Nombre de Jesús, o Año Nuevo.

### Epifanía

La fiesta que se celebra 12 días después de la Navidad, o sea, el 6 de enero, es Epifanía. Antiguamente, en el Oriente, éste era el día en que celebraban el nacimiento de Jesús. Sin embargo, en el occidente, en este día se celebraba principalmente la visita de los magos a Jesús (por eso, en la cultura popular, se le llama "El día de los tres reyes"). Epifanía significa "manifestación." El tema de la Epifanía, entonces, es: LA MANIFESTACION DEL SALVADOR AL MUNDO.

Los magos no eran judíos, del pueblo de Israel. Eran gentiles, de naciones paganas. Por lo tanto, la Epifanía celebra la forma en que los gentiles también reconocieron y adoraron al Señor. Significa, entonces, la venida de todos los hombres a Cristo, y el reconocimiento del mundo entero de la divinidad de Jesucristo, porque los magos representan al mundo gentil, o a todas las naciones.

También representa la Epifanía la forma en que los magos reconocieron en ese niño tan pequeño a Dios mismo. Por lo tanto, el significado de la Epifanía es el reconocimiento de la presencia de Dios en el mundo, y en particular, en su iglesia, que es el cuerpo de Cristo. Entonces, lo que se desea en Epifanía es que todo el mundo vea al Salvador y venga a reconocerlo como Señor, igual que los magos. Y se espera que todos los cristianos manifiesten al Señor al mundo, como individuos y como iglesia. Por lo tanto, la Epifanía tiene que ver con la misión de la iglesia. Recordamos que el Cristo, que ha venido no sólo es para nosotros, sino para todo el mundo.

La Epifanía es, por lo tanto, el complemento de la Navidad. En la Navidad, viene Cristo al mundo. En la Epifanía, el mundo lo recibe y lo reconoce como Señor y Salvador.

El color de Epifanía, por ser una fiesta importante, es blanco. A veces no es posible celebrar la Epifanía, porque generalmente cae entre semana. Sin embargo, debemos volver a darle más importancia a esta fiesta. Puede hacerse un culto entre semana, o si esto no es posible, puede celebrarse el domingo anterior al 6 de enero.

Después de Epifanía, siguen los domingos después de Epifanía. Puede haber hasta ocho domingos después de Epifanía en el nuevo calendario litúrgico; en el antiguo, sólo podía haber cinco (después veremos por qué). Estos domingos, con la excepción del Primer Domingo después de Epifanía, son domingos ordinarios. Se llama domingo ordinario a todo domingo que no cae dentro del período de una fiesta o un período de preparación para una fiesta.

En estos domingos, recordamos el principio del ministerio de Jesús, y el tiempo entre su bautismo y su pasión. El color litúrgico es verde. Veremos el significado del color verde al considerar los domingos después de Pentecostés. Entonces, estos domingos representan el ministerio de Jesucristo.

El principio del ministerio de Jesucristo fue su bautismo. Por lo tanto, el primer domingo después de Epifanía es el día del Bautismo del Señor. Este fue uno de los cambios hechos en el calendario litúrgico; se había celebrado antiguamente, pero no estaba en el calendario litúrgico anterior. En esta fiesta, recordamos, en primer lugar, nuestro Bautismo, y nuestra unión con Cristo en ese Bautismo. Como Cristo, hemos sido engendrados de Dios, y así somos sus "hijos amados," en quienes él tiene "complacencia," igual que Cristo. También recordamos que nosotros tenemos un ministerio, por razón de nuestro Bautismo, y al ser incorporados a Cristo debemos seguirle en su ministerio, haciendo lo mismo que él: sirviendo a otros, hablándoles de la salvación, y dando nuestras vidas por ellos. Esta fiesta también celebra la venida del Espíritu Santo sobre Cristo en su Bautismo. La lección del Antiguo Testamento para este domingo siempre es Is. 42:1-7 (no importa si es año A, B, o C), que habla de cómo Dios puso el Espíritu Santo sobre Cristo, para que ejercitara el ministerio de la justicia. Así que esto también se relaciona con nuestro ministerio.

Desafortunadamente, esta fiesta tan hermosa y significativa no se encuentra en el viejo calendario litúrgico que aparece en el Culto Cristiano. Por lo tanto, para que se pueda celebrar, incluimos los propios para este día en el apéndice, en la p. 221. También incluimos ahí los propios para los domingos seis, siete, y ocho después de Epifanía.

El color litúrgico del Bautismo del Señor es blanco, ya que es un día festivo. Aunque es un día menor, este domingo está repleto de significado para nuestra vida cristiana, y se debe celebrar siempre.

Con los domingos después de Epifanía termina el ciclo navideño. El ciclo navideño incluye todos los domingos y fiestas que se basan en el calendario romano, o gregoriano, que usamos. Todos los otros domingos y fiestas se basan en el calendario judío, y pertenecen al ciclo pascual.

#### El ciclo pascual: La Pascua, o Resurrección del Señor

El ciclo pascual, y el Domingo de Pascua, es el centro del año litúrgico, y es lo más importante. Algunos autores cristianos hasta se niegan a considerar el ciclo navideño como un ciclo a la par del ciclo pascual, porque el ciclo pascual es de muchísima más importancia.

El Domingo de Pascua se celebraba ya en el primer siglo cristiano. Sin embargo, siempre había desacuerdo sobre la fecha correcta de celebrarlo. Todos estaban de acuerdo que el Señor había muerto en la Pascua

judía. La Pascua era una fiesta judía en la que celebraban la salida del pueblo de Israel de Egipto. "Pascua" viene de la palabra hebrea "Pésaj," que tiene que ver con el hecho de que el ángel de la muerte "pasó por encima" de las casas de los hijos de Israel al matar a todos los primogénitos de los habitantes de Egipto; "pésaj" significa "pasar por encima" (ver Ex. 12:21-29).

Los judíos usaban un calendario distinto al nuestro. Su calendario era lunar, mientras el nuestro es solar. La luna completa un ciclo aproximadamente cada 29½ días. Por lo tanto, los judíos sólo tenían 354 días en su calendario de 12 meses, de 29 ó 30 días por mes. Para reponer los días que faltaban del año solar, agregaban otro mes en ciertos años. Por lo tanto, para ellos, la Pascua siempre se celebraba el mismo día del año entre ellos, el día 14 del mes de Nisan (que generalmente caía en marzo o abril del calendario romano). Aunque el día en el calendario judío siempre es fijo, debido a las diferencias entre ese calendario y el calendario romano (ahora llamado "gregoriano"), no caía siempre en el mismo día de este calendario, porque la luna nueva no cae siempre en los mismos días del año en nuestro calendario (en el calendario judío, sí). Por eso, no se festeja siempre el Domingo de Pascua el mismo día del año. Siempre cambia de fecha de un año a otro, por seguir el calendario lunar y no el solar. (Nota: hay un movimiento dentro de las diversas iglesias para siempre fijar un determinado domingo del calendario gregoriano como el Domingo de Pascua, lo cual posiblemente se hará en el futuro.)

Esto creó mucha confusión en la iglesia primitiva, porque a veces era difícil calcular la fecha. Primero, había un desacuerdo sobre si el día de la Resurrección siempre debía celebrarse en domingo, o en el día del calendario en que cayera el día después del 14 de Nisan (que podía ser cualquier día de la semana). Por fin, se acordó siempre celebrarlo en domingo. Después, hubo desacuerdo en cómo computar el Domingo indicado. Nunca se llegó a un acuerdo, y todavía hoy la Iglesia Ortodoxa Oriental lo calcula de una manera distinta, y por lo tanto generalmente celebran la Pascua en un domingo posterior al domingo indicado en la Iglesia Romana y las otras iglesias occidentales. La discusión sobre la fecha de celebrar la Pascua cristiana casi dividió a la iglesia primitiva en dos ocasiones, y aunque a nosotros nos parezca un punto de menor importancia, demuestra la importancia que el Domingo de Pascua tenía en la iglesia primitiva.

La forma en que se calcula en el Occidente ahora es que el Domingo de Pascua siempre es el primer domingo después de la luna llena que ocurra el 21 de marzo o después del 21 de marzo. Y si la luna llena ocurre en un domingo, el Domingo de Pascua no se celebra ese domingo, sino el siguiente.

El Domingo de Pascua, simplemente, es la celebración de la Resurrección del Señor. Esa resurrección es el hecho más importante de la historia de salvación, ya que es el comienzo de la nueva era cristiana. Al celebrar ese día la Resurrección del Señor, celebramos nuestra propia resurrección, y la nueva vida que tenemos. En realidad, la teología de la Pascua es tan rica y profunda y aquí no hay espacio para profundizar en ella. Tal vez la mejor frase para describir su significado es ésta: EL COMIENZO DE LA NUEVA VIDA. Se recomienda que todos estudien más profundamente el significado de la resurrección del Señor. Hay mucho que se ha escrito sobre ella, pero a pesar de ello, a veces los cristianos no comprenden bien ese significado. Igual como no hay otro evento de tanta importancia en la historia de salvación, así ningún otro día es de tanta importancia en la



celebración cristiana como el Domingo de Pascua. Por eso, en realidad, lo celebramos todos los domingos, el primer día de la semana, en una forma menor.

Al fijar el domingo como el día para celebrar la Pascua de Resurrección, también se fijó la semana anterior para celebrar la pasión del Señor, ya que esa pasión ocurrió unos días antes del Domingo de Resurrección original. Hablaremos de esto en un momento, al considerar la Cuaresma.

La celebración de la Resurrección dura "una semana de semanas," o sea siete semanas, hasta el Domingo de Pentecostés. Según Hech. 1:3, Jesús duró 40 días en la tierra antes de subir al cielo. Ese es el Día de la Ascensión. Siempre cae en jueves. En el Día de Ascensión, celebramos la ascensión de Cristo al cielo (ver Hech. 1:6-11). Desgraciadamente, muchas veces no es posible celebrar este día, ya que a muchos no les es posible llegar a la iglesia entre semana. Por eso, tal vez se debe considerar celebrar el día de la Ascensión el domingo anterior a Pentecostés.

La fiesta de Pentecostés siempre se celebra 50 días después del Domingo de Pascua. Esta era originalmente una fiesta judía, como vimos al comenzar este capítulo. Más abajo hablaremos de Pentecostés. Sólo lo mencionamos aquí para fijar el límite del período en que se celebra la Pascua. En esos 50 días entre Pascua y Pentecostés, hay siete domingos. Antes estos domingos se llamaban "Domingos después de Pascua," pero ahora se llama "Domingos de Pascua." Por ejemplo, el Primero Domingo después de Pascua en el antiguo calendario litúrgico ahora es el Segundo Domingo de Pascua. Se ha cambiado esta designación porque, a cambio de los domingos después de Epifanía y Pentecostés (los cuales no son una continuación de esas dos fiestas, sino que sólo se cuentan a partir de ellas), los domingos después de Pascua sí son una continuación de la fiesta de Pascua, y por lo tanto, su color es blanco, ya que continúan la celebración pascual.

La celebración de Pascua, por lo tanto, dura hasta Pentecostés. El color litúrgico de todo este tiempo es blanco, ya que el blanco representa la gloria y la alegría, como notamos al considerar la Navidad. Hay distintos símbolos que representan la resurrección. Uno de los más comunes es el cordero pascual, que se representa como victorioso, con un estandarte. Esta figura del cordero ocurre muchas veces en el Libro del Apocalipsis (ver 5:6-13, 7:9-17, 14:1-4, 19:7, 21:9, 22:1-3). Otros símbolos son: la cruz vacía, de la cual salen rayos de luz, lo cual representa la victoria de Cristo sobre la muerte; la mariposa, que representa como Cristo salió de la tumba como la mariposa sale de su capullo; y las flores, que representan vida nueva.

### La Cuaresma

Cuando se hacían todos los bautismos el domingo de Pascua, había necesidad de una época en que los que iban a ser bautizados (llamados "catecúmenos") se prepararan. La forma de prepararse era por medio del ayuno y la penitencia. Como hemos visto anteriormente en este capítulo, el ayuno representa la muerte o "mortificación" de la carne y sus deseos.

Al principio, la Cuaresma era un período de 40 horas antes del Bautismo del Domingo de Resurrección. Después se alargó a 40 días. De ahí toma su nombre de "Cuaresma", que significa "Cuarenta." La razón por la

cual se ayuna durante 40 días es que así hizo Jesucristo (Mt. 4:2), como también Moisés (Dt. 9:9, 18) y Elías (1 Rey. 19:8). Durante estos 40 días, los catecúmenos se preparaban para su bautismo, recibiendo instrucción en la fe cristiana y haciendo penitencia. Como hemos visto, el ayuno y la penitencia siempre son prohibidos en el día domingo, por ser el día de celebración, y esa celebración siempre es más importante que cualquier otra observación. Por lo tanto, 40 días antes del Domingo de Resurrección cae en miércoles (cuando no se cuentan los domingos). Este es el Miércoles de Ceniza.

Antes de considerar la Cuaresma, debemos notar que en el viejo calendario, había tres domingos anteriores a la Cuaresma: Septuagésima, Sexagésima, y Quincuagésima (que significa 70, 60, y 50 respectivamente). El propósito de esto era de extender el período de penitencia a un tiempo previo a la Cuaresma. Esta práctica ahora ha dejado de usarse en todos los calendarios litúrgicos nuevos del occidente, aunque todavía se usa en la Iglesia Ortodoxa Oriental. Se considera que este período no es necesario, pues no se necesita una preparación para otra preparación, como es Cuaresma. Cuarenta días son suficientes. También siempre había confusión sobre cómo celebrar estos tres domingos y cuál era su significado, su color litúrgico, etc. Las lecciones de esos domingos tampoco reflejaban la idea de arrepentimiento. Por eso, ya no existen en el nuevo calendario. Y por haber quitado estos tres domingos del calendario litúrgico nuevo, este calendario tiene tres domingos más después de Epifanía.

El Domingo antes de entrar en la Cuaresma (anteriormente, el Domingo antes del Domingo de Septuagésima) es una fiesta de mucha importancia: la Transfiguración del Señor. La Transfiguración celebra el momento en que Cristo fue transfigurado (Mt. 17:1-9 y paralelos). La Transfiguración es una fiesta también de mucha importancia, aunque en el pasado no se le ha dado la importancia debida. Representa la transfiguración, o transformación, de todos nosotros. Es una anticipación de la resurrección. Poco antes de irse a Jerusalén Jesús fue transfigurado, mostrando su gloria a los tres discípulos presentes. Les mostró su gloria que traía "escondida." Nosotros también tenemos esa misma gloria "escondida" en nosotros (ver 2 Co. 4:7-10). Así como esto ocurrió poco antes de la pasión, nosotros, antes de recordar nuestra propia muerte en la Cuaresma, recordamos el resultado final de la vida: la transformación en gloria de nuestros cuerpos y almas.

Hay mucho más que podríamos decir sobre la Transfiguración. En realidad, es una de las fiestas más importantes, y debe celebrarse como tal. Se recomienda mucho que el lector estudie más profundamente el significado de la Transfiguración. El color litúrgico del Domingo de Transfiguración es blanco, ya que es un domingo lleno de gloria, como Jesús resplandece en su transfiguración.

El período de Cuaresma empieza en el Miércoles de Ceniza. Desde tiempos antiguos, la ceniza ha sido señal de penitencia (ver 2 Sam. 13:19, Est. 4:1). Ya que un tema principal de Cuaresma es la muerte, la ceniza también representa la muerte. Una antigua costumbre romana en el Miércoles de Ceniza es la de poner cenizas en forma de cruz en la frente de todos los cristianos. Esta costumbre refleja la unión del cristiano con la muerte del Señor (ver Rom. 6:6, y Gál. 2:20a). Esta costumbre se usa en muchas iglesias luteranas, y su uso es recomendable, con tal de que se explique su significado a la gente que participa.

Una nota: el "Carnaval" que se celebra en muchas partes de América Latina (tal vez con más fama en Brasil) es una costumbre con un origen deplorable. Siempre ocurre los días antes del Miércoles de Ceniza, y antiguamente era la última oportunidad de "desahogarse" y disfrutar todos los placeres carnales prohibidos durante la Cuaresma. Por lo tanto, si un cristiano participa en el "Carnaval" de alguna manera, no debe hacerse con ese espíritu. Algunos prohíben cualquier participación en el Carnaval por esa razón, pero como en muchos círculos ya no tiene ese significado de "desahogo carnal," cada cristiano puede juzgar lo que debe hacer al respecto.

El tema del período de Cuaresma es NUESTRA MUERTE CON CRISTO. La vida cristiana, y en especial el Santo Bautismo, tiene dos aspectos complementarios: el dejar la antigua manera de vivir, el "viejo hombre" (Ef. 4:22), y comenzar la nueva vida, o vestirse del "nuevo hombre" (Ef. 4:24). En el período de la Pascua, el segundo tema de la nueva vida y el nuevo hombre es el que predomina. Durante la Cuaresma, el primer tema, el dejar la antigua manera de vivir, el "viejo hombre," es el que predomina. Originalmente, los que se preparaban para el Bautismo tenían que demostrar en la Cuaresma la muerte del viejo hombre, para ser bautizados en el Domingo de Pascua.

La idea de la Cuaresma, entonces, es unirnos a Cristo en su muerte. Esto también tiene que ver con el Bautismo (Rom. 6:3, 6, 11). Junto con él, debemos "morir al pecado," ser "crucificado con él," "crucificar la carne con sus pasiones y deseos." Al hacer esto, nos unimos a Cristo en su crucifixión y muerte. Morimos con él. Y al unirnos a Cristo en su crucifixión y muerte, muriendo con él, creemos que también seremos unidos a él en su resurrección, o sea, el Domingo de Pascua (ver Rom. 6:5, 8). Por lo tanto, durante la Cuaresma, se les debe enseñar a los cristianos a dedicarse a la muerte de la carne, la vieja manera de vivir, en nosotros. Esta es la razón por el ayuno. Hay diferentes formas de hacer "ayuno." Podemos dejar algunas prácticas mundanas durante la Cuaresma, dejar algunas comidas, etc. La idea de esto es no servir los deseos de la carne, sino los deseos de Dios.

El color litúrgico de la Cuaresma es morado. El morado representa luto y penitencia. Símbolos para la Cuaresma son en particular la cruz, la corona de espinas, los clavos, y otros símbolos relacionados con la muerte de Jesús. Todos estos símbolos nos recuerdan no sólo la pasión y muerte de Jesús, sino también nuestra propia "crucifixión con él" y nuestra muerte con él en el Bautismo.

Algunas iglesias luteranas celebran cultos entre semana durante la Cuaresma, generalmente en miércoles (por lo que dijimos al principio del capítulo al considerar la semana cristiana, es preferible que sea en miércoles o viernes). Esto es muy bueno. La idea de celebrar estos cultos adicionales es de proveer de más tiempo para meditación y reflexión. La cuaresma es un período muy solemne. No se permiten expresiones de gozo, como el uso de la palabra "Aleluya." Todos los cultos de Cuaresma, aun en domingo, deben reflejar esa solemnidad y contemplación.

#### La Semana Santa

La última semana de Cuaresma es Semana Santa. Esta Semana comienza con el Domingo de la Pasión, que antes se llamaba "Domingo de Ramos." El nuevo calendario litúrgico, en este domingo, enfatiza más la pasión de

Cristo. Sin embargo, también se puede celebrar la entrada triunfal en Jerusalén, con palmas. Esta es una ceremonia que se recomienda usar antes del Oficio ese domingo. Se reparten palmas a los asistentes, y se hace una procesión alrededor del templo, partiendo desde la entrada al templo. Hay todo un rito especial para esta celebración. Por supuesto, cada iglesia podría también hacer su propio rito, con cantos de Hosanna, otros himnos de Domingo de Ramos, la lectura de la historia de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén de uno de los cuatro Evangelios, etc. Después de eso, sigue el Oficio Mayor en que se recuerda la pasión (en lugar de la entrada triunfal, que antes se celebraba en el Oficio propio).

En el Oficio del Domingo de la Pasión, por la razón de que las lecciones del Evangelio ese día son muy extensas, ya que se lee toda la historia de la pasión, se recomienda no usar un sermón, o si se usa un sermón, debe ser muy breve. Esta historia de la pasión es un sermón en sí misma, que no necesita de mucha explicación.

Aunque el Culto Cristiano incluye propios para lunes, martes, y miércoles de Semana Santa, antiguamente no había ninguna celebración en esos días. Aunque sabemos que los Evangelistas nos dicen lo que Jesús hizo en esos días (purificó el Templo, fue ungido en Betania, etc.), nunca se ha tratado de celebrar esos hechos de manera litúrgica. Más bien, estos días han sido considerados como días de una preparación más intensa para lo que sigue. A veces se celebra el lavamiento de los pies de los discípulos el Miércoles Santo, o a veces esto se hace el jueves. Esta última práctica es preferida.

El jueves santo se celebra lo que ocurrió ese día: la Última Cena, la traición de Jesús, el arresto, y el juicio de Jesús. Más que nada, se celebra lo primero: la Última Cena. Este es otro día en que siempre debe celebrarse la Santa Cena.

Otras cosas pueden hacerse también en jueves santo. Puede hacerse un rito de confesión y absolución más extenso. También se puede hacer la ceremonia de lavarse los pies. En esta ceremonia, el pastor lava los pies de doce de los miembros, que representan a los doce discípulos. Al final del Oficio el jueves santo, se debe quitar todos los paramentos, todos los adornos, y todo lo demás del altar, dejando la iglesia lista para el culto de viernes santo.

El viernes santo es el día en que recordamos la crucifixión del Señor. Es el día más solemne del Año Litúrgico. Sin embargo, es muy importante enfatizar que el motivo de la solemnidad, luto, y tristeza no es por el Señor Jesucristo, como si dijéramos: "Pobrecito." No es un servicio funeral para Jesús. Más bien, el luto es por la causa de la muerte del Señor, nuestro pecado y maldad, ya que por nuestro pecado fue necesario que el Señor muriera. Lo que debe causar tristeza en nosotros no es la muerte del Señor, sino el pecado en el mundo que hizo necesaria esa muerte. Jesús mismo dijo a las mujeres que estaban llorando por él cuando iba a ser crucificado: "No lloréis por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos." En el viernes santo, recordamos el pecado en toda su fealdad; recordamos cómo ha destruido nuestra vida y la vida del mundo, cómo ha llenado nuestro mundo de sufrimiento y dolor. Vemos el pecado como lo que es, y no como algo "divertido," como a veces piensa el mundo. El pecado trae nuestra muerte, y también trajo la muerte del Hijo de Dios. Por eso, no hay nada bonito en el pecado. Al contrario, el pecado siempre es algo terrible, espantoso, y odioso, y la muestra de eso es que el Hijo de Dios tuvo que morir a causa del pecado.

Por lo tanto, en este día todo está descubierto o tapado de negro en el templo. El templo se convierte en un "esqueleto," sin adornos. Esto se debe a que en este día recordamos la muerte: nuestra muerte, la muerte de la raza humana, la muerte del mundo, y la muerte del Hijo de Dios.

El Oficio de viernes santo, por lo tanto, debe ser muy solemne. No debe celebrarse la Santa Cena. El Oficio debe ser contemplativo, para meditar en la muerte del Señor. Se puede reflexionar en las siete palabras de Jesús en la cruz. En algunas iglesias se usa en oficio de tres horas, de 12:00-3:00, las horas en que Jesús estuvo en la cruz. Se puede hacer el oficio en la tarde, y también se puede hacer el oficio en la noche, cuando ha llegado la oscuridad de la noche. El ambiente debe ser solemne, sin mucha luz, y con música muy seria.

Sin embargo, en viernes santo, también recordamos al final del oficio que la muerte no pudo contener al Hijo de Dios, y que la cruz no fue un fracaso o una derrota, sino una victoria. Fue la victoria del amor, porque en la cruz Jesús demostró amor perfecto, ofreciendo su vida al Padre por nosotros. Ninguna fuerza del mundo ni del infierno pudo lograr que Jesús dejara de amar; por eso, decimos que Cristo triunfó en la cruz, porque su amor triunfó. Por lo tanto, al final del Oficio de viernes santo, se puede también cantar un canto de triunfo y de celebración, aunque esto debe hacerse de una forma moderada.

El Sábado (también llamado "Sábado de Gloria") es también un tiempo de preparación. Generalmente, en el día no se celebra un oficio, sino en la noche, en la víspera. Antiguamente, los cristianos pasaban toda la noche en vigilia, sin dormir, anticipando el amanecer y la resurrección. A veces se usan velas, o "cirios," en este oficio, y hay otros ritos. Los bautismos pueden hacerse esta noche, como también el domingo en la mañana. Se puede encender el "cirio pascual," un cirio que se prenderá durante todo el período de Pascua. En fin, este oficio es simplemente una preparación y una anticipación para el gozo del Domingo de Resurrección.

El Domingo de Resurrección, entonces, es el día más gozoso y más especial que ningún otro domingo del Año Litúrgico. Debe celebrarse como ningún otro domingo, con música especial, con el templo lleno de flores, y con otros adornos en el templo. Cantos de gozo y de Aleluya deben llenar el templo. El gozo de este domingo debe ser incontenible. Se puede hacer un culto al amanecer, lo cual es muy hermoso, y recuerda cómo Cristo resucitó a primera hora. Y siempre sin excepción debe celebrarse la Santa Cena en este día festivo. No hay otro día más apropiado para celebrarla. Pueden también hacer un oficio vespertino ese día. Ningún otro domingo se debe celebrar como éste.

Hay mucho más que podríamos decir sobre Semana Santa. Se están "resucitando" del pasado antiguos ritos y costumbres para llenar más de significado a esta semana. Esperamos que pronto se den a conocer más de estos ritos y costumbres, para poderlos usar en esta semana tan especial en el Año Litúrgico.

### Pentecostés

Cincuenta días después del Domingo de Resurrección, celebramos el Domingo de Pentecostés. El tema principal de Pentecostés es: LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO A LA IGLESIA. Ya hemos aludido al significado del Pentecostés al principio de este capítulo. Podemos notar aquí también

el cumplimiento de la fiesta judía de Pentecostés. Como ellos celebraban la entrega de la Ley al pueblo, nosotros celebramos la entrega de la "nueva ley" al pueblo, o sea, el Espíritu Santo (ver Rom. 8:2ss). Como ellos celebraban la introducción del pueblo en el Pacto con Dios, nosotros también recordamos la manera en que hemos sido introducidos al pueblo de Dios por medio del Espíritu Santo, quien nos une a Cristo.

El énfasis en este día es el de la iglesia, y la constitución de la iglesia. Esto también cumple la idea judía de la formación del pueblo de Israel en ese día. En este día la iglesia fue formada, al venir el Espíritu Santo. Después de la fiesta de la Pascua, ésta es la fiesta de más importancia en la iglesia.

El color litúrgico para Pentecostés es rojo. El rojo representa dos cosas: primero, representa el fuego. El Espíritu Santo vino con fuego, en las llamas de fuego sobre las cabezas de los discípulos. También hemos sido bautizados "en Espíritu Santo y fuego" (Mt. 3:11). En segundo lugar, el rojo representa sangre. Recordamos así la sangre de los mártires que murieron dentro de la iglesia. Esto lo veremos más abajo. Los símbolos de Pentecostés son la paloma, que representa al Espíritu Santo (por el bautismo de Jesús), y las llamas de fuego.

Como es una fiesta de mayor importancia, también se puede celebrar un oficio de vísperas la noche anterior. Por supuesto, por ser una fiesta de mayor importancia, se debe celebrar la Santa Cena el Domingo de Pentecostés.

#### Los domingos después de Pentecostés

El primer domingo después de Pentecostés es la Fiesta de la Santísima Trinidad. Esta fiesta fue introducida muy tarde en la historia de la iglesia, ya que algunos decían que todos los domingos son celebraciones de la Santísima Trinidad. No fue reconocida oficialmente como una fiesta hasta el año 1334. En este día se contempla el misterio de la Santa Trinidad. Este misterio es una verdad fundamental de la fe cristiana, y algo que tiene mucho significado para nosotros. Ya hemos notado anteriormente la relación trinitaria (vamos al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo). Por lo tanto, no es necesario profundizar más. El color litúrgico es blanco, ya que es una fiesta especial.

Anteriormente, se contaban los domingos posteriores a partir de la Fiesta de la Santa Trinidad. En el nuevo calendario litúrgico, se cuentan a partir de Pentecostés. Por eso, hay una diferencia de un domingo en la forma de contar (el Quinto Domingo después de Pentecostés es el Cuarto Domingo después de la Trinidad). La razón por el cambio estriba en el significado de los domingos después de Pentecostés. En el domingo de Pentecostés, celebramos la venida del Espíritu Santo a la iglesia. Igual como ha pasado mucho tiempo entre la fiesta de Pentecostés y el fin del mundo que se acerca, así también hay mucho tiempo entre la fiesta de Pentecostés y el fin del Año Litúrgico. Este es el tiempo de la iglesia. Y como tiempo de la iglesia, es tiempo del Espíritu Santo, que guía y dirige a la iglesia, como es evidente en el libro de los Hechos. Por lo tanto, para enfatizar la relación de este tiempo con Pentecostés, se cuentan los domingos a partir de esa fiesta.

Este período es un tiempo de crecimiento. Igual como la iglesia ha crecido a través de los siglos después de ese primer Pentecostés cristiano, así durante esta época vamos creciendo. Esto se refleja en el color litúrgico: verde. Verde es el color de vida, porque es el color de la naturaleza. Es

el color de crecimiento. Por lo tanto, este color refleja el crecimiento que ocurre en la iglesia durante esta época.

Estos domingos son ordinarios, porque no se celebran tiempos ni fiestas especiales.

El último domingo después de Pentecostés y antes de comenzar el Adviento se celebra ahora como el Domingo de Cristo Rey. Como este domingo es el fin del Año Litúrgico, recordamos en él el fin de los tiempos, cuando se establecerá definitivamente el reinado de Cristo. El color litúrgico es blanco, por ser una fiesta.

### Fiestas de la Iglesia

Desde tiempos antiguos, aparte del Año Litúrgico basado en la historia de salvación, se desarrolló un año litúrgico complementario. En este otro año litúrgico, se celebraban las vidas y los martirios de los santos, junto con otros eventos que tenían que ver con la iglesia. Desgraciadamente, este año litúrgico complementario creció y se llenó de infinidad de días de los santos. Hubo tantos abusos y tantas fábulas y leyendas relacionadas con este año litúrgico complementario que los Reformadores, en general, lo descartaron por completo. Esto también se debía al repudio de todo el culto a los santos.

Sin embargo, la práctica de celebrar fiestas conmemorando a los santos es muy antigua. Tiene su origen en la iglesia primitiva. Por eso, muchos se están dando cuenta del valor de celebrar nuevamente las fiestas de algunos de los santos y los grandes personajes de la iglesia. La práctica de celebrar las fiestas de ciertos santos nunca fue abolida en la Iglesia Luterana, y tenemos todavía en el himnario Culto Cristiano propios para algunas de esas fiestas de los santos.

Algunas de estas fiestas de los santos pueden volver a celebrarse. El propósito de celebrarlas es de recordar sus vidas ejemplares y las contribuciones que hicieron a la iglesia. Más que nada, se pueden celebrar algunas de estas fiestas cuando caen en domingo.

Una fiesta celebrada siempre en la Iglesia Luterana es el Día de la Reforma, el 31 de octubre. En este día recordamos las reformas hechas por grandes hombres como Lutero, que en su preocupación por el bienestar de la iglesia hicieron reformas. Puede celebrarse también el domingo antes o después del 31 de octubre.

Todas estas fiestas son de la iglesia, pues celebran no historias o hechos de la Biblia, sino sucesos que ocurrieron en la historia de la iglesia, después de tiempos bíblicos. El color litúrgico para todas estas fiestas es rojo. El rojo, como vimos arriba, representa tanto el fuego del Espíritu Santo que guió e iluminó a todos los grandes cristianos cuyas fiestas celebramos, como la sangre derramada por muchos de ellos al ser martirizados.

### Otras fiestas

Hay muchas otras fiestas que no hemos mencionado en este capítulo por falta de espacio, y porque son de menor importancia. Sin embargo, no significa que deben desecharse. Los cristianos tenemos una herencia muy rica en nuestro Año Litúrgico. A veces no nos hemos dado cuenta ni hemos aprovechado estas riquezas. Debemos conocer mejor el Año Litúrgico y aprender a aprovechar todas esas riquezas. Mencionaremos esto brevemente en el capítulo final.

#### XIV. LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

En los capítulos anteriores, hemos considerado el significado que la liturgia, en todas sus dimensiones, tiene. En el capítulo III, notamos en especial el significado que deben tener los actos y símbolos litúrgicos. Dijimos que cuando un símbolo (o acto) pierde su significado, no está cumpliendo con su función, y debe hacerse una de dos cosas: dejar de usarse, o devolverse su significado. También notamos que casi siempre, la segunda de estas dos opciones es mejor.

Tenemos que reconocer que muchas veces la liturgia ha dejado de cumplir con su función de comunicar algún significado al pueblo. A veces la gente no la entiende. No sabe lo que está haciendo al participar en ciertos actos litúrgicos. No comprende los símbolos. Muchas veces, la liturgia entonces se convierte en un fin en sí mismo. Lo importante viene a ser el "cumplir" con ciertos actos y ritos, aunque no se les entienda bien, o aunque no se piense en su significado. Hay iglesias, por ejemplo, donde el pastor está muy orgulloso porque él sí hace la liturgia bien: cumple con todas las rúbricas al pie de la letra. La liturgia, entonces, puede dejar de ser lo que debe ser: actos con un significado para el pueblo, y puede convertirse en un sistema de reglas. Lo más importante llega a ser el cumplir correctamente con todas las reglas. Si se cumplen las reglas, el Oficio ha sido "bien hecho," y eso es lo importante.

Sin embargo, tenemos que recordar que la liturgia no es un sistema de reglas y rúbricas para cumplir. La liturgia es un conjunto de actos y símbolos que comunican el significado de la vida cristiana, y la llenan de ese significado. Hacer la liturgia bien no significa cumplir con todas las reglas; más bien, significa llenar la vida del pueblo con significado. Si hay reglas, ellas sólo sirven para comunicar mejor ese significado. Nunca son un fin en sí mismas.

Aquí podemos establecer, entonces, una norma: cualquier acto o símbolo litúrgico que el pueblo no comprenda, y del cual no derive algún significado para su vida cristiana, no sirve. Y, por otra parte, cualquier acto o símbolo litúrgico que el pueblo sí comprenda, y del cual sí derive algún significado para su vida cristiana, sí es bueno. Entonces, de esto podemos inferir que el pueblo siempre debe comprender el significado de todo acto y todo símbolo litúrgico. Nunca se debe hacer nada litúrgicamente que el pueblo no entienda.

En segundo lugar, no sólo queremos que el pueblo derive un significado de todo acto y símbolo litúrgico. Queremos que derive el mayor significado posible. Queremos que ese acto o símbolo influya lo más posible en la vida del que participa en la liturgia. Queremos que todo acto o símbolo transforme la vida del cristiano de la mayor manera posible. Ese es el fin que la liturgia pretende.

Al comenzar este capítulo, entonces, quisiéramos ver algunas de las maneras en que podemos lograr esas dos cosas: primero, que el pueblo entienda el significado de cada acto o símbolo litúrgico, para que tenga significado para su vida; y segundo, que se efectúe en ellos la mayor transformación posible de su vida cristiana. Todo lo que hacemos en el área de liturgia debe hacerse teniendo en mente estos dos puntos.



## La preparación del Oficio

Hay dos aspectos del Oficio que deben considerarse para lograr los fines de llenar los actos y símbolos de significado y así lograr la mayor transformación posible de los participantes por medio de esos actos y símbolos. Primero, debemos considerar la preparación del Oficio; y segundo, debemos considerar el desempeño del Oficio. Consideraremos estos puntos en ese orden.

Cualquier evento que espera tener éxito necesita ser bien planeado. Cualquier obra teatral, evento social, o reunión de negocios que no esté bien planificado de antemano está destinado al fracaso. Así es también con el Oficio. Un Oficio mal planeado está destinado al fracaso. No cumplirá su fin de transformar al pueblo que participe.

Al hablar de la preparación y planificación del Oficio, podemos hablar de varios aspectos. Primero, hay la preparación inmediata. Se preparan, por ejemplo, ciertos aspectos del Oficio unos días antes del Oficio. Se prepara el Sermón, se escogen los himnos, etc. Pero también hay preparación a largo plazo. Por ejemplo, un pastor que ha hecho la liturgia del Oficio Mayor por muchas años está, en un sentido, más preparado para hacerlo que un novato, ya que tiene más práctica. Pero también uno que se ha esforzado por conocer la liturgia y su significado, y la ha estudiado, meditando en ella y en los diversos actos y símbolos, está mejor preparado que uno que no ha estudiado la liturgia y sus diversos aspectos a fondo. Esta es la preparación a largo plazo. Es conocer la liturgia y su significado más profundamente, para poder comunicar mejor ese significado.

También hay otro aspecto que considerar: ¿quiénes necesitan preparación? Generalmente, se enfatiza la preparación del pastor. El es el que prepara el Oficio (preparación inmediata), y el que recibe instrucción formal para "hacer la liturgia" (preparación a largo plazo). Pero no sólo necesita prepararse el pastor. Necesitan prepararse todos los que van a participar. Esto incluye no sólo a los que van a participar de una manera especial, como los que van a tocar la música, ayudar en la distribución de la Santa Cena, leer las lecciones, etc., sino incluye a todos los que van a estar presentes. Y estas personas también deben prepararse, tanto de manera inmediata (la preparación para un Oficio en particular), y a largo plazo. Entonces, vamos a considerar todos estos aspectos.

Como el pastor es el que "pastorea" y dirige al rebaño, vamos a considerar primero su preparación. Cualquier pastor que no conozca la liturgia en todos sus aspectos no podrá dirigir adecuadamente la liturgia. Por lo tanto, el primer paso siempre es conocer. Pero lo que tiene que conocer, en particular, es el significado. Muchas veces los pastores se esfuerzan por conocer las rúbricas, nada más. Se les enseña a los estudiantes para el ministerio las rúbricas, como cuándo mirar hacia el altar, cuándo mirar hacia el pueblo, cuándo decir esto o aquello, etc. Hay que enfatizar una vez más que las rúbricas sólo son un medio para otro fin. El pastor que no sabe por qué se hace o se dice algo en la liturgia no está preparado. ¿Cómo va a desempeñar acciones que él mismo no entiende? ¿Cómo va a hacer algo cuyo significado él mismo no conoce? Si él no conoce el significado, ¿cómo comunicará el significado al pueblo? Y volvemos a la norma que fijamos: No se debe usar ningún acto o símbolo litúrgico sin que el pueblo lo entienda, y que tenga significado para ellos. Y para que tenga significado para ellos, necesita conocer el significado el pastor, para comunicárselo al pueblo.

Por lo tanto, el primer paso es conocer el significado de la liturgia y todas sus partes. Esto requiere de estudio y reflexión. El pastor debe estudiar profundamente los actos y símbolos litúrgicos, y preguntarse: ¿qué significan? ¿Cómo puede transformar la vida de todos los participantes? Debe estudiar, por ejemplo, el significado del Año Litúrgico, y reflexionar en él. Debe conocer el significado de diversos actos litúrgicos. Debe conocer el significado de los símbolos, tanto de lo que se dice en la liturgia como lo que se hace.

Pero lo que más debe conocer es el significado de los Sacramentos. Porque, como hemos visto, los Sacramentos son centrales en la vida cristiana, y toda la liturgia gira alrededor de ellos. Una de las cosas que más nos urge en la Iglesia Luterana es un conocimiento más profundo del significado de los Sacramentos. Los Sacramentos son el corazón de la vida cristiana. Son lo que comunica vida a los creyentes, y transforma su vida. Generalmente, no les hemos dado su debida importancia. ¿Cuándo, por ejemplo, se ha visto un curso sobre el significado del Bautismo o de la Santa Cena como requisito en un Seminario Luterano? ¿Cuántos libros luteranos se han escrito sobre los Sacramentos? Es difícil encontrar uno en español. Y generalmente, cuando hablamos en la Iglesia Luterana sobre los Sacramentos, no hablamos de su significado. Cuando hablamos del Bautismo, por ejemplo, hablamos de las prácticas de bautizar a niños, inmersión o aspersion, etc. Al hablar de la Santa Cena, hablamos mayormente de creencias sobre la real presencia del cuerpo y la sangre de Cristo, la transustanciación, etc. Pero, desgraciadamente, a veces sólo nos ponemos a defender nuestras prácticas y creencias, en lugar de hablar del significado de los Sacramentos, y cómo nos pueden transformar. ¿Será que no hablamos de esto porque nosotros mismos no lo comprendemos?

Por lo tanto, si de veras queremos transformar a nuestra iglesia, tenemos que volver a centrarnos en los Sacramentos. Tenemos que ser como los primeros cristianos, cuya vida entera giraba alrededor de los Sacramentos. Y esto sólo puede ocurrir si los pastores y teólogos de nuestra iglesia se dedican a devolver el significado debido a los Sacramentos, para que el pueblo comprenda ese significado.

El primer paso, entonces, es conocer. La liturgia, el significado del Año Litúrgico, de los Sacramentos, etc., debe ser objeto de estudios continuos y de reflexión constante por parte del pastor. Este punto es tan importante que no podemos dejar de enfatizarlo.

¿Por qué es tan importante? Porque no hay ningún momento ni ninguna acción más importante y central en la Iglesia que la adoración, y en particular la adoración que se lleva a cabo los domingos en el Oficio Mayor. Ese es el momento en que la iglesia se reúne alrededor de la Palabra y los Sacramentos. Es el momento en que se constituye el cuerpo de Cristo, la iglesia. No hay momento más importante en la vida de la iglesia. Por lo tanto, todo lo que hace la iglesia en ese momento es de suma importancia. No sólo el Sermón es importante. Todos los aspectos son importantes. Por eso, requiere de una buena preparación de parte del pastor, para que todo tenga un significado profundo.

El siguiente paso es la difusión de estos conocimientos. La preparación del pastor tiene como fin la preparación del pueblo. ¿Cómo puede el pastor preparar al pueblo, para que el pueblo conozca el significado de todos los aspectos de la liturgia y derive el mayor provecho espiritual posible para su vida cristiana? Aunque veremos esto en parte en la siguiente sección,

notaremos aquí que hay diversas maneras. Una manera es la explicación de estos aspectos en el Sermón. El Sermón, sin duda, es el mejor momento para hablar del significado de todo lo que hacemos en el Oficio Mayor. Es bueno que el Sermón haga alusión a lo que lo rodea: la liturgia y los Sacramentos. El Sermón debe servir para darles significado a estas cosas.

Muchas veces en el pasado, el Sermón no ha servido para comunicarle al pueblo el significado de la liturgia y de los Sacramentos. Pero si queremos que la liturgia y los Sacramentos sirvan para transformar las vidas de los oyentes, debemos aprovechar el tiempo del Sermón para comunicar su significado. De otra manera, la liturgia y los Sacramentos no podrán tener el efecto en las vidas de los oyentes que deberían tener. Por supuesto, el Sermón se basa antes que nada en las lecciones que se han leído en el Oficio, y en especial el Evangelio. Pero aun esas lecciones son leídas dentro del contexto de un Oficio en que se están haciendo otras cosas, y también dentro del contexto más amplio de fiestas y tiempos del Año Litúrgico. Por eso, el Sermón debe tomar en cuenta esos contextos, y relacionar la Palabra leída con otras partes del Oficio y con las celebraciones del Año Litúrgico.

Hay otra forma de enseñar al pueblo el significado de la liturgia (y los Sacramentos). Esto es por medio del estudio. Se recomienda que se tome el tiempo en otros momentos fuera del Oficio para reflexionar y aprender acerca del significado de la liturgia. Esto puede ser, por ejemplo, un curso sobre la liturgia. Pero también, en cualquier estudio que se hace, sobre un libro de la Biblia o algún aspecto de la vida cristiana, se puede y se debe hacer alusión a la liturgia y los Sacramentos, porque ellos están íntimamente ligados al mensaje bíblico y a toda la vida cristiana. Tenemos que ver mejor esta conexión, porque a veces no lo vemos.

También se debe preparar material impreso. Se debe preparar y repartir, por ejemplo, material que explique el Oficio Mayor, y lo que hacemos en los diversos momentos del Oficio. Al hacer esto, la gente podrá usar ese material como referencia, y repasarlo de vez en cuando para entender mejor lo que hacemos en el Oficio. Igualmente, se debe preparar material sobre el Año Litúrgico, explicando el significado de los varios tiempos litúrgicos y enseñando a la gente cómo celebrar esos tiempos para crecer espiritualmente.

Los que participan de una manera especial en el Oficio (aparte del pastor), también deben recibir instrucción sobre cómo enriquecer el Oficio. Debe conocer el significado de su participación, y cómo participar de una manera que ayude a la congregación a derivar el mayor provecho posible.

Todas éstas son formas de preparar la adoración de largo plazo. Pero, como hemos mencionado, también es necesaria la preparación inmediata para cada acto de adoración en particular. Vamos a considerar maneras de hacer esto.

En primer lugar, hemos notado en el capítulo X que cada Oficio debe tener un tema. Este tema se refleja en distintos momentos del Oficio: en los propios, en los himnos, en las oraciones, y particulamente en el Sermón. Por lo tanto, todo esto requiere de una buena planificación. Generalmente, el pastor es el que planea la mayor parte del Oficio. Por eso, vamos a considerar cómo debe planificar el Oficio de un domingo determinado.

El primer paso es considerar el momento del Año Litúrgico. El Año Litúrgico determina el tema del Oficio, en particular en los tiempos no ordinarios. Durante el Adviento, por ejemplo, el tema general debe ser lo que vimos en el capítulo anterior acerca de Adviento: la preparación para la segunda venida del Señor, la anticipación gozosa, etc. Y así para todos los tiempos del Año Litúrgico.

En segundo lugar, se deben considerar los temas centrales de las partes del Oficio que ya han sido fijadas, como los propios (el Introito, la Colecta, etc.), y en particular las lecciones del día. Generalmente, las partes que fija el pastor son el Sermón, la Oración General, y los himnos. Pero antes de hacer eso, debe determinar cuál va a ser el tema del día, según el tiempo del Año Litúrgico y según los propios y las lecciones.

Una vez determinado el tema del día, todo lo demás debe relacionarse con ese tema. Se deben escoger cuidadosamente los himnos. Esto a veces no se ha hecho bien en nuestra iglesia. Se escogen himnos a veces al azar, sólo "porque les gusta cantar este himno," o "hace tiempo que no lo cantamos." Esto no es correcto. Los himnos deben relacionarse con el tema del día, y ser escogidos cuidadosamente para comunicar ese tema. El orden de los himnos es también importante. El Oficio siempre lleva una secuencia. Los himnos deben reflejar esa secuencia.

Sólo después de todo esto, se debe comenzar a preparar el Sermón. Repetimos nuevamente: el Sermón no es un momento aislado del Oficio. Debe estar íntimamente relacionado con el resto del Oficio, tanto con las partes fijas como con las partes que varían de un domingo a otro. Por lo tanto, todo sermón debe relacionarse con los otros elementos del Oficio.

En primer lugar, el Sermón se basa sobre los textos de las lecciones, y en particular, el Evangelio del Día. No se debe predicar sobre otro texto, por lo general, porque entonces el Sermón no tendrá relación con el resto del Oficio. Si se escoge otro texto como base del Sermón, este texto debe tener alguna relación con las lecciones del día y con el tema del día. Si no, el Sermón se convierte en un elemento aislado que no tiene nada que ver con el resto del Oficio, y la experiencia de adoración se empobrece para la congregación. No habrá ninguna cohesión en las diferentes partes del Oficio, y la congregación sólo será bombardeada por elementos aislados que no entienden, porque no tienen relación entre sí. Desgraciadamente, así ha ocurrido en el pasado en muchas iglesias.

En segundo lugar, un gran error que se ha cometido en el pasado es el de basar el Sermón sólo en un texto bíblico. En realidad, para que el Oficio tenga cohesión, el resto del Oficio también debe servir como base para el Sermón. El pastor debe incorporar pensamientos del Introito, del Gradual (si se usa), o de la Colecta (particularmente ésta última) en su Sermón. También debe incorporar pensamientos e ideas de los himnos que se han cantado o se van a cantar. Y finalmente, debe incorporar también ideas y pensamientos de las partes fijas de la liturgia, cuando es posible.

Al hacer esto, va a enriquecer mucho la adoración. Puede y debe hacer mención de estas otras partes del Oficio en su Sermón. Al desarrollar su tema, debe decir, por ejemplo: "En la Colecta que oramos hace unos momentos, dijimos esto, que tiene relación con lo que acabo de mencionar..." O esto: "En la Confesión de Pecados que hicimos al principio del Oficio, dijimos esta frase, que se relaciona con el punto que estamos considerando." O esto: "Dentro de unos momentos, cantaremos estas palabras en el himno que

vamos a cantar..." Puede mencionar las palabras de estas partes del Oficio y otras, y luego explicar su relación con el punto que está explicando en el Sermón. Y en especial, como ya hemos notado, debe relacionar el tema del día en su Sermón con la Santa Cena, de la cual van a participar.

Todo esto es muy importante en el Sermón. El Sermón debe servir para unir todo el resto del Oficio alrededor de un pensamiento. Debe atar todas las diferentes partes del Oficio en uno. Por eso, es muy importante que el pastor tome en cuenta las otras partes del Oficio en su Sermón, y que haga alusión a otras partes del Oficio en su Sermón. Esto enriquece mucho el Oficio de ese día. Cuando esto no se hace, lo que se está diciendo en realidad es que el resto del Oficio no tiene importancia, porque el pastor nunca habla de él. Por eso, muchas veces la gente no considera la liturgia como algo importante en el Oficio, y creen que lo único que importa es el Sermón. Pero al constantemente hacer alusión a otras partes de la liturgia, tanto las partes fijas como las partes que varían, se les da su importancia debida.

Otra parte que generalmente hace el pastor es la Oración General. Desgraciadamente, muchas veces no prepara esta parte del Oficio. Sólo se para en ese momento y comienza a improvisar una oración. Por supuesto, hay ciertas cosas que hay que improvisar en la Oración General, como las peticiones ofrecidas por la gente en ese día. Pero hay partes de la Oración General que sí pueden prepararse de antemano. Toda la Oración General debe relacionarse con el tema central. Ya hemos visto esto anteriormente. Pero podemos considerar otros ejemplos. Por ejemplo, en Adviento, el tema central de la Oración General debe ser nuestra preparación para la venida del Señor. Por lo tanto, al ofrecer peticiones por la Iglesia, por las familias, por el mundo, por el gobierno, etc., todo puede relacionarse con el tema de la venida de Cristo. Se puede pedir que Cristo venga a su iglesia, a las familias, al mundo, al gobierno, etc. Inclusive, las peticiones especiales ofrecidas por la gente pueden ser relacionadas con ese tema: al pedir por un enfermo, pedir la venida de Cristo a él; al dar gracias por un nacimiento, pedir que Cristo siempre venga al niño nacido y su familia, etc. Casi todas las peticiones se pueden relacionar con esa idea.

Esto también es verdad para otros temas. Es posible relacionar casi cualquier tema del día con todas las partes de la Oración General. Por ejemplo, en Epifanía se puede pedir que Cristo se manifieste en nosotros, en el mundo, en los necesitados, etc. En la Transfiguración, se puede pedir que la iglesia, el mundo, el gobierno, etc., sea transfigurado y transformado. Si el tema del día es el de abrir los ojos a los ciegos, o abrir los oídos a los sordos, esto se puede pedir para todos: la iglesia, el mundo, los enfermos, los necesitados, los miembros en general, etc. Si el tema del día es la semilla sembrada, se puede pedir que esa semilla sea sembrada y crezca y dé fruto en la iglesia, en el mundo, en los necesitados, en los hogares, etc.

Entonces, la Oración General debe reflejar el tema del día. De esta manera, la Oración también se relacionará íntimamente con el resto del Oficio, y así se llena de mayor significado para la gente, porque puede relacionar la Oración con el resto de las cosas que han oído en el Oficio, y en particular en el Sermón. Por lo tanto, la Oración General también necesita de una preparación cuidadosa antes del Oficio.

Cuando la gente ha asistido a un culto así, en que todo se relaciona entre sí, y todo trata el mismo tema, el efecto que ese Oficio tendrá en su vida será mucho mayor que si sólo han oído cosas sin relación entre sí. Ese Oficio los pondrá a reflexionar toda la semana (esperamos) en el tema que han escuchado. Se enriquecerá mucho más su experiencia de adoración.

Sin embargo, no sólo deben prepararse los Oficios uno por uno, sino deben prepararse varios al mismo tiempo. Es bueno que cada Oficio y su tema se relacione con los Oficios de los domingos anteriores y posteriores. Esto requiere que el pastor fije de antemano los temas que se van a tratar en todo el mes, por ejemplo, en tiempos ordinarios, o en toda la estación del Año Litúrgico (por ejemplo todos los domingos de Adviento, o de Cuaresma, o de Pascua, etc.). Debe leer de antemano las lecciones, los propios, etc., para ese período, y luego fijar los temas que va a tratar durante esos domingos. Estos temas también deben formar parte de un tema general. Así habrá relación de un domingo a otro, y esto también enriquecerá la experiencia de adoración de parte de la gente. En fin, como cualquier evento social o público, entre más preparación haya, más éxito tendrá.

Hasta ahora hemos considerado la preparación del pastor para un Oficio. Pero también se puede preparar a la gente de la congregación. Por ejemplo, la gente debe tener una lista de las lecciones dominicales, para poder leer las lecciones y reflexionar en ellas unos días (o un día) antes del Oficio dominical. Puede tener un calendario, o también se les puede indicar cada domingo las lecciones para el siguiente domingo.

Es bueno también que se le indique a la congregación otras cosas. Se les puede dar la Colecta o el Introito del día, para que también reflexionen en esas partes de la liturgia de antemano y las asocien con las lecciones. Se les puede indicar el tema del próximo domingo, también, y darles una breve introducción sobre el tema, por escrito. Una forma muy buena de hacer esto es de apuntar en la misma hoja preguntas para reflexión sobre las lecciones, y posiblemente sobre la Colecta u otras partes de la liturgia. Se les puede explicar brevemente el significado de las lecciones y de los propios, y relacionar las lecciones entre sí.

Todo esto servirá para enriquecer infinitamente la experiencia de adoración del pueblo. Generalmente, por ejemplo, se lee en el Oficio el Introito y la Colecta, y la gente ni piensa en su significado. Luego, se leen las lecciones, y la gente no las relaciona entre sí, ni presta la atención debida a veces. Pero, si hacemos lo que hemos mencionado, todo el Oficio se llena de más significado para la gente. Por ejemplo, al comenzar el Oficio, cuando se lee el Introito, y mucha gente ya ha leído ese Introito en su casa, y ha meditado en su relación con el tema del día, ese Introito va a ser muy significativo para ellos. Asimismo, al llegar a la Colecta del Día, si muchos ya han leído esa Colecta de antemano, y entienden su relación con el tema del día y con las lecciones, esa Colecta va a ser muy significativa para ellos. De esta manera, todo el Oficio va a tener un impacto **mucho más enorme en la gente que se ha preparado. Ese Oficio va a tener mucho significado para ellos y para su vida cristiana.** Por lo tanto, esta es una manera muy buena de preparar a la gente para el Oficio y enriquecer su experiencia de ese Oficio.

En fin, como hemos visto, no hay momento de más importancia en la vida de la iglesia que el Oficio dominical. Lo que deseamos hacer es lograr que ese Oficio tenga el mayor efecto y el mayor impacto posible en todos los que participan en él. Lograremos eso al tener un tema específico del día, alre-

dedor del cual todo el Oficio gira, y también preparando a la gente para ese Oficio. Y en un sentido, nos preparamos para poder preparar así cada Oficio en particular al leer, estudiar, y meditar en los diferentes aspectos del Oficio, de la liturgia, del Año Litúrgico, de los Sacramentos, etc. Necesitamos hacer todo esto para poder lograr la mayor transformación posible en la gente de nuestra iglesia.

### El desempeño del Oficio

Ya hemos considerado los distintos aspectos de la preparación del Oficio. Pero también hay cosas que se pueden hacer dentro del mismo Oficio para enriquecer la adoración. Vamos a considerar algunas de ellas.

Una cosa que ya mencionamos en otro capítulo es el no hacer la liturgia a la carrera. Esto se debe reflejar, en primer lugar, en la forma en que el pastor reza la liturgia. Debe hablar a un paso lento, que da tiempo para que se reflexione en lo que está diciendo. Debe enseñársele a la congregación también a no apresurarse. El pastor puede guiar a la gente hablando más fuertemente en algunos momentos, como cuando se lee el Credo, para que la congregación no hable muy rápido.

Por ejemplo, podemos considerar el Kirie. En muchas iglesias, antes de que el pastor termine de decir: "Señor, ten piedad de nosotros," la congregación ya ha comenzado a responder: "Señor, ten piedad de nosotros." Y luego, antes de que acaben ellos, el pastor ya comienza a decir: "Cristo, ten piedad de nosotros." En fin, esto se hace tan rápido que nadie ha pensado en lo que se dijo. Sólo se dio la impresión de querer terminar con esa parte tan pronto como se pueda (ya que, según muchos, no debemos perder tiempo en esas partes tan insignificantes de la liturgia).

Por eso, en este ejemplo, se debe enseñar a la gente a no comenzar a responder hasta que el pastor acabe. Y luego, el pastor no sólo debe esperar a que la gente acabe de decir su respuesta, sino también debe esperar unos segundos para dejar tiempo para que todos mediten en lo que están diciendo y han dicho.

Hay otras partes del Oficio también en las que se debe dejar tiempo para que todos mediten en silencio. Por ejemplo, después del Sermón, debe haber unos 2 ó 3 minutos de silencio para que todos reflexionen y absorban lo que se dijo. En la Oración General, después de cada petición, debe haber una pausa para que todos mediten en esa petición. Otro momento en que debe haber tiempo para reflexionar es antes y después de la Santa Cena. Debe haber unos momentos de silencio antes y después para que todos mediten en lo que están haciendo al comulgar.

Es bueno que esto se anuncie. Si no se anuncia, la gente puede pensar en otras cosas, o estar pensando en por qué no está haciendo nada el pastor, cuando debe estar siguiendo con la liturgia. Por ejemplo, después del Sermón, el pastor puede decir: "Vamos a tomar un minuto para reflexionar en la Palabra que hemos escuchado." Antes de la Santa Cena, también, se les puede anunciar que va a haber unos momentos de silencio para que todos se preparen interiormente, y así después de la Santa Cena, comunicarles que va a haber unos momentos de silencio para que todos reflexionen en lo que acaban de hacer, y en el significado que lo que han hecho debe tener en su vida cotidiana. Todo esto servirá para enriquecer mucho la experiencia de la gente en el Oficio.

No sólo es importante el paso con que el pastor lee o reza, sino también el tono de voz es importante. Esto es algo que cada pastor debe estudiar y aprender. A veces el pastor habla de una manera monótona. Todo lo dice en el mismo tono de voz. Nunca varía el tono, en el sentido de enfatizar ciertas palabras importantes más que otras, de subir y bajar el tono de voz, de variar el ritmo con que habla, etc. Cuando habla o lee de una forma monótona, será difícil que la gente ponga atención, y si no pone atención, no sacará ningún provecho.

Por eso, es necesario que el pastor (y otros que leen en la iglesia, como los que ayudan leyendo una lección bíblica) aprenda a hablar de una forma más variada. Debe hacer pausas, variar el ritmo de su voz, hablar en un tono más alto o más bajo, más fuerte y más suave, etc. Así mantendrá mejor la atención de la gente.

Una buena regla para esto es el aprender a leer como se habla. Cuando hablamos naturalmente, siempre variamos el tono y el ritmo de la voz. No hablamos de forma monótona. Por lo tanto, debemos aprender a leer de la misma forma. Debe sonar natural, como si no estuviéramos leyendo, sino hablando. Esto también requiere de práctica. Hay que leer algo de antemano algunas veces, practicando esto, para que cuando se lea en la iglesia, se haga de una forma más natural.

Esto es importante para el pastor, pero también es importante para los lectores. A veces los lectores no saben leer bien en público. Hablan en voz muy baja, y la congregación no alcanza a oír. No varían su tono ni su ritmo. Y así, su lectura no es muy eficaz. Sin embargo, no por esto debemos decir que no lean. Más bien, se les debe enseñar. Si sólo hay unos pocos que acostumbran leer en el Oficio, se les puede enseñar. Si varía mucho de un domingo a otro, se les debe pedir a los lectores que lleguen antes del Oficio para practicar la lectura con el pastor, quien le ayudará, o con otra persona. Todo esto es parte de una preparación adecuada para el Oficio.

Otro punto que hemos mencionado anteriormente es el uso de una breve introducción antes de las lecciones. Esta puede darla el pastor, si él va a leer las lecciones, o lo puede hacer el lector. En este último caso, a veces el pastor puede escribir la introducción, y el lector la puede leer. Por ejemplo, antes de leer una lección del Antiguo Testamento, se les puede decir la situación a la que habla la lección. Si es una lectura de Jeremías o Ezequiel, por ejemplo, se puede decir brevemente que el pueblo de Israel se había vuelto idólatra, y que Dios les estaba advirtiéndolos que dejaran la idolatría, y amenazándolos con el exilio si no dejaban de adorar a otros dioses. Así también se puede hacer para otras lecciones. Del Nuevo Testamento, al leer la epístola, se puede explicar brevemente la situación que existía, a la cual el autor se estaba enfrentando. Al leer una de las epístolas a los Corintos, se puede mencionar el problema o el contexto del cual Pablo escribe. Al leer de Gálatas, se puede mencionar brevemente que había algunos que querían imponer las costumbres judías a la iglesia allí. Estas introducciones sirven para que el pueblo entienda mejor la lección, y así también escucharán con más interés. Estas introducciones deben ser breves. Pero pueden ser muy útiles.

Esto de dar introducciones es útil para otras partes del Oficio, también. Se puede decir, por ejemplo, antes del Gloria in Excelsis: "Vamos a cantar este canto en el que expresamos a Dios nuestro amor por él y el deseo



de ser uno con él, y expresamos a Jesucristo la petición de que nos ayude a llegar al Padre." Antes de la Colecta, se les puede decir: "Vamos a orar en esta oración por esto..." Esto no debe hacerse todos los domingos, pero es una buena idea hacerlo de vez en cuando para que el pueblo piense y entienda lo que está haciendo.

Otro problema que a veces se presenta es que muchas veces el pueblo no está bien preparado para lo que sigue en el Oficio, y pierde el tiempo buscando algo en el himnario cuando debe estar poniendo atención. Por ejemplo, termina un himno la congregación, e inmediatamente el pastor sigue con la siguiente parte de la liturgia, sin que el pueblo esté preparado para seguir. Muchas veces el pueblo pasa parte de un canto o de una parte de la liturgia buscando la página, y está confusa porque no se le ha dado tiempo para buscarla, o no sabe de dónde se está leyendo o cantando. Esto es verdad en especial en momentos en los que el pueblo ha cerrado el himnario y tiene que encontrar nuevamente la página, como después de las lecciones, después del Sermón, después de la ofrenda o las oraciones, etc. Cuando alguien está perdido o confundido, no está participando, y por eso, no le está sirviendo esa acción en ese momento. Este es el caso en particular de las personas nuevas.

Por eso, siempre se debe anunciar la página en la que sigue el Oficio, y también dar tiempo suficiente para que el pueblo la busque. Al principio, siempre se debe anunciar: "Seguiremos el Orden del Oficio Mayor en tal página." Después de la lección o del Sermón, se les debe decir: "Profesaremos ahora nuestra fe cristiana en las palabras del Credo Apostólico (o Niceno) en tal página." Después de la Santa Cena, se les puede indicar: "Ahora cantaremos el Canto del Nunc Dimittis en la página tal." Y después de todos estos anuncios, se les debe dar tiempo para buscar la página. De esta manera, todo el pueblo siempre estará participando, y en especial los que no conocen bien la liturgia o el himnario. Recordamos siempre que el propósito no es de hacer un Oficio sin anuncios, sino lograr la participación de todo el pueblo en el Oficio. Por eso, los anuncios son muy importantes, porque permiten que el pueblo se concentre en lo que está haciendo, en lugar de andar buscando páginas.

Esto es verdad también para las lecciones bíblicas. A veces la gente quiere seguir en su propia Biblia la lectura. Por eso, después de anunciarla, el pastor o lector debe fijarse si algunos están buscando la cita en su Biblia, y esperar hasta que todos la hayan encontrado. La gente no puede estar concentrándose en la lección si está buscando la cita.

Un punto más que debemos notar es con respecto a los himnos. Muchas veces se quiere cantar un himno que la congregación no conoce. Lo que se puede hacer en estos casos es enseñar el himno a un coro o un grupo dentro de la iglesia antes del Oficio. Luego, al cantar el himno, se le puede decir a la congregación que primero el coro va a cantar las primeras estrofas, y después cantará toda la congregación, para que la congregación oiga y conozca el himno. También puede tocarse una vez en el piano u órgano, para que la gente lo oiga. Es bueno también cantar ese himno nuevo varios domingos seguidos, para que la gente así lo aprenda.

Todas estas son formas de lograr que la gente participe de una manera más intensa y provechosa en el Oficio. Así, el Oficio será de mucho más provecho espiritual para la gente, y servirá para fortalecer su relación con Dios en Cristo. Y eso es lo que se pretende: no sólo hacer un Oficio ordenado, libre de "errores," sino uno que beneficie lo más posible a todos.

## La introducción de cambios

Una cosa inevitable en todo grupo y en toda iglesia es la formación de "tradiciones." En una iglesia, por ejemplo, todos se acostumbran a hacer las mismas cosas de la misma manera siempre. Por ejemplo, siempre se lleva cierto orden; cada congregación desarrolla su propio "estilo" de hacer la liturgia. Inclusive la misma gente se acostumbra a sentarse siempre en el mismo lugar. En cualquier iglesia, es inevitable la formación de estas costumbres y tradiciones.

Una vez que se ha formado una tradición o costumbre, es muy difícil cambiarla. La gente se opone. No le gustan los cambios. Sin embargo, a veces es deseable o necesario hacer cambios. Tal vez el lector se ha dado cuenta, después de estudiar este libro, que hay ciertos cambios que quisiera que se hicieran en su iglesia en el área de la liturgia. Pero no es fácil hacer cambios. Vamos a considerar brevemente cómo hacer un cambio de una tradición o costumbre.

En primer lugar, nunca se deben imponer los cambios por la fuerza. Esto sólo crea resistencia y malos sentimientos. No es bueno forzar a alguien a hacer algo. Un cambio, para ser eficaz, no debe imponerse desde fuera de la persona o grupo; tiene que nacer desde dentro, interiormente.

Por lo tanto, la mejor forma de hacer un cambio es de convencer a otro que el cambio es deseable o necesario. Una vez que se convence alguien interiormente, entonces aceptará y hasta querrá el cambio.

Para poder convencer a otro, primero uno mismo tiene que estar convencido de que es deseable o necesario el cambio. Por supuesto, tendrá razones para creer que el cambio es deseable o necesario. Lo que debe hacer entonces es convencer a los demás de que es bueno o necesario hacer el cambio. Convencerá a los demás explicando las razones por las cuales es bueno o necesario el cambio. Después, si ha logrado convencer a otros de la importancia de hacer el cambio, ellos aceptarán el cambio de buena gana.

Vamos a considerar un ejemplo concreto: la práctica de celebrar la Santa Cena todos los domingos. Hemos notado que hay muchas iglesias donde no se practica esto. Hemos dado muchas razones para sí celebrar la Santa Cena todos los domingos. Hemos dicho que esa práctica es bíblica, y luterana. Hemos visto que siempre se usaba en la iglesia primitiva, y las razones por las cuales se usaba. Hemos visto que el Oficio Mayor no tiene sentido si se hace sin la Santa Cena. Hemos visto la centralidad que la Santa Cena siempre tenía en la iglesia primitiva, y la centralidad que debe tener entre nosotros.

Si un pastor desea comenzar a celebrar la Santa Cena todos los domingos en una iglesia donde eso no se acostumbra, no debe imponer esa práctica. Más bien, debe primero convencer a la congregación que eso es bueno y necesario. Si él mismo está convencido, obviamente él tendrá sus razones para estarlo. Debe externar y explicar esas mismas razones al pueblo. También, como hemos visto, el tema de la Santa Cena debe llegar a ser un punto central de su predicación. Si todos los domingos menciona la Santa Cena en alguna relación con el tema de su Sermón, y constantemente le da su importancia debida, la gente misma se dará cuenta de la necesidad de celebrarla todos los domingos. Hasta ahora, a veces no se ha celebrado todos los domingos, y no se le ha mencionado con frecuencia, y por eso la gente no la considera muy importante. Por eso, si el pastor constantemente le está

dando su importancia debida dentro del Oficio y el Sermón, y explica cómo ni el Oficio Mayor ni la vida cristiana tienen sentido sin ella, la gente aceptará y hasta querrá el cambio.

Por supuesto, siempre puede haber oposición. Tal vez la objeción más común es que si se celebra la Santa Cena todos los domingos, se alargará demasiado el culto. En estos casos, el pastor no debe ponerse a criticar a la gente porque les importa a todos más el tiempo que la Santa Cena. Eso puede traer consecuencias negativas. Más bien, debe ofrecer hacer el Oficio más breve. Puede hacer el Sermón más breve, hacer la Oración más breve, cantar un himno menos, etc. También si se alarga mucho la distribución, puede buscarse la manera de hacer la distribución más breve. Hay diferentes maneras de hacer esto.

Una forma de hacer la distribución de la Santa Cena más breve es de tener a alguien que ayude al pastor. El ayudante puede distribuir el pan, y el pastor la copa. Otra forma es que la gente forme una fila, y se le dé a cada individuo, recibiendo primero el pan del ayudante y luego la copa del pastor, como se hace en la Iglesia Católica Romana y otras. La única desventaja con esto es que así la gente no se arrodilla ante el altar, lo cual a veces tiene mucho significado para la gente. Esto se puede solucionar de dos maneras. Al formar una fila de personas arrodilladas alrededor del altar o en frente de él, se puede formar otra fila de personas que se ponen de pie detrás de las primeras. O tal vez la forma más rápida es que se forme una fila de personas de rodillas alrededor del altar, pero al recibir el pan del ayudante y luego la copa del pastor, cada uno se levanta y regresa a su asiento, y otro toma su lugar. Así, el pastor con el ayudante, después de terminar de darle a una fila de personas, regresan al principio de la fila y hay otras personas. Así, la distribución es continua, y se ahorra mucho tiempo. En estos casos, se puede dar la bendición ("El Señor Jesucristo, por medio de su santo cuerpo, ...") después de la distribución.

Generalmente, cualquier persona de la congregación puede ayudar al pastor en la distribución, aunque de preferencia debe ser algún líder laico de la iglesia.

Lo más importante es celebrar la Santa Cena todos los domingos. Y si por seguir usando alguna forma de distribución tradicional, la gente no quiere celebrar la Santa Cena todos los domingos porque se alarga el Oficio, es mejor cambiar la forma de distribución para sí poderla celebrar, que no celebrarla por conservar una determinada forma de distribución.

Y así es con otros cambios. Deben hacerse con cuidado, convenciendo a la gente de la necesidad de hacer el cambio. A veces hay que tomar el tiempo. Algunos cambios pueden requerir que el pastor les hable varios meses, o un año o más, para que por fin se convengan. Pero de todas maneras, es mejor hacerlo así que forzar o imponer el cambio. Los que deben hacer los cambios no son los pastores, sino las congregaciones. Los pastores pueden sugerir cambios y convencer a la congregación de que los acepte, pero al final de cuentas, para que un cambio sea eficaz, debe salir de la congregación.

#### La liturgia en el futuro

La iglesia, como el mundo, siempre está cambiando. Esto también se refleja en la liturgia. Ha habido, y siempre habrá cambios en la liturgia.

Esto es bueno. Siempre nos estamos enfrentando a nuevas realidades dentro de la iglesia. Si no hacemos cambios que tomen en cuenta esas nuevas realidades, la iglesia se estanca. Se queda en el pasado. Se hace "vieja," y deja de satisfacer bien las necesidades de sus miembros.

En el área de la liturgia, damos gracias a Dios que ha habido en los últimos años una "renovación litúrgica." La liturgia está volviendo a ocupar el lugar central en la iglesia que ocupaba en la antigüedad. Otra vez la liturgia está recobrando su significado en muchas iglesias. Otra vez se está convirtiendo en una fuerza que transforma la vida de la gente.

Anteriormente en este libro, hemos notado lo que ocurre cuando algo pierde su significado. Muy pronto se desecha. Desgraciadamente, eso ha ocurrido en muchas iglesias, y en particular, en la Iglesia Luterana. Hay iglesias luteranas que ya no se consideran "litúrgicas." La liturgia para ellas es una cosa muerta del pasado. No tiene significado para ellas, y por eso, la dejan de usar.

Lo que hemos tratado de demostrar en este libro es que la liturgia todavía puede tener mucho significado en nuestro mundo. No es una cosa "muerta," sino llena de vida, si la entendemos y sabemos usarla. Por lo tanto, esperamos que las iglesias que han desechado la liturgia puedan conocer nuevamente su valor, y volverla a usar. Una iglesia que ha desechado la liturgia es una iglesia que se ha empobrecido, que ha "tirado a la basura" un tesoro de sumo valor. Hay un ejemplo de unos monjes en un monasterio que tenían lo que para ellos eran solamente "unos papeles viejos." Cuando se les acababa la leña para el fuego, quemaban estos papeles. Un día un erudito llegó al monasterio y vio los papeles que estaban quemando, y se dio cuenta de que eran copias muy antiguas de la Biblia, de los primeros siglos del cristianismo, que eran de valor inestimable, y salvó esos "papeles viejos." Desgraciadamente, las iglesias que desechan la liturgia están haciendo lo mismo que esos monjes: se están deshaciendo de algo muy antiguo, pero de valor inestimable. Pero para sacarle provecho a la liturgia, necesitan conocerla, igual como el erudito conocía escritos antiguos. Si no la conocen, no la podrán apreciar, igual como los monjes no sabían apreciar esos "papeles viejos."

Al hablar de cambios, hay ciertos cambios que necesitan hacerse en el futuro. Podemos señalar tres cambios generales y más importantes, y luego algunos cambios más específicos para el futuro. Mencionaremos brevemente estos cambios, ya que muchos de ellos han sido mencionados varias veces:

1. Hay que devolver los Sacramentos a su lugar central en la Iglesia. Ya hemos repetido esto muchas veces, y hemos dado muchas razones. Este cambio es urgentísimo. Una iglesia que tiene los Sacramentos en el centro de su doctrina y su práctica se una iglesia que será fuerte en todos los aspectos. Esa iglesia crecerá espiritualmente y también en número. También será una iglesia bien fundada en la Biblia. Nos urge poner los Sacramentos del Bautismo y de la Santa Cena en su lugar central, y hacer que todo lo demás: la práctica, la teología, la adoración, la predicación, la evangelización, etc., gire en torno a ellos.

2. Hay que devolverle a la liturgia su significado. Esto también lo hemos visto repetidamente. Todo acto y símbolo litúrgico fue introducido por una razón, porque tenía algún significado para la gente que lo introdujo. Tenemos que encontrar el significado de todo lo que hacemos en la liturgia, y explicar y enfatizar el significado a la gente. Esto tiene que hacerse en

la predicación, en el estudio bíblico, en el material devocional, y de otras maneras. No debemos hacer nada que no tenga un significado para los cristianos. Para hallar el significado de la liturgia, es necesario que todos se pongan a estudiar, conocer, y reflexionar sobre ese significado. El Oficio Mayor ocupa el lugar central en la iglesia, y no sólo la predicación. Necesitamos darle más énfasis en nuestra iglesia sobre la liturgia y todo el Oficio, porque no hay nada más importante para acercarnos a Dios y realizar la comunión con él.

3. Necesitamos identificarnos más con Cristo y su cuerpo, la iglesia. Este cambio no es sólo litúrgico, sino también teológico. Generalmente, no nos hemos identificado con Cristo como debemos en nuestra teología. No hemos enfatizado la incorporación a Cristo del cristiano, la unión entre Cristo y el creyente que existe. Hemos enfatizado más el aspecto de Cristo por nosotros que el de Cristo en nosotros. Cuando esto ocurre, se debilita y se decae la iglesia.

La liturgia enfatiza más que nada que el cristiano está en Cristo, como tanto dicen San Pablo y San Juan. La liturgia nos enseña a vivir unidos a él e identificarnos con él. Nos unimos a Cristo en ella, y así también nos unimos a Dios y a los demás por medio de Cristo. Nos incorpora a Cristo, y nos transforma en su cuerpo. Esto tiene que enfatizarse en la liturgia, como también en la teología.

Así, por ejemplo, ha ocurrido con los Sacramentos. En el pasado, hemos explicado los Sacramentos en términos de lo que Dios hace por nosotros en ellos. Generalmente, al hablar de los Sacramentos, decimos que Dios nos perdona en ellos, lo cual es verdad. Pero le falta mucho. No sólo nos perdona; también nos transforma, nos hace partícipes de él y de su vida, nos incorpora a Cristo y a su cuerpo, nos identifica con él.

Al considerar los cambios, entonces, este cambio es sin duda el más importante. Los otros dos cambios que hemos mencionado dependen totalmente de éste. No sólo necesitamos devolver los Sacramentos a un lugar céntrico en la iglesia, sino que tenemos que darles este significado. No sólo tenemos que devolverle a la liturgia un significado, sino este significado, y no cualquiera. El significado de los Sacramentos y de la liturgia es que por medio de ellos nos unimos a Cristo, y así con Dios y con los demás en la iglesia. En los Sacramentos y en la liturgia nos identificamos con Cristo. Nos incorporamos a él. Su vida se hace nuestra, y la nuestra se hace suya. Nos unimos a Cristo de una manera física y real (no sólo "mística"). Nos unimos a Cristo en su muerte, muriendo con él, y nos unimos a él en su resurrección, viviendo una nueva vida con él. Sólo así podemos ser transformados y vivir en comunión con Dios. Si no les damos este significado a los Sacramentos y a la liturgia, no puede haber ninguna transformación. No puede haber una verdadera comunión con Dios. Por eso, más que nada urge este cambio. Si no damos esta interpretación a los Sacramentos y a la liturgia, de nada servirá que tratemos de darles un lugar más central en la iglesia.

En fin, los Sacramentos no pueden ocupar un lugar central si no se les entiende en los términos que hemos mencionado. La liturgia no puede tener significado para nosotros si no se le entiende así. Por lo tanto, todo gira alrededor de este punto: identificarnos con Cristo, incorporarnos a él y su cuerpo, ser una sola cosa con él. Esto es lo más importante de todo lo que hemos dicho, y todo depende de este punto.

Hemos dicho que hay otros cambios específicos que debemos hacer en la liturgia y en la forma en que la usamos e interpretamos. Vamos a considerar estos otros cambios.

En primer lugar, al hacer cualquier cambio, debemos saber por qué lo hacemos. Debe haber algún propósito. No cambiamos sólo por cambiar. Si se va a quitar algo, por ejemplo, debemos entender primero la razón por la cual existía en primer lugar. Sólo entonces podemos hacer el cambio.

Un cambio que se ha hecho en casi todas las liturgias es la substitución de "vosotros" por "ustedes." Esto tiene el propósito de conformar el lenguaje de la liturgia a la forma en que comúnmente se habla. Este cambio es bueno y necesario. Sin embargo, el uso de cualquiera de las dos formas en la liturgia debe ser consistente. No se debe usar "vosotros" en un momento y "ustedes" al otro.

Es necesario modernizar también otros aspectos del lenguaje. En el lenguaje de Culto Cristiano se emplean formas como "Suplicámoste," "Rogámoste," etc. El propósito de usar estas formas (igual que "vosotros") es de embellecer el lenguaje. Sin embargo, lo que sucede muchas veces es que se le hace difícil a la gente seguir un lenguaje así. Por lo tanto, se debe buscar la forma de usar un lenguaje bello sin usar formas anticuadas de hablar.

Así también, para ser consistentes, los textos bíblicos que se leen deben basarse en otra versión de la Biblia, en lugar de la Reina-Valera, ya que esta versión todavía usa formas anticuadas de hablar. Los Introitos y Graduales, igual como las lecciones, deben citar otras versiones de la Biblia.

Otra cosa que se debe hacer es volver al uso de la Biblia para muchos cantos e himnos. Sin duda, tenemos muchos cantos muy bellos que han sido escritos en los últimos siglos. Pero también en la Biblia tenemos muchos cantos muy hermosos. En primer lugar, tenemos los Salmos. Como hemos mencionado anteriormente, deben volverse a usar los Salmos. Pero para esto, es necesario comprenderlos en su sentido cristiano. Desgraciadamente, no hemos hecho muchos esfuerzos en esta área. Los que sí han hecho bastante en esta área son los católicos romanos. Debemos aprovechar lo que ellos han escrito para comprender mejor los Salmos. Y luego, se le debe explicar a la gente el significado cristiano de un determinado Salmo antes de usarlo.

Hay muchos otros cantos y cánticos bíblicos de sumo valor en la Biblia. Hay muchos en Isaías y en otras partes del Antiguo Testamento. Tenemos, por supuesto, los cantos que aparecen en el Evangelio según San Lucas, que se usan con algo de frecuencia, pero tal vez no la debida. Las epístolas de San Pablo contienen varios cantos e himnos antiguos. Y el libro del Nuevo Testamento que contiene más cantos que ningún otro es el Apocalipsis. Generalmente, no hemos usado estos cantos bíblicos en nuestra adoración. Si de veras creemos en la inspiración bíblica, debemos aprender mejor estos cantos "inspirados" en la adoración. Cantos e himnos compuestos en los últimos siglos son buenos, pero no deben desplazar los cantos bíblicos tan hermosos. Por supuesto, será necesario explicar muchos de estos cantos antes de usarlos. Pero tienen el poder de enriquecer mucho nuestra adoración, y el uso de las "palabras divinas" de la Biblia debe enfatizarse más.

En esta área, también hay otra necesidad urgente. Necesitamos mucha música nueva. Esta música puede incorporar los Salmos y los otros cantos bíblicos que acabamos de mencionar. Desgraciadamente, ha habido muy poca

creatividad en esta área en nuestras iglesias latinoamericanas. Casi todo lo que se ha usado ha sido material traducido de otros idiomas, y usando melodías de otros países. Aunque, como ya hemos dicho, no queremos despreciar esta música, también hace falta una música propia. Hay otros grupos evangélicos que sí han preparado música propiamente "latina," pero desgraciadamente, muchas veces esa música emplea una letra muy pobre en su teología. No es que su teología sea siempre errónea, sino más bien es muy poco profunda y no comunica mucho.

Aparte de preparar música basada en textos bíblicos, necesitamos también urgentemente música "nuestra" basada en algunos de los acentos teológicos que hemos mencionado en este libro. Necesitamos música que hable de los Sacramentos y su significado para nosotros. Si ese tema va a ser central en nuestra predicación y en otras áreas de la iglesia, también tiene que llegar a ser central en nuestra música. Y así, también, otros acentos que hemos visto, como el de la identificación con Cristo, la incorporación a su cuerpo, el morir y resucitar con él, etc., deben hallar un lugar importante en nuestra música.

Por lo tanto, necesitamos de mucha creatividad. Nos urge música nueva, tanto letra nueva como melodías nuevas. Este es uno de los grandes retos que tenemos en nuestra iglesia. Todos los pastores y líderes deben impulsar la creación de música nueva, que refleje los temas que hemos mencionado, dentro de sus congregaciones, y compartir luego esa música con otras iglesias.

Otra cosa que nos queda por hacer es conocer las tradiciones litúrgicas de otras iglesias y de otros ritos. No hemos tenido tiempo en este libro para conocer algunos de los otros ritos y liturgias cristianas. Hay muchas otras iglesias con liturgias muy preciosas y antiguas.

Hay ritos, por ejemplo, de Siria, de Antioquía, de Egipto y Etiopía, y de otros lugares en el Medio Oriente que son de mucha antigüedad. Estas iglesias también tienen sus raíces en los tiempos apostólicos, y demuestran una teología muy profunda y con formas de pensar distintas a las nuestras de occidente. Estas liturgias podrían enriquecer mucho nuestra liturgia (como también nuestra teología). También hay ritos y liturgias del occidente distintas a los nuestros, como los ritos galicanos, mozárabes, celtas, etc., cuyo estudio podría enriquecer profundamente nuestra liturgia.

Por ser antiguas todas estas liturgias, pueden enseñarnos las formas de pensar de los antiguos, lo cual también nos servirá para enriquecer nuestra teología. No debemos cerrarnos a estas otras liturgias, igual como no nos hemos cerrado al rito romano, sino tomar lo bueno de ellas y aprovecharlas. Todo esto también requiere de más estudio, pero hay personas en nuestras iglesias que tienen la capacidad de hacerlo, y se les debe animar a hacerlo.

Aunque es bueno y necesario hacer innovaciones, también es bueno y necesario apreciar lo que se ha hecho en el pasado. Por eso, no debemos desechar lo antiguo al hacer nuestras innovaciones, sino conservarlo. Por ejemplo, hay muchas oraciones muy bellas que tenemos que se han usado por muchos siglos. Desechar estas oraciones sería un grave error. Al mismo tiempo, es necesario escribir oraciones nuevas y modernas. Pero éstas no deben desplazar a las antiguas, sino existir al lado de ellas. Un ejemplo de esto es la Letanía. Es una oración muy hermosa y muy antigua.

Debemos incorporarla más a nuestra adoración, porque tiene mucho que enseñarnos, y es una oración muy profunda que ha pasado la prueba del tiempo.

Otra cosa que debemos aprovechar mejor es lo relacionado a los santos. Por supuesto, no queremos adorar ni rendir culto a los santos. Pero hay muchos cristianos que han vivido vidas ejemplares. A veces damos la impresión de que entre los tiempos apostólicos y la Reforma de Lutero, no ocurrió nada de importancia (o sólo cosas malas), y luego entre los tiempos de Lutero y ahora, tampoco ha ocurrido nada de importancia. Esto no está bien. Ha habido grandes hombres y mujeres en todos los siglos, cuyo ejemplo debemos imitar, porque podemos aprender mucho de ellos. Por supuesto, hay muchas fábulas y leyendas que debemos evitar. Pero, por ejemplo, podemos considerar a San Francisco de Asís. Fue un hombre muy santo, dedicado a la oración, e hizo muchas cosas de sumo valor. Al leer algunas de las cosas escritas por él o acerca de él, aprendemos mucho acerca de la oración. Así también ha habido otros grandes personajes, tanto antes como después de la Reforma, que debemos conocer. Las historias de los mártires, como San Ignacio y San Policarpo, por ejemplo, son historias muy hermosas y edificantes. Los dos probablemente eran discípulos de San Juan (el discípulo de Jesús), y los dos fueron devorados por los leones. No debemos tenerles miedo a los santos. Debemos aprender de ellos, y celebrar su memoria. El primer paso, por supuesto, es conocer lo que hicieron. Y después, se puede derivar algún significado para nosotros.

Esto incluye también a la Virgen María. Muchas veces, por el papel exagerado que juega en la Iglesia Católica Romana, nos hemos ido al otro extremo, y lo único que decimos de ella son cosas negativas. Ella fue una mujer santa y ejemplar, y lo que nos cuenta la Biblia de ella puede ayudarnos mucho en nuestra fe. Tenemos en la Iglesia Luterana algunas fiestas menores que conmemoran ciertos aspectos de la vida de la Virgen María, como la Anunciación (25 de marzo) y la Visitación (2 de julio). Esta segunda fiesta siempre cae en tiempo ordinario. Por lo tanto, debemos recordarla a ella. No queremos adorarla, venerarla, ni rendirle culto, por supuesto; pero tampoco debemos olvidarla o despreciarla.

Una cosa más que necesitamos hacer en nuestra iglesia por medio de la liturgia es volver a enfatizar la comunidad. Por mucho tiempo, el énfasis ha recaído casi siempre en la relación de los cristianos como individuos con Dios, y no su relación entre sí. Podemos considerar los Sacramentos: tanto el Bautismo como la Santa Cena se han interpretado más que nada en relación con Dios, pero no en relación con la comunidad.

Por lo tanto, en nuestra celebración litúrgica y en nuestra teología, tenemos que volver a darle importancia a la comunidad de creyentes. Tenemos que discutir más y definir mejor la relación de los cristianos entre sí en su adoración. Esto también servirá para fortalecer nuestras iglesias.

Finalmente, uno de los retos más grandes que tenemos es lograr que la liturgia y el culto público de la iglesia penetre también en la vida devocional de nuestros miembros. Desgraciadamente, hay muy poca relación a veces. Muchas de las oraciones, como el Kirie, y los cantos, como el Gloria in Excelsis o el Te Deum Laudamos, son muy apropiados para el uso devocional. La centralidad de los Sacramentos que encontramos en la liturgia debe reflejarse también en la meditación devocional privada de los miembros. Desgraciadamente, no ha sido así en nuestra iglesia. Una publi-



cación devocional como "Portales de Oración," por ejemplo (publicado por la Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, E.E.U.U.) raras veces contiene alusión a los Sacramentos o a otras partes de la liturgia. Igual como necesitamos enfatizar más los Sacramentos y las partes de la liturgia en la predicación y el estudio bíblico, también necesitamos enfatizar todo eso en las devociones privadas de nuestros miembros. Este es uno de los retos más grandes que tenemos en nuestra iglesia luterana.

Hay mucho que hacer, entonces, en el área de la liturgia. Pero hay pocas cosas que nos urgen más, debido a la importancia que la liturgia tiene en la iglesia y su adoración. El tiempo dedicado a la liturgia y los Sacramentos y todo lo relacionado será tiempo bien invertido, que traerá muchas bendiciones a la iglesia. Por eso, es urgente que se haga mucho más en el área de la liturgia en los años por venir.

## APENDICE

### ORACIONES EUCARISTICAS

A continuación presentamos algunas Oraciones Eucarísticas:

#### Oración Eucarística de "Celebremos" y la "Liturgia Luterana Provisional"

Pastor: Santo Dios, gran Señor, Padre bondadoso: Sin límites es tu misericordia y eterno es tu reino. Tú has infundido luz y vida en toda la creación; cielo y tierra están llenos de tu gloria. A través de Abraham prometiste bendecir a todos los pueblos. Rescataste a Israel, tu pueblo escogido. A través de los profetas renovaste tu promesa; y, en estos tiempos postreros, enviaste a tu Hijo, quien con palabras y obras proclamó tu reino, y se sometió a tu voluntad, aún hasta ofrendar su vida.

#### Palabras de Institución

Pues cada vez que comemos de este pan y bebemos de esta copa, proclamamos la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Pueblo: Cristo ha muerto. Cristo ha resucitado. Cristo vendrá de nuevo.

Pastor: Por tanto, Padre bondadoso, con este pan y esta copa recordamos la vida que nuestro Señor ofreció por nosotros. Y, creyendo el testimonio de su resurrección, esperamos su regreso con poder para compartir con nosotros el gran banquete prometido.

Pueblo: Amén. Ven, Señor Jesús.

Pastor: Te rogamos ahora que envíes tu Espíritu Santo, el Espíritu de nuestro Señor y de su resurrección, para que nosotros que recibimos el cuerpo y la sangre del Señor vivamos para alabar tu gloria y recibir nuestra herencia con todos tus santos en luz.

Pueblo: Amén. Ven, Espíritu Santo.

Pastor: Une nuestras oraciones con las de tus siervos de todo tiempo y de todo lugar y recógelas con las súplicas perpetuas de nuestro gran sumo sacerdote hasta que él venga como Señor triunfante de todo.

Pueblo: Por él, con él, en él, a tí Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, es dada toda honra y gloria ahora y siempre. Amén.

#### Padrenuestro

#### Oración Eucarística de "The Worship Supplement" (Iglesia Luterana-Sínodo de Missouri, E.E.U.U., traducida del inglés original)

Pastor (Prefacio): Te damos gracias, Señor Todopoderoso, que tú eres Dios de toda la humanidad, y que no te avergüenzas de ser llamado nuestro Dios; que tú nos conoces por nombre, y que tienes el mundo en tus manos. Porque tú nos has formado y nos has llamado a vivir unidos a ti, y ser tu pueblo en la tierra. Bendito seas, Creador de todo lo que existe. Bendito seas, que nos das espacio y tiempo para vivir. Bendito seas por la luz de nuestros ojos y por el aire que respiramos. Te damos gracias por la creación entera, por todas las obras de tu mano, y por todo lo que has hecho entre nosotros, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por lo tanto, alabamos tu majestad, oh Dios todopoderoso, con todo tu pueblo fiel; nos inclinamos ante ti y te adoramos con estas palabras:

#### El Sanctus

Pastor: Bendito seas, Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, bendito seas. Antes de la fundación del mundo nos escogiste para ser amados hijos tuyos. Nos has librado de la potestad de las tinieblas y nos has trasladado al reino de tu Amado Hijo, el cual es la imagen y el reflejo de tu gloria. Por medio de él y para él todo fue creado. En él hemos recibido la redención y el perdón de los pecados.

#### Palabras de Institución

Pues cada vez que comemos de este pan y bebemos de esta copa, proclamamos la muerte del Señor, hasta que vuelva. Por lo tanto, oh Señor, nuestro Dios, recordamos que Cristo tuvo que sufrir y morir, pero ante todo recordamos que él es el primogénito de entre los muertos, y el primogénito de toda la creación; que, glorificado a tu diestra, intercede por nosotros; y que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos en el día señalado por ti. Te rogamos, oh Señor nuestro Dios, que envíes tu Espíritu Santo sobre nosotros, el Espíritu que nos llena del poder de Jesucristo. Ayúdanos para que, entregándonos completamente a tu servicio, vivamos tu Evangelio y seamos la señal de tu paz en medio de este mundo y ante los ojos de todos los pueblos; para que nos ayudemos y nos sirvamos los unos a los otros en amor; y para que nuestros corazones sean abiertos a los pobres, a los enfermos, a los moribundos, y a todos los que se hallen en necesidad, a fin de que seamos la Iglesia de Jesucristo, unidos con tu pueblo fiel en todas partes del mundo. Por él, con él, en él, a ti Dios Padre todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, es dada toda honra y gloria ahora y siempre. Amén.

#### Oración Eucarística "B" de "La Santa Eucaristía," de la Iglesia Episcopal

Pastor: Te damos gracias, oh Dios, por la bondad y el amor que tú nos has manifestado en la creación; en el llamado a Israel para ser tu pueblo; en tu Verbo revelado a través de los profetas; y, sobre todo, en el Verbo hecho carne, Jesús, tu Hijo. Pues en la plenitud de los tiempos le has enviado para que se encarnara de María la Virgen a fin de ser el Salvador y Redentor del mundo. En él, nos has librado del mal, y nos has hecho dignos de estar en tu presencia. En él, nos has sacado del error a la verdad, del pecado a la rectitud, y de la muerte a la vida.

#### Palabras de Institución

Por tanto, oh Padre, según su mandato:

Pueblo: Recordamos su muerte, proclamamos su resurrección, y esperamos su venida en gloria;

Pastor: Y te ofrecemos nuestro sacrificio de alabanza y acción de gracias, Señor de todos; ofreciéndote, de tu creación, este pan y este vino.

Te suplicamos, Dios bondadoso, que envíes tu Espíritu Santo sobre estos dones, para que sean el Sacramento del Cuerpo de Cristo y su Sangre del nuevo Pacto. Unenos a tu Hijo en su sacrificio, a fin de que, por medio de él, seamos aceptables, siendo santificados por el Espíritu Santo. En la plenitud de los tiempos, sujeta todas las cosas a tu Cristo y llévanos a la patria celestial donde, con todos tus santos, entremos en la herencia eterna de tus hijos; por Jesucristo, nuestro Señor, el primogénito de toda la creación, la cabeza de la Iglesia, y el autor de nuestra salvación.

Por él, y con él, y en él, en la unidad del Espíritu Santo, tuyos son el honor y la gloria, Padre omnipotente, ahora y por siempre. Amén.

## Oración Eucarística "D" de "La Santa Eucaristía," de la Iglesia Episcopal

Pastor: Te aclamamos, santo Señor, glorioso en poder. Tus grandes obras revelan tu sabiduría y amor. Nos formaste a tu propia imagen, encomendándonos el mundo entero, para que, en obediencia a ti, nuestro Creador, pudiéramos regir y servir a todas tus criaturas. Cuando por desobediencia nos alejamos de ti, no nos abandonaste al poder de la muerte. En tu misericordia, viniste en nuestra ayuda, para que buscándote, te encontráramos. Una y otra vez nos has llamado al pacto contigo, y por los profetas nos enseñaste la esperanza de salvación.

Tanto amaste al mundo, Padre, que en la plenitud del tiempo nos enviaste como Salvador a tu único Hijo. Encarnado por obra del Espíritu Santo y nacido de María, la Virgen, vivió como uno de nosotros, empero sin pecado. A los pobres proclamó las buenas nuevas de salvación; a los prisioneros, libertad; a los afligidos, gozo. Para cumplir tus designios, se entregó a la muerte y, resucitando de la tumba, destruyó la muerte e hizo nueva la creación entera.

Y a fin de que no viviésemos más para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió al Espíritu Santo como su primicia a los que creen, para completar su obra en el mundo y llevar a la plenitud la santificación de todos.

### Palabras de Institución

Padre, celebramos ahora este memorial de nuestra redención. Recordando la muerte de Cristo y su descenso entre los muertos, proclamando su resurrección y ascensión a tu derecha, esperando su venida en gloria; y ofreciéndote, de las dádivas que tú nos has dado, este pan y este cáliz, te alabamos y te bendecimos.

Pueblo: Te alabamos, te bendecimos, te damos gracias, y oramos a ti, Señor nuestro Dios.

Pastor: Señor, te rogamos que en tu bondad y misericordia, tu Espíritu Santo descienda sobre nosotros y sobre estos dones, santificándolos y mostrando que son dones santos, para tu pueblo santo, el pan de vida y el cáliz de salvación, el cuerpo y la sangre de tu Hijo Jesucristo.

Recuerda, Señor, a tu Iglesia, una, santa, católica y apostólica, redimida por la sangre de tu Cristo. Manifiesta su unidad, guarda su fe y presévala en paz.

Y concede que alcancemos nuestra herencia con todos los santos que han encontrado favor contigo en tiempos pasados. Junto con ellos te alabamos y te damos gloria, por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

Por Cristo, y con Cristo, y en Cristo, tuyos son el honor y la gloria, Omnipotente Dios y Padre, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

## Oración Eucarística de San Hipólito (alrededor del año 220 D.C.)

Te damos gracias, oh Dios, por medio de tu amado Hijo Jesucristo, el cual nos enviaste en los últimos tiempos como Salvador y Redentor nuestro y como anunciador de tu voluntad. El es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas y en el que te has complacido. Lo enviaste desde el cielo al seno de una Virgen, el cual fue concebido y se encarnó, y se mostró como Hijo tuyo nacido del Espíritu Santo y de la Virgen. El, cumpliendo tu voluntad y conquistándote tu pueblo santo, extendió sus manos padeciendo para librar del sufrimiento a los que creyeron en ti. El cual, habiéndose entregado voluntariamente a la pasión para destruir la muerte, romper las cadenas

del demonio, humillar al infierno, iluminar a los justos, cumplirlo todo y manifestar la resurrección, tomando el pan y dándote gracias, dijo: Tomad, comed. Este es mi cuerpo, que por vosotros será destrozado. Del mismo modo tomó el cáliz, diciendo: Esta es mi sangre, que por vosotros es derramada; cuando hacéis esto, renováis el recuerdo de mí.

Recordando, pues, la muerte y la resurrección de él, te ofrecemos el pan y el cáliz, dándote gracias, porque nos tuviste por dignos de estar delante de ti y de servirte. Y te pedimos que envíes tu Espíritu Santo a la oblación de la santa Iglesia. Juntándolos en uno, da a todos los santos que la reciben, que sean llenos del Espíritu Santo para confirmación de la fe en la verdad, para que te alabemos y glorifiquemos por tu Hijo Jesucristo, por medio del cual honor y gloria a ti, al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo en tu Santa Iglesia, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.

#### Oraciones Eucarísticas del Didajé (primera mitad del siglo II)

Acerca de la Eucaristía, haréis las gracias de esta manera: Primero, sobre el cáliz:

Gracias te damos, Padre nuestro, por la santa viña de tu hijo David, que nos has revelado por Jesús, tu Hijo. Gloria a ti por los siglos.

Sobre la fracción del pan:

Gracias te damos, Padre nuestro, por la vida y el conocimiento que nos revelaste por tu Hijo Jesús. A ti la honra por los siglos. Como este pan partido estaba antes disperso por los montes, y recogido se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la honra y el poder por Jesucristo por los siglos.

Y después de que os hayáis saciado, dad así las gracias:

Gracias te damos, Padre Santo, por tu santo nombre, que hiciste que habitara en nuestros corazones, y por el conocimiento y la fe y la inmortalidad que nos manifestaste por Jesús, tu Hijo. A ti la gloria por los siglos.

Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas por tu nombre, y diste a los hombres manjar y bebida para su disfrute, a fin de que rindan gracias, y a nosotros nos has concedido espiritual alimento y bebida y vida eterna por tu Hijo. Ante todo te damos gracias porque eres poderoso. A ti la honra por los siglos.

Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y para perfeccionarla en tu amor. Y recógela de los cuatro vientos ya santificada, en tu reino, que le tienes preparado.

Porque tuya es la honra y el poder por los siglos. Venga tu gracia y pase este mundo. Hosanna al Hijo de David. Si alguien está santo, acérquese. Si no lo está arrepiéntase. Ven, Señor. Amén.

## SIMBOLOS CRISTIANOS



La cruz de Cristo, el símbolo más común entre los cristianos.



Alfa y Omega, la primera y la última letra del alfabeto griego. Representa a Jesús como principio y fin (ver Apoc. 1:8, 21:6, y 22:13).



Ji Ro, las primeras dos letras del título "Cristo" en griego. La letra "ji" se escribe: X, y la letra "ro" se escribe: P. A veces se les agrega una línea horizontal en medio para parecer una cruz. "Cristo" en griego se escribe: "XPICTOC."



Iota, Eta, Sigma, las primeras tres letras del nombre "Jesús" en griego. El nombre de Jesús en griego se escribe: "IHCOYC." A veces se sustituye la "C" en este símbolo por una "S": "IHS."



Esto significa "Jesu-Cristo vencedor." "IC" significa "Jesús," empleando la primera y la última letra de su nombre. "XC" significa "Cristo," empleando la primera y la última letra de su título (todo esto en griego). NIKA viene de la palabra griega que significa "vencer."



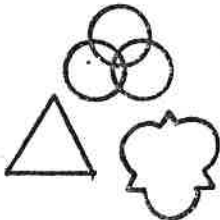
Estas son las primeras letras del título puesto sobre la cruz por Pilato: "Jesus Nazareno, Rey de los Judíos." En latín, no se usaba antiguamente la letra "J", sino que usaban "I", y por eso dice "INRI" en lugar de "JNRJ."



Esta es la palabra griega que significa "pez." Se pronuncia: "ICTIS." Sin embargo, cada letra de las que componen la palabra "ΙΧΘΥΣ" en griego significa algo: "I" representa "Jesús"; "X" representa "Cristo"; "Θ" representa "de Dios"; "Υ" representa "Hijo"; y "Σ" representa "Salvador." Así que la palabra "pez" en griego representa "Jesu-Cristo, Hijo de Dios, Salvador."



Este símbolo representa la victoria de la cruz, y de la iglesia de Cristo, en el mundo.



Estos son símbolos para la Santa Trinidad. Representan que Dios es Tres y Uno al mismo tiempo.

Otros símbolos cristianos:

**Ancla:** Representa la esperanza, la cual "tenemos como segura y firme ancla del alma," según Heb. 6:19. Con una línea horizontal, representa a Jesucristo, el ancla de nuestras almas, ya que con la línea horizontal forma una cruz.

**Cayado:** Representa el cuidado del Buen Pastor, Jesucristo, que cuida a sus ovejas (ver Jn. 10:11-16).

**Concha:** Representa el Santo Bautismo. Es un símbolo muy antiguo. Hay cuadros antiguos que representan a Juan el Bautista bautizando a Jesús usando una cocha.

**Cordero:** Representa a Jesucristo, el Cordero de Dios, y la víctima pascual. Este símbolo se usa en Jn. 1:29 y en el Libro de Apocalipsis. Cuando aparece con un estandarte (o bandera), representa el Cordero victorioso.

**Corona:** Representa el reino de Dios, y en especial a Jesucristo (ver Apocalipsis 6:2 y 14:14). También se habla de que los cristianos reciben la corona de vida o gloria, la cual representa el reino de Dios (ver 2 Ti. 4:8, Stg. 1:12, 1 Ped. 5:4, Ap. 2:10).

**Corona de espinas:** Representa la pasión del Señor. También se puede representar la pasión del Señor con otros símbolos: los clavos, las cinco heridas, el látigo, la lanza, etc.

**Espada:** Representa poder, justicia, y autoridad. En medio de un libro, representa la Palabra de Dios (ver Heb. 4:12).

**Evangelistas:** Hay un símbolo para cada uno de los cuatro evangelistas. Los antiguos cristianos interpretaban los cuatro seres de Ezequiel, capítulo uno (particularmente el v. 10) como los cuatro evangelistas. Generalmente, se asocia a San Mateo con el hombre con alas; a San Marcos con el león; a San Lucas con el buey; y a San Juan con el águila.

**Lámpara (o antorcha):** Representa la Palabra de Dios (Sal. 119:105), y la iluminación de esa Palabra. Por eso, a veces se pone en medio de un libro, la Biblia.

**Libro:** Puede representar la Palabra de Dios, o el Libro de la Vida, en Ap. 20:12, 15.

**Llaves:** La Confesión y la Absolución, y las llaves del cielo. Esto se base en Mt. 16:19 y Ap. 1:18).

**Mariposa:** Representa la resurrección, ya que como el gusano "muere" para luego salir de su capullo convertido en una mariposa, así también Cristo, y los cristianos morimos para convertirnos en seres celestiales.

**Nave:** Representa la iglesia. Es un símbolo muy antiguo, basado en parte en el Arca de Noé. La nave representa los que se salvan de la perdición, igual como se salvaron los miembros de la familia de Noé.

**Ojo:** Representa la omnipresencia de Dios.

**Paloma:** Representa el Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma en el Bautismo de Jesucristo.

**Panes:** Representa la Santa Cena, y Cristo, el Pan de Vida.

Sol: Representa a Jesucristo, la luz del mundo (ver Ap. 1:16).

Trigo: Una espiga de trigo representa la Santa Cena. Como muchas espigas de trigo se unen para hacer un solo pan, así los cristianos son muchos pero llegan a ser uno en la Santa Cena.

Uvas: Representan también la Santa Cena, por la misma razón que el trigo, ya que muchas uvas son unidas para hacer una sola copa de vino.

Vid: Representa a Jesucristo, ya que él es la vid y nosotros los pámpanos.

Viña: Representa el trabajo de la iglesia en este mundo, y a todos los cristianos que son "labradores en la viña del Señor."



PROPIOS PARA ALGUNOS DOMINGOS QUE NO APARECEN EN CULTO CRISTIANO

El Primer Domingo después de Epifanía, el Bautismo de Nuestro Señor

Introito: Antífona: Sal. 72:18-19a (hasta "para siempre")  
Texto: Sal. 45:2, 6-7

Colecta: Padre celestial, en el Bautismo de Jesús en el Río Jordán tú lo proclamaste tu Hijo Amado y lo ungiste con el Espíritu Santo. Haz que todos los que hemos sido bautizados en Cristo seamos fieles hijos tuyos y co-herederos con él de la vida eterna; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, ... Amén.

Gradual: Se puede usar el Gradual del Culto Cristiano para este domingo, o se puede usar Sal. 117, con Sal. 96:8.

El Sexto Domingo después de Epifanía

Introito: Se puede usar el Introito para el Tercer Domingo después de Epifanía del Culto Cristiano, o el siguiente:

Antífona: Sal. 32:10  
Texto: Sal. 32:5, 7

Colecta: O Señor, recibe misericordiosamente las oraciones de tu pueblo; concédenos que conozcamos y comprendamos las cosas que debemos hacer, y danos también la gracia y el poder necesarios para llevarlas a cabo; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, ... Amén.

Gradual: Se puede usar el Gradual del Culto Cristiano para el Tercer Domingo, o se puede usar Sal. 117 con Sal. 96:8.

El Séptimo Domingo después de Epifanía

Introito: Tercer Domingo después de Epifanía, o el siguiente:

Antífona: Sal. 103:8  
Texto: Sal. 103:10-12

Colecta: Señor Dios, te pedimos que mantengas a tu familia la Iglesia siempre fiel para contigo, a fin de que los que se apoyan en la esperanza de tu gracia celestial sean siempre defendidos por tu poder; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, ... Amén.

Gradual: Igual que el Sexto Domingo después de Epifanía.

El Octavo Domingo después de Epifanía

Introito: Tercer Domingo después de Epifanía, o el siguiente:

Antífona: Sal. 62:5a, 6a  
Texto: Sal. 62:1-2, 8

Colecta: Oh Señor, oye misericordiosamente nuestras oraciones, para que librados de las cadenas de nuestros pecados, seamos defendidos de todo mal; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, ... Amén.

Gradual: Igual que el Sexto Domingo después de Epifanía.

## PREGUNTAS DE ESTUDIO

### CAPITULO I: "LA ADORACION"

1. ¿En qué términos podemos mejor describir la vida cristiana?
2. ¿Por qué tiene el amor que fluir en dos direcciones para poder existir la comunión entre Dios y nosotros?
3. ¿Qué hace Jesucristo para permitir la comunión entre Dios y nosotros? ¿Qué relación tiene el cristiano con Cristo?
4. ¿Qué relación hay entre el amor y la adoración?
5. ¿Por qué es la adoración un acto de un grupo, en primer lugar?
6. ¿En qué sentido participamos desde ahora en el Reino de los Cielos? ¿Qué papel juega la adoración? ¿En qué sentido es la adoración una participación en el mismo cielo?
7. ¿En qué queremos transformar lo terrenal? ¿En qué consiste lo celestial? ¿Cómo es la iglesia "el cielo en la tierra"? ¿Cómo se debe extender esto al mundo entero?
8. ¿Qué es un sacrificio? ¿Por qué es perfecto el sacrificio de Cristo?
9. ¿Qué relación hay entre sacrificio y adoración? ¿Qué ofrecemos a Dios en la oración como nuestro sacrificio?
10. Aunque vivimos unidos a los seres celestiales, ¿en qué somos diferentes que ellos? ¿Cómo se refleja esto en la adoración?
11. ¿Por qué es necesaria la adoración para estar en comunión con Dios? Con esta perspectiva, ¿puede alguien ser salvo (o sea, estar en comunión con Dios) sin adorarlo? Explique su respuesta.
12. ¿Qué relación tiene el pasado con nuestro presente en la adoración?
13. ¿Qué relación tiene el futuro con nuestro presente en la adoración?
14. ¿Por qué es imposible la adoración sin considerar el pasado y el futuro en el presente?

### CAPITULO II: "LOS ORIGENES DE LA LITURGIA"

1. Explique el significado y la historia de la palabra "liturgia." ¿Qué relación tiene con el concepto de "sacrificio"?
2. ¿Qué hacían los judíos en sus sinagogas? ¿En qué se parecía la primitiva adoración cristiana a las reuniones en la sinagogas?
3. ¿Qué sabemos del Nuevo Testamento acerca de las reuniones de los primeros cristianos?
4. ¿Qué nos dice San Justino acerca de la adoración de la iglesia de su época?
5. ¿En qué sentido hablaban los primeros cristianos de la Eucaristía como un sacrificio?
6. ¿Qué nos dice San Hipólito acerca de la adoración de su tiempo?
7. ¿Cuáles son las 6 conclusiones que se pueden sacar de los escritos cristianos primitivos con respecto a la adoración?
8. ¿Cómo debemos reaccionar cuando vemos que nuestras prácticas o nuestras doctrinas difieren de las de los primeros cristianos? ¿Tenemos que hacer todo igual que ellos?
9. ¿Qué cambios ocurrieron en la liturgia entre los siglos IV y VIII?

10. ¿Cuándo es bueno seguir tradiciones? ¿Cuándo puede ser malo?
11. ¿Qué tres clases de tradiciones hay? Describa cada una.
12. ¿Es la Iglesia Luterana una iglesia nueva? ¿Fundó Lutero otra iglesia? ¿Cómo se refleja eso en nuestro uso de la tradición en la liturgia?
13. ¿Qué uso debemos hacer de la tradición?

### CAPITULO III: "FIGURAS DE LO CELESTIAL"

1. ¿Por qué necesitamos símbolos y figuras para representar las cosas celestiales de nuestra fe? ¿Las podríamos representar sin símbolos y figuras?
2. ¿Cómo re-presenta algo un símbolo o figura?
3. ¿Qué representa el templo en la adoración cristiana? ¿Cómo debe el templo representar el cielo de la mejor manera posible? ¿Qué más re-presenta el templo, según Jn. 2:19-21?
4. ¿Qué significado tiene el altar? ¿Cómo se relaciona con el sacrificio? ¿Por qué es central el altar en el templo y en la adoración?
5. ¿Qué simboliza la cruz, o el crucifijo? ¿Qué respondemos a los que se oponen al uso de la cruz o crucifijo? ¿Cómo representa la cruz nuestra propia crucifixión?
6. ¿Cuál es el significado del púlpito?
7. ¿Por qué es bueno que la fuente bautismal ocupe un lugar central en el templo?
8. ¿Qué significado tienen las velas?
9. ¿Qué significado tiene el incienso?
10. ¿Qué significado tienen las vestiduras clericales?
11. ¿Cuándo es bueno usar figuras e imágenes en la iglesia?
12. ¿Qué cambios pueden sufrir los símbolos a través de los siglos?
13. ¿Por qué es mejor no desechar los símbolos que pierden su significado, sino devolverles su significado, cuando esto es posible?
14. ¿Cómo varía nuestro criterio del de otras iglesias evangélicas sobre lo que manda y prohíbe la Biblia?
15. ¿Cómo seguiremos las instrucciones de San Pablo en 1 Tes. 5:21: "Examinadlo todo, retened lo bueno."?
16. ¿Por qué conservamos el uso de vestiduras clericales?

### CAPITULO IV: "LA LITURGIA"

1. ¿Cuáles son algunas de las diferentes definiciones de "liturgia"?
2. Explique la definición de la liturgia como "la forma común en que los miembros del Cuerpo de Cristo congregados interactúan con Dios unidos unos a otros."
3. ¿En qué sentido interactuamos con Dios en la liturgia?
4. ¿En qué sentido es la liturgia un fin en sí misma?
5. ¿En qué sentido tiene la liturgia el fin de unirnos más a Dios y unos a otros?
6. ¿Cuál es el fin de la liturgia?
7. ¿En qué sentido es la liturgia ordenada?
8. ¿Qué efecto debe tener la repetición en nosotros?

9. ¿Qué variaciones hay en la liturgia?
10. ¿Cómo es la liturgia la penetración de lo eterno e infinito en nuestras vidas? ¿Cómo representan esto las partes de la liturgia que no varían?
11. ¿En qué sentido es bíblica la liturgia?
12. ¿En qué sentido es tradicional la liturgia?
13. ¿En qué sentido es universal la liturgia?
14. ¿Cómo nos une más a Dios la liturgia?
15. ¿Cómo sirve la repetición de las mismas cosas todos los domingos en la liturgia para enseñarnos a vivir constantemente unidos a Dios?
16. ¿Cómo nos une la liturgia a la iglesia?
17. ¿Cómo nos ayuda la liturgia a estar unidos ante Dios y formar una comunidad?
18. ¿Qué objeciones ponen algunos cristianos al uso de la liturgia? ¿Cómo respondemos a esas objeciones?

#### CAPITULO V: "LA TEOLOGIA DE LA LITURGIA"

1. ¿Cómo se ha esforzado Dios siempre por entrar en comunión con nosotros?
2. ¿Cómo se nos hace presente Dios en la liturgia?
3. ¿Por qué es necesario que Dios hable a los cristianos en grupo, y no sólo como individuos? ¿Qué quiere lograr con su Palabra? ¿Si sólo hablara con individuos, y no al grupo entero, podría estar unida la iglesia? Explique su respuesta.
4. ¿Qué quiere lograr Dios en nosotros en la Santa Cena?
5. ¿Cómo expresamos nuestro amor por Dios en la liturgia?
6. ¿Por qué es necesario unirnos a Cristo para podernos ofrecer a Dios y así expresarle nuestro amor?
7. ¿En qué maneras nos ofrecemos a Dios?
8. ¿Qué es el "sacrificio de alabanza"?
9. ¿En qué manera están estrechamente relacionados el amor de Dios por nosotros y nuestro amor por Dios en la liturgia?
10. ¿En qué manera es Cristo el mediador entre Dios y nosotros?
11. ¿De qué manera representa el pastor a Cristo en la liturgia? ¿Por qué se encarga el pastor de dirigir la liturgia, y no otro miembro?
12. ¿Qué papel juega el pueblo en la liturgia?
13. ¿Cómo nos unimos a cristianos de otros tiempos y lugares en la liturgia?
14. ¿Qué significa la palabra "Amén"? ¿Cómo se usa esa palabra en la liturgia?
15. ¿Cómo puede Dios llegar a ser "todo en todos" en la liturgia?

#### CAPITULO VI: "LA MUSICA EN LA ADORACION"

1. ¿Qué sabemos del uso de la música en el pueblo de Israel según el Antiguo Testamento?
2. ¿Qué hizo Lutero en la Reforma con respecto a la música?
3. ¿Cuáles son los propósitos de la música en la adoración?
4. ¿Cómo representa la música lo celestial en nuestra adoración?
5. ¿Cómo es el canto gregoriano? ¿Cuáles son las ventajas y desventajas del uso del canto gregoriano en nuestra adoración?

6. ¿Cuál es más importante, el texto de un canto o la música? Explique su respuesta. ¿Qué relación debe haber entre el texto y la música?
7. ¿Qué distingue a la música apropiada para la adoración de la música no apropiada?
8. ¿Qué significa decir que en la iglesia "no cantamos sólo para cantar"? ¿Cuándo puede convertirse el canto como un fin en sí mismo, sin cumplir su propósito de edificar y educar?
9. ¿Qué papel puede jugar la música "popular" en la iglesia?
10. ¿Cuál ha sido la historia del uso de instrumentos musicales en la iglesia?
11. ¿Qué ventajas y desventajas tiene el uso del órgano en las iglesias latinoamericanas?
12. ¿Qué ventajas y desventajas tiene el uso de la guitarra en las iglesias latinoamericanas?
13. ¿Por qué se ha usado mayormente música "importada" en nuestras iglesias? ¿Es buena o mala esa música?
14. ¿Por qué es necesario tener también una música propia o nativa en la iglesia?
15. ¿Qué características tienen los "himnos de oración"? ¿Qué tipos de himnos de oración hay?
16. ¿Qué características tienen los "himnos comunitarios"? ¿Qué tipos de himnos comunitarios hay?
17. ¿Qué características tienen los "himnos personales"?
18. ¿Qué problema hay con el uso de himnos personales en la adoración?

#### CAPITULO VII: "EL OFICIO MAYOR"

1. ¿Qué es el Oficio Mayor? ¿Por qué se llama así?
2. ¿Cuáles son las partes del Oficio Mayor?
3. ¿Por qué comenzamos el Oficio con una Confesión de Pecados?
4. ¿Qué relación tiene la Confesión de Pecados con el propósito del Oficio de unirnos a Dios y unos a otros?
5. ¿Qué ocurre en la liturgia de la Palabra?
6. ¿Cómo enfatiza la liturgia de la Palabra que la salvación se debe a la gracia de Dios, y no a nosotros?
7. ¿Cómo recordamos y hacemos presente lo que Dios ha hecho y sigue haciendo en la liturgia de la Palabra?
8. ¿Cuáles son los dos sentidos de la frase "Palabra de Dios"? ¿Qué tiene que ver esto con la liturgia?
9. ¿Cuál es el fin de la venida de la Palabra de Dios a nosotros?
10. Explique las ocho maneras en que reaccionamos a la venida de la Palabra de Dios a nosotros en la liturgia de la Palabra.
11. ¿Cuál es el significado principal de la Santa Cena?
12. Explique la relación entre la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Santa Cena. ¿Por qué no puede existir una sin la otra?
13. ¿En qué sentido queremos transformar la tierra en el cielo? ¿Cómo se refleja esto en la liturgia?
14. Explique el papel de cada una de las tres personas de la Santa Trinidad en la adoración. ¿Cómo se refleja esto en la adoración?
15. ¿Qué es lo que pretendemos en la adoración, y en general en la vida cristiana?

## CAPITULO VIII: "LA EUCARISTIA"

1. ¿Qué términos se usan en la Biblia y en la iglesia para hablar de la Santa Cena?
2. ¿Cómo permite Cristo que volvamos a la comunión con Dios?
3. ¿En qué sentido es la salvación una creación de un nuevo tipo de ser humano en Jesucristo?
4. ¿Qué significa en la Santa Cena: "Hacer esto en memoria de mí"?
5. ¿Qué ocurre en la Santa Cena? ¿Por qué es tan importante creer en la presencia real de Cristo en la Santa Cena, si queremos ser transformados?
6. ¿Qué ocurrió con el concepto de la Santa Cena como un sacrificio en la Reforma Protestante?
7. ¿Consideraban los primeros cristianos la Eucaristía como un sacrificio? ¿Cómo se distingue el pensamiento antiguo del pensamiento católico romano actual en este aspecto?
8. ¿Cuál es nuestro sacrificio a Dios, según el Nuevo Testamento? ¿Qué cosas le ofrecemos?
9. ¿En qué sentido es la Santa Cena un sacrificio?
10. Explique la relación vertical y la relación horizontal en la Santa Cena.
11. ¿Cómo nos une unos a otros la Santa Cena? ¿Qué papel juega Cristo en eso?
12. Explique los siete puntos de resumen sobre la Santa Cena.
13. ¿Qué relación hay entre la liturgia y la Santa Cena?
14. ¿Qué relación hay entre la Palabra y la Santa Cena? ¿Qué hace la Palabra con respecto a la Santa Cena?
15. ¿Qué pasa si escuchamos la Palabra sin nunca participar en la Santa Cena? ¿Qué pasa si participamos en la Santa Cena sin nunca escuchar la Palabra? ¿Por qué son inseparables las dos cosas?

## CAPITULO IX: "LA PRACTICA DE LA EUCARISTIA"

1. ¿Qué sabemos de la celebración de la Eucaristía en la iglesia primitiva?
2. ¿Qué importancia tenía la Eucaristía para los primeros cristianos?
3. ¿Por qué dejaron de comulgar muchos cristianos al partir del siglo IV?
4. ¿Por qué se comenzó a adorar a los elementos eucarísticos en lugar de participar en la Eucaristía? ¿Cómo vemos esto en la Iglesia Católica Romana? ¿Por qué no practicamos esta adoración en la Iglesia Luterana?
5. ¿Qué cambios hubo en la práctica y en la teología de la Santa Cena en la Reforma Protestante?
6. ¿Con qué frecuencia se celebraba la Eucaristía en los días de Lutero en la Iglesia Luterana?
7. Explique la teología equivocada de la Santa Cena que predomina en otras iglesias evangélicas y la razón por la cual no tiene mucha importancia en esas iglesias.
8. ¿De qué maneras hemos restado importancia a la Santa Cena en la Iglesia Luterana?
9. ¿Por qué es necesario enfatizar el concepto de sacrificio en la Santa Cena?
10. ¿Qué ocurre en la iglesia cuando desaparece el concepto de sacrificio en conexión con la Eucaristía?

11. ¿Cuáles son las razones por las que la gente a veces se opone a la celebración de la Santa Cena todos los domingos? ¿Cómo respondemos a esas objeciones?
12. ¿Por qué debemos celebrar la Santa Cena todos los domingos?
13. ¿Por qué es tan especial la Santa Cena? ¿Qué ocurre en ella que no ocurre en ningún otro momento del Oficio ni de la vida cristiana?
14. ¿Por qué no está completo el Oficio Mayor sin la Santa Cena?
15. ¿Qué papel debe jugar la Santa Cena en nuestra adoración, nuestra teología, y en nuestra vida?
16. ¿Qué papel deben jugar los Sacramentos en la predicación y en la enseñanza?
17. ¿Cuál es la historia de la Oración Eucarística? ¿Por qué la quitaron del Oficio los reformadores?
18. ¿Cuál es la función de la Oración Eucarística?
19. ¿Por qué sería bueno volver a usar las oraciones eucarísticas en nuestro Oficio Mayor?

#### CAPITULO X: "LA LITURGIA DE LA PALABRA EN DETALLE"

1. ¿Cuál es el significado de la Invocación? ¿Qué relación tiene con el Santo Bautismo?
2. ¿Cuál es el significado de hacer la señal de la cruz?
3. ¿En qué sentido es el pecado un obstáculo a la adoración? ¿Por qué confesamos nuestros pecados antes de comenzar el Oficio Mayor?
4. ¿Cuáles son las partes de la Confesión de Pecados? ¿Cuál es el significado de cada parte?
5. ¿Por qué no es la Confesión y Absolución parte del Oficio propio?
6. ¿Qué era el Introito antiguamente? ¿Cómo ha cambiado? ¿Qué significado puede tener dentro del Oficio Mayor?
7. ¿Qué uso tenían antiguamente los Salmos? ¿Qué interpretación les daban?
8. ¿Cuál es la función del Introito? ¿Por qué se usa el Gloria Patri después del Introito?
9. ¿Cuál es el significado del Kirie? ¿Por qué ocupa ese lugar en el Oficio Mayor?
10. Explique el significado de las tres partes del Gloria in Excelsis.
11. ¿Qué relación tiene la Salutación con la Colecta del Día?
12. ¿Cuál es el significado de la Colecta? ¿Cuáles son las cinco partes de la Colecta?
13. ¿Por qué es la Colecta un fin apropiado para la primera parte de la liturgia de la Palabra?
14. ¿Por qué es bueno dar una introducción a las lecciones? ¿Qué cosas deben mencionarse en una introducción?
15. ¿Cómo se puede usar un Salmo después de la lección del Antiguo Testamento?
16. ¿Por qué es la lección del Santo Evangelio el punto más importante de la liturgia de la Palabra? ¿En qué sentido es todo lo demás una preparación, explicación, o respuesta al Evangelio del Día?
17. ¿Cuál es el significado del Credo?
18. ¿Qué función tiene el Himno del Día? ¿Por qué es mejor cantarlo después del Sermón, en lugar de antes?

19. ¿Qué relación tiene el Sermón con las lecciones? ¿Qué relación tiene con las otras partes del Oficio Mayor?
20. ¿Cuál es el fin del Sermón? ¿Qué relación tiene con los Sacramentos?
21. ¿Por qué es mejor el orden: Sermón, Himno, y Credo, que el otro orden de: Credo, Himno, y Sermón?
22. Resuma en sus propias palabras lo que ocurre en la liturgia de la Palabra y su relación con la liturgia de la Santa Comunión.

#### CAPITULO XI: "LA LITURGIA DE LA SANTA COMUNION EN DETALLE"

1. ¿Cómo es la liturgia de la Santa Comunión el complemento de la liturgia de la Palabra?
2. ¿Cómo se relacionan las ideas de Acción de Gracias y nuestra entrega a Dios en la liturgia de la Santa Comunión?
3. ¿Qué relación hay entre la Oración General, la Ofrenda, y el Ofertorio?
4. ¿Qué significado tiene la Oración General? ¿Cómo se relaciona con lo que sigue?
5. ¿Por qué es mejor el orden: Oración General, Ofrenda, y Ofertorio, que el orden: Ofertorio, Ofrenda, y Oración General?
6. ¿Qué significado tienen las partes del Prefacio?
7. ¿Qué significa el versículo: "Elevad vuestros corazones," con su respuesta: "Los elevamos al Señor"? ¿En qué sentido explica este versículo todo lo que hacemos en la liturgia de la Santa Comunión?
8. ¿En qué sentido nos unimos a los ángeles, arcángeles, y toda la corte celestial en la liturgia de la Santa Comunión?
9. ¿Qué significado tiene el Sanctus?
10. ¿Cómo se relacionan las partes del Padrenuestro con la Eucaristía?
11. ¿Cuáles son algunas partes comunes de la Oración Eucarística, y cuál es su significado?
12. ¿Cuál es el significado de "compartir la paz" antes de comulgar?
13. ¿Cuál es el significado del canto Agnus Dei antes de la Santa Comunión?
14. ¿Qué significado tiene el acercarse todos al altar al comulgar?
15. Explique los dos puntos de vista sobre la participación de cristianos que no son miembros de una iglesia local en la celebración de la Santa Cena en esa iglesia local.
16. ¿Cuál es el significado del Nunc Dimittis en relación con la Santa Cena?
17. ¿Qué significado tiene la Oración después de la Santa Cena?
18. ¿Cuál es el significado de la bendición final?
19. ¿De qué sirve la liturgia después de la Santa Comunión?

#### CAPITULO XII: "OTROS OFICIOS Y ORDENES LITURGICOS"

1. ¿Cuál es la historia de los oficios menores?
2. ¿Por qué no es bueno sustituir al Oficio Mayor con Maitines?
3. ¿En qué sentido dependen Maitines y Vísperas del Oficio Mayor?
4. ¿Por qué se usa el Salmo 95 en Maitines? ¿Cuáles son los temas principales de ese Salmo?
5. ¿Cuáles son los dos cantos tradicionales de Maitines? ¿Cuál es el significado de cada uno de ellos?



6. ¿Cuál era la diferencia entre Vísperas y Completas? ¿Qué problemas ha causado la unión de estos dos oficios en uno solo en nuestra iglesia?
7. ¿Cuáles son los Salmos que pueden usarse en Vísperas? ¿Por qué son apropiados esos Salmos? (Será necesario leerlos para contestar)
8. ¿Cuáles son los temas principales de Vísperas?
9. ¿En qué domingos se hacían los bautismos en la iglesia primitiva? ¿Por qué?
10. ¿Cuál es el significado del Bautismo?
11. ¿Por qué deben hacerse los Bautismos en el día domingo y con toda la congregación presente?
12. ¿Cuál es el significado del vestido blanco?
13. ¿Por qué es bueno explicar el significado del Bautismo brevemente antes de un Bautismo?
14. ¿Cómo se pueden hacer referencias bíblicas acerca del Bautismo en el orden bautismal?
15. ¿Por qué contestan los padres y padrinos en lugar del niño? ¿Qué significado tiene esto?
16. ¿Qué significado tiene la renuncia del diablo?
17. ¿Qué significado tiene la señal de la cruz sobre el bautizado? ¿Por qué se llama esto "el sello"?
18. ¿Qué significado tiene la bendición bautismal con la imposición de las manos?
19. ¿Por qué es bueno que la congregación reciba al bautizado públicamente?
20. ¿Qué relación tiene la Confirmación con el Bautismo? ¿Cómo se refleja esto en el Orden de Confirmación?
21. ¿Por qué se usaba antes un Orden de Confesión antes de los domingos de Comunión?
22. ¿Qué es una letanía? ¿Cuándo se puede usar?

### CAPITULO XIII: "EL AÑO LITURGICO"

1. ¿Por qué celebramos ciertos días y tiempos como especiales?
2. Al celebrar algún día o época como especial, ¿qué efecto tiene el hecho del pasado que celebramos para nuestro presente?
3. ¿Qué significado tenía el Pentecostés entre los judíos, y luego entre los cristianos? ¿En qué sentido participamos nosotros en ese evento?
4. ¿Cómo pueden eventos del pasado cambiar nuestras vidas ahora?
5. ¿Por qué necesitamos participar en eventos de la historia de la salvación para participar de esa salvación?
6. ¿Por qué han celebrado siempre el domingo los cristianos? ¿En qué sentido es el primer día y también el octavo día?
7. ¿Qué días ayunaban los cristianos? ¿En qué época no ayunaban? ¿Cuál es el significado del ayuno?
8. ¿Es el domingo el nuevo "día de reposo"? Explique su respuesta.
9. ¿Cómo se desarrolló el uso del Año Litúrgico?
10. ¿Cómo nos identifica el Año Litúrgico con la historia de salvación, y con Cristo?
11. ¿Qué reformas se han hecho al leccionario del Año Litúrgico? ¿Qué se hicieron con las lecciones de las epístolas en el tiempo ordinario?

12. ¿Por qué se oponen algunos cristianos evangélicos a la celebración de la Navidad? ¿Cómo respondemos a sus objeciones?
13. Explique el significado de la Navidad para nuestra vida.
14. Explique el significado del Adviento para nuestra vida.
15. Explique el significado de la Epifanía para nuestra vida.
16. ¿Qué significado tiene el bautismo de Jesús para nosotros?
17. ¿Cuál es la historia de la celebración de la Pascua de Resurrección? ¿Por qué varía su fecha?
18. ¿Cuál es el significado de la Pascua de Resurrección? ¿Cuánto dura la celebración?
19. ¿Por qué se comenzó a celebrar la Cuaresma?
20. ¿Por qué se ha descontinuado el uso de los domingos de Septuagésima, Sexagésima, y Quincuagésima, en el nuevo calendario litúrgico?
21. ¿Qué significado tiene la Transfiguración de Jesús para nuestra vida?
22. ¿Cuál es el significado de la Cuaresma? ¿En qué sentido es el complemento de la fiesta de Resurrección (ver Ef. 4:22-24).
23. ¿Cómo se celebra el Domingo anterior al Domingo de la Resurrección en el nuevo calendario litúrgico?
24. Explique el significado de los cultos de jueves, viernes, y sábado santo.
25. Explique el significado del Domingo de Pentecostés.
26. Explique el significado de la Fiesta de la Santísima Trinidad.
27. ¿Qué otro "año litúrgico" se fue desarrollando en la iglesia antigua? ¿Cómo podemos celebrar algunos de estas fiestas? ¿Por qué se llaman "fiestas de la Iglesia"?

#### CAPITULO XIV: "LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD"

1. ¿Cómo puede convertirse la liturgia en un fin en sí misma?
2. ¿Qué pretendemos que ocurra en la gente por medio de la liturgia?
3. ¿Cómo debe prepararse el pastor a largo plazo para dirigir la liturgia?
4. ¿Por qué es tan importante conocer mejor el significado de los Sacramentos?
5. ¿Por qué es el Oficio Mayor lo más importante en la vida de la iglesia?
6. ¿Cómo puede preparar el pastor a la congregación para que entienda el significado de la liturgia?
7. ¿Cómo puede un Oficio girar alrededor de un tema? ¿Por qué es bueno esto? ¿Qué puede hacer el pastor para lograr esto?
8. ¿Cómo debe relacionarse el Sermón con la liturgia y los Sacramentos?
9. ¿Cómo puede relacionarse la Oración General con el resto del Oficio?
10. ¿Por qué es bueno planear los temas de los oficios para varios domingos de antemano?
11. ¿Cómo se puede preparar a la congregación para un Oficio dominical en los días anteriores al Oficio?
12. ¿Cómo debe rezarse la liturgia?
13. ¿Cómo puede el pastor variar su tono de voz? ¿Por qué es bueno hacerlo?
14. ¿Por qué es bueno dar una breve introducción antes de las lecciones y en otros momentos del Oficio?
15. ¿Cómo se deben hacer los cambios en una congregación?
16. ¿Qué se puede hacer para que la gente no se oponga a la celebración de la Santa Cena todos los domingos?

17. ¿Cuáles son los tres cambios más importantes que necesitamos hacer en el área de la liturgia?
18. ¿Qué significado tenemos que darles a los Sacramentos y a la liturgia? ¿Por qué es esto tan importante?
19. ¿Cómo podemos usar más Salmos y Cánticos Bíblicos en el Oficio?
20. ¿Qué papel puede jugar la celebración de días de santos y de la Virgen en nuestra iglesia?
21. ¿Qué papel deben jugar la liturgia y los Sacramentos en la vida devocional de los miembros? ¿Cómo podemos lograr eso?

